

UN CONFLICTO BÉLICO, UN CAMINO DIFÍCIL Y UN AMOR MÁS ALLÁ DE LAS FRONTERAS

Tú y yo,
bajo un
cielo
en guerra

UNA NOVELA DE
CINTIA SANTIAGO

Tú y yo,
bajo un cielo
en guerra

CINTIA SANTIAGO

Tú y yo, bajo un cielo en guerra
Cintia Santiago Moreno

ISBN 9798358278356

Sello: Independently published

Ilustración: Marta María Santiago Moreno

©Cintia Santiago Moreno, Octubre 2022 (Safe Creative)

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático,
ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio,
sea este electrónico, mecánico, por fotocopia,
por grabación u otros métodos, sin el permiso previo
y por escrito del editor.

La infracción de los derechos mencionados puede ser
constitutiva de delito contra la propiedad intelectual
(art.270 y siguientes del Código Penal)

A los que sonrían desde la tristeza.

A los que luchan por un mundo mejor.

A los que sueñan con desplegar sus alas.

A lo que anhelan su libertad.

Nota de la autora: En este libro se describen situaciones de violencia, tortura, momentos tensos relacionados con la guerra en países árabes, situaciones de vida o muerte, amputaciones y contenido sexual. Estos temas se han intentado tratar con sensibilidad, pero he querido avisar con antelación por si pudieran afectar de alguna manera.

Los sucesos y personajes que aparecen en esta historia son completamente ficticios. Cualquier parecido con personas o hechos reales es pura coincidencia.

También quiero destacar que, si bien es una novela con una historia ficticia, me he basado en documentos, entrevistas y experiencias reales, sobre todo en cuanto a la libertad de mujeres y niños en esos países, y por supuesto en todo el mundo. Por lo que debo añadir que en esos casos la realidad supera a la ficción y toda ayuda por nuestra parte es poca para intentar cambiar el mundo.

PRÓLOGO

EN LA ACTUALIDAD

Los recuerdos ¿cuánto duelen?

Creía que no vomitaría más, pero parece que me ha sentado mal algo de la comida.

Tengo el estómago revuelto y parecía que iba a echar hasta la papilla de cuando era niña. Abro el grifo y cojo un poco de agua con la mano para enjuagarme la boca.

Me observo en el espejo durante un buen rato a la par que me seco los labios con una toalla. Me veo reflejada en este gigante trozo de cristal de mi baño nuevo. Deslizo los dedos por mi melena larga, negra y sedosa, fijándome que durante muchos años nadie pudo verla, salvo mi familia. Cada parte de mi cuerpo estuvo cubierta por una tela tupida negra que solo dejaba al descubierto mis ojos color miel.

Acaricio la cruz que llevo colgada alrededor de mi cuello y pienso en que lo único que anhelaba era ser yo, creer en lo que me dictaba el corazón y expresar lo que llevaba en mi interior. Realmente, pensé que jamás sucedería.

Cuando era niña veía a mi madre que llevaba esa tela larga y negra que la cubría por completo porque así lo mandaba la ley y porque obedecía a su marido, mi padre.

No fue hasta que crecí que llegué a entender una parte. Tenía claro que era por respeto a Dios, pero no entendía muy bien por qué imponían aquello cuando se contradecían con sus actos. Nadie nunca me lo explicó cómo era debido, simplemente se debía obedecer la ley implantada.

A medida que crecía y me convertía en mujer, yo sólo quería agradar a Dios, pero ellos me obligaban a llevarlo porque así era como debía ser.

Desde pequeña, prácticamente, me forzaron a creer en el Islam y me obligaban a leer el Corán. En mi interior veía que había cosas que no estaban bien... Obligadas a llevar una cosa porque, supuestamente, así lo mandaba Él, pero después nos olvidábamos de lo más importante: amarnos los unos a los otros. Sin embargo, nos estábamos matando. Yo quería cubrir mi cabeza, así lo deseaba, pero nunca entendieron que quería hacerlo por devoción y no por imposición. Ahí estuvo el error. En la obligación que me impusieron y que desobedecí en cuanto tuve ocasión.

Me crié entre armas, bombas, militares, asesinatos, violaciones y un largo etcétera que me entristece el alma con tan sólo recordarlo.

El reflejo del espejo me recuerda las leves cicatrices que se quedaron marcadas en mi piel. Sutiles, quizás, para el resto del mundo, pero tatuadas para mí. Tatuajes en el alma por vivir barbaridades imposibles de borrar. Cicatrices, que aunque curadas, vuelven a doler de vez en cuando.

Doy gracias por estar viva y poder estar aquí.

Es inevitable no pensar en ello cada dos por tres. Los recuerdos aún están tan presentes en mi memoria que son imposibles de olvidar, aunque en más de una ocasión me gustaría poder olvidarme de algunos de ellos. Sin embargo, aquella noche, todas esas noches junto a él... como desearía revivirlas una y otra vez.

Aquellos momentos que lo cambiaron todo.

Abro el armario del vestidor y cojo una caja de color marrón que guardo en el altillo con gran cariño. La abro y entre miles de objetos y recuerdos, las saco. Ese montón de cartas atadas con un lazo que nos escribimos durante meses, años. Deslizo mis dedos sobre ellas con gran delicadeza, recitando casi de memoria gran parte de su contenido. Tanto dolor, tanto sufrimiento, tanta distancia, tanto amor... Una caja repleta de latidos, palabras y esperanzas.

Mirando hacia atrás te das cuenta que hubo algo en tu camino que transformó tu vida. Un momento que creó un antes y un después. Algo maravilloso o una tragedia. Se graba a fuego en tu memoria y siempre lo recordarás.

—¡Mamiiiiiii! ¿Bajas ya? —una vocecita aguda me grita desde la cocina.

—¡Ya voy, cariño! —guardo todo de nuevo en su sitio.

Necesito tomar un poco el aire.

—Cielo, mami no se encuentra muy bien. ¿Sales conmigo al jardín?

—Sí, mami. Espera que coja mis juguetes.

Qué bien se está aquí fuera. A pesar de que hace calor y estamos en pleno verano, es una gozada disfrutar de este momento. Los rayos de sol penetrándome por cada poro de mi piel hacen que tenga ganas de dar una cabezada. Aunque no me hace falta mucho más para ir quedándome dormida por cualquier rincón de la casa. No sé si estaba más cansada en el primer trimestre o ahora que tan solo quedan unos meses para poder verle la carita a nuestro pequeño.

Me alegro de que al final decidiera colocar esta hamaca entre estos dos árboles del jardín. Creo que es de mis sitios favoritos de la casa. Me encanta tumbarme aquí cuando necesito estar sola y pensar. Bueno, sola tampoco, pero creo que se entiende. Tumbarme, mirar el cielo, balancearme y tener este rato para mí. Sé que cuando nazca el bebé estos momentos serán difíciles encontrarlos, así que aprovecho siempre que puedo para dedicarme un instante como este. No pensar en nada, o quizás pensar en todo. Sentir la paz a mi alrededor.

Acaricio mi gran barriga con delicadeza, cada una de las estrías que me han salido por engordar. Las recientes y las que no lo son tanto. Parezco una ballena y aunque nadie nos prepara para esto y a veces puede resultar duro, me parece la sensación más maravillosa y el milagro más grande el poder llevar a una criaturita dentro.

Decidí no saber cuál era el sexo del bebé. Preferí que fuera sorpresa, al igual que la vez anterior. Aunque a veces me entra la curiosidad y me dan ganas de llamar a mi ginecóloga para que me resuelva la duda. Quiero saber si cuando le hablo o le canto lo hago para él o para ella. Pero, así también está bien, tomé esa decisión, quería que fuera sorpresa y que le demostraría mi amor incondicional fuese niño o niña. He sufrido tanto que me daba igual siempre y cuando nos quisiéramos y fuésemos una familia unida.

Empiezo a tararear una canción mientras acaricio mi tripa con los ojos entornados para que no me moleste el sol. Las hojas de los árboles forman sombras en mi rostro y escucho de fondo esa vocecita aguda mientras recorre jugando el jardín. Esa canción que resuena una y otra vez en mi cabeza por haberla escuchado tantas veces cuando vivía allí. Casi imposible de borrar: ***“en la gloriosa luz de la mañana y en la noche callada, tu señor no te abandona jamás ni te desdeña...”***. Esta canción que me hace viajar al pasado, a ese momento en que ocurrió todo. A esa noche en la que mi vida cambió por completo, justo cuando pensaba que ya no habría vuelta atrás y que estaba destinada a pertenecer a algo que no me hacía feliz. El lugar dónde estaría atrapada como una esclava para siempre.

Me había criado en una familia ultraconservadora y vivido en un estado islámico en el que el Califato controlaba gran parte del país. Sentía la necesidad de escapar de aquella cárcel. Mi

corazón me decía que todo aquello no estaba bien. Sin embargo, ¿cómo luchar contra una familia; tu propia familia, con pensamientos tan distintos y con una fuerza política tan radical? Tuvo que aparecer él para demostrarme todo lo contrario y ayudarme a ver que era más fuerte y capaz de lo que pensaba para luchar por todo lo que mi corazón anhelaba.

Nunca pude imaginar que acabaría aquí, escapando de aquel horror después de tantos años de sufrimiento, miedo, dolor... Y en esta preciosa casa.

Si hay algo que me arde por dentro y que no me deja dormir es haber dejado atrás a tantas chicas, como yo, que luchaban por un mundo mejor y que nunca cumplirán sus sueños.

Me siento tan afortunada de poder contarlos.

Cada día rezo por ellas para que nos le pase nada.

SIRIA, RAQQA, 2015
Miradas que dejan sin aliento

La cena está servida en la mesa y en lo único que puedo pensar es en que quiero que todos se vayan a la cama para poder salir de aquí. No dejo de darle vueltas a la carne de mi plato. No tengo mucho apetito.

No suele estar la televisión puesta cuando cenamos, pero hoy es una noche distinta. Y mi padre solo nos deja verla si él está en casa.

Hace un año del nacimiento del Califato y su líder resuena en todos lados proclamándose con su discurso a todos los musulmanes. Algo sobre que nos devolverá nuestra dignidad, poder, derechos y guía. Buf, será para ellos, porque ¿y nosotras qué? Las mujeres aquí no pintamos nada. ¿Cómo puede mi familia estar de acuerdo con eso? ¿Y mi madre? ¿Es que no ven que la guerra y el odio no llevan a ningún lado? Llevan años desde que tomaron el control de la ciudad y la convirtieron en la capital de su Califato. El resultado fueron decenas de muertes, adoctrinamiento de menores, ejecuciones públicas y una gran destrucción que perdura hasta ve tú a saber cuándo.

—Laylak ¿Qué estás pensando? ¿Por qué no comes, hija? —me hace volver de mi mundo mi madre.

—No tengo mucha hambre. Imposible no pensar en todo lo que está pasando... No entiendo como podéis apoyar todo esto —enfadada, y dejando el tenedor sobre el plato de malas formas, me dirijo a mis padres y hermano.

—¡Ya está bien, Laylak! No nos hables así ¿me oyes? —contesta mi padre golpeando con la palma de la mano la mesa —estoy harto de tus palabras incendiarias y tu impertinencia.

—Solo digo que todo esto no está bien, que deberíamos...

—¿Qué deberíamos, Laylak? A ti esto no te incumbe, solo debes obedecerme, soy tu padre. Y si Alá quiere, en poco tiempo tendrás tu propia familia y un marido al que cuidar.

—Pero, papá, ¿Dios no querría...?

—Dios nada... ¡Alá!

—¿Qué más da? Sí son el mismo... —les digo con pena porque sé que no quieren ver más allá—. Está bien, pues... La Sura 18 del Corán dice que...

—¡Vale ya de citar el Corán sin ton ni son!

—No se dice Corán, se pronuncia “Qurán”—. Corrige mi hermano a mi padre.

—Basta ya ¡los dos! ¿Tú también quieres ir de listillo como tu hermana?

—No, papá, si yo pienso como vosotros, pero si vas a decir algo sobre ello, al menos pronúncialo bien.

“Claro, tú que vas a pensar si eres un hombre. El problema aquí somos nosotras, que no tenemos derecho ni a tener nuestros propios pensamientos y creencias”. Me digo a mí misma refunfuñando.

—Laylak ¿quieres decir algo más? —expresa mi madre.

—No, nada, dejémoslo estar.

—Eso pensaba yo. Venga, terminemos de cenar.

La cocina por fin está recogida y todos están durmiendo. Todo esto me abrumba y las palabras de mi padre al decirme que pronto me casaré resuenan en mi cabeza como alfileres clavándose en mi mente. Intento no hacer mucho ruido para que no me oigan, sino, esta noche no podré ir.

Cojo la bolsa con mis libros de medicina y algunas cosas más que tengo escondida debajo de una baldosa del suelo que está medio rota. No quiero que me pillen y vuelva a pasar lo de la otra vez.

“Lo siento, pero no pienso ponerme esto por obligación y porque mi madre también lo lleve”. Me digo con mis ojos clavados en el *burka* de mi madre que está colgado cerca de la puerta.

Recuerdo una tarde en la que mi madre y yo volvíamos de hacer la compra; cuando el ISIS empezó a controlar la ciudad, presenciamos un acto que me hizo ver que las cosas iban a cambiar y a peor. Una mujer llevaba un *shalwar kameez* y el cabello cubierto con un largo pañuelo. Iba charlando con su marido cuando unos milicianos se acercaron a ellos por la espalda y la atacaron. La golpearon con un barrote y le dieron puñetazos tan brutales que la tiraron al suelo. Al cabo hicieron amago de golpear al hombre, que no se movió del sitio. Este negó que la mujer fuera su esposa. Renegó de su propia mujer para salvarse. Esa idea es horrorosa, porque de acuerdo a la cultura, el hombre luchará a muerte por proteger a sus esposas y familia, pero el ISIS ha traído tanto temor y maldad que han pervertido a algunos hombres y han sido llevados por el miedo o la exaltación de las masas a creer en esta siniestra ideología.

Uno de los culpables... mi padre.

Así que, en rebeldía, me pongo el *hijab* y cierro la puerta muy despacio.

Las calles dan miedo y salir así, además de estar prohibido, es algo aterrador. Siempre hay militares por todos lados y milicianos a la espera de poder atacar al enemigo. ¿Acabará algún día esta masacre?

Intento no pensar en nada y andar con mucho ojo para que no me pillen. Las demás me estarán esperando para continuar con las clases. La verdad es que sin ellas y mi maestra, que se juega cada noche la vida por nosotras y para que luchemos por un mundo mejor y más justo, no sabría qué hacer con mi vida.

Miro al cielo que está alumbrado por una luna llena enorme que vista desde aquí parece que está teñida de sangre. Aunque cuesta apreciarla por tanto humo y polvo que levanta la ciudad por los bombardeos.

Cuando voy a torcer la esquina veo que hay un grupo de combatientes del ejército islámico armados hasta las trancas. Con todoterrenos y ametralladoras. Se aguardan sigilosos y parecen que están esperando el momento idóneo para algo atroz.

Lo más rápido que puedo, y para que no me vean, retrocedo en mis pasos para coger otro camino.

Una sensación de alivio se apodera de mí al ver que no me han visto. Por esta vez me he librado.

La historia de una compañera de clase me viene a la cabeza. Una redada del *Daesh* la descubrió escapándose para ir a una escuela clandestina. La golpearon, la tiraron por unas escaleras, rompiéndole así una pierna, y la encarcelaron. Sinceramente, no querría acabar como ella si me pillasen.

Sigo mi camino por otra de las calles cuando un pelotón del ejército americano sale de su escondite yendo en dirección hacia los otros.

Me quedo petrificada, sin saber muy bien qué hacer ni cómo actuar. Los observo con detenimiento y sin apenas moverme para que no me consideren un peligro.

Parece que estoy viviendo en una película, una secuencia de situaciones tan irreales que cuando pulse el botón de apagado me desconectaré de todo y desaparecerá.

Por desgracia es la vida real.

Dios mío, ¡los van a matar! No saben que están ahí.

Debería avisarlos, pero ¿cómo? Sólo soy una civil musulmana que anda sola por estas calles cuando debería estar en mi casa sin salir.

Si me acerco a ellos se pensarán que solo les he dicho que no deben ir adonde se dirigen porque les están esperando y qué precisamente eso será una trampa. O peor, pensarán que llevo algún explosivo atado a mi cuerpo para hacerles saltar por los aires en cuanto me acerque a ellos.

El primero de ellos capta mi atención. Creo que es el que está al mando de la misión. Es alto, fuerte y por lo que se ve a simple vista, enérgico y firme. Aunque con todo ese uniforme y las armas, todos lo parecen. No obstante, él parece distinto.

Sin darme cuenta dirige su mirada hacia mí. Creo que no se esperaba que hubiera ningún civil alrededor que pudiese entorpecer la misión. Pienso que estorbo si me quedo, pero ahora no sé cómo salir de aquí, me da miedo que pase algo.

Les hace unas señas muy extrañas a los demás para decirles algo que no entiendo. No sé qué me pasa, pero me quedo inmóvil, observándolo. Siento la necesidad de avisarle que si siguen por ahí algo malo les va a pasar. Él vuelve a buscar mi mirada, preguntándose qué diablos hago yo aquí. En ese momento se aparta del comando, al que les da vía libre para seguir inspeccionando la zona. Veo como inicia su marcha para dirigirse hasta mí. Empiezo a hacerle gestos con las manos y a intentar decirle sin hablar muy alto que no cruce el callejón, que lo pueden ver. Parece que no me entiende bien y sigue firme y decidido en sus pasos para llegar hasta donde estoy.

Sin esperarlo, un estruendo ensordecedor altera todo a nuestro alrededor y la onda expansiva de un artefacto explosivo hace que él salga disparado por los aires junto a múltiples piedras y cemento de los edificios, impactando en el suelo unos metros más allá. Sin dudarlo, y aún con un pitido horroroso en mis oídos, corro hasta él, que está inmóvil en el suelo, lleno de magulladuras y, por lo que parece a simple vista, sin respirar.

Consigo ponerme de rodillas a su lado. Si alguno de los combatientes apareciera aquí, acabaría muerta. No obstante, ahora mismo me da igual. Necesito ver que está vivo.

En un acto reflejo llevo dos de mis dedos de la mano izquierda a su cuello, a lo largo de la tráquea, para sentir su pulso en la carótida. Aplico la presión justa para sentir cada uno de sus latidos. ¡Está vivo! Pero... ¿por qué no respira?

Tras cerciorarme de que todo lo demás está correcto, le desabrocho el casco y se lo quito. Intento buscar a toda prisa el enganche de este chaleco antibalas tan robusto. Por fin lo encuentro y lo desabrocho para librarlo de la presión. Decido taparle la nariz con una mano, rodeo su boca con mis labios y sopro lentamente durante aproximadamente dos segundos. Pongo mis manos unidas entre sí para apoyarme en su pecho y hacer unas cuantas presiones breves. Repito un par de veces la reanimación hasta que al fin respira.

—Dios mío... ¿estás bien?

Casi no puede hablar y sin abrir aún los ojos no para de toser.

—¿Me oyes? ¿Estás bien?

En ese momento, consigo abrir los ojos lentamente y clava su mirada en los míos. No se ve muy bien en la oscuridad y por todo el humo que hay en el ambiente, pero por lo que puedo

observar tiene unos ojos verdes preciosos tan penetrantes que me dejan sin aliento.

—¿Te encuentras bien?

Sigue tosiendo mucho y le cuesta respirar. Está más herido de lo que imaginaba. Intenta reincorporarse un poco, aunque está algo mareado y se lleva una mano a la cabeza.

—¿Dónde está mi equipo? —logra decir casi sin voz y vuelve a caer inconsciente.

Unas voces se hacen eco en cada resquicio del callejón y por lo que puedo oír no son sus compañeros. Quizás debería irme y dejarle aquí, al menos ya sé que está vivo.

Ni hablar, no puedo hacerlo, necesita mi ayuda, si lo dejó así no dudarán en matarlo. Total ¡uno menos!

Lo agarro por debajo de los brazos e intento arrastrarlo hasta una casa abandonada y en ruinas que tenemos tras nuestra. Oigo las voces cada vez más cerca y me da pánico. Nos van a pillar y se acabará todo.

Madre mía, este hombre es enorme, pesa muchísimo y me cuesta la misma vida ponerlo a salvo, pero la adrenalina del momento y la extraña sensación que tengo de protegerlo se hacen tan presentes en mí que saco fuerzas de dónde ni yo sabía que las tenía y consigo ponernos a resguardo.

Mi respiración está agitada y mis manos no paran de temblar. Me quedo agachada debajo de la ventana junto a él, tapándome la boca para calmar mi respiración y que no me oigan. Alcanzo a escuchar cómo los maldicen por haberse salvado. Eso me da a entender que sus compañeros están bien. Menos mal, han tenido suerte y solo estarán algo heridos, sino esto hubiera sido un río de sangre.

Otros no tuvieron tanta suerte.

Las ruedas de los todoterrenos se oyen cada vez más cerca y por lo que puedo oír un gran grupo del ejército islámico recogen a los demás combatientes.

Por fin se han ido y puedo soltar con normalidad todo el aire que mis pulmones tenían retenidos por no armar ningún ruido y que nos descubrieran.

Me descuelgo la bolsa y saco un pequeño botiquín. Mi maestra nos aconsejó que lleváramos uno siempre con nosotras por lo que pudiera pasar. Ahora mismo no puedo estarle más agradecida.

Me echo un poco de alcohol en las manos para desinfectarme, aunque no parece que las heridas que muestra sean muy graves. Tiene bastante sangre, pero no son profundas y se curarán rápido. Creo que lo peor ha sido el gran golpe que se ha llevado, por eso quizás no consigue reaccionar y sigue sin despertarse.

Le aplico agua oxigenada en las heridas para limpiar toda la sangre y paso suavemente una gasa por una de ellas en su brazo. Lo hago con toda la delicadeza posible. Percibo como emite un quejido casi inapreciable, lo que me anuncia que se pondrá bien. Aún así, se nota que no es la primera vez que pasa por esto y está más que acostumbrado. Vuelvo a poner la gasa encima de la

herida y me quedo observando sus bíceps con mucho detenimiento. Está claro que ha tenido que pasar gran parte de su tiempo haciendo ejercicio y se aprecia una facilidad extrema para marcar músculo. Mirándolo bien, de arriba abajo y con estas características, tiene un físico digno de una deidad nórdica.

Sacudo la cabeza de lado a lado para borrar todo lo que estoy pensando, ¿se puede saber qué me pasa? ¡Concéntrate Laylak!

Continúo con las curas y le pongo varias vendas en las heridas que están mucho peor para que no se infecten.

Empieza a toser de nuevo, a quejarse por el dolor del impacto en varias zonas de su cuerpo y, por fin, consigue reaccionar. Me mira desconcertado sin entender muy bien la situación. Se percata que lo he curado y vuelve a mirarme.

—¿Quién eres? —pregunta sorprendido y con la voz ronca.

—Oh, claro, soy Laylak. He intentado ponernos a salvo y te he curado las heridas.

—Ya veo... ¿tú me has traído hasta aquí? —mira alrededor y me observa, como si al ser consciente de su gran tamaño y peso, eso hubiera sido imposible.

—Sí. Me ha costado un poco, pero lo he conseguido —sonríó dulcemente—. Era eso o hubiésemos muerto los dos.

En ese momento, reparo en que se ha quedado embobado mientras le sonreía y no sé porqué, pero hace que me ruborice y las mejillas me ardan. Ninguno articulamos palabra, hasta que esta situación resulta algo extraña y decido romper el hielo.

—¿Te sientes mejor?

—Sí, sí, estoy bien... Eh, ¡gracias! —se reincorpora para después apoyar su espalda en la pared.

Me siento a su lado, cojo mi bolsa, la cual había dejado apartada, y de ella saco una pequeña botella de agua y un analgésico.

—¿Quieres un poco? Te vendrá bien.

—Sí, por favor. Estoy algo mareado.

—Tómame también esto. Te calmará el dolor.

Al dárselo, su mano roza la mía sin querer y un escalofrío recorre desde mis dedos, pasando por mi espalda, hasta llegar a mi cuello. Nunca había sentido nada igual. Me quedo mirando el bordado que tiene su uniforme en la parte derecha de su pecho y consigo leer su nombre.

—¿Ross?

—Hmm... William, William Ross —suelta una vez que ha tragado toda el agua y cierra la botella—. Will, para los amigos —sonríe.

—Pues encantada, Will. ¿Te encuentras un poco mejor?

—Sí, sí, ya estoy mucho mejor. ¡Gracias a ti!

—No ha sido nada.

—¿Y qué haces en este lugar? Es muy tarde para que alguien como tú ande sola por ahí ¿no?

—¿Alguien como yo? ¿Qué pasa? ¿Debería estar encerrada en mi casa sin salir? Ah, no... que si lo hago debería hacerlo con un hombre ¿es eso? —suelto cabreada por lo que acaba de insinuar.

—No, no quería decir eso... simplemente tenía entendido que vosotras no podíais salir así y mucho menos a estas horas. Para nada digo que sea lo que tengáis que hacer, no soy ese tipo de hombre.

—¿Ah no? ¿Y se puede saber qué tipo de hombre eres? —pregunto realmente intrigada y algo punzante.

—No... no me gusta hablar de mí... Pero si te diré que no soy un hombre que cree que las

mujeres seáis inferiores a nosotros. Creo en la igualdad, a pesar de las diferencias evidentes que puede haber entre un hombre y una mujer, claro está. No me entra en la cabeza cómo os obligan a ciertas normas de conducta y os hacen esas barbaridades para castigaros. Solo de pensarlo me hierve la sangre. ¡Es inhumano!

—Ya veo... —suspiro triste agachando la cabeza y creyendo que lo que piensa es cierto.

Después de un silencio bastante largo le contesto a la pregunta que me había hecho.

—Me escapo de casa cada noche para ir a clases. Quiero ser enfermera, aunque cada vez me cuesta más salir... es muy peligroso y, aunque a veces me gustaría estar muerta para no tener que obedecer a esas leyes tan crueles, me da pánico que puedan pillarme.

—Eres valiente, por lo que veo —coloca su mano en mi rodilla con ternura.

Esto es algo extraño para mí y nunca he estado tan pegada a un hombre que no fuera mi padre o mi hermano, así que lo más rápido que puedo me deshago de su roce e intento cambiar de tema.

—Bueno ¿y ahora qué hacemos? Hay que salir de aquí.

Aparta su mirada de mí para asomarse a la ventana y fijarse en nuestro alrededor. Consigue ponerse en pie y yo lo hago junto a él.

—¡Espera aquí! —con cuidado, se cerciora de que todo está tranquilo y que no hay peligro para salir.

Mientras estoy aquí de pie, llena de polvo, pienso en cómo ha podido pasar todo esto. Esta situación es muy rara para mí, demasiado surrealista. Y aunque este hombre sea un completo desconocido y, supuestamente, del bando enemigo, siento algo extraño en mi interior desde que lo he visto.

—Parece que no hay nadie. Yo debería ir a buscar a mis hombres. Primero te acompañaré hasta tu casa.

—No, no, no hace falta. He venido sola hasta aquí, así que no necesito que me acompañes. Gracias igualmente. Ve y busca a tu equipo, estarán preocupados.

—Está bien. Gracias por haberme salvado la vida. Si no hubieses estado ahí, lo más seguro es que estuviese muerto—. Me tiende la mano para despedirse. Algo me dice que sabe que no debo tocarlo, pero que aún así quiere arriesgarse para que le responda a ese gesto.

—Dios puede llegar a ser muy sorprendente a la hora de hacer que distintos caminos se crucen—. Acercó mi mano a la suya para despedirnos.

En el momento en que nuestras manos se entrelazan una descarga eléctrica viaja por mi cuerpo. Tan brutal, que al sentirlo nuestra piel provoca una especie de calambre.

—¡Uuauu! Será toda esta adrenalina que hemos sentido—. Suelta de golpe al sentir lo mismo que yo.

—Sí, habrá sido eso —intento disimular que no me he puesto muy nerviosa—. Bueno, debería irme ya, se ha hecho tarde. Quizás nos veamos por ahí.

—¡Eso espero! —su entusiasmo es totalmente desconocido para mí.

—Ten cuidado e intenta que no te maten —lo miro fijamente y sonrío.

—Si no lo hago... ¿volverás a salvarme? —da un paso al frente y, ahora que está aún más cerca, clava su mirada en la mía.

No puedo mentir, lo volvería hacer mil veces sin dudar. Este hombre tiene algo que llama mucho mi atención y siento un cosquilleo que nunca había experimentado en mi interior. Sin embargo, tengo que ser realista, esto no está bien. Se supone que no debería haber salido de mi casa de noche, ni haberlo salvado y mucho menos haberme quedado aquí a solas con él.

—Mejor no tentemos a la suerte.

Me llevo un gran susto al ver como entran varios militares con fusil en mano y apuntándome.

—¡Capitán, menos mal! Pensábamos que estaba muerto.

—Estoy bien, solo ha sido un susto.

—¿Quién es ella, capitán? —pregunta uno de ellos, apuntándome aún más cerca por si soy una amenaza.

—¡Bajad las armas! ¡Es una orden! La estáis asustando.

—Pero, mi capitán...

—He dicho que es una orden —impone a su equipo. —Ella es Laylak y me ha salvado la vida —sigue mirándome fijamente como si yo fuese un misterio por resolver—. Siempre estaré en deuda contigo —se lleva una mano a su corazón.

—De verdad, no ha sido nada. Solo te he curado unas cuantas heridas—. Avergonzada, le aguanto la mirada sin pestañear. Todo dura unos cuantos segundos.

El carraspeo que emite uno de ellos para hacernos ver que esta situación no es muy conveniente nos hace volver al momento presente.

—En fin, debo irme ya. Espero que estéis todos bien—. Consigo decir a modo de despedida.

—¿Nos volveremos a ver? —pregunta con verdadero interés a la vez que me abro camino entre sus compañeros.

—Quién sabe... Dejemos que Dios lo decida—. Los dos sabemos que nunca nos volveremos a ver y que aunque sucediera sería un grandísimo error.

—La paz sea con vosotros.

Vuelvo a recorrer el callejón que hace unas horas se vio cubierto por cenizas y piedras y algo llama mi atención. Hay algo que brilla entre los escombros y me acerco para averiguar qué es. Es una chapa metálica colgada de una cadena. ¡Es la identificación de Will! Le quito todo el polvo y consigo leer sus datos grabados: William Ross. 10/11/1986. 84637857. AB+.

La acaricio con mucha delicadeza deslizando mis dedos por encima de cada grabado y esbozo una pequeña sonrisa.

Cierro la puerta con mucho sigilo para que nadie me escuche. Me quito el *hijab* y lo cuelgo en la percha de la entrada.

—¡Laylak! ¿Dónde estabas? —me sorprende mi hermano hablando en voz baja.

—Karím, me has asustado.

—¿Dónde te habías metido? ¿Es que no recuerdas lo que te hicieron la última vez que te pillaron?

—Sí, sí que lo recuerdo Karím, fueron a mí a la que golpearon... y todo gracias a ti, por cierto, que te chivaste.

—Lo hice por tu bien. Ya sabes las normas, Laylak.

—Sí... la ley—. Resoplo poniendo los ojos en blanco. —Vete a dormir ¿vale? No te preocupes, ya estoy en casa y no ha pasado nada.

—Está bien, pero es la última vez que te escapas ¿me oyes?

—Que sí, que sí. No volverá a ocurrir—. Le miento, pues ambos sabemos que si no acabo muerta no dejaré de lado a mis compañeras y la idea de cumplir mi sueño. Un sueño, que a estas alturas ya no sé si es ese o, simplemente, la libertad de decidir.

Voy directa a mi habitación, vuelvo a esconder la bolsa en la losa de debajo de la cama y me tumbo. Cojo la chapa metálica de ese militar al que he ayudado y la observo con detenimiento. Mi mente empieza a recorrer cada instante ocurrido desde que nos hemos cruzado. Ese hombre tiene algo... algo que llama mucho mi atención. Era guapísimo y atractivo. Sus ojos me sonreían, pero en ellos podía ver rebeldía, tormento, sufrimiento y dolor. No sé cuantas guerras habrá librado, pero esta que estamos viviendo no dejará indiferente a nadie. Familias rotas para siempre. Niños siguiendo los mismos pasos de sus padres jugando en las calles a las guerrillas y simulando que portan armas en las manos. Mujeres violadas y prostitutas, como si fueran mercancía, esclavas sexuales en su propio matrimonio. Niñas secuestradas... Impotencia, miedo, desamparo, cansancio, angustia, crueldad, odio, fobia... Una noche entera podría estar describiendo los crímenes que están cometiendo y lo peor es que esto parece que nunca terminará.

Estoy agotada. Me giro en la cama hacia la pared y no puedo evitar acordarme de mi abuela. Fue tan injusto. Vivió como una esclava toda su vida. La obligaron a casarse con alguien mucho mayor. Su marido solo la necesitaba para saciar su apetito sexual. Una mujer que le mantuviera la casa caliente, le tuviera la comida lista cuando llegara y lo cuidara. Sin embargo, se enamoró de quién no debió y más pronto que tarde la descubrieron. La lapidaron públicamente por cometer adulterio y lo pagó con su propia vida.

Cierro los ojos fuertemente para intentar borrar todos estos pensamientos de mi cabeza, duelen demasiado. Me llevo una mano a mi muñeca en la que aún guardo un recuerdo de ella. Una pulsera dorada muy fina y con el símbolo de amor. ¡Oh, Dios mío, no está! ¡La he perdido! ¿Cómo es posible? No puedo perderla. Seguro que se me ha caído cuando intentaba salvar a ese hombre. Debo recuperarla como sea. Mañana le diré a Miriam que me acompañe a ese lugar para

ver si está por allí.

Me acomodo y, aún con la placa entre mis manos, me quedo dormida.

Mi madre ya está haciendo ruido en la cocina y es imposible seguir durmiendo. Me levanto con toda mi melena, negra azabache, alborotada. Me percató de que todavía tengo la chapa de Will que encontré ayer clavándose en la palma de mi mano y, antes de que pueda encontrarla nadie y me pregunten qué hago con eso, me la guardo en un bolsillo.

—¡El desayuno está listo! —grita mi madre desde la cocina.

—Ya voy mamá.

Hay café recién hecho y, sinceramente, me va a sentar de maravilla para el día de hoy.

—Buenos días —aparece mi padre—. Laylak, anoche escuché ruido, ¿te pasaba algo?

—No, no, eh... estaba inquieta, no podía dormir.

—Entiendo —asiente mi padre. —Verás hija, tu madre y yo ya lo estuvimos hablando y creo que ha llegado la hora.

—¿La hora?... ¿De qué? No entiendo —frunzo el ceño.

—Te haces mayor, Laylak, y ya va siendo hora de que formes tu propia familia. Pensamos que es la mejor manera de que te centres de una vez por todas y dejes a un lado esas cosas que te rondan la cabeza de que quieres ser enfermera y todo eso. ¡Debes casarte Laylak!

—¿Casarme? ¿Estáis locos? —grito a mis padres.

—¡Eh, cuidado con lo que dices! —me apunta con el dedo mi padre.

—Pero, papá... no quiero casarme, y mucho menos así... con alguien a quién no conozco y al que no amo.

—Amor... ¿amor dice? —dirige su pregunta hacia mi madre como si lo que acabo de decir fuera la mayor locura.

—Sí lo conoces, hija —toma la palabra mi madre. —Se trata de Asad, es como de la familia. Eras muy pequeña cuando lo viste por última vez, pero ya verás cómo lo reconoces cuando lo veas. Llevamos años haciendo planes para unir a nuestras familias.

—Esto no puede estar pasando... ¿de verdad pensáis hacerme esto? No quiero casarme con ese hombre ¿Me oís? ¡No lo voy a hacer! —alzo la voz aún más enfadada que antes.

—¡Basta ya, Laylak! —me abofetea mi padre. Tan fuerte que me parte el labio y caigo de inmediato al suelo—. ¿Acaso no muestras respeto por el Islam? ¡Nos debes respeto y obediencia! Lo hacemos por tu bien, hija. Sigo tirada en el suelo, cubriéndome parte de la cara y el labio, con los ojos inundados en lágrimas a punto de rebosar, pero las aguanto. No lloro. Me guardo mis sentimientos en mis adentros más profundos, me pongo en pie y agachando la cabeza, les pido perdón mientras el sabor a metal de la sangre se desliza por mi garganta.

—Hija, solo queremos tu felicidad y que seas una buena mujer como manda la *Sharía*—. Se acerca mi madre a mí para acariciarme. Y yo, lo único que hago es mirarlos, asentir y aceptar un futuro de sufrimiento y odio.

—He visto que faltan algunos ingredientes para la comida de hoy, —afirmo a mi madre cambiando de tema —si quieres puedo ir al mercado a por ellos.

—Laylak, sabes que no puedes ir sola —interrumpe mi padre.

—Sí, ya lo sé... había pensado decirle a Miriam que me acompañe. Solo por esta vez. No pasará nada.

—De acuerdo. Pero no tardéis mucho, es peligroso que andéis las dos solas por ahí.

—Sí, mamá.

Llamo varias veces a la puerta. ¿Por qué tarda tanto en abrir esta mujer? Su casa está pegada a la nuestra y muchas veces hablamos por las ventanas de nuestras habitaciones que dan a un pequeño patio interior. Llevo días sin saber de ella y siento angustia. ¿Le habrá pasado algo? Aquí, cualquier día, puede ocurrirte algo.

Me paso la lengua por la comisura del labio que aún sabe a metal por la pequeña herida que me ha hecho mi padre al golpearme.

Suena el pestillo al abrir y asomo un poco la cabeza por el hueco que está entreabierto.

—¿Miriam?

—¡Laylak, eres tú! —dice aliviada mi amiga.

—¿Quién sino iba a ser? ¿Te encuentras bien? —le pregunto verdaderamente preocupada.

—Sí, claro que sí... es que llevo días sin saber nada de Abdul y estaba asustada. Ya sabes que anda metido en esos líos de los que odio hablar. Prefiero no saber mucho.

Percibo como quiere esquivar la conversación por miedo a que a mí también me pase algo por saber más de la cuenta.

—Está bien.... Bueno, yo venía a preguntarte si quieres acompañarme al mercado. No tardaremos. Además, tengo algo que contarte—. Consigo intrigarla mientras le hablo en voz baja, acercándome a su oído para que nadie pueda oírnos.

—Claro que sí, dame un momento para cambiarme.

Llevamos un rato caminando. Apenas se puede ver vestida así, pero es la ley. Muchas mujeres se caen por el peso de esta tela. Sé de algunas que no soportaron la presión de ir completamente silenciadas de por vida y terminaron suicidándose. Un horror.

A través de la rejilla a la altura de los ojos puedo ver miles de milicianos en cada esquina, coches con islamistas montados en la parte trasera de la camioneta al descubierto, con un amplio arsenal militar.

Le voy contando a mi amiga lo que me ocurrió la noche anterior. Lo de la explosión, que tuve que poner a salvo a un militar americano, que le curé las heridas, que estuvimos hablando y, también, lo que me hizo sentir.

—Dios mío Laylak... No debiste salir, las cosas están cada vez peor, cualquier día te van a pillar. Me da miedo que pueda pasarte algo.

—No me pasará nada, Miriam, tranquila, estoy bien. Anoche me sentí viva ¿sabes? Lo volvería a hacer de nuevo sin pensar.

—¿Y ese hombre? ¿Cómo se llamaba?

—Will—. Sonríe aprovechando que nadie puede verme.

—¿Y cómo es ese tal Will? ¿Es guapo? —se interesa mi amiga.

—Pero bueno, Miriam... —suelto avergonzada.

—¿Qué? Solo quiero saber cómo es—. Se ríe.

—Pues la verdad es que sí. Es alto, fuerte, rubio y con el distintivo corte de pelo militar, ojos verdes... el típico militar americano —ríe con ella. —Aunque, me transmitió algo que no sabría explicarte muy bien. Una sensación de nervios, locura, problemas... y paz. Mucha paz.

—Santo cielo, Laylak ¿no te gustará no? —pregunta sabiendo lo que me harían si alguien se llegara a enterar.

—¡Pues claro que no! —contesto muy segura. Aunque al decirlo en voz alta me doy cuenta de que no es verdad—. Además, sería imposible algo así y tampoco nos volveremos a ver.

En ese momento unas voces suenan a través de múltiples altavoces que hay por las calles:

“¡Este es el destino del traidor!”.

Un grupo de milicianos empieza a lanzar disparos al aire y empujan a la gente para reunirlos y sepan lo que les pasa a los que traicionan y se alejan de ellos.

Colocan a un hombre, con los ojos vendados, delante de una mesa desvencijada, con una de sus manos apoyada en ella. Entre varios lo sostienen para que no se mueva y puedo oír sus gritos y lloros, implorando que no lo hagan. Pero está claro que lo hace en vano. En el instante en que uno de ellos coloca una azuela sobre su muñeca, observo como coge fuerza para golpear el hacha con un mazo y así poder cortarle la mano.

Giro la cabeza bruscamente para apartar la mirada, aunque tarde. Lo tendré grabado para siempre. No es la primera barbarie que presencio, pero nunca me acostumbraré a esto y unas ganas de vomitar se apoderan de mí.

—Vámonos de aquí, no puedo más—. Tiro del brazo de mi amiga para abrírnos paso entre la multitud.

—¡Todo esto es horrible! —suelta Miriam llevándose las manos a la boca.

—¿Te encuentras bien? —me intereso por el bienestar de mi amiga con una entereza que hasta a mí me asusta.

—Sí, dame un segundo, se me ha revuelto el estómago. Deberíamos volver a casa.

—Sí, claro, pero antes debo hacer una cosa.

—¿El qué? —quiere saber mi amiga sabiendo que siempre que sale conmigo acabamos inmersas en alguna locura.

—Estamos cerca del lugar en el que salvé a Will. Necesito encontrar algo que se me perdió.

—¿Quién? —parece haber olvidado por completo que le he hablado de él hace unos minutos.

—¡Will! El militar de anoche...

—Ah, sí, sí... Pero ¿tiene que ser ahora?

—Sí, Miriam, es ahora o nunca. Necesito encontrar la pulsera de mi abuela. Tuve que perderla ahí.

Conseguimos llegar hasta la casa abandonada de anoche y le digo a mi amiga que espere en la entrada por si viene alguien. Creo que está asustada y muy nerviosa, así que voy a intentar darme prisa.

No tengo ni idea de si estará por aquí, pero tengo que buscarla. Me echo el velo para atrás para dejar al descubierto mi cara y poder ver mejor. Todo está cubierto de escombros, piedras, trozos de yeso del techo, polvo, tierra y bloques de hormigón.

No dejo de buscar y mi amiga cada vez me mete más prisa para que acabe rápido. Justo cuando daba por perdida la búsqueda alcanzo a ver un papel con algo escrito en el mismo lugar en el que curé a Will.

Me acerco a él, lo cojo y leo: Laylak.

Él volverá a hacerte reír

“¡Gracias, Laylak!

Es lo primero que puedo decirte después de todo lo que hiciste por mí. No era tu obligación y mucho menos si ello conllevaba crearte problemas si alguien te hubiera descubierto. Aún así, quería decirte que gracias a tu humanidad, solidaridad y valentía estoy aquí escribiéndote esta... ¿Nota? ¿Carta? No sé si se le puede llamar así. Es la primera que escribo después de mucho tiempo sin hacerlo.

Cuando te fuiste encontré algo que creo que es tuyo. Una pulsera muy bonita con un símbolo que no logro saber que significa. Supongo que se te cayó mientras intentabas ponerme a salvo. Intenté devolvértela, pero cuando salí para ver si aún estabas por aquí ya te había perdido.

Tranquila, la guardaré y cuidaré como si fuera mía. Si quieres recuperarla tendremos que volver a vernos ¿no crees?

Atentamente, Will.”

Mi corazón va a mil por hora y una gran sonrisa ilusa se hace presente en mi rostro. No tengo muy claro si debería hacer esto. La emoción se apodera de mí y solo tengo ganas de seguirle el juego. Un juego que acaba de comenzar con esta nota y que hace evadirme de todo este horror.

—¡Miriam, deprisa, dame papel y bolígrafo! ¿Llevas encima?

—Sí, espera, —entra mi amiga en la casa conmigo y busca en su bolsa para ver si encuentra lo que le he pedido —no tengo papel, pero tengo un lápiz.

—Está bien. Me sirve.

—¿Qué vas a hacer? —sigue asustada por si viniera alguien.

—Voy a contestarle.

—¿A quién?

—Miriam... ¿en serio? ¡A Will! Me ha dejado una nota y voy a responderle. Yo también tengo algo que le pertenece.

—Por Alá, Laylak ¿estás segura? Esto es una locura.

—¿Y cuando no he hecho yo alguna, Miriam? —elevo las cejas a lo más alto y sonrío mientras escribo en el mismo papel que él me ha dejado.

“Hola, Will.

No me lo agradezcas más, hice lo que debía y cualquiera lo hubiera hecho. Gracias por encontrar mi pulsera, es muy especial para mí. Si dices que la cuidarás tendré que confiar en tu palabra. Por cierto, ese símbolo que no sabes descifrar, significa amor.

Yo también tengo algo que te pertenece. Te lo dejaría aquí mismo junto a esta nota, pero creo que sería mejor dártelo en mano. No sé muy bien cómo podemos hacer para vernos.

Quizás no vuelvas por aquí, pero guardo la esperanza de que sí y puedas leer esto.

Laylak.”

Dejo la nota en el mismo lugar en el que estaba, la miro con un ápice de esperanza por volver en cuanto pueda y ver si hay respuesta. Agarro a mi amiga del brazo y salimos corriendo de allí. Se nos ha hecho muy tarde y mis padres se preguntarán dónde estoy metida.

Por primera vez en mucho tiempo siento emoción y felicidad. No puedo parar de sonreír y de imaginar que nos volveremos a ver. Quizás esté totalmente loca, pero me da igual. Mi corazón me dice que me deje guiar por él y haga lo que me nace, y ahora mismo es esto.

No sé si voy a poder escaparme esta noche... haré todo lo posible por salir antes y pasar por ahí de camino a clases para ver si Will ha podido leer la nota.

Estamos llegando a casa cuando veo a mi padre y a mi hermano saliendo muy apresurados.

—Karím, papá... ¿adónde vais?

—Laylak, por fin —contesta mi hermano.

—¿Se puede saber dónde te habías metido? —grita mi padre enfurecido.

—Hemos ido al mercado, ya lo sabías.

—¿Todo este tiempo has estado comprando? No sé porqué, pero no te creo, Laylak. ¡Entra ya! Miriam, vete a casa, tu marido ya ha llegado y te estará buscando. Sabéis que no podéis andar solas por ahí.

—Sí, señor Faruq.

—Pero... ¿qué pasa? —pregunto a mi padre al verlo tan alterado. Me quito rápidamente el *burka* y me doy la vuelta para mirarlo.

Me aferra del brazo muy fuerte, me zangarrea y empieza a gritarme diciéndome que es la última vez que salgo así. Me lleva hasta mi habitación, me empuja hacia dentro haciendo que me caiga al suelo y cierra la puerta.

Tengo ganas de llorar, como tantas veces desde que tengo uso de razón. Me siento en una cárcel en esta familia, en esta ciudad... todo esto me supera.

“¿Por qué soy distinta a las demás? ¿Por qué no puedo, simplemente, obedecer como el resto?” Me digo a mí misma mientras sigo tirada en el suelo. Me niego a ser así.

No puedo estar de acuerdo con una sociedad en la que no hay respeto, ni empatía, ni amor, ni solidaridad...

Todos esos rezos que hacen cada día ¿de qué sirven? ¿Cómo pueden matar en imponer leyes en su nombre? Dios no es así ¿porqué lo malinterpretan todo? ¡No ven más allá! En el fondo solo quieren gobernar, mandar, que las mujeres les obedezcamos y guardemos respeto a lo que manda la *Sharía*. Es imposible que algo así proceda de un ser sobrenatural.

Un cúmulo de sensaciones se apodera de mí. Estoy cansada de todo esto... ¿para qué seguir viviendo? Y encima quieren que me case con ese hombre, que si no recuerdo mal estaba involucrado en algún clan del *Daesh*. ¡Sería como meterme en la boca del lobo! Servida en bandeja de plata para una vida de sufrimiento y amargura.

En un acto reflejo y sin ser muy consciente de por qué mi cerebro ha mandado esa señal, me llevo la mano al bolsillo y saco la placa de identificación de ese soldado en el que no puedo parar de pensar.

Me acomodo en el suelo, apoyada en la pared, la dejo sobre mi mano y vuelvo a acariciar cada grabado como la noche anterior. Cuando lo hago noto como se me pone la carne de gallina, no sé si por el miedo a ser descubierta o por los sentimientos tan extraños y nuevos que siento por ese hombre al que apenas conozco.

Echo la cabeza para atrás, cierro los ojos e intento no pensar en nada, pero mi mente va por libre y no para de darle vueltas a todo. Tengo que volver a ver a ese hombre y no sé cómo voy

hacerlo.

Debería dejarme de tonterías, es imposible.

Dirijo la mirada hacia el escondite secreto de debajo de mi cama y me percaté de que la losa está mal colocada.

Una sensación de angustia me recorre el cuerpo. ¿Lo habrán visto o fue culpa mía? Seguramente, con las prisas de anoche no la coloqué bien. Levanto con mucho cuidado la losa para no hacer ruido y me quedo tranquila al saber que está todo tal cual lo dejé. Sin embargo, ese pequeño libro que encontré hace tiempo y que tenía escondido capta toda mi atención, como la primera vez que lo vi tirado en el suelo entre escombros y con una hermosa cruz dorada en el centro.

Si mi padre me viese con esto en las manos no quiero saber qué me haría. Y no solamente por ser el libro que es, sino por el simple hecho de verme leer. Nunca me he atrevido a abrirla, sin embargo, ahora siento la necesidad de hacerlo. Así que la cojo con las dos manos, aún teniendo la placa en una de ellas, y sin buscar ninguna página en concreto, la abro.

“Así que ÉL volverá a hacerte reír, y en tus labios pondrá una radiante sonrisa. Job 8:21”

Me quedo leyendo esa frase una y otra vez, como si fuera un mensaje directo para mí. No entiendo muy bien si es Dios, el destino o una simple coincidencia; aunque no creo mucho en ellas, pero está claro que tenía que leerlo.

Suelto un suspiro, la cierro, paso mis dedos por la cruz de la tapa y la vuelvo a guardar junto a todas mis cosas.

La voz de mi amiga desde el otro lado de la ventana suena sin parar. Es el único sitio donde podemos hablar sin que nadie nos vea ni nos oiga.

—Laylak ¿estás bien?

—Sí, sí... no ha sido nada, Miriam. Gracias por preocuparte. Tan sólo me ha dejado aquí encerrada. Siento haberte hecho venir conmigo a ese lugar. Ya sé que desde que el ISIS controla gran parte del país no debemos salir a la calle sin un hombre.

—Tranquila, Laylak. Es difícil acostumbrarse a todo esto. Verás, llevo tiempo queriendo decirte esto... me daba miedo que pasase algo si alguien se enteraba de...

—¡Miriam! —oigo de fondo la voz del marido de mi amiga.

—¡Oh, no! —suelta de golpe —tengo que dejarte. Te lo cuento en otro momento.

—No, espera, no me dejes así ¿qué tengo que saber? —pregunto cuando ya es demasiado tarde para que me oiga.

Esto va de mal en peor. ¿Qué querría decirme? La he notado alterada. Intentaré hablar con ella en otro momento.

Me tumbo en la cama a la espera de que mi padre aparezca por aquí y me deje salir de una vez por todas.

La oscuridad delata a quienes brillan

Me quedé dormida y el tiempo ha pasado en un simple suspiro. El sonido de la puerta de la habitación al abrirse hace que me espabile. Desde que me escapo cada noche para ir a clases estoy más cansada y solo espero que mis padres no se den cuenta al verme siempre así.

—¿Laylak?... Papá dice que ya puedes salir. Es hora de cenar ¿ayudas a mamá en la cocina?

—Sí, voy —respondo a mi hermano restregándome los ojos.

Me dirijo a la cocina donde está mi madre metida en plena faena. La ayudo sin más, no le digo nada. Noto su mirada anclada en mí. No se atreve a articular palabra, hasta que ya no aguanta más el silencio.

—Hija, tienes que obedecer a tu padre. No puedes comportarte así. Solo quiere que cumplas lo que manda la *Sharía*, que seas una buena musulmana y que respetes el Islam.

¡Menuda farsa! ¿Cómo le hago entender que yo no pienso igual? ¿Qué tendrá que ver todo eso que imponen con matar a mujeres y niños? ¿Que viviendo así se tiene más miedo que con el régimen anterior? Creo que nunca lo entenderán, así que me limito a darle la razón, asentir y decirle que no volverá a pasar.

—Está bien, mamá.

—Venga anda, vamos a cenar.

Mi padre ha llegado algo más tarde de lo habitual. Oigo como le cuenta a mi madre a escondidas algo de que tenía una reunión con no sé quién. Que están preparando algo grande de lo que hablará todo el mundo. No quiero escuchar más.... No, si yo no voy a poder hacer nada. No me queda otra que ver cómo nos asesinamos unos a otros.

Estoy harta, así que después de comer un poco de tajín de cordero con calabacín, les doy las buenas noches y me voy a mi habitación.

Han pasado un par de horas y sigo inmersa en mi escritura. Tengo una especie de cuaderno en el que escribo lo que pienso, lo que siento, las cosas que están pasando aquí. Una especie de diario. Me gusta plasmar en estos papeles todo lo que mi corazón y mi mente sienten. No tengo claro que quiera dedicarme a la escritura en un futuro, siempre he soñado con ayudar a la gente, salvar vidas... Quizás, también sea mi subconsciente al ver cada día la realidad.

Sin embargo, la escritura me ayuda a desahogarme cuando ya no puedo más y me sirve para gritar lo que debo obligarme a callar. Así fue cómo me lo enseñó ella; mi abuela. Se llamaba Salma. Y eso era ella para mí, paz; tal y como significaba su nombre.

Empecé a escribir mucho más seguido tras su muerte. Después de que la asesinaran.

Hace bastante rato que el silencio se ha adueñado de nuestra casa. ¿Se habrán dormido ya? Me asomo con mucho cuidado a la habitación de mis padres para cerciorarme de que no están despiertos y puedan escucharme. Cojo mi bolsa, me pongo el pañuelo y salgo a toda prisa.

Tengo que ir con mucho ojo. Es muy peligroso salir así, pero voy corriendo hasta la casa en ruinas para ver si ese soldado ha contestado o si por casualidad me lo encuentro.

Llego totalmente asfixiada. Creo que jamás en mi vida he corrido de este modo. Me detengo en seco en la puerta de la entrada, me inclino un poco hacia delante apoyando las manos en mis rodillas e intento respirar como de costumbre para recuperar el aliento.

Sinceramente, no tengo muchas esperanzas en que me haya respondido. En mitad de toda esta guerra no queda lugar para estos jueguecitos.

Aún así entro en la casa esperanzada.

Voy directa a ese rincón y lo veo ahí, un papel más grande que el que me dejó la primera vez. Mi nombre ocupa la parte externa del folio doblado. Igual que el anterior. ¿Qué hago, lo cojo? Si lo hago sé que no habrá vuelta atrás y no sé cómo acabará todo esto. Aunque, podría ser perfectamente una simple nota de despedida: “Me alegro de haberte conocido, pero adiós.”

Todo esto es tan nuevo para mí que, quizás, solo sean ilusiones mías el pensar que ese hombre pueda cambiar mi vida.

Siempre he sido de las que se arriesgan, por lo que me armo de valor, saco un mechero que he cogido del mueble de la entrada de casa y alumbro bien la carta.

La leo.

“Querida, Laylak...

No estaba muy seguro de responderte. Pienso que todo esto es muy peligroso. Más para ti que para mí, yo al fin de cuentas vine aquí para luchar y defender lo que creemos justo, así que mi vida podría terminar en cualquier momento. No obstante, no sé muy bien porqué, algo en mí sentía la necesidad de hacerlo.

Bastó un momento, una persona... ¡Tú!... el mínimo detalle fue esencial y suficiente para cambiarlo todo. Por eso, finalmente, me he atrevido a hacerlo.

Tal vez debería haber muerto esa noche, pero tú cambiaste mi suerte. Mirarte por primera vez fue como ver la luz al final del túnel. Cuando unos ojos te atrapan, por más que intentes hacer todo lo imposible y escapar de su encanto, no podrás hacerlo. ¡Ya será tarde! ¡Es tarde! Puede parecer una locura, pero eso mismo me ha pasado contigo. Y te puedo asegurar que es muy difícil dormir cuando la mente no se calla. Por eso te escribo, porque poder hacerlo es tan bonito, que es la única forma que tengo de decirle a mi corazón que continúe sonriendo ante tanto tormento.

En esta guerra en la que todo podría terminar ahora mismo, el destino mezcla las cartas y nosotros las jugamos, así que yo decido jugar.

¿Te atreves?

Con cariño, Will.”

¿De verdad está ocurriendo esto? Pienso que en cualquier momento alguien me dirá que todo es una broma y que sólo quieren tenderme una trampa. Al fin y al cabo soy una chica musulmana viviendo con personas rodeadas de brigadas *yihadistas*. Sería un blanco fácil para llevarlos hasta ellos, y, siendo sincera, nada me gustaría más para acabar con todo este horror.

Creo que mis pensamientos y el miedo a toda esta situación quieren buscar la excusa perfecta para no contestar a la carta de este hombre que dice que piensa en mí.

Realmente no sé qué decirle. Estoy nerviosa e ilusionada. Jamás pensé experimentar una situación así y me hace sentir viva, con ganas de implicarme en esta aventura sin pensar mucho en cómo me puede afectar.

Saco mi libreta de la bolsa, arranco una hoja y todas estas emociones nuevas que siento me instan a escribir.

“Querido, Will;

Me alegra saber que al final te atrevieras a escribirme.

Te diré algo, la oscuridad delata a quienes brillan. Es algo

que pienso desde siempre, pero la noche que te vi en mitad de la penumbra, lo comprobé. Eras esa especie de luz a la que no pude evitar acudir.

Seré sincera contigo, todo esto es nuevo para mí. Además, la situación aquí en Raqqa cada vez es más tensa y corremos peligro. No debería estar haciendo todo esto... ni salir sola de casa, ni escribirte, ni... pensarte. Sí, lo admito, desde que nuestros caminos se cruzaron, he pesando más de la cuenta en ti.

Aunque puedan descubrirme tarde o temprano, y esté en peligro, siento que deberíamos volver a vernos. Tengo algo que te pertenece y tú tienes algo mío.

Por lo tanto... sí, me atrevo a lo que sea esto. Si quieres que nos veamos de nuevo quedemos aquí, mañana, cuando ya haya anochecido.

¡Te esperaré!

Con cariño, Laylak.”

Releo lo que le acabo de escribir y noto todo un fuego en mi interior. Me arde cada parte de mi cuerpo. Ese hombre llamó mi atención en el acto y no puedo olvidarme de él. Esas palabras que me ha dicho son tan bonitas, que las memorizo una por una por si tuviese que deshacerme de esta carta para siempre.

De repente, unos disparos me hacen volver al momento presente para darme de bruces con la realidad. Dejo la carta en el suelo, apoyada en la pared. Intento salir de esta casa lo más cuidadosa que sé. Callejeo todo cuanto puedo y busco los atajos más seguros para llegar a salvo hasta el refugio subterráneo que pudo conseguir Fátima para poder continuar con las clases.

Hay un gran alboroto cuando consigo llegar sana y salva. Todas están hablando y quejándose sobre algo.

—¿Qué ha pasado Fátima? —consigo preguntar a mi maestra.

—Oh, Laylak... nos hemos enterado que han llegado nuevas chicas austriacas en busca de un sueño inconcebible.

—¡Dios mío! —me llevo las manos a la boca.

—Esas adolescentes... solo son unas crías. Para ellas es una aventura y un estado de rebeldía contra su familia. Lo que ellas desconocen al ser las futuras esposas de los “guerreros santos” del Estado Islámico es que acabarán formando parte de un harén y sirviendo de esclavas sexuales. Acaban de emprender un viaje sin retorno en el que acabarán embarazadas y sin poder salir de Siria.

—¡Qué horror! Debemos ayudarlas, Fátima. ¡Algo podremos hacer! No sé. Ponernos en contacto con alguien, buscar quiénes son sus familias...

—Tú siempre tan desvivida por los demás y tan humana Laylak... Ojalá existieran más chicas como tú aquí. No podemos hacer nada. No conocemos a nadie que nos diga qué debemos hacer ni cómo debemos actuar para ayudarlas.

—¿Se sabe a dónde las van a enviar? —agarro sus manos y alzo las cejas interesada para hacer todo lo que pueda para salvarlas.

—Solo sabemos que las enviarán a unas de esas casas de acogida hasta que les encuentren marido.

—Pero ¿no sabemos a cuál de ellas? Hay unas cuantas en la ciudad.

—No tenemos ni idea. Lo siento, Laylak. Ojalá pudiésemos hacer algo.

La tristeza se apodera de todo mí ser. No tengo palabras para describir todo lo que se vive aquí.

Cuando llego a casa y me tumbo en mi cama solo pienso en esas pobres chicas que se dejaron convencer y les comieron la cabeza con ideales fantasmas ofreciéndoles una vida mejor a la que tenían con sus familias y amigos del instituto.

La mayoría de chicas que llegan a Raqqa con promesas incumplidas tan solo rondan los quince o dieciséis años. Normalmente son captadas por alcahuetas cibernautas que asesoran a las jóvenes sobre cómo llegar a Siria, ofreciéndoles alojamiento gratis; casas o residencias lujosas, y haciéndolas pensar que vivirán en un autentico paraíso a la vez que ayudan a luchar contra la causa. Cuando llegan aquí se dan cuenta de que la realidad es otra y mucho más dura, pero llegados al punto ya es tarde. Nunca desarrollan un papel activo en la *Yihad*.

En la estricta interpretación del Islam que procesa el Estado Islámico no se contempla el papel de la mujer guerrillera. Su papel sagrado es dar a luz a los hijos de los “guerreros”, criarlos y enseñarles para que ellos sigan perpetuando la especie islamista.

¿Cómo ayudarlas? Siento impotencia por no poder hacer más. Ojalá hubiese una forma, aunque fuese socorrer a esas pobres chicas que acaban de llegar.

Necesito encontrarlas como sea.

Una paz fortuita

Siquiera ha entrado la luz del día por la ventana y aún no he escuchado resonar la primera oración de la mañana. No he podido dormir en toda la noche pensando en esas niñas. No puedo dejar que arruinen su vida, pero ¿qué puedo hacer? Ando perdida en esto y no tengo quién me ayude. Tengo que encontrar la forma.

No quiero estar mal con mi familia y necesito buscar información. Mi padre se rodea con gente influyente y tiene contactos de los que preferiría no saber nada. Aún así, tengo que hacerlo. Por ellas.

Me levanto con una energía que ni me explico, pues llevo días sin descansar nada. Voy directa a la cocina para preparar el desayuno. Cuando se levantan mis padres se encuentran la

mesa repleta de comida, café y té recién hecho.

—¡Que sorpresa, Laylak! ¿Estás de buen humor hoy? —pregunta mi madre.

—Solo quería pedirlos perdón por estos últimos días.

—Así deber ser —contesta mi padre a la vez que se sienta a la mesa—. Me alegro de que hayas entrado en razón, hija.

—Vaya, vaya, hermanita... si al final te vas a hacer una mujer como Alá manda —pongo los ojos en blanco.

—¡Tú cállate, Karím! —le suelto a mi hermano. —¡Desayunemos!

El día pasa como de costumbre. Mi madre y yo salimos junto a mi hermano para ir a hacer la compra al mercado.

Recorremos cada calle, destrozada por los bombardeos, y miro a nuestro alrededor a través de esta tela que cubre mi cuerpo. Miro al pasado y recuerdo una infancia feliz, dentro de lo que supone vivir aquí. Se respiraba otro ambiente. Sin embargo, ahora, aborrezco mi futuro en esta familia, en esta ciudad, en este régimen... Odio en lo que se ha convertido este país y temo a lo incierto del día a día abriéndose camino entre tantas vidas humanas.

Hace tiempo que los hombres de aquí perdieron el norte con hechos atroces, con soberbia, poniendo en boca de Alá palabras que justifican esta barbarie de guerra. El régimen del temor ha calado muy hondo y el miedo ha conquistado cada rincón. ¿Dónde están esos niños que se divertían jugando en la calles, escuchando música y viendo la tele? Ahora, “juegan” a las guerrillas y muchos de ellos ya saben cómo sujetar un fusil.

Cada callejón está repleto de cuatros por cuatros con milicianos armados. En varias esquinas estratégicas hay camiones de militares americanos, siendo partícipes de la paz fortuita que se respira por un instante, como esperando al momento idóneo para acabar con este silencio y dar paso a apretar gatillos y escupir pólvora.

—Laylak, despierta, que parece que estás atontada... ¡camina más rápido! ¿Se puede saber en qué piensas? Tenemos que volver ya a casa —me hace recuperar el sentido mi hermano.

Vuelvo en sí, apresurando el paso para alcanzar a mi madre y a Karím, giro la esquina y me choco con alguien. Está inmóvil, como si apenas hubiera sentido el golpe que al parecer solo he

notado yo. No se ha movido ni un milímetro. Como una gran piedra anclada al suelo. Es grande y fuerte, lo sé porqué aún no he levantado del todo la vista y lo primero que veo son sus venas marcadas en gran parte de sus antebrazos, los cuales mantienen firme el arma. Me resultan familiares, como si ya los hubiera visto antes.

—¿Se encuentra bien?

Esa voz, no puede ser... levanto la cabeza lo más rápido que puedo para cerciorarme de que es quién creo que es y... efectivamente, no me equivocaba, esa voz sería imposible olvidarla nunca.

—¡Will! —suelto sin querer.

—¿Nos conocemos? —pregunta intrigado.

Claro, como va a saber quien soy si voy cubierta por este velo integral de los pies a la cabeza.

—¡Hija!, ¿Se puede saber qué haces? ¿Estás loca? ¡Vamos! —gritan mi madre y mi hermano mirando a los lados por si me ha visto la policía religiosa frente a él.

—Estoy bien... no... ha sido nada, no... no se preocupe—. Consigo decirle mirándole a los ojos sin que él pueda ver los míos y antes de marcharme a toda prisa.

—Tío, esta gente está como una cabra ¿tú ves esto normal? —alcanzo a escuchar a su compañero.

—Shhh, cierra el pico, Michael —contesta él manteniendo aún su mirada fija puesta en mí, con el ceño fruncido y confundido.

Es cerrar la puerta de casa y un temblor recorre mi cuerpo. No es miedo, sino emoción por haberle visto de nuevo. Las rodillas me tiemblan. Me hubiese gustado decirle que era yo, Laylak, la chica que lo salvó, a la que le dejó las notas y con la que se ha citado esta noche si leyó la última carta. Quiero contárselo a mi amiga, es mi único apoyo que tengo cerca y necesito explicarle lo que siento sin que me juzgue.

—¡Miriam! ¡Miriam! —alzo la voz lo necesario para que ella me oiga, pero nadie más.

—Laylak ¿ocurre algo? —aparece a los pocos segundos.

—¡No te vas a creer lo que me ha pasado! ¡Lo he visto! —le digo entusiasmada.

—¿A quién?

—¿A quién va a ser? ¡A William, Miriam... a Will!

—¿Al soldado? —contesta con los ojos como platos e intentado hablar en voz baja para que su marido no nos oiga.

—Sí, Miriam, al soldado... ¿Qué te pasa, tienes pérdidas de memoria o qué? Últimamente te noto ida, como si estuvieras pensativa... ¿te ocurre algo?

—Perdona, tengo muchas cosas en la cabeza. Necesito contarte algo que ya no puedo esconder más, pero ahora no es el momento...

—¡Cuéntamelo! No me puedes dejar así, Miriam. ¿Es lo mismo que querías decirme ayer?

—Sí, pero no puedo ahora. Cuando Abdul no esté en casa. Te lo prometo. Ahora es muy peligroso. Bueno, ¿qué me estabas diciendo sobre ese tal William? —sigue preguntando intrigada y preocupada por lo que me pueda pasar.

—Que lo he visto. Me he topado con él cuando iba con mi madre y mi hermano, aunque no ha sabido que era yo. Si lo hubieras visto Miriam... es tan guapo y sexi, además ese uniforme mimetizado le sienta tan bien.

—¿Tú te estás escuchando? Pareces una cría de esas que salen en las películas y novelas —se ríe.

—No digas tonterías. Además, nunca he visto nada de lo que dices. Simplemente... es una

apreciación.

—¿No sentirás nada por él? —sigue extrañada por verme actuar de esta forma.

—Ni hablar... Si no lo conozco, además sería algo totalmente imposible. Lo que ocurre es que nunca había experimentado algo así y... solo es un juego en medio de todo este horror. Aunque, si te soy sincera, no sé... siento algo extraño que no había sentido nunca.

—Por favor, Laylak, ten mucho cuidado, no me gustaría que te pasase nada.

—Que sí, que sí. No te preocupes. Le dejé una nota para que quedásemos esta noche. ¿Y si no va y me estoy haciendo ilusiones?

—¿Y has pensado que harás o qué le dirás si sí aparece?

—Pues no, la verdad. Ni se me ha pasado por la cabeza. En el fondo creo que es porque sé que todo esto es una locura y si ese hombre está en su sano juicio no volverá por allí.

—¿Qué piensas hacer suponiendo que os veáis? —su tono no es el de alguien que quiere estar al corriente de todo, sino más bien para que sea consciente de que no puede salir nada bueno de esto y sea yo la que no acuda al encuentro.

—¡No lo sé, Miriam! Ya me conoces... me dejo llevar por el momento. Que sea lo que Alá quiera.

—Sí, te conozco bien, por eso sé que como acudas a esa cita no habrá vuelta atrás y tu vida cambiará.

—Deja de decir tonterías. Tan solo vamos a vernos una vez más. No pasará nada.

—Lo que tú digas, Laylak, pero esto no me gusta. Aún así, me alegra verte más feliz y con esa sonrisa tan bonita que tienes y que dejabas tan escondida en los últimos meses.

—Gracias, Miriam —vuelvo a sonreír cariñosa—. Por cierto, te quería pedir un favor. Necesito saber si tu marido dice algo sobre unas chicas austriacas que acaban de llegar a Raqqa. Por lo que parece han dejado todo para vivir el sueño que le han vendido por las redes sociales durante meses y venir a Siria para servir en el Califato.

—Madre mía ¡pobres chicas! No sé... Abdul está muy callado últimamente. Sé que están planeando algo grande, pero lo hace todo con mucho secretismo. Y respecto a esas chicas... no sé si podré ayudarte.

—Cualquier dato me vale Miriam, lo que sea. No puedo quedarme de brazos cruzados.

—Está bien, veré que puedo hacer.

—Gracias.

—Tengo que dejarte. Hablamos en otro momento y ten cuidado esta noche, por favor.

—Sí, tranquila. Adiós.

A dos pasos o a dos vidas

Esta noche, todo está en silencio. Parece extraño, pero llegada esta hora no hay ojos alrededor, simplemente oídos. Crees que no te oyen, pero están ahí, esperando a que cometas un error para poner fin a tu vida o a hacerte cualquier cosa inhumana.

Creía que no llegaría este momento, las horas se me han pasado demasiado lentas. Hago todo lo posible para que nadie me vea e intento pasar por cada calle sigilosa para llegar hasta allí. Estoy alterada, con la respiración agitada y con un escalofrío interior por ver si ha acudido a la cita.

El ambiente es cálido y se presenta una noche larga. En cada paso apresurado que doy puedo escuchar el estruendo de mi corazón con cada latido ante el silencio que me rodea y el murmullo de lo imposible.

Llego sin ser vista. ¡Menos mal! Hace demasiado calor y cerciorándome de que no hay nadie que me pueda ver, me aflojo un poco el pañuelo para sentir la poca brisa nocturna en mi cuello, el resto de mi cara, mi pelo...

Me planto delante de ese hueco en la pared dónde un día una gran puerta ocupaba su lugar. Cojo aire para afrontarme a lo que sea, aprieto los puños a la vez que cierro los ojos mientras inhalo y suelto el aire destensando mis manos. ¡Allá voy!

Entro por fin en esas ruinas que en su momento tuvo que ser una bonita casa de tres plantas. Está bastante oscuro, pero esta noche la luna brilla aún con más intensidad que otras veces y su luz blanca llega a alumbrar una gran parte del interior a través del tejado medio destrozado. Camino como puedo, esquivando cada trozo de piedra que hay en el suelo hasta que me detengo en seco para ver si finalmente hay alguien o alguna nota en el suelo que me diga qué hacer.

Me cuesta reconocerlo, pero al no ver a nadie, al ver que él no está aquí, me invade la pena y suelto un suspiro. “¡Eres una ilusa, Laylak! ¿Qué esperabas?” Me digo en voz alta. Quizás sea lo mejor y esto sea un error, no sé qué hago aquí... Le dije que lo esperaría, pero... acabo de arrepentirme. No puedo hacerlo.

Decido marcharme para no ponerme más en peligro y justo cuando voy a girar sobre mí, su sombra está ahí, casi tan pegada a mí que suelto un pequeño grito del espanto, llevándome las manos a los labios para que nadie me oiga.

—Shhh... ¿Esperas a alguien? —susurra con esa sonrisa de medio lado a la par que una de sus manos también cubre mi boca.

—Cielo santo. ¿Estás loco? —me deshago del bloqueo de sus dedos contra mis labios. Y ese simple gesto hace que ya eche de menos su contacto.

—¿Te he asustado? —acorta un poco más la distancia que nos separa.

—¡Pues sí! Podrías haberme avisado o haber hecho algún ruido al entrar.

—Olvidas que estoy entrenado para entrar en cualquier sitio sin ser visto ni oído ¿no? —ahora lo tengo justo frente a mí, tan cerca que tengo que alzar un poco más la vista para poder mirarle a los ojos. Esos ojos verdes resplandecientes que desearía verlos de nuevo a la luz del sol.

—Sí, imagino, pero me has asustado... Creía que no vendrías... Esto es de locos. Debería irme

—hago ademán para salir de aquí, pero su mano ase mi brazo. Delicado, pero firme.

—Hmm... ¿Así que te asustas fácilmente? —me suelto de su agarre.

—Para nada... no soy de las que se asustan. Soy más de las que se enfrentan a lo que sea —digo orgullosa levantando la barbilla —pero, reconoce que lo has hecho adrede.

—Está bien... llevas razón —se inclina un poco para ponerse más a mi altura—. Te he visto aquí, de pie, hablando sola que quería aparecer así sin más. ¡Lo siento! No pensaba que fueras a asustarte.

Está muy cerca, demasiado. Casi puedo notar su aliento en mis labios. Sus ojos penetran en los míos. Hace que me ponga nerviosa, aunque intento aguantarle la mirada sin pestañear para que se percate de que su presencia no me impone.

—Entonces, ¿piensas que esto es una locura? —inquieta poniéndose derecho viendo que su encanto no surte efecto en mí. Estamos de acuerdo en que eso no es cierto ¿verdad? No soy tan dura como pensaba.

—Totalmente. Y de las grandes. Si alguien nos viera sería el fin de nuestros días—. Me dirijo a una de las paredes para sentarme. Él sigue mis pasos y hace lo mismo.

—¿Y por qué has venido si esto podría acabar con tu vida?

—Lo único estable en mi vida es la locura, ella siempre está conmigo. Es la que me da alas para volar... aunque... ahora las tenga un poco escondidas. Me propusiste un juego en mitad de este conflicto bélico y aquí estoy.

—Ya veo. ¿Y por qué eres así? ¿Cuál es tu historia?

—¿Así, cómo? —frunzo el ceño, desconcertada.

—No sé, pareces fría y sin emociones, pero a la vez dulce y tierna —se desliza un poco más sobre el suelo para quedarse mucho más pegado a mi brazo.

—No me conoces... Puede que no veas mis sentimientos, pero están ahí, estoy llena de ellos. Sufro en silencio, amo con miradas cuando puedo y hablo con la sonrisa si el velo que tapa mi rostro me lo permite. Sin embargo, la rabia, el odio, el rencor están tan presentes que lucho cada día contra ellos para que no afecten a mi alma. A veces es tan difícil. Cuesta aceptar que la vida de una mujer aquí no vale nada, muchas terminan suicidándose. Yo decidí luchar por lo que quiero, pero en silencio hasta que llegue el momento.

—Comprendo. Esta situación no deja indiferente a nadie. Es injusto y atroz lo que está ocurriendo aquí. Bueno, aquí y en otros lugares.

—¿Y tú? ¿Porqué vosotros, los americanos, queréis erradicar a los musulmanes? —ahora mi pregunta parece algo más enojada tratando de buscar algún culpable.

—Laylak... solo soy un militar americano y sirvo a mi país. Queremos, quiero la paz. Defender nuestra patria es nuestro anhelo, nuestro deseo... Quiero proteger a la gente, ayudar a las mujeres y niños que están metidos en esto sin quererlo... Protegerte a ti —lleva su mano hacia mi cara para que la gire y lo mire.

—¿A mí? Yo no necesito que nadie me proteja. Sé cuidarme sola.

—Lo sé. Nada más hay que verte para saber que eres una chica fuerte, que ha vivido cosas que otras mujeres de este mundo ni se imaginarían, y que puedes apañártelas sin alguien como yo. Aún así... me salvaste la vida y cuando abrí los ojos lo primero que vi fueron los tuyos. En ese momento sentí algo muy extraño en lo más profundo de mí ser, como si mi misión fueras tú.

Sin darme cuenta estoy sonriendo al escuchar esas palabras. Una sonrisa verdadera, como hacía tiempo que no mostraba, total no había nadie a quién poder lanzársela. Entonces, reparo en que aún existe una pequeña esperanza de volver a ser feliz. Es ahora, viéndolo a él, y sonriendo

como si nunca me hubieran hecho daño, cuando comprendo que es él. Solo él. El corazón no se equivoca. Pero no puede enterarse y yo tengo que borrar ese pellizco en mi alma.

Will me responde con una sonrisa sincera y solo le basta hacer ese gesto para salvarme la vida y complicármela aún más. Como si detrás de esa gran expresión el mundo se viera más brillante. Provocándome un desorden de emociones.

Me quedo paralizada sin saber muy bien cómo responder a lo que acaba de decirme. Acabo soltando lo más fácil y típico.

—Lo que sientes es agradecimiento, Will. Es normal pensar así.

—Créeme, no lo es. Hace dos noches que no dejo de pensar en ti. Estás en cada parpadeo, en cada respiración, allá donde voy... Incluso esta mañana me ha parecido que eras tú cuando una mujer se tropezaba conmigo y...

—¡Era yo, Will! Pero... no podía decirte nada.

—No puede ser. ¿De verdad? ¿Cómo es posible que estemos aquí mismo, en esta ciudad, pero a la vez tan lejos el uno del otro? Todo esto es muy extraño, como si estuviéramos a dos pasos o a dos vidas esperando volver a coincidir cada día.

—Sí, lo sé, es muy extraño —sonrío levemente.

—¿Sabes? Es admirable verte sonreír como si nunca te hubieran hecho daño. No sé muy bien por lo que has pasado, pero cada historia que me cuentan de lo que os ocurre aquí cuando no acatáis las normas hace que se me ponga la piel de gallina. Tiene que ser muy duro.

—No lo sabes bien. No es lo mismo contar una historia que vivirla. He visto atrocidades desde que era una niña. Hay muchas mujeres que se niegan a ser silenciadas. Hacen manifestaciones bajo un régimen islamista, con carteles y un claro mensaje: **“No tengas miedo, estamos juntas en esto”**. Ya puedes imaginarte que pasa después. Acaban en latigazos y, algunas de ellas, encarceladas.

—Dios... es una barbarie —cambia su expresión por completo.

—Desde que el *Daesh* tomó el control político y militar del país ha sido un retroceso en los derechos de las mujeres y niños. Creo que no hay justificación social, cultural o religiosa que avale tanta atrocidad.

—¿Y qué haces para sobrellevarlo tú?

—Rezar—. Miro al cielo a través del poco tejado que queda intacto.

—¿A Alá? ¿Ese Dios que según tu religión es por el que se hacen tales cosas?

—¿Crees en Dios, Will? —me giro para ponerme frente a él.

—Por supuesto. Es mi refugio y mi fuerza. Mi ayuda en momentos de angustia.

—Pues mi Dios es el mismo que el tuyo; bueno y misericordioso. Lo que ocurre es que algunos no han sabido conocerle bien y han interpretado su palabra a su antojo para poder mandar sobre otros. Estamos en una guerra Will, y cada día le rezo a Dios: *“Aquí estoy, en medio de este tiempo difícil diciéndote ¡yo confío en ti!”*

—Entiendo. Te enseñaré algo, creo que te gustará—. Lleva sus manos a su cuello para sacarse una cadena larga, bañada en oro, de la que cuelga un precioso símbolo en forma de cruz. El mismo que tiene bordado el libro que guardo escondido bajo mi cama. Coge una de mis manos y suelta la cadena en ella.

—Me la regaló mi madre antes de alistarme hace años. Dijo que me protegería. Tú cambiaste mi destino la noche que me salvaste, así que ahora quiero que la tengas tú.

—Pero, Will, no puedes hacer eso... era de tu madre y... no puedo llevarla puesta, aquí no, sino...

—Ahora es para ti —cierra mi mano—. Guárdala, quizás algún día puedas mostrarla.

—Gracias, es preciosa.

—No más que tú —suelta de pronto.

Me sonrojo y mis ojos brillan aún más en la penumbra. No sé que tiene este hombre, pero hace que tiemble hasta mi alma.

—Creo que debería irme. Se ha hecho tarde —necesito romper un poco con este momento que sé que va a poner las cosas muy difíciles. Me levanto en un movimiento rápido para que no le dé lugar a reacción. Me limpio el polvo de mi ropa.

—¿Ya? —se levanta, poniéndose frente a mí.

—Ennn... sí—. Respondo, llevándome un mechón de pelo tras mi oreja—. Se ha hecho tarde y debo ir a clase.

—Está bien. Me ha encantado hablar contigo —encoje los hombros y se mete las manos en los bolsillos del pantalón.

—A mi también —sonríe. Hago el amago de marcharme, aunque en el fondo no quiero irme. Me pasaría horas aquí con él. Hablando, sin tener que esconderme de todo lo que siento y pienso. Con él, siento que puedo ser real.

—¿Te vas a ir así sin más? —me corta el paso y me sujeta del brazo con delicadeza. Miro su mano agarrándome y vuelvo a su rostro. Nuestras miradas se enredan durante unos segundos y a mis pulmones le faltan el aire.

—Te seré sincera, Will. No me iría, pero esto es peligroso y, al menos, uno de los dos tiene que ser coherente.

—Pues... ¿te parecerá raro si te doy un abrazo? Desde que te vi siento la necesidad de tenerte cerca y... ¡estamos en una guerra, Laylak! No sabemos si esta será la última vez que nos veamos.

—¿Esa es la excusa que pones para abrazarme?

—¿Ha colado? —pregunta chistoso y con esa sonrisa que me volvió loca desde el momento en que la vi.

No contesto. No hace falta. Lo miro inclinando un poco la cabeza, con los ojos entornados y sopesando en si es lógico hacer todo esto. Mi duda dura un segundo. Simplemente me acerco aún más a él, elevo un poco mis pies para ponerme de puntillas y poder alcanzarlo. Él es rápido y responde al gesto con velocidad. Lo rodeo como puedo con mis brazos, pues está claro que es imposible alcanzar más parte de su cuerpo musculado. Al final, acabo rodeando mis brazos en su cuello. Sin embargo, yo me pierdo entre los suyos. Siento su calor y noto cómo hunde su nariz entre mi cuello y mi pelo para inhalar profundamente.

—Mmmm... —me perco de su estímulo a mi aroma en cada inspiración, como si quisiera adueñarse de él para siempre.

No es un abrazo cualquiera, sino con sentimiento, con magia, a pesar de que seamos, prácticamente, unos desconocidos. Haciéndonos desaparecer por unos segundos de lo que nos rodea, aliviando el sufrimiento pasado y recomponiendo heridas. Acariciando nuestra alma y proporcionando un refugio. Un simple gesto, pero repleto de sentimientos y traspasando corazas.

Al cabo, nos separamos. Un abrazo de unos segundos disfrazado de eternidad. Siento calma, paz, sosiego, libertad...

Su mirada clavada en mí hace que tiemble de emoción.

—¿Hierbabuena? —quiere saber el olor que lo ha dejado tan fascinado.

—Sí—. Respondo algo avergonzada, pues no deja de mirarme con fijación—. Es una infusión

para el pelo de hierbabuena, rosas y jabón que me enseñó a hacer mi abuela cuando era pequeña.

—Pues es el mejor aroma que he olido nunca —acaricia mi rostro, deslizando las yemas de sus dedos por mi mejilla hasta dirigirse a la parte trasera de mi cuello y así entrelazar su mano en mi melena.

¡Tengo que salir de aquí como sea! O no habrá vuelta atrás.

—Gracias, Will, —digo sincera —debo irme.

Salgo de allí a toda velocidad sin darle tiempo a responder. Envuelvo bien mi cabeza con el pañuelo y miro en todas direcciones para ver que no hay nadie. Lo único que alcanzo a escuchar es a Will gritándome que me espere. No le hago caso.

Cierro los ojos fuertemente y desaparezco.

Ya han pasado varias semanas y no puedo quitármelo de la cabeza. Creía que ese sentimiento se me pasaría si no lo volvía a ver. Estaba equivocada. Es mucho peor. La angustia y pena que tengo por no pasar tiempo con él me oprimen el pecho y no me dejan pensar en otra cosa.

Estos últimos días he intentado mantenerme ocupada en otras cosas. He ayudado a mi madre en casa, quise pasar tiempo con mi hermano, pero anda metido en sus cosas y apenas recayó en mi presencia, y mi padre salió de viaje con varios hombres de su grupo, por así decirlo. La verdad es que estuvo muy callado antes de marcharse y se veía a escondidas con el marido de Miriam. Lo sé, porque cuando podía me escapaba para espiarlos. Es así como me enteré de dónde están las niñas que habían llegado a la ciudad a principios de mes. Así que en cuanto termine lo que estoy haciendo pensaré en cómo convencer a mi amiga y, sobre todo, a mi hermano para ir la casa de acogida dónde las tienen.

Este es otro de mis hobbies, además de escribir. Mi abuela me enseñó todo lo que sé cuando era una niña. Le encantaba mezclar hierbas aromáticas, flores y esencias para crear perfumes y cremas que olían de maravilla. Ahora soy yo quién las hago y no utilizo otra cosa.

Pensando en Will, termino de hacer el perfume con olor a hierbabuena y rosa de Siria. No sé porqué, pero lo hago para él. Quiero volver a verlo... Necesito volver a verlo. Creo que no es muy buena opción. No obstante, planeo volver a aquel lugar por si acaso. Aunque después de tantos días...

¿Qué espero encontrarme?

No tengo ni idea de cómo logro que vengán conmigo, pero lo hago. A veces puedo ser muy convincente. A mi amiga le ha costado, sin embargo, no puede evitarlo, también quiere ayudar a esas niñas. Y a mi hermano, le he dicho que me hacían falta varias cosas de una tienda de ultramarinos que hay cerca de la casa de acogida.

—¿Has pensado ya como vas a hacer para entrar en el edificio y que no se entere tu hermano?

—No. En la tienda hay una puerta trasera que da al patio interior del edificio. Intentaré entrar por ahí.

—¡Por Alá, Laylak! ¡Estás loca!

—¿Y te enteras ahora? —le doy un empujoncito en el brazo y sin llamar demasiado la atención.

—Cuando lleguemos a casa tengo que contarte algo importante aprovechando que Abdul no está.

—Miriam, de hoy no pasa, ¿de acuerdo? Me tienes muy intrigada con este tema.

—Que sí, que sí, pero... prométeme que no me juzgarás y me apoyarás.

—Me estás asustando...

—Mira, hemos llegado. ¡Suerte! —hace que me olvide del tema.

Consigo escabullirme entre los pequeños pasillos repletos de estanterías, disimulando y haciendo que busco algo en concreto. Bien, la puerta está abierta. Salgo al patio y busco la

entrada al edificio. Hoy es mi día de suerte. Espero dar con ellas rápido.

Me acerco al mostrador.

—Buenas tardes. Estoy buscando a unas chicas que llegaron a principio de mes.

—Un momento —responde una mujer a la vez que teclea en el ordenador—. Lo siento, pero casi todas han contraído matrimonio y se las llevaron al día siguiente.

¡No puede ser! ¡No puede ser!

—¿Cómo que casi todas? ¿Eso quiere decir que todavía hay alguna aquí?

—Sí, una niña de trece años. Nadie la ha querido aún. No hasta que se convierta en mujer.

—¿Puedo verla?

—¿Y usted es? —pregunta, queriendo saber mi interés por ella.

—Oh... Busco una segunda mujer para mi marido. Me gustaría verla si es posible —suelto lo primero que se me viene a la cabeza.

—Espere un segundo —vuelve a teclear en el ordenador. —¡Sígame!

Los pasillos están repletos de habitaciones en un estado de completo abandono, con colchones tirados y apilados en los suelos. Se nota que no tienen mucha ayuda económica y las chicas que están aquí están bastantes desatendidas. La gran mayoría extranjeras.

—Está ahí dentro. No habla muy bien nuestro idioma. Solo sabe inglés.

—No hay problema. Gracias—. Desde pequeña me gustaban los idiomas y conseguí aprender esa lengua gracias a los libros que mi abuela me regalaba. Siempre fui una niña muy curiosa y con ganas de aprender todo lo que el mundo me quisiera ofrecer.

Cierro la puerta para que nadie nos oiga y me echo la tela para atrás y poder verle bien la cara.

—Por Alá, si eres una cría —acaricio su rostro—. ¿Me entiendes?

No me habla, pero asiente con la cabeza.

—Soy Laylak, voy a ayudarte ¿vale? Aún tenemos algo de tiempo. Necesito sacarte de aquí. Me han dicho que tienes trece años ¿cierto?

Vuelve a asentir.

—Está bien. No creo que tengamos mucho tiempo sobre eso. Pronto te convertirás en mujer y no podré hacer nada. Necesito que me escuches con atención y si hay algo que no entiendes me frenes. ¿Sí? —la sujeto de ambos brazos.

Asiente nuevamente, esta vez con algo de miedo en sus ojos. No sabe quién soy y pensará que estoy loca. Después de lo que ha debido de pasar para llegar hasta aquí, no se fiará de nadie.

Le digo la única idea que se me ha venido a la cabeza cuando se lo he comentado a la mujer de recepción. Tengo que sacarla de aquí como sea. Ya veré como hago después para convencer a Miriam.

—En unos días vendrá una mujer llamada Miriam con su marido. Haremos todo lo posible para que contraigas matrimonio con él. Ella te protegerá y yo estaré muy cerca de ti para ayudarte. ¿Está claro?

—Sí —consigue decirme con un hilo de voz.

—Cielo, ¿sabes qué es el Islam?

—Muy poco.

—Vale... ¿Y el ISIS? —sé que esto será bastante más difícil de lo que imaginaba.

—No. Mi hermana mayor era la que quería venir aquí. Mi familia es musulmana y mis padres hace años que dejaron su pasado atrás para cambiar su vida en otro país, antes de que nosotras naciéramos. Creemos en Alá, pero no hemos llevado una vida muy radical en ese aspecto—. Está asustada—. Mi hermana se despidió de ellos sin decirles nada. Los mintió. Se escapó con unas

amigas tuyas y un chico con el que se estaba viendo. Él fue quien le metió todo eso en la cabeza de luchar por la causa y que si su familia no lo entendía tenía que irse.

Me fui con ella pensando que llevaban razón... no sé porqué... pero...

Sigue contándome muy alterada, con las mejillas bañadas en lágrimas.

—Ya está cielo, ya está. Voy a sacarte de aquí. ¿Cuál es tu nombre?

—Adila.

—Muy bien, Adila. Recuerda lo que te he dicho, si alguien te dice algo no les hagas caso. Niégate a todo. La mujer que vendrá a por ti se llama Miriam, ¡recuérdalo!, y su marido, Abdul. Tengo que irme, pero nos vemos pronto ¿vale? —la abraza. Tan fuerte como si fuera mi propia hermana—. Adiós Adila.

—Adiós.

Salgo de allí a toda prisa. Me tiembla todo el cuerpo. Ahora solo me falta explicárselo a Miriam.

—¿Se puede saber dónde te habías metido, Laylak? —grita mi hermano en plena calle.

—Karím, relájate. Necesitaba algo que no encontraba y el tendero ha ido a buscarlo, pero no le quedaba. Tendré que volver otro día.

—Eso ya lo veremos —responde cabreado. —Volvamos ya a casa. Tengo mejores cosas que hacer.

—¿Qué ha pasado? —quiere saber mi amiga mientras ambas caminamos tras mi hermano.

—Escúchame con atención. ¡Tienes que ayudarme! ¡Tienes que ayudar a esa chica!

—¿Pero qué chica? —no entiende nada.

—Se llama Adila. Es la única niña que queda ahí. Es una cría

Miriam, no podemos dejar que se la lleve ningún hombre que no conozcamos para que satisfaga sus deseos.

—¿Y qué hay que hacer?

—Le he dicho que tú y tu marido vendréis a por ella en unos días para que contraiga matrimonio con él.

—No sé, Laylak... es raro. Abdul no me ha mencionado en ningún momento que quiera una segunda mujer, al menos de momento.

Su contestación me deja perpleja. Pensaba que se negaría en rotundo y que me costaría convencerla. Está claro que esta mujer es muy rara cuando quiere.

—Pues tienes que convencerlo como sea. Invéntate alguna excusa... No sé, ¡tú eres lista! Ya se te ocurrirá algo.

—Está bien. Veré que puedo hacer. Déjalo en mis manos.

Rezo para que Abdul esté de vuelta esta noche y zanjemos este tema de una vez por todas.

Sigo sin entender como Miriam ha podido aceptar esta locura de plan, pero no seré yo quien la contradiga.

Hay besos para los que uno parece haber nacido

Es fin de semana. Tampoco es que me haga especial ilusión, aquí los días parecen tan iguales. La cena que ha hecho mi madre estaba riquísima. Por fin he conseguido comer algo más después de todos estos días. Tenía el estómago cerrado.

Llevo un buen rato escribiendo en mi cuaderno. Repitiendo una y otra vez las mismas letras: William. William. William...

Pienso en él sin quererlo. Y cuánto más pienso en él más rabia me da no volver a verlo. Al fin y al cabo, todo se reduce a la última persona que piensas en la noche. Es justo ahí donde está mi corazón, aunque físicamente, sea imposible.

Se acabó, no puedo más. Voy a salir. Necesito ir a ese lugar. Nuestro lugar.

Le estoy cogiendo el truquito a esto de escaparme por las noches. Prácticamente me sé de memoria la rutina de vigilancia de los distintos bandos y soy muy cuidadosa para adentrarme en cada calle.

Llego por fin, sin ningún contratiempo y, ya, como de costumbre. Aún así, no debo fiarme. En cualquier momento puede cambiar mi suerte.

Sigo sin saber muy bien qué hago aquí. Después de todo este tiempo, no sé qué espero encontrarme.

Entro sin más en esa casa ruinoso. Como si la sintiera más mía que de nadie y conociendo cada palmo de ella. Echo un vistazo al fondo y una sensación de ahogo se apodera de mí al verlo ahí. Es él. Está tumbado en el suelo.

Me acerco lo más rápido que puedo hasta dónde está, esquivando cemento y piedras, y clavo mis rodillas a su lado.

—¿Will? ¿Me oyes? ¡Will! —lo zarandeo gritándole.

—¿Qué... qué pasa? ¿Laylak? —pregunta adormilado.

—¡Por Alá! Me has asustado. Eres un estúpido—. Suspiro aliviada y enfadada, dándole un pequeño golpe.

Se reincorpora rápidamente para sentarse a mi lado, pero en dirección contraria. Apoya sus brazos en sus rodillas y me mira con desconcierto y alegría por verme de nuevo. Tiene unos ojos tan bonitos. Tan penetrantes. Tan transparentes. Tan cautivadores.

—¿Qué pensabas? —arquea una de sus cejas.

—Pues que te había pasado algo. Te he visto ahí tirado y... no sé... simplemente me he asustado.

—¿Y me habrías salvado de nuevo?

—Sabes que sí —acabo soltando un suspiro sin apartarle la mirada.

—Hmm, ya veo. ¿Y qué haces aquí, Laylak?

—¿Qué hago aquí? ¿Qué haces tú aquí, más bien?

—Llevo viniendo desde que nos vimos la última vez. Cada noche salgo del campamento base para venir a este lugar. Me quedaba esperando horas para ver si regresabas, pero no lo hacías. Te marchaste tan rápido. ¡Quería volverte a ver!

—¿Llevas viniendo aquí cada noche desde entonces?

—Ajá—. Arqueo las cejas sorprendida.

—Sentía la necesidad de venir—. Respondo sin más a la pregunta inicial.

—Ah, ¿sí? ¿Y eso?

—Necesitaba verte—. Le soy sincera. No pienso andarme con rodeos. Si algo no soy es una mentirosa y me gusta poner las cartas boca arriba. Bueno, lo que le digo a mi familia no cuenta. Creo que se entiende lo que quiero decir. Y no quiero perder el tiempo. Uno que cada vez es más difícil conseguir aquí.

—Pues ya somos dos—. Sonríe y yo caigo rendida a su encanto.

Nos quedamos unos segundos en silencio, mirando el cielo entre tanta ruina. Así, sin más. Los dos solos, con el latir de nuestro corazón como melodía en mitad de este silencio nocturno. Percibo cómo dirige sus ojos hacia mí, para observarme en silencio, y no puedo evitar responderle la mirada.

—¿En qué piensas?

—Sé que todo esto es un error, pero quiero ser franca contigo, Will. Contigo tengo esa sensación de olvidar todo el daño y estar flotando.

—Me alegra que seas sincera. La gente siempre suele esperar al momento adecuado para decir lo que siente y... así se va terminando la vida. Hoy estamos aquí, pero mañana quién sabe. Así que... sí, yo siento lo mismo contigo. Lo que te hace feliz siempre merece la pena y yo no pienso que esto sea un error. ¿Peligroso? Puede que un poquito—. Hace ese gesto, casi uniendo sus dedos pulgar e índice, midiendo el aire entre ellos y guiñándome un ojo mientras lo miro embelesada—. Cada uno vive la historia que quiere vivir, aunque nos toque vivir tiempos difíciles, pero cada uno construye lo que desea tener. Por eso vengo cada noche con la esperanza de verte. Porque desde que te conozco siento la necesidad de estar contigo, de que estés en mi vida. Quién sabe por cuánto tiempo. Aún con esas, no quiero arriesgarme a perderte, aunque solo sea por unos minutos.

—Will...

—No digas nada, por favor.

Cada vez está más cerca de mi cara, de mi nariz, de mis labios. Puedo sentir su respiración y mi pulso se acelera. Esto es nuevo para mí y mi sangre circula por mi cuerpo a toda velocidad. Pero me dejo llevar. Su pulgar se desliza por mis labios como si los estuviera dibujando. Cierro los ojos lentamente y mi boca sonríe sin querer debajo de su mano. Su aliento me estremece. Estoy muy nerviosa y a la vez ansiosa. En el fondo llevo días soñando con este momento. Imaginando de mil formas distintas cómo sería estar otra vez a solas con él. Sentirlo. Besar. Besar por primera vez.

Sus labios me atraen como un imán y siento su roce. Suaves, carnosos y dulces. Tímido al principio, pero con anhelo. Saben tan bien. Tan cálidos. Me besa con tanta ternura que hace que sienta un cosquilleo en el estómago. Una explosión de sensaciones estallando dentro de mí. Recorriendo cada milímetro de nuestra boca, saboreándonos. Nuestras lenguas juegan entre sí, acariciándose mutuamente, mientras sus manos se deslizan por el interior de mi pañuelo para dejar al descubierto mi cabello y llegar hasta mi nuca, pegándose más aún a él. Sus dedos entrelazándose en mi pelo, ajustando la presión justa. Es la primera vez que beso y pensaba que al hacerlo sería un beso torpe, desacompañado y sin experiencia, pero... todo lo contrario. Desde este momento sé que ningún beso con mucha más experiencia superará a este. Hay besos para los que uno parece haber nacido y sin duda yo esperaba a Will. Solo puedo pensar en la presión que

se acumula en mi vientre mientras me besa, en el calor que irradia su cuerpo y quema cada parte de mi piel. Un instante sin consciencia. Solo nosotros y este beso. Siendo así el inicio del caos más hermoso del universo.

Se separa muy despacio de mí, apoyando su frente en la mía, sujetándose aún de la nuca y susurrándome:

—Aunque suene cursi, has llegado para llenar mi vida de luz y, aunque suene soñador, es algo que no quiero que acabe.

Me quedo ensimismada escuchando cada palabra que me dice y pensando en las veces que lo he besado con la mente, mientras él me besa por primera vez.

Ahora soy yo quien lo besa, sabiéndonos incendio. Uno imposible de apagar. Y justo en este momento, mi vida ha cambiado por completo.

Dos personas nunca se conocen por accidente. Cuando la vida te presenta a la persona, no lo sabes... lo sientes.

En este mismo instante me doy cuenta que mis ojos nunca habían mirado a alguien con tanto amor y que con ellos lo había besado mucho antes que con los labios. Tantas veces, en las últimas semanas, en mi imaginación.

—¿Te arrepientes? —pregunto al instante por puro miedo, pues aunque nos deseemos, es la mayor locura que estamos haciendo.

—Jamás —responde sin dudar—. Nunca me arrepentiré de hacer lo que siento.

—¿Me amarías en medio de este infierno?

—Creo que ya es tarde para esa pregunta —contesta mirándome a los ojos, acunando mi cara entre sus manos.

En este instante somos dos amantes que no dejan de mirarse aún cuando el mundo parece acabarse. El misterio que hay alrededor de sus ojos me cuenta las historias más bonitas que podríamos vivir, pero sé que también esconden otras tantas llenas de dolor.

Ya no lo aguanto más. Mis lágrimas se empiezan a derramar sin descanso. No quiero que me vea así. Frágil. Sin entender qué me ocurre. No se me olvida que él también está librando una batalla, desde otra perspectiva, pero también suya.

—Joder... ¿por qué lloras? Perdóname si he hecho algo mal. Me he dejado llevar por lo que sentía... Joder, joder... lo siento, creía que lo anhelabas tanto como yo.

A veces lloramos, no porque seamos débiles a algo, sino porque llevamos mucho tiempo siendo fuertes. Y él ha abierto todos los cerrojos de esos sentimientos que tenía escondidos por miedo a sufrir.

—¡Y lo deseaba! ¡Lo deseo! ¡Te deseo! ¡Muchísimo!...

—Entonces, ¿qué te ocurre?

—Will... —poso mi mano sobre la piel de su rostro, acariciando su mentón, siendo muy consciente de que sentí atracción por su alma mucho antes de poder tocar su piel —sabes que esto es un imposible ¿no? —la congoja hace que me cueste respirar.

—No hay nada imposible, menos ganarle la batalla a la muerte. Laylak, lo único que sé es que no hay nadie más bella que tú, que has sobrevivido a lo peor y aún así posees un corazón tierno. Lo sé porque todo empezó con esa mirada, con la dulzura de tus ojos color miel, tan cambiantes según la luz que absorben. Ellos detonan en mí una felicidad indescriptible, capaces de romper todos los candados de mi corazón—. Vuelve a abrazarme. Puro sentimiento. Dos almas destinadas a encontrarse. Sin embargo, lloro aún más fuerte, sin hallar consuelo siquiera en sus brazos. Aún con su cuerpo rodeando el mío me pregunta:

—¿Quién te ha roto tanto como para que te duela un abrazo?

—Tú, Will. Tú.

Me separo de él, empujándolo con mis manos. Lo aparto cuanto puedo para mirarlo cara a cara. Mi rostro está bañado en lágrimas. Me observa contrariado y triste por verme así. Sé que no me ha engañado al decirme todo lo que siente.

—Tú. —Vuelvo a decirle—. Porqué después de esto no habrá vuelta atrás y mi corazón se romperá si no estoy contigo.

Me cubro nuevamente el rostro para que no pueda verme llorar. Él aparta, veloz, mis manos para sujetarme por el cuello con las suyas y mirarme con dulzura.

—No, ya no hay vuelta atrás. Siempre formaremos parte del otro, Laylak. Aquí, en esta ciudad, o a miles de kilómetros de distancia.

—¿A qué te refieres con a miles de kilómetros? ¿Qué significa eso?

Su semblante cambia por completo. Su mandíbula se tensa. Se torna serio, agacha la mirada y emite un suspiro.

—Hace semanas que te lo quería decir. La noche que nos vimos ya lo sabía, pero te marchaste tan rápido que no pude. Por eso he estado viniendo cada noche para ver si estabas aquí—. Resopla.

Siento un nudo en el pecho y, no sé porqué, me espero lo peor. Una parte de mí contaba con que nada de esto saldría bien, pero la otra soñaba con ello. Me aterra lo que pueda decirme.

—¿Qué pasa, Will? Dímelo ya —le suplico.

—No es fácil decir esto y más ahora que... Nos mandan a casa, Laylak.

—¿Qué? No puede ser —no doy crédito a lo que oigo. Era imposible que nada de esto fuera a salir bien. Soy una ingenua.

—Llevamos muchos meses en este país y este es el último que estaremos aquí. Al menos de momento. Otros compañeros vendrán para cubrirnos durante un tiempo.

Me levanto cabreada. Encolerizada por lo que me acaba de decir. Enfadada con esta guerra. Enfadada con esta ciudad. Enfadada con él. Y sobre todo, enfadada conmigo.

—¿Y por qué lo has hecho? ¿Por qué me has besado? —grito.

Se levanta casi a la par que yo. Triste, desolado. Aunque, ahora sí pienso que para él todo esto solo ha sido un simple juego. —¿A esto te referías con jugar? Bravo, ya tienes una batallita más que contarles a tus amigos cuando vuelvas...

—Laylak, por favor... Yo también lo paso mal con esta situación. Pero, estoy aquí ¿no? Podría haberme marchado sin más, sin decirte nada. No nos hubiéramos vuelto a ver. No podía. No quiero, lo siento—. Me sujeta de ambos brazos para que no vuelva a marcharme. Eso es lo que debería hacer... Debería marcharme. Salir corriendo de aquí. Nadie se enteraría y continuaría con mi vida. ¿Porqué no puedo hacerlo?... no entiendo qué me ocurre. Una fuerza sobrenatural me hace permanecer anclada al suelo. El pecho me oprime y me cuesta respirar. Baja la cabeza para buscar mi mirada—. Odio tener que fingir que no siento nada cuando lo siento todo. ¿Debería haberme ido sin contarte lo que me has hecho? ¿Lo que me haces sentir? Si hubiera sido así me habría arrepentido siempre de lo que pudo ser y no fue. Tenía que intentarlo. Detesto el tener que separarme de ti.

—¿Y yo qué, Will? Te irás. ¿Y qué será de mí? Si te marchas, mi vida será un auténtico infierno. Más incluso de lo que ya ha sido.

—¡Escúchame! No lo permitiré ¿me oyes? Seguiré estando para ti, a pensar de la distancia. Seré tu guía para seguir adelante y que me esperes. Y tú serás mi faro en la tormenta para cuando

regrese.

—No sé, Will, todo esto es demasiado. Sería mejor si nos olvidamos el uno del otro y continuamos con nuestras vidas como si nada hubiese pasado.

—Ni hablar. Eso no es una opción para mí—. Enmarca mi rostro en sus manos—. ¿Acaso para ti sí? ¿Podrías olvidarme así de fácil?

Frunzo el ceño, agacho la cabeza y cierro los ojos suspirando, pues sabemos que para mí tampoco lo es. No sé cómo ha pasado, pero siento algo muy fuerte por este hombre y no puedo negarlo.

—No.

—Entonces, Laylak... ¡Démonos una oportunidad! No perdemos nada por intentarlo.

Se acerca mucho más a mí y sin esperar lo me vuelve a besar. Un beso inesperado, ardiente y fogoso. La mejor sensación del mundo. ¿Me habré enamorado? Imposible. Sin embargo, lo que siento por él es... tan fuerte que mi corazón duele.

Separa sus labios de los míos, apoya su frente en la mía y habla en un susurro.

—La vida no siempre va en línea recta y es perfecta, puede cambiar y ser algo más complicada aún. Todo pasa por algo.

¿Sabes esa sensación de cuando algo lo sientes como una tentación? Pues eso es él para mí. Y yo siento que todos los huesos, músculos y poros de mi piel quieren caer en ella. Así que me digo a mí misma: “¿por qué no, Laylak? Al fin y al cabo no sabes que te pasará mañana y cualquier momento puede ser el último. Eres valiente y tienes que intentarlo”.

—Está bien. Y... ¿qué haremos?

—Nos escribiremos. Será nuestra manera de estar en contacto. Nos contaremos todo en cada carta. Esperaré a saber de ti en cada momento.

—¡Por Alá!, no sé como haré lo que me pides. Si me pillan...

—Seguro que encuentras la forma. Eres lista.

—Siento que esta guerra no ha acabado conmigo, pero que si me separo de ti ahora me moriré.

Tira de mí para mantenernos más cerca. Una mano rodea mi cintura y la otra me sujeta por la espalda. Me abraza y me pierdo en él. Nos abrazamos. Sintiéndolo todo. Como un calmante. Un poder medicinal capaz de disipar la ira, el miedo, la ansiedad, el odio y la tristeza. Siendo así el mejor lugar del mundo.

No hay decisión más difícil que la de no saber si alejarse para siempre o quedarse entre sus brazos una vez más.

—¿Traes algo dónde podamos apuntar?

—Sí.

Aún no sé cómo vamos a hacer todo esto. Intento convencerme de que saldrá bien. Ya veré como me las apaño para poder enviarle las cartas y que las tuyas lleguen a mis manos.

—Por cierto, te traigo tu placa —la saco de mi bolsa para entregársela.

—Supe que la tendrías tú cuando vi que no la llevaba colgada y me dijiste que tenías algo que me pertenecía. ¡Quédatela! —cierra mis manos para que la vuelva a guardar—. Así no te olvidarás de mí —sería imposible olvidarme de él—. Yo también tengo tu pulsera, pero me la quedaré. ¡Tranquila, está a buen recaudo conmigo! —me tranquiliza, sabiendo el cariño que le tengo a esa joya. Hubiera dudado de cualquier otra persona, pero de él... sus ojos no mienten.

—De acuerdo.

Es hora de despedirse. No queda más remedio. Y no quiero. Ojalá pudiese salir de este país. Me iría con él sin pensarlo. Escaparía de aquí.

—¿Te veo pronto? —levanta mi mentón con sus dedos, mirándome a los ojos con esperanza.

—Te veo pronto—. Respondo resignada, pues no hay nada más que hacer.

Sus labios se unen con los míos. Un beso de despedida que hace que se me desgarren las entrañas.

Y se marcha.

Los días pasan sin pena ni gloria.

Por aquí parece que está todo más o menos igual. Llevo semanas sin escaparme por las noches, he intentado ayudar en todo lo que me ha pedido mi familia y he hecho todo lo posible para no contradecir a mi padre en nada, aunque pensemos tan diferente. Por lo menos he conseguido ganar algo más de tiempo en cuanto a casarme. Les dije a mis padres que lo haría si eso les hacía felices, pero que esperásemos solo un poco más. No sé porqué, pero accedieron sin ningún reproche. Y yo, realmente no tengo ni idea de por qué les pedí más tiempo... ¿Qué espero conseguir con ello?

Sigo sin noticias de Will y no dejo de darle vueltas a la cabeza pensando en si lo que hablamos fue una locura.

Durante días he estado yendo a la oficina de correos de camino que mi madre, mi hermano y yo salíamos al mercado. Me inventé una excusa para poder ir y para mi sorpresa tampoco me dijeron nada. La verdad es que mi familia está muy rara. No sé si será porque se han cansado de pelear conmigo o porque quieren tenerme contenta para que obedezca a lo que, tarde o temprano, sucederá.

Volviendo a Will... ¿se habrá olvidado de mí? Siendo franca, creo que sería lo mejor. Evitaríamos disgustos, sufrimiento... me dolería en el alma, pues conocerle ha cambiado mi mundo. Sin embargo, siento algo muy fuerte dentro de mí que me dice que continúe, que mantenga la esperanza y que no me quede con la duda de lo que pudo ser y no fue. Exactamente cómo dijo él.

Esta semana tengo que volver a ir a esa oficina como sea. He hecho una amistad muy bonita con Leena, la mujer que trabaja allí. Un día, de los que tampoco tenía ninguna noticia de Will, me preguntó por qué iba tanto a ese lugar y qué era lo que esperaba con tanta ilusión.

Probablemente, debí callarme, pero necesitaba contarle a alguien más todo lo que sentía y ella parecía una buena mujer. Cuando le conté la historia sus ojos se iluminaron y mi emoción se convirtió en la suya. Me dijo que no estaba de acuerdo con todo lo que estaba pasando en la ciudad, en el país y que el amor, sea con quién sea, no debería ser un delito. ¡Cuánta razón!

Espero que por fin hoy sea mi día de suerte y tenga una carta guardada para mí.

Aprovecho que no está mi padre en casa para llamar a Miriam por la ventana. Llevamos días la una detrás de la otra y no hemos conseguido hablar aún de todo lo que le rondaba en la cabeza.

—¡Miriam! ¿Estás en casa? —aparece al momento.

—Por fin, Laylak. Llevo días queriendo hablar contigo.

—¿Pasa algo con Adila? —al final mi amiga consiguió que su marido aceptase casarse con la chica del refugio. En el fondo no es mal hombre, pero está metido en un terreno escabroso con gente que no hace ningún bien, y eso al fin y al cabo, acaba pesando.

—No, no. Ella está bien. Bueno, todo lo bien que se puede estar en su situación. Se está adaptando poco a poco a todo esto. Al menos aquí la tenemos controlada. Nadie puede hacerle nada y está a salvo. Tal y como querías.

—Me alegro. Aunque no puedo dejar de pensar en otras muchas chicas que no han tenido la misma suerte.

—Una lástima —dice apenada—. ¡Laylak! Es ahora o nunca. Tengo que confesarte algo que no puedo guardar más tiempo. Necesito contártelo o sino acabaré loca. Además, sé que puedo confiar en ti.

—Miriam, me tienes asustada con este tema. Cuéntamelo de una vez por todas —me preocupo por ella.

Dirige su mirada hacia atrás para cerciorarse de que está sola en la habitación.

—Espera un segundo.

Puedo ver como se sube en un taburete para poder llegar a un hueco en la pared que hay escondido tras un armario. Del escondite saca una bolsa pequeña negra de plástico.

—¿Qué haces? —pregunto en voz baja.

—Por favor, mantén la calma ¿vale?

—Mírame, soy yo... entenderé cualquier cosa.

De la pequeña bolsa saca un teléfono móvil, un Nokia 8210 en color azul.

—Dios mío, Miriam, pero ¿qué haces con eso? ¿Sabes lo que te harían si te pillan con ese teléfono móvil?

—Lo sé perfectamente —agacha la mirada—. Todo lo que te voy a contar no puede salir de aquí, sino estaremos la dos en peligro.

—Está bien. Tranquila.

—Cuando llegué aquí, me vi involucrada en algo de lo que no pude salir y no me quedó otra opción. Sabes que Abdul, tu padre y la gente con la que se relacionan llevan tiempo planeando algo bastante gordo.

—Sí, lo sé. No quiero ni imaginarlo.

—Con este teléfono me pongo en contacto, de vez en cuando, con una mujer perteneciente a un grupo de una sucursal de Suecia que se encarga de llevar el caso contra terroristas.

—¿Le pasas información? —digo, totalmente incrédula porque para nada me esperaba que mi amiga fuera una espía, por así decirlo.

—Sí. Siempre que Abdul comete un error, se va de la lengua, deja el portátil con información relevante o cualquier dato que pueda ayudar, me pongo en contacto con ella. Laylak, parece que lo que llevan meses planeando está más cerca de lo que pensamos. Te cuento todo esto porque cada vez es más peligroso y si me pasara algo, alguien debe conocer la verdad. ¿Y quién mejor que tú?

—Pero... ¿Cómo no me has contado antes nada de esto?

—Vaya, pensaba que te enfadarías o me criticarías por hacer algo así; ilegal y peligroso.

—Miriam, la duda ofende ¿es que no me conoces lo suficiente? Al contrario. Sí, es peligroso no lo voy a negar, pero te aplaudo. Alguien tiene que hacerlo para intentar parar todo ese horror.

—Uf, menos mal. No sabes el peso que me he quitado de encima. Gracias por entenderlo.

—No tienes porqué dárme las. Cuenta conmigo si necesitas algo, sabes que no puedo con las injusticias y si sirvo de ayuda será un placer.

—Gracias, amiga. Tengo que dejarte, Adila está merodeando por ahí y no quiero que nos vea. Hablamos en otro momento.

—Claro, aquí estaré Miriam. Y guarda eso bien —le aconsejo.

Está claro que todo esto luce como una mimesis, pero que cada acontecimiento pone en manifiesto la verdad de la realidad.

Salgo de la habitación y ayudo a mi madre en la cocina para preparar la comida. Quizás esta tarde pueda ir a la oficina de correos.

Voy andando embobada mirando al suelo. Ni siquiera puedo verme los pies bajo esta tela. Mi hermano va delante de mí, marcando un paso ligero para no demorarnos. He conseguido convencerlo para que me acompañase a esa oficina. No está lejos de casa, pero durante todo el camino voy rezando para tener noticias de él. ¿Estará bien? ¿Le habrá pasado algo y por eso no se ha puesto en contacto conmigo? Seguro que se lo ha pensado mejor y ha decidido olvidarse de todo esto. Las miles de preguntas se ciernen sobre mí.

Llegamos a la puerta de la entrada y aprovechando que no hay nadie dentro, tan solo una mujer que espero que sea Leena, entro sola.

—Buenas tardes. ¿Leena? —pregunto con muy poca esperanza y acercándome al mostrador.

—¡Laylak! —me reconoce al instante. Nos levantamos un poco la tela para vernos las caras—. ¡Ya era hora! No sabía si te vería esta semana... ¡Tengo noticias! Este sobre debe ser para ti. Está firmado bajo un alias y va dirigido a alguien con un seudónimo. Aquí no suelen llegar cartas así. ¡Debe de ser para ti!

—¿En serio? —cojo la carta al instante, me tiemblan las manos y siento arder mis mejillas.

—Venga, hija, ábrela ¡por Alá! —ella también está nerviosa.

—Leena, aquí no puedo leerla...

—Bueno, vale, pero al menos ábrela y asegúrate de que sea lo que esperas.

La miro con ilusión y esperanza en los ojos. Deslizo los dedos por el cierre y la abro al instante. Tan solo saco lo necesario para ver a quien va dirigida. Mi estomago da un vuelco y mi pulso se acelera al leer la primera frase: **“Querida Laylak...”**

La guardo a toda prisa, agarro con fuerza las manos de esta mujer que se ha convertido en alguien muy especial para mí y le sonrío.

—Gracias, Leena. Vendré en cuanto pueda.

—Aquí estaré, hija. ¡Suerte! —grita a la par que salgo por la puerta y la dejo atrás.

—¡Vamos, Karím!

—Laylak, espera. ¿Y esa prisa repentina por volver?

—No es nada. Es que se ha hecho tarde y no quiero que padre se enfade.

—Ya, seguro que es eso... —responde incrédulo. Razón no le falta, pero miento.

—Es verdad. Sabes que nuestro padre está contento conmigo y no quiero que eso cambie —¡al menos por ahora! me digo a mí misma.

—Está bien —no parece muy convencido.

Los monstruos del pasado siempre suelen ganar la batalla

Me encierro en mi habitación en cuanto llegamos a casa. Me acomodo en la cama, con la espalda apoyada en la pared. Saco el sobre y lo miro con detenimiento. Hacía tantos días que esperaba este momento que ahora me da pavor leer lo que dice esta carta.

Respiro hondo, cogiendo todo el aire posible, y lo suelto poco a poco, intentando calmarme. Saco el folio del interior del sobre y empiezo a leer.

“Querida, Laylak;

Empiezo a escribirte, porque te tengo lejos y me es imposible decirte todo lo que pienso al oído...

Perdona por todo este tiempo que no has sabido de mí. Tuvimos ciertos problemas a la hora del salir del país y entre unas cosas y otras no he podido escribirte hasta ahora. Espero que no te hayas olvidado de mí. A mí me ha sido imposible sacarte de mi mente. Ni a ti ni a ese beso... Tengo que confesarte que jamás he besado a nadie con tantas ganas. Yo mismo sigo sin entender cómo pasó, pero cuando te miré a los ojos esa primera noche, algo cambió. En ese instante mi corazón volvió a latir con más intensidad en esa guerra infernal.

Necesito que sepas que eres una chica increíble y valiente. La verdad es que me da miedo no estar a tu altura. Estaba ahí y volveré a estar, espero que pronto, en ese país con una misión: matar a culpables, pero seguramente también a inocentes.

Tú eres tan buena, tienes un corazón tan grande y odias tanto las injusticias... que el que puedas ver verdaderamente quién soy me da pánico. Quizás esa sea la auténtica batalla. Ahora mismo, la más importante de mi vida, la que peleo en el silencio de mi alma. No quiero que llegues a verme con esos ojos y cambies tu percepción sobre mí.

Mientras estaba ahí, iba de un lado para otro intentado matar al enemigo, pero no era fácil. Estaba, y está, muriendo mucha gente y yo ya no sé qué está bien y qué no. Muchas veces, he tenido que dormir con el cadáver putrefacto de nuestros aliados al lado. Es indignante no saber en qué momento morirás o cómo. Por eso, en estas últimas semanas lo único que me ha dado fuerzas para no martirizarme con todo aquello, seguir en pie y luchar, ha sido pensarte. Sí, pensarte. Cada parte de ti. Tu rostro. Volver a mirarte a los ojos con mi imaginación, sabiendo que ellos expresan a la perfección la belleza que hay en tu interior y los que me desarman por completo. Pensar en tus labios; gruesos y sensuales, los cuales me resultaron tan irresistibles.

Eres diferente a todas las mujeres que he conocido. No tienes miedo a decir lo que sientes o lo que quieres, aún viviendo en guerra. No sé en qué consiste tu esencia realmente, tengo que descubrirlo. Pero me abrasas, como la lumbre o la llama de un fuego que se expandió en cuanto nuestros caminos se entrelazaron. Siendo así luz en mis noches más oscuras. A la vez eres tierna, sensible e inteligente. La mezcla perfecta. También estás llena de miedos, errores y quizás defectos, pues nadie se libra de eso, pero puedo asegurar que llevas puesta esa sonrisa que solo muestras cuando nadie te ve y que ilumina cada parte de mi ser.

Me has alegrado cada instante. Cada noche.

No puedo dormir porque necesito saber que también piensas en mí. Todo esto es mágico. Tanto, que hace que me cuestione si es un sueño.

Antes de conocerte, lo único que quería era que acabase esa pesadilla y que nos mandaran a casa lo antes posible. Sin embargo... ahora que te he conocido, solo quiero volver ahí. A tu lado.

Dime que no soy el único desvelándose cada noche y que estás sintiendo lo mismo.

¿Estoy loco por pensar así?

Con cariño, Will.”

Parpadeo varias veces y cojo aire para poder respirar sin la tensión que tenía en el pecho por leer letra a letra de esta carta. Mi corazón late muy rápido, tanto que creo que se me va a salir del pecho. Releo cada párrafo por miedo a que lo que ellos dicen no sea cierto. Analizo el folio una y mil veces para poder captar nuevos detalles y nuevos matices. Intento ordenar mis pensamientos y sobre todo mis sentimientos.

Todo esto es tan nuevo para mí.

La acerco a mi pecho, abrazándola. Me percaté de que hay algo más en el interior del sobre. De él saco una pequeña fotografía. Es Will. Lleva unos vaqueros, camiseta blanca y una gorra. Con las manos metidas en los bolsillos y con una sonrisa tan grande que ilumina cada resquicio de mi ser. No sé quién le habría hecho esa foto, pero sin duda tuvo que ser alguien que le hiciese muy feliz. Su mirada no expresa lo contrario. Se me hace extraño verlo así vestido en lugar de con el uniforme mimetizado. Le sienta bien. Está claro que me tiene totalmente cautivada.

Deslizo mis dedos por la fotografía, con delicadeza y cariño como si así él pudiera sentirlo. Necesito contestarle y decirle que lo tengo muy presente y que necesitaba saber de él. Me levanto a toda prisa de la cama. Busco un folio en blanco, me siento frente al escritorio y me dejo llevar.

“Querido, Will;

No, no te he olvidado. Sería imposible hacerlo. Creo que ese beso no nos dejó indiferente a ninguno de los dos.

No he estado nunca en esta situación. Soy el alma de una mujer prisionera en este cuerpo, en esta familia, en esta cultura, en este país.

Me da igual lo que hayas hecho, sé que tienes buen corazón y tu valentía te honra.

¡Aprovechemos esto! No sé cómo voy a escribir todo lo que siento, pero... hace unos meses me hubiera dado igual que me azotaran, asesinaran o cualquier otra atrocidad si ello conllevaba a mi muerte y a desaparecer de este mundo. Pero, el día que te conocí, todo cambió. Me diste fuerzas para seguir luchando, para seguir estando aquí, para... querer estar contigo.

Sí, da miedo mostrarnos tal cual somos a la persona que tenemos frente a nosotros. Sin embargo, vivir una mentira es mucho peor. Por eso te agradezco que descubras tu alma y seas transparente. Hay mucha más valentía en la ternura con la que intentamos tratar al otro que en la violencia.

¿Sabes? No soy tan fuerte como crees. No soy invencible. Yo también me rompo en mil pedazos. Pero cuando te ves involucrado en algo tan horrible como lo que lo que estamos viviendo aquí, aprendes a no hacer ruido. No digo nada para evitar conflictos con mi familia

sabiendo que así vivo en conflicto con mi alma por no decir nada. Es algo con lo que ya he aprendido a permanecer en este mundo. Lo mismo te pasará a ti. Lo que has hecho aquí no te define Will, solo forma parte de ti. Y tranquilo, jamás podría mirarte con unos ojos distintos a los que te veo ahora, a pesar de la distancia. Si los cierro, aún puedo sentirte, tocarte, olerte, besarte...

¡Es bonito tener a alguien que me dibuja sonrisas aún estando a miles de kilómetros!

Así que, no. No eres el único que se desvela por las noches.

¿Y que si estás loco? Déjame decirte que ambos lo estamos. Pero ya te dije que la locura forma parte de mi vida y sin ella, esto no sería posible.

Deseo que estés bien y espero que vuelvas a escribirme pronto.

Con cariño, Laylak."

Vuelvo a mirar la imagen de Will y me la llevo a los labios para besarla. Lento y placentero. Presionando fuertemente los párpados e imaginando que está frente a mí. Es curioso como no se habla de los besos que les damos a las fotografías cuando nadie nos ve. No se dice nunca nada porque no es necesario. Para eso no hay palabras. Solo están los sentimientos, las sensaciones, porque en algún momento sucede y ocurre sin que demos nuestro permiso para que pase. El saber que solo nosotros nos percatamos de esa sonrisa tonta y estúpida que se nos dibuja en el rostro cuando pensamos en esa persona.

Lo anhele. Sí, a él. A ese hombre con el que me estoy escribiendo. Al que besé por primera vez casi sin conocerlo. Pero es que me es imposible no hacerlo. Me entristece pensar no saber si lo volveré a ver. Somos de mundos tan distintos. Él allí y yo aquí.

La verdad es que no quiero preocuparme por el futuro. Me niego. Debo vivir el momento presente. El aquí y el ahora. Y ahora tengo su carta entre mis manos. Una carta en la que me dice que no puede dejar de pensar en ese beso y en mí. Y sí, es una auténtica locura pensar que esto pueda salir bien, pero no tengo ninguna duda de que también puede ser la historia más bonita que vaya a vivir nunca y quiero luchar por ella. Pase lo que pase.

Guardo su carta. Bien escondida entre mis otras cosas para que nadie pueda encontrarla. Cierro la mía, no sin antes meter dentro un pequeño frasco alargado con una pequeña cantidad de la fragancia que tanto le gustó a Will. La guardo para poder llevarla mañana a la oficina de correos y entregársela a Leena. Menos mal que ella está allí y hace que todo sea más fácil.

—¡Laylak, hija, ven! —oigo gritar a mi madre desde el salón.

Salgo de mi habitación y veo que están los tres sentados en el sofá, esperándome. Mi madre, mi hermano y mi padre. Todos con una cara de felicidad algo desconcertante para mí y que, sinceramente, no me gusta nada.

—¿Pasa algo mamá?

—Hija, queremos hablar contigo. Tu padre tiene algo que decirte.

Estoy aterrada. Definitivamente, esto no me da buena espina.

—¿Qué ocurre, papá? —me tiembla la voz.

—Laylak, estas últimas semanas hemos visto que has cambiado. Parece que por fin has entendido las cosas y estás preparada. ¿Te acuerdas cuando hablamos de que te casarías con Asad? Pues a final de año vendrá y podremos organizar todo para unir a nuestras familias.

—¿Quééééé? —grito alterada—. Pero, ¿por qué? Así estamos bien. Papá, por favor, sabes que no quiero casarme. Así no. Mamá, ¡entiéndelo, por favor! —la agarro de las manos mientras me

arrodillo junto a ella y le digo con las lágrimas quemándome en los ojos a punto de estallar—. Por favor, por favor... no me hagáis esto. Tiene que ser una broma.

—Laylak, deja de lloriquear —mi padre se pone en pie, adueñándose de mi espacio, invadiendo mi propio aire—. Ya sabes lo que hay, y cuánto antes entres en razón mejor para ti. Deja de comportarte como una niña y conviértete de una vez por todas en la mujer obediente que debes ser.

—Pero, papá, yo...

—Tú nada, Laylak. Ya está hablado. En cuanto llegue diciembre y Asad esté en la ciudad hablaré con él para organizar todo lo que sea necesario—. Sentencia, cruel y con firmeza, sin darme más opción que la de acatar.

Vuelvo a irme a mi habitación. Esta vez desconsolada, envuelta en sollozos y sin ganas de seguir viviendo. Busco la chapa de Will, la observo un rato a través de las nebulosas que forman mis lágrimas en las pestañas. Cavilo durante horas en lo que se ha convertido mi vida. Quién fui tiempo atrás, cuando tan solo era una niña y en lo único en lo que pensaba era que quería jugar con mi abuela, aprender a leer, ser una buena mujer como lo era ella; lista, valiente, orgullosa y luchadora. Los chicos nunca me importaron. Tampoco había opción a ello en mi familia. Aún así, nunca me llamó la atención el que yo pudiese gustarle a nadie. Mi objetivo siempre fue otro muy distinto. Quería ser una mujer libre sin depender de nadie y mucho menos de ningún hombre.

Ahora sigo pensando igual, sigo queriendo mi libertad y poder elegir. Sin embargo, también he caído rendida a unos sentimientos que jamás pensé experimentar. Sentimientos muy fuertes hacia un hombre que no me juzga. En el que confío plenamente sin conocer todo de él. Todo lo que siento hace que mi alma siga brillando a pesar de tenerla rota y no quiero ver cómo pasa el tiempo y voy perdiendo ese brillo. Pienso que estando junto a él podría tener lo que siempre he anhelado.

Pese a ello, los monstruos del pasado, de los que tantas veces me advirtió mi abuela, son reales. Viven dentro de cada uno de nosotros y, casi siempre, suelen ganar la batalla.

¿En qué momento la vida se volvió en mi contra? ¿Cuándo me dio la espalda haciendo que me sintiese sola y con el corazón hecho pedazos? Tal vez esta vida no importa. ¿O sí?

Pienso en todo ello mientras Will nubla todos mis sentidos y lloro en silencio hasta quedarme dormida.

El ruido del té cayendo en el vaso hace que vuelva de mi ensoñación. Su olor me embriaga. Intento dar un sorbo, pero me quemo los labios al rozar el líquido. Está muy caliente y decido esperar mientras lo sostengo entre las manos.

—¿Y cómo te encuentras? —pregunta mi amiga retomando la conversación que habíamos dejado a medias cuando se dirigía a la cocina.

—Pues... ¿tú qué crees, Miriam? Todo esto es una pesadilla. Como si me hubiesen enviado directamente al abismo. Sabía que este momento llegaría. Que mis padres, tarde o temprano, me buscarían marido. No imaginaba que fuese a ocurrir tan rápido. No me lo esperaba aún, y menos ahora que...

—Ahora que... ¿qué? —arquea sus cejas intrigada.

—Ahora que Will está en mi vida.

—Laylak, no quiero desilusionarte, ni mucho menos... ¿No crees que deberías olvidarte de ese hombre y seguir con tu vida? Esta situación es muy complicada y cuanto antes aceptes la realidad, mejor.

—¡No puedo! ¿Qué piensas, que no lo he intentado? He intentado borrar por todos los medios a ese hombre de mi cabeza, de mis pensamientos y hasta de mi corazón, pero no puedo... Cuánto más intento olvidarlo, más pienso en él. ¡Tú no lo entiendes!

—Sí, te entiendo. Perfectamente. Hace años que nos conocemos, pero nunca te he hablado de mi pasado. Antes de venir aquí, engañada, también estuve enamorada ¿sabes? También quería casarme por amor y tener una vida muy distinta a la que tengo aquí. Lo que sucede es que a veces ocurren cosas que hacen que todo tu mundo se tambalee y vayas por un camino muy distinto al que tenías planeado.

—Ya. Imagino. Debió ser muy duro para ti. Lo siento, no quería decir que... no sé, ni yo misma sé lo que quería decir. Solo estoy enfadada con todo esto, con mis padres y con el mundo entero—. Ahora miro a mi amiga con cara extraña y frunciendo el ceño, intentado entender por qué me ha dicho eso —¿Y de dónde sacas que yo esté enamorada?

—Laylak, por Alá, solo hay que mirarte a los ojos cuando hablas de ese militar —pone los ojos en blanco.

—Yo no estoy enamorada, Miriam, simplemente... siento cosas por Will. Cosas que nunca había sentido, pero de ahí al amor.... Tan solo... me hace feliz. Me da paz y sosiego en medio de todo este enfrentamiento. Llevamos meses escribiéndonos y es la única vía de escape que tengo para olvidarme de todo lo demás. Únicamente es un juego. Bonito y emocionante, pero todo comenzó como un juego al fin y al cabo.

—Lo que tú sientes, Laylak, se llama amor —me convence.

Y por fin entiendo que lo que me está diciendo mi amiga es cierto. Creo que me he enamorado. Por primera vez. Justo cuando pensaba que nunca lo haría. Y de quién no debía. Me cuesta reconocerlo, pensando que así será menos complicado afrontar todo lo que está por venir.

Adila aparece en el salón y es mi excusa perfecta para dejar de hablar del tema y no darle la razón sobre el hecho de que estoy completamente enamorada de ese hombre.

—¿Qué tal estás, cielo? —le pregunto a Adila.

Ya ha pasado bastante tiempo desde que llegó a esta casa y hemos conseguido que esté más sosegada y contenta con Miriam y Abdul. Ha tenido que ser difícil para ella adaptarse a todo esto. Miriam ha intentado averiguar y sacar información de su familia gracias a su contacto en Suecia, pero no ha tenido mucho éxito. Seguramente sus padres sigan buscándola sin saber dónde poder encontrarla.

—Bien, gracias, Laylak —intenta ser cariñosa.

—Me alegro mucho —acaricio su mejilla como si fuera mi hermana pequeña.

—¿Nos vas a contar, al fin, cómo acabaste aquí? —pregunta Miriam. Queriendo saber más. Desde que llegó ha sido tan reservada que no hemos conseguido que nos contase nada más de lo que ya nos contó en su momento.

—Mi hermana y yo tuvimos una discusión con mis padres. Se veía con un chico del instituto, más mayor que ella. Quedaban bastante. Un día llegó a casa con el *hijab* puesto. Mis padres no se esperaban aquello, pero lo dejaron a su elección si verdaderamente lo quería. Sin embargo, un día, mi hermana se dejó encendido el portátil y mi padre vio sin querer unos vídeos que le mandaba ese chico. Eran vídeos sobre atentados, militantes islámicos matando a gente que no pensaba igual que ellos... Mis padres y mi hermana tuvieron una gran bronca. Ellos intentaron hacerle entender que los terroristas no tienen nada que ver con ninguna religión. Ella decía que quería descubrir “la verdad” por su cuenta. Yo intenté defenderla. ¿Qué iba a hacer? es mi hermana... Una tarde cualquiera, simplemente se escapó de casa y yo la acompañé.

—Cielo santo —me llevo las manos a la boca—. Adila, cielo, ¿tú crees en todo eso?

—¡Claro que sí! —nos mira contrariada—. Abdul dice que tenemos que perseguirlos y luchar contra los infieles.

—Adila, —la miro fijamente para hacerle entender algo —todo lo que tú y tu hermana visteis en esos vídeos y todo lo que os dijo aquel chico, no es verdad. ¡Son asesinos asquerosos!

—Eso no es el Islam —afirma Miriam.

—¡Tú qué sabrás! No te has criado aquí ¿no? Por lo que he podido observar, tú no te sientes musulmana —le reprocha a mi amiga.

—Pero yo sí—. Interrumpo.

—Jáá. ¡Vosotras odiáis el Islam!

—Adila... os engañaron. Os lavaron el cerebro...

—¡A vosotras sí que os lo han lavado!

—¡Cielo, escúchame! —intento calmarla—. Nosotras estamos contentas de que hayas encontrado a Dios, pero el *Daesh* no es musulmán. Son criminales que matan a otros musulmanes. A miles de personas de distintas religiones.

—¡Nooo, eso no es verdad!

—Sí que es verdad, Adila. Yo misma lo he vivido desde que era niña. Matan a otros musulmanes cada día.

—¡No! Solo matan a los que se lo merecen. ¡Apóstatas!

—¿Apostatas? —pregunta mi amiga sin dar crédito a lo que está oyendo.

—Pero ¿quién te ha enseñado eso?

—Abdul dice que son gente que rompe la ley de Alá y abandona el Islam. Intentan convencerlos y ayudarlos, pero si no acceden tienen que matarlos.

—¡Pero es que nadie tiene derecho a hacer eso! —exclamo.

—¿El Corán no está bien? —pregunta Adila—. Porque dice que hay que matar a los apóstatas...

¿no está bien?

—El Corán se escribió hace mil años... Hay quién lo interpreta de...

—¿Acaso queréis cambiar al Corán? —me interrumpe.

—Convierten a los seres humanos en esclavos.

—¿Cómo lo sabes?

—Todo el mundo lo sabe. Salen en la tele, en las noticias, la prensa... Nosotras mismas lo vemos aquí cada día.

—Ya... esa información es basura. ¿Qué noticias? ¿Las que ensalzan a Estados Unidos y dicen que los musulmanes son terroristas?

—Mírame, Adila. Quizás Miriam no se haya criado aquí, pero yo sí. He vivido bajo las órdenes de un régimen islamista casi toda mi vida. Mi padre siempre tuvo esa forma de pensar mucho antes de que se hicieran con el gobierno. Eso no es lo que manda Dios. ¿Qué quieres exactamente, Adila? ¿Qué nos quieres decir con todo esto?

—Quiero vivir una vida musulmana ¿Qué pasa?

—Vale, pero... ¿quieres vivir bajo la *Sharía*? Yo... nosotras estamos viviendo bajo la *Sharía* y tú has podido verlo durante todo este tiempo ¿De verdad es eso lo que quieres?

—No le veo nada de malo. Lo que me dijeron en Suecia es que la *Sharía* quiere decir comida gratis, escuela gratis, sanidad gratis...

—Ya... ¿Y puedes decirme si en este tiempo que llevas aquí has visto algo de eso que te prometieron en tu país?

El silencio se apodera de la sala por un momento. No dejo de mirarla a los ojos viendo en lo que esta pequeña se está convirtiendo y siento un peso muy grande sobre mis hombros. Me siento culpable por todo esto.

—Vosotras.... Si Abdul y tu padre se enteraran de lo que pensáis verdaderamente de ellos... ¡Sois *Kuffar*! —nos grita malhumorada y sale a toda prisa hacia la habitación. Miriam se levanta para ir tras ella...

—¡Déjala! —la agarro del brazo—. Está confundida. Todo esto es culpa mía, —me toco el puente de la nariz —no debí decirte que la trajéramos aquí, con tu marido, mi padre tan cerca y esos otros del grupo rondando por aquí cada dos por tres... ¡Dios mío, todo esto fue un error! ¿En qué estaba pensando?

—Laylak, no es culpa tuya —se sienta mi amiga a mi lado—. Solo querías ayudarla. Que viera la realidad de dónde se había metido por escaparse. Querías salvarla.

—Sí... y mira como estamos. Tenía que haber pensado otra solución. No sé...

—No puedes ayudar a todo el mundo, Laylak. No era responsabilidad tuya.

—¡Pero es una cría!

—Como otras miles que llegan aquí cada día.

—Lo sé, pero... pensé que con ella sería diferente. Creía que de verdad podría ayudarla —agacho la mirada apenada.

—No te martirices más. Al menos aquí está controlada y no le pasará nada. Abdul no es un mal hombre, solo está confundido y con la cabeza llena de todas esas cosas que los demás le machacan cada día. No la tratará mal.

—Hablando de Abdul. ¿Sabes algo más de todo eso que planeaban?

—Últimamente está muy callado, muy... reservado. Lo último que sé, por lo que pude escuchar a un compañero suyo el otro día aquí en casa, es que estaban instruyendo a alguien en Estocolmo para lo que están planeando.

—¡Dios mío! ¿Y has podido comunicarte con tu contacto para contárselo?

—Sí, pero con Adila, ahora es más difícil. Si me pilla y se lo cuenta a Abdul o a quien sea... estoy muerta.

—Tienes que tener mucho cuidado, por favor. ¡Prométemelo!

—Sí, sí, no te preocupes. ¿Y tú? ¿Sabes algo de tu militar? —me pregunta con retintín y una sonrisa pícara.

—Hace semanas que le dejé la última carta a Leena para que la enviase. No sé nada más... Tengo que volver por allí y ver si he tenido alguna contestación.

—Mañana puedo acompañarte si quieres. Nos inventamos algo para que tu hermano no sospeche y vemos si Will ha respondido. ¿De acuerdo? —me sostiene la barbilla para que la mire.

—¿Pero tú no pensabas que todo esto era una locura?

—Y lo sigo pensando... Ay, Laylak, es que... esa historia de amor que tenéis es tan bonita que es imposible no dejarse llevar por ella. Estáis completamente enamorados. Además, si eso te hace feliz, a mí también.

—¿Enamorados? Solo nos dimos un par de besos y nos hemos escritos cartas, Miriam.

—Laylak, deja ya de engañarte y disfruta de lo que sientes. ¿De verdad piensas que si ese hombre no estuviese enamorado de ti estaría haciendo todo esto? Se la jugó por ti, fue cada noche hasta ese lugar esperando a que aparecieses. ¡Te besó! Y según tú, qué beso... Y ahora te escribe esas cartas tan bonitas. Créeme cuando te digo que a ese militar le has calado hasta los huesos, sino no haría ni lo más mínimo. Podría estar con cualquier mujer, pero te eligió a ti y en medio de todo este caos.

—¿De verdad piensas eso? —sigo incrédula con esta situación y con lo que siento.

—Totalmente.

Un cosquilleo me recorre todo el cuerpo pensando en él, en esas palabras tan bonitas que me escribe, recordando ese beso. El primero para mí y el que siempre llevaré en mi corazón pase lo que pase.

Necesito saber de él. Que está bien y que después de estas semanas sigue pensando en mí, pese a que nuestro amor tenga fecha de caducidad.

La vida te enseña muchas veces que la paz interior también te libra de muchas guerras

Miriam y yo esperamos un momento en la entrada de la oficina mientras dejamos que vaya saliendo todo el mundo y así pueda hablar tranquilamente con Leena sin que nadie nos moleste.

—¡Laylak, que alegría verte! Ya era hora de que vinieras —me dice con un entusiasmo abismal.

—Leena ¿qué tal estás? —me intereso por ella.

—Muy bien. Aunque, está la cosa turbia por aquí. Últimamente están haciendo más rondas. Esta ciudad es un bastión para los grupos terroristas y está haciendo mella en todo el mundo. He tenido diferencias con mi hijo por ese tema, pero bueno... No hablemos de mí. ¡Tengo dos cartas para ti!

—¿Dos? —abro los ojos sorprendida.

—Sí, mira. Esta llegó primero... —me la entrega —y esta ha sido la última. Tienes que tener loquito a ese hombre porque parece estar ansioso por saber de ti—. Me ruborizo sin darme cuenta y se me escapa una sonrisa.

—Han sido muchas semanas sin poder venir y quizás esté preocupado. ¡Gracias, Leena! ¿Qué haría sin ti?

—No tienes nada que agradecerme preciosa, es un placer. Esa historia que tenéis es tan hermosa... Solo espero que tengáis suerte, luchéis por ese amor y os vaya bien.

—Dios te oiga, Leena —me temo que esta historia no tendrá final feliz, pero me reservo esos pensamientos para mí, en lo más profundo de mi ser. —Tenemos que irnos. Intentaré volver pronto. ¡Cuídate! —la estrecho entre mis brazos.

—Lo mismo te digo, preciosa.

Volvemos a casa lo más rápido posible. Estoy ansiosa por saber qué dicen esas cartas. Cada vez que las sostengo entre mis manos un sentimiento muy especial alberga en lo más profundo de mi alma. Me siento vulnerable a lo que puedan decir, pero también me parece algo íntimo y auténtico. Algo tan tangible y que da la oportunidad de expresar nuestros sentimientos más escondidos de una manera más ávida.

Haciendo así que me enamore cada vez más en cada letra que leo.

Me escondo en mi habitación inventándome cualquier excusa para que nadie me moleste.

Abro la primera.

“Querida Laylak, mi Laylak...

Sí, puede sonar algo posesivo, pero te siento más mía que de nadie.

Son tantas las cosas que quiero expresarte que siento que esta carta se quedará corta. Cosas que me gustaría decirte en persona y que la distancia nos lo impide. Nunca pensé que estaría en esta situación. Hoy en día ya no se lleva lo de escribir cartas, pero entiendo que nuestra situación es muy distinta y poder hacerlo para ti lo cambia todo, por lo que merece toda la espera del mundo para recibir tu contestación.

Te seré sincero, casi toda mi vida he intentado esquivar al amor. Creía que eso no iba conmigo y no sabía si estaría preparado para entregar mi corazón a nadie. Sin embargo, al

conocerme me di cuenta que era como estar muerto. Mi corazón necesitaba latir de verdad y sentir algo más por alguien. Sé que para ti puede ser difícil leer estas palabras, vivimos en mundos tan distintos... y no estoy muy seguro de si alguna vez alguien te dijo que te amaba y pudiste experimentar lo que se siente. Sí, has leído bien. Estoy completamente enamorado de ti. Resuena en mi cabeza una y otra vez desde que me levanto hasta que me acuesto. Creo que para amar se necesita de mucha sinceridad, valentía, seguridad y honestidad. Amar sin excusas y sin pretextos. Y yo quiero ser lo más claro contigo y con lo que siento por ti.

Espero que todo lo que te estoy escribiendo no te cause temor, pues me parece que esta historia entre tú y yo es lo más real y especial que tendré en la vida.

Apareciste camuflada en la penumbra y el ver tu sonrisa por primera vez turbó todo mi ser. Cautivaste cada parte de mí con tus ojos color miel y ese moreno tan especial de tu piel.

Ya nada nos puede parar, Laylak. ¡Ya es tarde! Lo fue desde la primera noche. Fuiste mi refugio y ahora no sé qué hacer sin ti.

Vuelvo a darte las gracias por enviarme tu perfume, porque durante todo el tiempo en el que espero tus cartas busco tu aroma en mi ropa o en cualquier parte. Cuando no lo tenía sentía que mi corazón se paralizaba al no tenerte conmigo. Ahora mientras te escribo todo esto, y huelo el frasco con tu fragancia, sueño en que podamos tener una vida para los dos.

Laylak... después de meses escribiéndote he comprendido que estoy condenado a tu amor. Siempre tuyo, Will."

El corazón bombea tan fuerte contra mis costillas que siento que se me va a salir del pecho. Como me gustaría tenerlo aquí, poderlo abrazar, decirle que siento lo mismo por él. Me apresuro en abrir el siguiente sobre, pues hace bastante tiempo de este primero que me envió.

"Querida Laylak;

Dime que estás bien por favor y que no te ha pasado nada. Sé que la situación está mucho más complicada por allí. Hay mucho secretismo en cuanto a próximos ataques y nadie nos dice nada. Necesito saber que estás a salvo.

Supongo que será difícil para ti poder recibir o enviar las cartas, pero guardo la esperanza de que al fin me las leas.

Aunque, pensándolo bien, puede que mi anterior carta te haya asustado y pienses que estar conmigo sea un error y no merezca la pena. Espero que no sea el caso, pues no me importa lo difícil que pueda ser, yo quiero estar contigo y hacer que esto funcione.

Había aprendido que todo ese amor que se siente por alguien debía ser fiable, seguro, sin riesgos... pero a veces necesitas tirar abajo el castillo de naipes porque descubres que los cimientos no son buenos. Es absolutamente inviable negociar con tu mente cuando el corazón no para de gritar.

Mi familia y amigos me dicen que todo esto es un error, que voy a sufrir, que voy tan rápido que tarde o temprano me daré de bruces con una gigantesca pared que me hará parar en seco y nada calmará el dolor. Pero ¿sabes?, hay momentos en los que visualizamos a cámara lenta la hostia que nos vamos a pegar y aun así salimos a por ella. Y aunque parezca absurdo, el tiempo suele dar un valor incalculable a ese golpe. Yo estoy completamente seguro de que merecerá la pena, por ti haría lo que fuera sin importar cómo termine yo. Prefiero luchar mil veces por ti y por lo que siento a quedarme con la duda.

La vida te enseña muchas veces que la paz interior también te libra de muchas guerras.

¿Sabes? Hoy la luna brilla con mucha intensidad. Puedo verla desde mi habitación mientras te escribo. Me recuerda tanto a ti. Tenéis la misma luz. La que irradiabas aquella noche que me salvaste.

Pienso en que quiero verte de nuevo. Solo necesito eso, unos minutos para abrazarte muy fuerte y decirte todo lo que me haces sentir.

Por favor, escíbeme en cuanto puedas, aunque sea para decirme que no quieres saber de mí, pero necesito saber que no te ha pasado nada.

Tuyo, Will.”

Pero... ¿este hombre? ¿Cómo puede hacerme sentir tanto? ¡No lo he olvidado! ¡Imposible! ¿Cómo hacerlo? Por un momento cierro los ojos y pienso en todo lo que quiero decirle, creyendo que así podrá sentirlo esté donde esté.

Una utopía se crea en mi mente y cuando los abro despierto de esa ilusión. Porque sí, todo esto que sentimos el uno por el otro es imposible que salga bien, y mucho menos aquí, en esta ciudad, en este país, con mi familia. Sin embargo, soy totalmente consciente de que el motivo de esa utopía es él, solamente él. El que me hace tener conmociones atadas a mi ser y por el que pierdo la razón. No puedo esconder que lo amo y necesito que lo sepa. Debe saberlo. Solo él hace que mi corazón se dispare y lata a mil revoluciones a pesar de la distancia. Echo de menos su voz, el roce de sus manos y su sonrisa. Me supo tan poco el momento que tuvimos antes de que se marchase, que desearía tener una máquina del tiempo y volver a ese instante, poder tenerlo aquí para abrazarme a él y no soltarlo jamás.

Sin embargo, debo ser sincera. Tiene que saber lo que, tarde o temprano, ocurrirá. No es justo para él. Debe continuar con su vida sin pensar en mí.

Antes de que nadie pueda descubrirme le respondo para poder enviar la carta cuanto antes.

“Querido Will;

Tranquilo, estoy bien. No me ha ocurrido nada grave, aunque si debes saber algo que quizás lo cambie todo y te replantees tus sentimientos.

Antes de nada quiero decirte que yo siento lo mismo por ti.

Anhelo sentir tus labios sobre los míos, recorrer cada centímetro de tu rostro, memorizar tu boca, tus ojos... y escuchar cómo se acelera tu corazón cuando mi respiración se agita ante la exaltación que me provocas.

He sido sincera contigo en todo momento y esta vez no iba a ser menos. Soy toda tuya Will... Quiero que sepas que para mí ya lo eres todo. Que eres parte de mí. Mi complemento, mi otra mitad. Sé perfectamente que no puedo darte el mundo que te mereces, pero te regalo mi corazón entero, que es lo mejor que tengo. Mi mente también es tuya. No hay un minuto en el que no piense en ti. Lo sabes, mi cuerpo y mi alma son tuyas. Soy tuya y siempre lo seré, Will. Y aunque así sea, no quiero que me prometas tu amor, porque las promesas a veces son peores que las mentiras. Te hacen soñar... y, tarde o temprano, sufrir. No sé si lo aguantaré, Will y no quiero que pases por esto.

Hay instantes que marcan la vida y tú has marcado la mía. Siempre serás mi primer amor. Ese amor único, inocente, real, de primera vez.

Recuerdo la felicidad de mi corazón, tan presente en mí, cuando nos besamos. Yo no sabía cómo era amar así a alguien, pero supe que si era contigo no había forma de equivocarme. Creer así en esa persona, sin miedos, sin dudas, sin que importe el pasado... es algo maravilloso. Un romance puro y cristalino, pero que por mucho que no queramos verlo debe

terminar o nos haremos más daño.

Eres tan especial Will... no mereces que te lastimen. Puede que tu familia tenga razón y debamos poner un punto final a toda esta historia.

Una estocada se clava en mi corazón al escribir esas palabras. Una inquietud que se apodera de mí y un palpito que acelera todo mi ser como un veneno mortal.

“Will, no sé cómo decirte esto. No encuentro las palabras oportunas ni las que te lo hagan ver con lucidez. Quizás deba ser directa y nos ahorraremos disgustos... Voy a casarme. Sabes que mi mundo no es como el tuyo. Hace tiempo que lo sé, pero en lo más profundo de mi corazón albergaba la esperanza de que ese momento no llegase. ¡Y no, no quiero hacerlo! No quiero hacerlo porque ese hombre con el que compartiré mi vida no eres tú. No lo amo y nunca lo haré. Apenas lo conozco y es mucho mayor que yo. A pesar de lo dicho, estoy obligada a hacerlo. Ojalá fuera más valiente de lo que imaginaba y pudiera escapar de aquí. No es tan fácil.

Que sigamos con esto no tiene ningún sentido. Ni siquiera sabemos cuándo os volverán a traer aquí, ni si nos volveremos a ver. No mereces sufrir así. Todo esto es un sin sentido.

Necesito dejar de pensarte. Si seguimos así nos estaremos arriesgando demasiado, porque llegará un momento en el que nos tendremos que alejar aún más y nos va a doler.

Will, somos dos almas que Dios quiso unir las por alguna razón, haciendo que de la noche a la mañana mi corazón sintiera cosas por ti que soy incapaz de explicar. Pero tengo que parar. Sin embargo, ¿cómo hago eso? ¿Cómo dejo de pensarte? ¿Cómo te olvido? Tan solo te pido un favor, y sí, sé que puede sonar egoísta, pero necesito que pares estos sentimientos, que dejes de ilusionarme, de decirme todas esas palabras que hacen que me enamore más y más de ti.

¡Necesito que lo que siento por ti deje de latir! Necesito que me dejes de escribir.

Y aunque la distancia nos separe y nuestros caminos sigan rumbos distintos, recuerda que siempre formaremos parte del otro y que al fin y al cabo tú y yo vemos la misma luna en el cielo.

Siempre tuya, Laylak.”

Cierro el sobre con tristeza. Apenas puedo respirar. Cargo con tanto que he reprimido durante tantísimo tiempo, siendo muy consciente de lo que aún me espera, que no puedo evitar que mis lágrimas caigan sin descanso. El corazón quiere salirse de mi pecho, pierdo el equilibrio y solo quisiera soltar todo lo que llevo dentro, descargar todo y desaparecer de este mundo cruel para siempre.

A veces, aquello que no podemos entender comienza a tener sentido con el paso del tiempo

Llevo un buen rato dándole vueltas a la comida del plato. Sigo pensativa y estos días no he sido muy consciente de lo que ocurre a mi alrededor. Como si mi cuerpo aún siguiera aquí, pero mi alma lo hubiese abandonado y vagara por ahí, perdida, sin rumbo.

—¿Qué ocurre, Laylak? —pregunta serio mi padre.

—Nada —respondo sin muchas ganas y volviendo en sí.

—¡Come! —me impone.

No le contesto. Simplemente lo miro desafiante a los ojos, apretando los labios en una firme línea. Me conoce muy bien y sabe a la perfección que estoy llena de rabia por toda esta situación.

—¡Que comas te he dicho! —alza la voz dando un golpe en la mesa.

Sin apartarle la mirada, cojo un trozo de carne y me lo llevo a la boca. Mastico durante unos segundos mientras nos miramos y él piensa que tiene la guerra ganada conmigo.

—No tengo más hambre... —me levanto de la mesa y me dirijo a mi habitación.

—Laylak, ni se te ocurra...

—Faruq, ¡déjame a mí! —interviene mi madre.

Al cabo de un rato, el ruido de las bisagras de la puerta de mi habitación anuncia a mi madre. Deja una bandeja con comida encima del escritorio y se sienta al borde de la cama, junto a mí.

—Hija, ¿porqué siempre estás enfadada con nosotros? El odio que sientes no lleva a nada.

¿Cómo les hago entender que yo no veo las cosas como ellos? Son ellos lo que hacen que ese odio que sienten por el mundo entero nos consuma. No respondo, tan solo dejo que hable y la observo muy atenta. Al fin y al cabo es mi madre y no es tan necia como nos hace pensar. Sabe a la perfección lo que me pasa, cómo me siento... ella también es mujer y lo es en el mismo mundo que yo. Pese a que está claro que ella sí acató con la ley y las órdenes que le daba su padre y, ahora, su marido. Nunca he hablado con ella de ese tema. Tampoco sé muy bien qué piensa al respecto. Siempre parece que está de acuerdo con lo que mi padre manda, pero si está aquí, intentado que entienda algo para que no sufra más, debe ser por algo.

—Come algo, anda hija —me acaricia la melena y suspira—. ¿Por qué te cuesta tanto ser amable? No seas terca, Laylak... tu padre solo quiere lo mejor para ti—. Resoplo y arqueo una ceja.

¿Acaso me dan opción a serlo? Yo no soy así, pero en los últimos meses han cambiado tanto las cosas...

—Escucha hija, dentro de poco te librarás de nosotros. Estarás con tu marido, tendrás tu propia vida y tu propia casa. Toda irá bien, Laylak, eres una chica fuerte, puedes con esto y con más. ¡Te quiero! ¿Vale? Además, más vale que aprendas algo rápido, hija, el dedo acusador de un hombre encuentra siempre a una mujer del mismo modo que una brújula siempre señalará al Norte, —me levanta la barbilla para que la mire a los ojos. Y observándola, aquí las dos solas, comprendo que todo este tiempo la he juzgado sin conocer realmente lo que hay detrás de su circunstancia —no lo olvides nunca y grábatelo a fuego. Mejor obedecer.

Soy capaz de entender que su vida tampoco ha debido ser un camino de rosas. Sin embargo,

no vemos las cosas de la misma manera. No nacimos para ser sus esclavas.

En esta ocasión, no veo las facciones de su rostro, con sus líneas más acentuadas alrededor de sus ojos... sino un rostro marcado por las injusticias y cargas soportadas sin protestar, por un destino que no le quedó más remedio al que resignarse. La miro con cariño y la abrazo. Y mientras lo hago me pregunto si así seré yo al cabo de unos años, teniendo la misma conversación con mis hijas. Ruego al cielo para que eso nunca ocurra.

—Ay, mamá... —como me gustaría decirle todo lo que me ha pasado y lo que siento, pero no puedo hacerlo—. Gracias.

Mi mente empieza a divagar. Recordando cada momento de mi vida desde que tengo uso de razón. Como si lo que fuera a ocurrir en poco tiempo fuese mi final. “Seré la esposa de un cruel asesino”, me digo a mi misma. Su cómplice en todas esas injusticias que me causan dolor a cada instante. ¿Cómo luchar contra eso? ¿Cómo estar junto a un hombre que ni conozco, que nunca amaré y que lucha castigando y matando a otras personas por ser “infieles”?

Me llevo las manos a la cabeza con desesperación y cierro los ojos recordando a mi abuela. Tengo grabadas en mi mente y mi corazón cada una de las palabras que me decía cuando nadie nos veía: “Laylak, querida, si Dios te deja, y mantengo la fe en que así será, algún día llegarás a ser lo que tú quieras. Eres una niña especial y muy inteligente, ¡no lo olvides nunca! Ya verás como todo cambiará y las mujeres podremos tener nuestra propia vida, tener elección, podremos ir a la universidad sin que nos miren mal por ello... Aún existe la esperanza en que las mujeres podamos caminar solas por las calles sin miedo a que nos paren y nos castiguen por ello. ¡Tú solo confía!”

¡Abuela!, tú siempre creíste en mí y mantuviste la esperanza en un mundo mejor, sin embargo... nunca te dejaron ser. Sé que me cuidas allá donde estés y me das fuerzas a seguir en este lugar para luchar por lo que quiero y por un mundo más justo.

No lo hago adrede, pero Will me viene a la mente sin esperarlo. Aunque no es de extrañar porque siempre pienso en él. No dejo de hacer otra cosa desde que lo conocí y no puedo quitarme de la cabeza todo lo que pensaría de mí después de leer mi última carta.

¿Y sí fui injusta con él? ¿Con lo que sentía por mí? ¿Con esa estúpida petición? ¿Por qué me ha tenido que pasar esto con él? No puedo sacarlo de mi cabeza y mucho menos de mi corazón. Hace semanas que me negué a volver a visitar a Leena, por miedo a que me dijera que Will me había respondido. Si leyera tan solo una frase más de él no encontraría ninguna forma de volverme a alejar. “¡Dios! ¿Por qué todo tiene que ser tan difícil?”; me digo enjugando las lágrimas que caen por mis mejillas sin previo aviso.

No obstante, Leena... Nos hemos hecho muy buenas amigas y lo está pasando mal con su hijo. Debería ir a verla y saber cómo está. Solo le pido a Dios que Will me hiciese caso y no me haya escrito más.

A la mañana siguiente consigo que mi hermano me acompañe a la oficina de correos para visitar a Leena.

Aprovecho que todo está tranquilo en el local y me levanto la parte delantera del *burka*.

—¿Leena? —pregunto apoyada en el mostrador y mirando hacia el interior de un cuartucho tras el mostrador.

—¡Laylak, preciosa! Qué alegría verte, me tenías preocupada. Pensaba que te había pasado algo. La última vez que viniste te vi tan triste y desolada, parecías otra... ¿Te encuentras bien?

—Gracias por preocuparte, estoy bien. Supongo —suelto cariñosa, no quiero preocuparla con mis problemas—. ¿Tú estás bien? —atrapo sus manos en las mías.

—Sí, sí preciosa. De momento bien, aunque ya sabes que mi hijo cada vez está más metido con esa gentuza y me da miedo lo que pueda pasar.

—¿Y has hablado con él? No sé... ¿Hacerle entrar en razón?

—No hay nada que hacer, Laylak. Le han metido tantos fantasmas e ideas en la cabeza... ya no me da miedo que le pase algo a él, sino el mal que pueda a hacer a otros. Ay, querida, la violencia y el odio solo causan más violencia.

—Sí, es una lástima. Por culpa de personas como ellas salimos perdiendo todos y acaban juzgándonos a todos por igual sin conocernos. Es injusto. Lo que le falta a la gente hoy en día es ponerse en el lugar del otro, ver como se sentirían si les hicieran lo mismo... Así va el mundo con falta de empatía.

—Toda la razón... Por cierto, —su tono de voz es más bajo, casi un susurro —esta tarde habrá una manifestación organizada por algunas mujeres, para seguir luchando por nuestros ideales y para que, simplemente, nos dejen... ser mujer. ¿Contamos contigo?

Por un momento me quedo en silencio, pensando en lo que me acaba de proponer. Si mi familia se entera puede ser mi fin. Y por eso mismo; por la rebeldía que siento hacia ellos, las injusticias que se viven aquí a diario y porque todas debemos apoyarnos para luchar contra esto, accedo.

—¡Contad conmigo, Leena! ¿Dónde será?

—En la plaza del Paraíso a las seis.

—Perfecto, allí estaré. Ahora debo irme. ¡Nos vemos y cuídate!

Justo en el momento en el que voy a salir por la puerta su voz me paraliza.

—¡Preciosa, espera! Tengo algo para ti. Llegó hace días.

Durante unos segundos dudo si girarme o salir de allí corriendo, pero la opresión que siento en el pecho me lo impide. Giro sobre mis talones y vuelvo a acercarme al mostrador. Observo con fijación el sobre que sostiene entre sus manos. Levanto la mirada llena de esperanza y melancolía hacia sus ojos que me miran tiernamente.

—Querida, quizás sea importante —me agarra con fuerza.

—¿Por qué? ¡Le pedí que no lo hiciera más! No entiendo porqué me hace esto.

—Laylak... a veces, aquello que no podemos entender comienza a tener sentido con el paso del tiempo. Dale una oportunidad y dátela a ti.

—Lo nuestro es solo un sueño, una ilusión... la realidad es muy distinta. Y lo que más duele es pensar que no habrá forma de que esté en mi vida—. Una lágrima cae, sin previo aviso, por mi mejilla y sigo sin saber qué hacer.

—Preciosa, —me ofrece un pañuelo para limpiarme —la vida está llena de sueños e ilusiones ¿sin eso qué haríamos? ¡Tú léela! Y cuando lo hagas podrás tomar una decisión—. Me entrega la carta, me agarra con fuerza las manos y me sonríe dulcemente.

—Gracias, Leena. Nos vemos esta tarde.

Esclavizar a las mujeres significa impedir a la sociedad ser una sociedad

Pasan las horas y sigo sin abrir el sobre. No soy capaz de leer cualquier palabra que me haya escrito. He sobrevivido todo este tiempo sin saber de él. Sin caer en la tentación de ser yo quien le escriba. Sin decirle que lo extraño. Ahora solo me falta poder hacerlo el resto de mi vida.

¿A quién quiero engañar? No sé si podré... Necesito saber cómo está y si sigue pensando en mí. Pero me obligo a apartar de mi mente esos pensamientos.

Intento mantenerme ocupada para no caer en la tentación de leerle. Aprovecho que aún queda un rato para ir a la manifestación y me acerco a casa de Miriam.

—Hola, cielo —abre la puerta Adila ¿cómo estás? —me intereso por ella.

—Bien.

—¿Puedo hablar con Miriam un momento?

—Sí, pasa. Está en la cocina.

Abdul está en casa. Lo veo tumbado en el sofá, durmiendo, cuando paso por la puerta del pequeño salón.

—¡Laylak! —me abraza con alegría, pero sin hacer ruido para no despertar a su marido—. ¿Quieres café?

—Prefiero algo más relajante.

—¿Y eso? ¿Pasa algo?

Miro de reojo a Adila y le hago un gesto con la cabeza. Después de la última conversación que tuvimos con ella, no tengo ni ganas ni fuerzas para que nadie se entere de todo lo que está sucediendo en mi vida.

—Adila, perdona, en la habitación queda ropa por recoger y guardar ¿podrías ayudarme con eso? —propone Miriam para que podamos quedarnos a solas.

Ella asiente y sale por la puerta.

—¡Gracias! —clama en un susurro ahora que va por el pasillo—. ¿Qué pasa, Laylak?

—Esta tarde voy a ir a una manifestación con otras mujeres.

—¿Estás hablando en serio? —no da crédito a lo que oye.

—Sí. Estoy harta de callarme todo lo que pienso. Y si me pillan y es motivo para que acaben con mi vida, pues que así sea.

—¡Por Alá, no digas eso!

—Es la verdad. Estoy cansada de esconderme, de pensar distinto de lo que nos quieren convencer, de luchar contra mi familia, de casarme con alguien que no quiero, de ser... infeliz.

—¿Y dónde está la chica que yo conozco? ¿La que lucha por lo que quiere, es fuerte y valiente?

—Sigo siendo yo, Miriam, aunque más dolida que nunca. Y por eso mismo voy a ir a la manifestación. Ya es hora de hacer algo más que escaparme algunas noches para recibir clases a escondidas.

—Está bien... pues te acompaño.

—¿Tú? Já... ni hablar.

—Ah ¿y por qué yo no? —alza las cejas a lo más alto a la par que se cruza de brazos.

—No quiero que te ocurra nada y tú ya estás ayudando a otra gente para acabar con esto.

—Sí, los estoy ayudando, pero créeme, esto nunca acabará. Siempre habrá algo más. Voy a ir contigo y no se hable más —me responde muy autoritaria a la vez que me ofrece una infusión—. Y cambiando de tema, ¿sabes algo más sobre Asad? ¿Cuándo os casaréis?

—Solo sé que será en diciembre. No sé nada sobre él ni he querido averiguar. ¿Cambiaría algo?

—Pues yo si sé quién es, Laylak. Y permíteme un consejo, ten mucho cuidado con él. Es la mano derecha del que hacen llamar “el Jeque”. Parece que este fue detenido el año pasado. Finalmente lo soltaron porque no había pruebas concluyentes que dictaminasen que la célula terrorista que lo seguía cometiese ningún acto.

—¡Dios mío! ¿Y tú como sabes eso? —pregunto sorprendida.

—Ya sabes... tengo mis contactos —encogiéndose de hombros da un sorbo del café—. Piensa que ese hombre vendrá aquí y la policía con la que colaboro también va tras él. Por eso tienes que tener cuidado ¿Entiendes Laylak?

—Sí, sí, tranquila. Y a todo esto... ¿se puede saber que te ofrecen a cambio?

—Protección, o eso dicen. Y sacarme en algún momento de aquí —contesta sorbiendo de nuevo como si lo que acaba de decirme no se lo creyese.

—Así que te irás... —suelto a la par que dirijo mi mirada al suelo apenada. Si mi amiga se va de aquí, no me quedará nadie en quién confiar.

—Tranquila, aún no me iré. Además iba a proponerte que te vinieras conmigo. Puede ser una buena oportunidad para ti y podrías dejar atrás todo esto.

—¿Irme contigo? ¿Cómo? La que colaboras con ellos eres tú.

—Tú solo dime si estarías dispuesta y lo demás déjame a mí.

—¿En serio? Sabes que sí Miriam. Nada me gustaría más que dejar todo este horror y tener una vida distinta.

—Pues eso está hecho. —Me abraza. —Bueno, ¿nos vamos antes de que se despierte Abdul y Adila le cuente que no estamos?

—Sí, será mejor irnos ya—. Ambas soltamos una leve sonrisa complaciente.

Cuando llegamos la plaza está repleta de mujeres. Muchas de ellas van cubiertas de pies a cabeza sin que sepamos quienes son. Aún no se atreven a dar mucho la cara, aunque si están aquí es porque son valientes. Otras, en cambio, como mi amiga y yo, solo llevamos el *hijab*. ¡Que sea lo que Alá quiera!

Nos acercamos hasta la muchedumbre. En el epicentro de la protesta varias de ellas están repartiendo pancartas para poder alzarlas mientras recorremos las calles de Raqqa.

Consigo ver a Leena que habla con otra chica que sostiene un megáfono entre las manos. Está de espaldas y no tengo ni idea de quién puede ser. Antes de acercarme a ellas observo a mí alrededor, siendo muy consciente dónde me estoy metiendo. La ciudad está atestada de grupos islamistas radicales. Me percató de varios camiones militares de diferentes países que protegen la zona. Sin embargo, tengo un mal presentimiento. He podido escuchar en más de una ocasión a mi padre, mi hermano, el marido de Miriam y algunos más, conversando y planeando posibles ataques a los infieles. ¿Y esta manifestación? ¿Por qué no han hecho lo posible para que no se realice? Algo no me cuadra. Intento no pensar mal y sacarme eso de la cabeza. Tengo que centrarme en lo que he venido a hacer, así que me acerco con Miriam a Leena y nos presenta a la chica. Cuando se gira me llevo una sorpresa. ¡Es Fátima! Mi profesora.

—¡Laylak, que alegría verte aquí! —me abraza con cariño.

—Estoy feliz de haber venido. Debemos apoyarnos entre nosotras.

—Me complace saber eso. Yo misma te lo hubiera dicho, pero como llevamos semanas sin saber de ti... ¡Espero que esté todo bien! —aún me sujeta las manos.

—Sí, todo bien. No es nada grave, simplemente que cada vez me cuesta más salir de casa y han ocurrido cosas que me han hecho estar algo más desganada—. Hago lo posible por lanzarle una sonrisa.

—Vaya, lo lamento, Laylak —aprieta mis manos con fuerza—. Bueno, pues ¡vamos a por ello entonces! Estamos todas listas.

Otra chica nos da unos carteles en los que se puede leer: “**Somos libres**”, y Fátima se lleva el megáfono a los labios subiéndose a un escalón.

—La lucha revolucionaria es un camino largo, tedioso, no apto para impacientes. Llevamos años luchando, combatiendo contra aquéllos que nos tratan como esclavas. Peleando día tras día dentro de cada familia. Y sobre todo, combatiéndonos a nosotras mismas, pues todas sabemos que nuestro peor adversario es aquello que el sistema quiere hacer de nosotras, y que solo a través de un incansable trabajo contra el enemigo interno, una puede llegar a ser verdaderamente libre. Muchas de vosotras ya erais militantes antes del estallido de la revolución. Os autoformabais escuchando cintas de *casette* que provenían de las cárceles o de las montañas. Organizabais reuniones clandestinas donde debatíais y formabais a otras compañeras. Escondíais a compañeros y compañeras perseguidas, conduciéndoles a través de la noche para que la policía del régimen sirio no les arrestara. Muchas han dado su vida por esta causa y nosotras hoy debemos seguir luchando por ellas y por las que vendrán.

Me quedo impresionada de como cala las palabras de mi profesora y es sorprendente ver cómo mujeres cristianas, árabes, kurdas, turcomanas, chechenas y yazidis aúnan sus fuerzas, su vitalidad, en la construcción de un sistema de mujeres que protege las libertades de todas ellas, pero respetando sus particularidades étnicas y religiosas.

Sigo escuchando a Fátima.

—¡Hoy vamos a seguir sacudiendo el impero que crearon con la violencia y la persecución! ¡Porque saben perfectamente que las mujeres somos la base del sistema social, y esclavizar a las mujeres significa impedir a la sociedad ser una sociedad! ¡¿Estáis preparadas?!

Todas gritamos al unísono y empezamos la marcha. Sin embargo, una quemazón me sigue oprimiendo el pecho y no me deja pensar con claridad. Tal y como están las cosas no tiene ningún sentido que nadie detenga esta exposición incendiaria para el ISIS.

Intento seguir mi camino junto a las otras mujeres.

Un camión de las fuerzas militares americanas pasa por nuestro lado para pararse en una esquina, acto seguido el ruido de unos neumáticos derrapando y frenando en seco atrae todas las miradas. Siento el corazón a punto de explotar y empiezan a flaquearme las piernas. Cierro los ojos y rezo para que no nos pase nada. Una especie de sofoco se apodera de mí. Abro los ojos y de pronto, del todoterreno que invadía el asfalto segundos antes, varios combatientes del ISIS disparan los *kalavnicofs* al aire, mientras otros lanzan unas bazucas hacia los *hummers* militares.

Una gran explosión se produce tras nuestra. El ruido es ensordecedor, tanto que me van a estallar los tímpanos. Caemos al suelo por la explosión. Siento impactos firmes contra mi cuerpo e intento acurrucarme y taparme la cara con las manos.

Siento que voy a desfallecer y durante los segundos más largos de mi vida me quedo sin saber cómo reaccionar mientras todo a nuestro alrededor explota por los aires.

La llama de la esperanza

Abro los ojos por fin, intento levantarme, pero no lo consigo. Siento la gravilla del suelo clavada en mis manos y rodillas. Un zumbido largo e intenso se hace muy presente en la cabeza. Tengo que ponerme en pie, no puedo quedarme aquí, pero no puedo reaccionar. Estoy muy aturdida. Tras un momento de incertidumbre, llega otro ruido fuerte, seguidos de varios fogonazos. La luz me molesta en los ojos y parpadeo varias veces para volver a ver con nitidez. Grandes columnas de humo se alzan hacia el cielo. Vislumbro lo que parecen extremidades amputadas, ratas corriendo al acecho de su manjar, sangre... y militares de un lado para otro. Camiones ardiendo y los gritos de la gente llegando a mis oídos.

Mis lágrimas salen a borbotones sin que pueda retenerlas y me falta aire en los pulmones. Mis manos siguen apoyadas en el suelo, llenas de polvo y cubiertas de ceniza. De repente alguien se coloca frente a mí. Distingo unas botas militares bastantes grandes. No sé qué hacer, todo ocurre muy lento y muy deprisa a la vez. Parpadeo sabiendo lo que ha ocurrido. ¡Una carnicería!

Este desconocido me aferra de los brazos. Hace toda la fuerza posible para levantarme. Cuando lo consigo me sujeta para que no me caiga y camine junto a él. Levanto la cabeza. Tan solo me permito mirar alrededor y lanzo los ojos al cielo para darle gracias a Dios por estar viva.

Hay una gran humareda. Observo las ventanas reventadas de los edificios en torno a nosotros, con prendas de ropa aún tendida en los cordeles; permaneciendo ajenas al dolor que se está viviendo en esta zona.

La voz que lleva minutos hablándome me saca de mis pensamientos. Echo un vistazo por todas partes y veo a la gente gritar, correr, llorar. Hay una cuantiosa multitud. Cuerpos desfigurados y sin vida se están vaciando de sangre, tirados en el suelo. Cristales rotos por doquier. El aire arrastra un olor a pólvora y batalla. Varios expertos con cámara en mano se abren paso para poder fotografiar todo lo ocurrido.

Sigo desconcertada. Saldremos en los periódicos. Equipos médicos, militares, periodistas cubriendo lo que acaban de presenciar y algún que otro curioso impaciente por saber qué ha pasado.

El militar que me tiene agarrada me sigue hablando.

—Señorita, ¿se encuentra bien? ¿Puede oírme? —esta vez tengo su mirada parda clavada en la mía.

Me encojo de hombros a modo de respuesta, pues me es imposible articular palabra. Mi voz se ha quedado anclada en alguna parte de mi garganta sin poder salir. Entorno la mirada para fijarme en su uniforme y me cercioro de que es militar estadounidense. Vuelvo a mirar al frente y puedo observar cómo, en cuestión de minutos, algunos militares españoles, conjuntamente con equipos de militares americanos, montan varias carpas que harán las veces de hospitales de campaña.

El oficial vuelve a hablarme.

—Se va a poner bien, señorita. Venga conmigo, mis compañeros la ayudarán.

Entramos en una de las carpas, que ahora su función es la de una enfermería, indicándome que me siente sobre una camilla. El militar intenta tocarme el cuerpo para ver si estoy herida, pero en

un acto reflejo lo alejo de mí con un leve empujón y se lo impido.

—No... no me toque, por favor... —alcanzo a decirle tartamudeando y temblando—. Está prohibido, por favor... —le suplico. Aún sigo aturdida.

—Está bien, señorita. Enseguida viene mi compañera. ¿Cuál es su nombre?

Me llevo una mano a la cabeza y cierro fuerte los ojos. Un dolor punzante no me deja coordinar todo lo que quiero decir. Las palabras se me agolpan en la lengua.

—Eh... Laylak —suelto al fin.

En una fracción de segundo aparece una mujer por la lona de la entrada.

—He oído que te llamas Laylak. Bien. Yo soy Sarah y voy a cuidar de ti ¿entendido? —su voz me tranquiliza. Es morena, tiene el pelo recogido en un moño, sus ojos son marrones y su semblante transmite paz.

Me sujeta el rostro e inspecciona cada parte de él. Saca de un pequeño bolsillo delantero lo que parece un bolígrafo, pero me percató que no lo es en el momento que me apunta con él a los ojos y su luz me molesta. Me insta a que respire y coja aire profundamente a la par que el gélido extremo del estetoscopio que une contra mi pecho me eriza la piel.

Tras un buen rato inspeccionándome, Sarah llega a la conclusión de que no tengo ningún hueso roto ni ninguna otra lesión de la que preocuparme. Gracias a Dios, estoy bien. Aún así me desinfecta varias heridas y me suministra unos analgésicos para calmar los dolores.

—Estoy mareada —consigo decirle con mejor voz.

—Está bien, tumbate en la camilla y no te muevas. Enseguida vuelvo. Si necesitas algo solo dínoslo.

Sigo confundida por todo lo que ha ocurrido. Fuera de la carpa aún siguen los gritos de la gente y no puedo pensar con claridad.

Otro soldado entra ella a gran velocidad, se acerca a Sarah y al hombre que me ha traído hasta aquí. Oigo como cuchichean.

En esa conversación alcanzo a escuchar “capitán Ross” y mi corazón da un vuelco. ¡No puede ser! ¡Es imposible! Me reincorporo rápidamente.

—Disculpen ¿han dicho capitán Ross?

—Sí, señorita. ¿Lo conoce? —responde uno de ellos con algo de desconcierto en su cara.

—¿Will? ¿William Ross? —vuelvo a preguntar.

—Exacto, señorita.

En ese momento Sarah, dando a entender que el motivo de mi pregunta le da exactamente igual y que no tiene tiempo que perder, sale corriendo hacia el lugar donde han solicitado sus servicios.

Consigo ponerme en pie y me acerco al militar que entró por última vez.

—¡Dígame qué ha pasado, por favor! ¿Le ha pasado algo? —al soltar esas palabras siento que voy a desfallecer. No estoy preparada para saber que le ha ocurrido algo malo. Los nervios empiezan a jugarme una mala pasada.

Agarro al militar de la ropa y le sigo suplicando con la mirada vidriosa para que me diga qué ha pasado.

—¡Cálmese, señorita! —intenta tranquilizarme—. Uno de los bazucas que dispararon esos integrantes del *Daesh* explotó contra el camión de su unidad. Por suerte no estaban dentro, no obstante han sufrido heridas.

—¡Dígame dónde está, por favor!

—Acompáñeme.

Todo es caótico a nuestro alrededor. Veo a la gente herida pasar por mi lado a cámara lenta. No me creo que esté pasando todo esto. Tiene que ser una pesadilla. Quiero despertar de ella. ¡Ya!

Nos adentramos en otra gran lona en las que hay varios militares tumbados en las camillas. No paran de toser y quejarse, pero parece que están bien. Busco entre ellos a Will, hasta que el soldado que me ha acompañado me señala con el dedo la última camilla. Está sentado, de espaldas y con el torso al descubierto. Me acerco rápidamente a él, temblorosa, con las manos en la boca y hecha un mar de lágrimas.

—¿Will? —inquiero, aún sorprendida y con miedo a que no sea él.

Gira veloz su cabeza sorprendido al reconocer mi voz.

—¡Dios mío, Laylak! ¿Qué haces tú aquí? —se pone frente a mí, elevando sus piernas sobre la camilla y enmarca sus manos en mi rostro. No puedo dejar de mirarlo. Lloro desconsoladamente. Estamos tan cerca el uno del otro que puedo ver cada una de las motitas claras que irradian sus ojos verdes. Me abraza y hundo mi cara en su piel. Siento el calor de sus brazos, fuertes y firmes, rodeándome. Anhelaba tanto este momento. El de estar perdida entre su cuerpo, haciendo que vuelva a encenderse la llama de la esperanza. Ahora mismo ya me daría igual si el mundo quisiera romperse en mil pedazos, siempre y cuando los dos estuviéramos juntos.

Me ciñe mucho más fuerte contra él, como si fuese posible estar tan pegados que nuestra piel fusionara en una sola, escuchando sus latidos, uno a uno, haciéndome sentir que he vuelto a la vida. Volviendo a querernos tras el reencuentro, sabiendo que yo soy la única capaz de mitigar sus miedos y él haciéndome feliz por poder amarlo.

Me separa lentamente y baja su mirada para estar al nivel de la mía. Sus manos se deslizan por todo mi rostro, intentado limpiar las lágrimas y la tizna.

—Laylak, respóndeme. ¿Estás bien? ¿Te ha pasado algo?

Consigo reaccionar al fin.

—Sí, sí, estoy bien. Tan solo son unos rasguños.

—Menos mal —suspira aliviado y vuelve a abrazarme. Un abrazo como solo él sabe darlos. No era consciente de cuánto lo necesitaba. Sus abrazos, su ternura... a él.

—¿Qué haces aquí, Will? —pregunto aún vencida en su pecho.

—¿No recibiste mi última carta?

¡La carta! Seré estúpida.

—Sí, sí que la he recibido, pero hasta esta mañana no he podido recogerla.

Separa la distancia entre nuestros cuerpos y al hacerlo, mi pecho desciende los grados suficientes para sentir un frío que me congela los huesos.

—¿Y la has leído?

—No. No sabía si sería capaz de leer ni una sola palabra que me pudieras decir.

—Entiendo —exclama apenado. —¿Y tú que hacías aquí? Esto es muy peligroso. Podría haberte pasado algo. De ser así no sé qué hubiera hecho—. Me aferra de la cintura hacia su cuerpo. Sus ojos están vidriosos y sé que lo está pasando mal al pensar que me podía haber ocurrido lo más mínimo.

—Decidí participar en la manifestación. Han sido muchas las ocasiones que he escuchado a mi padre organizar sus atentados. Había algo que me decía que nada de esto iba a salir bien, pero aún así... aquí estoy—. Mis amigas me vienen a la mente.

—¡Oh, Dios mío! Miriam, Leena, Fátima... No las he visto. ¡Tengo que encontrarlas!

—No irás sola. ¡Te acompaño!

—Pero... pero, Will...

—¡Pero nada! Ni en broma dejo que vuelvas a salir ahí tú sola. ¡Me niego! ¿Me oyes? —me mira con fijeza.

—Está bien. Pero ponte una camiseta al menos ¿no? —tuerzo mi boca a modo de sonrisa y con algo más de humor. Estar frente a él me ha cambiado el ánimo.

Me pellizca la barbilla y con esa mirada que desarma, me da un cálido y tierno beso en la comisura de mis labios.

Castigos, castigos y más castigos...

El cielo comienza a teñirse de rojo a medida que el sol se va escondiendo. Pinceladas amarillas y naranjas van dejando paso a tonos violetas y azules mezclados con el humo. Las farolas de las calles, solo las que siguen en perfecto estado y funcionando, empiezan a desprender una luz tenue anaranjada. Llevamos un rato buscando entre el gentío que aún queda por aquí y en las demás carpas. No hay rastro de ellas. Cada vez estoy más asustada. Espero que no les haya sucedido nada.

Cuando creo que no voy a poder continuar, escucho unas voces tras nuestra. Agarro la manga de la camiseta de Will y la arrugo por los nervios. Miro hacia atrás y ¡ahí están!

—¡Cielo santo! ¡Menos mal! —grito, lloro y corro hacia ellas.

Nos abrazamos y las observo con detenimiento para cerciorarme que están sanas y salvas.

—¡Estamos bien, Laylak! Tranquila. Pero... ¿y tú?, ¿estás bien? —las manos de Miriam sujetan las mías.

—Sí, perfectamente. Solo tengo unos roces.

Un silencio se crea a nuestro alrededor y me percató de que los ojos de mis amigas no dejan de fijarse en la presencia de Will. Nos observan expectantes. Suelto una leve sonrisa y los presento.

—Chicas... os presento a... Will.

—*As-salam-u-alaikum*—. Will se lleva una mano al pecho, a la altura del corazón, y yo me quedo atónita al oírlo. Aunque no sé porqué me sorprende, lleva el tiempo suficiente en países árabes como para conocer muy bien nuestra cultura.

—¡La paz sea contigo! —responden al unísono.

Will y yo nos miramos con complicidad y ahora mismo soy la chica más feliz por tenerlo a mi lado. Todo lo malo se ha esfumado al estar junto a él.

Sin embargo, esa sensación dura una fracción de segundo cuando alcanzo a ver al final del callejón el Jeep de mi padre.

El miedo se apodera de mí.

—¡Tienes que marcharte, Will! Mi padre no debe vernos o lo lamentaremos.

—No me importa, Laylak, quiero quedarme contigo.

—¡No! Hazlo por mí, por favor... si él se entera me matará.

—Vale... Pero... ¡Mañana por la noche te espero donde tú sabes!

—Allí estaré.

Acaricia mi mejilla velozmente y se marcha trotando hasta que lo pierdo de vista entre la multitud.

Mi padre y Abdul se bajan del coche, hechos unas furias. Se acercan a nosotras. Mi padre me agarra fuertemente del brazo y me zangarrea. Abdul le propina un bofetón tan brusco a Miriam que hace que caiga al suelo.

—¡Noooo! —le grito. Me zafo de las garras de mi padre y me agacho para ayudar a mi amiga.

Fátima y Leena están asustadas y temen por lo que nos pueda pasar. Mi padre hace que me levante sujetándome por el cuello a la par que me lanza innumerables insultos.

—¿Se puede saber que estabais haciendo aquí? —nos miran de arriba abajo—. ¿Y así vestidas?

¡Subid al coche! ¡Yaaa!

—Vosotras... —apunta mi padre con el dedo a las chicas —desapareced de mi vista o también tendréis vuestro merecido.

Temerosas de las duras palabras de mi padre, me miran con desconcierto. Muevo la cabeza asintiendo y con una simple mirada les hago entender que obedezcan.

Salen corriendo y Abdul nos empuja hacia el interior del cuatro por cuatro. Sin embargo, cambio de planes.

Miembros de la policía de la moral de la organización *yihadista* nos han visto y se acercan en otro coche hasta nosotros y armados hasta las trancas. Nos apuntan con las armas y nos increpan. Sus gritos no cesan. Mi padre y Abdul hacen todo lo posible para calmarlos y les hacen ver que ellos mismos nos castigarán. Eso no les convence.

Empujan a los hombres a un lado y dos de ellos nos arrestan.

Minutos más tardes estamos frente un edificio gris, casi destrozado. En las tapias de la edificación pueden apreciarse las señales de la guerra. Hay basura en cada esquina y ratas escarbando alrededor. La noche se hace presente. Sombría y tenebrosa. Nuestra respiración es entrecortada. Miriam y yo nos miramos. Le lanzo una mirada tranquilizadora. Debemos ser fuertes. Aunque estoy muerta de miedo.

Al entrar, una brigada completamente femenina que se asegura de que las mujeres cumplan con su estricta interpretación de la *Sharía*, nos espera. Van vestidas con uniforme militar en tonos verdes y con la cabeza completamente cubierta.

Nos sujetan violentamente y nos empujan hacia el centro de una sala. Miriam y yo acabamos de rodillas, con las manos atadas para inmovilizarnos y con unas túnicas blancas.

Siento pánico. Miedo. Horror. Escalofríos en todo el cuerpo. Intento disimular mis sentimientos.

No las pierdo de vista en ningún momento, lanzando miradas de rabia.

—No tenéis derecho... —mascullo entre dientes.

—¡Silencio! —grita una de ellas—. Si estáis aquí es porque habéis incumplido la *Sharía*, y por lo tanto la ley de Alá.

Agacho la cabeza y cierro fuertemente los ojos.

—Dad gracias a Alá y a vuestra familia por que vuestro castigo sea aquí en vez de en un lugar público. Habéis vulnerado ciertas normas y debéis ser castigadas duramente por ello. ¡Las mujeres que no cumplís con lo establecido sois instrumentos del demonio!

Nuestra ejecutora aparece al instante. Vestida con túnica sobre pantalones marrones y una venda blanca cubriéndole los ojos. Mujeres como ella suelen estar entrenadas y con la capacidad física requerida para infligir correctamente la flagelación. Entienden a la perfección su papel y no tienen ninguna piedad de las que infringen las leyes de Alá.

No puedo dejar de mirar la vara con la que nos flagelará. Giro la cabeza y veo a Miriam, temblorosa y con lágrimas recorriendo sus mejillas. Está tiritando por el miedo que recorre por su cuerpo, y yo con ella al ver sufrir a mi amiga. Está aquí por mí y eso no me lo perdonaré jamás.

—Miriam, lo siento.

—No es culpa tuya, Laylak. Es de ellos, solo de ellos. Si Alá fuera tan misericordioso, no estaría pasando esto. ¡Tengo miedo a lo que Él manda!

—¡Mírame, Miriam! Alá no tiene nada que ver... Debes temer a los hombres, no a Dios. Estoy aquí contigo, Miriam. Somos fuertes. Sé que lo eres. Podemos con esto y yo estaré a tu lado.

Nuestra verdugo se mofa de nosotras y se ríe. Y dispuesta a seguir con su cometido, da comienzo a uno de los castigos más inhumanos y degradantes que puede constituir un acto de tortura.

Después de veinte latigazos a cada una, con el rostro bañado por lágrimas y una quemazón en la espalda, unos golpes fuertes tras la puerta se hacen eco en toda la sala.

El portón grande del edificio se abre. Mi padre y el marido de Miriam entran enfurecidos, insultando a diestro y siniestro. Les grita que si no saben quiénes son ellos y que será la última vez que nos ponen una mano encima. Saben perfectamente cómo hay que castigar a las mujeres y que ellos solitos se bastan para hacernos entrar en vereda.

Mi padre me levanta del brazo y ordena que nos dejen libres las manos. Me empuja hacia fuera del edificio. Abdul y mi amiga siguen nuestros pasos. Nos tiran hacia el interior del vehículo. Estoy rugiendo de dolor. No puedo apoyar la espalda en el asiento y me muerdo los labios fuertemente para no soltar por la boca todas las injusticias que están cometiendo.

Conducen bruscamente hasta casa. Estamos asustadas. Sabemos lo que nos espera al llegar.

La vida es un instante, y tenemos la obligación de vivirla

Miriam ha entrado en su casa, tras su marido, sin rechistar. Tan solo he podido escuchar a Adila diciéndole que se lo merecía por no ser una buena musulmana. Evidentemente, le espera una buena paliza. Y supongo que a mí también.

Mi madre nos mira expectante ante la actuación de mi padre. Sé que está preocupada por mí y por lo que él pueda hacerme. Mi padre me empuja hacia mi cuarto. Caigo al suelo tras el empujón.

—¿Qué voy hacer contigo, Laylak? ¡Me tienes harto! ¿Cuántas veces te he dicho que debes obedecer? ¿Se puede saber que hacías tú en esa manifestación? ¿Y sin estar tapada? Ese atentado... ha salido mal. Debería haber muerto más gente, más militares... ¡Tú estabas allí y podías haber muerto! —se lleva las manos a la cabeza—. Aunque pensándolo bien, hubiera sido lo mejor. No tendríamos tantos problemas. ¡Por Alá, cuando Asad se entere no le va a gustar que andes metidas en esas revueltas! ¡Tienes que obedecer!

—Faruq... por favor ¡déjala! A partir de ahora hará las cosas bien —le implora mi madre desde el resquicio de la puerta.

—¡Tú cállate, mujer! ¡No me digas lo que tengo que hacer! —cierra de un portazo. Sigo tirada en el suelo, con rabia en la mirada. Siento que voy a explotar en cualquier momento.

—¿Por qué sois así? ¡Si tanto queréis agradar a Dios, hacedlo con vuestros actos! Os contradecís. No tenéis que cometer esas injusticias. Vosotros solo veis el Islam como algo político.

—¡Cállate, Laylak! ¡No quiero escucharte más! —me golpea en la cara. Noto como me arde el rostro y cada vez tengo más rabia contenida—. ¿Qué le estás haciendo a nuestra familia? —sigue golpeándome en cualquier parte del cuerpo, enfadado—. ¡Eres una deshonra para esta sociedad!

—¡Dios no estaría de acuerdo con lo que estás haciendo! —le grito a mi padre entre lamentos mientras intento hacer todo lo posible para cubrirme con mis brazos. Él sigue golpeándome sin descanso. Simplemente, porque sí.

Tengo un nudo en la garganta de la rabia que se adueña por completo de mí y necesito estallar, pero me trago mis lágrimas. No pienso llorar. No hasta que él no pueda verme. No pienso darle esa satisfacción.

—¡Que no le digas Dios... es Alá! ¿Acaso no eres tú musulmana? ¿No crees en el Islam?

—¡Si me lo impones tú, no! —suelto cabrada y dolorida.

—¡Pues prefiero a un hijo muerto que a uno ateo! —me propina una patada en el estómago para terminar con la discusión y el castigo.

Me observa, tirada en el suelo, prensando con mis brazos mi abdomen para intentar apaciguar el daño y aguantando el torrente de lágrimas que necesitan salir.

Sale de la habitación y me encierra.

Durante un buen rato, me quedo tirada en el suelo. Agarrándome las rodillas en una especie de ovillo.

Un sudor frío recorre mi espalda hasta que el dolor se hace insoportable. Con el puño de mi

camiseta limpio el río de agua salada que recorre mis mejillas. Llegados a este punto, son imposibles ocultarlas.

Sollozo con la respiración entrecortada por el dolor. El sufrimiento de mi cuerpo y, sobre todo, el de mi alma.

El corazón me duele mucho más que los golpes. Tengo la garganta seca de tanto llorar y mi boca sabe amarga. A metal. No puedo más. No es la primera paliza, pero sí la más dura. Quiero desaparecer de este mundo. Lo necesito.

Pasan las horas y me cuesta horrores levantarme. Consigo ponerme en pie. Intento desnudarme. El tejido de mi camisa se ha quedado algo incrustado en las heridas de la espalda. Duele y duele mucho. Como puedo busco un espejo que guardé en un cajón e ojeo las heridas. Saco el botiquín que tengo escondido y hago todo lo posible para limpiar y curar algunas de ellas. Solo las que alcanzo. Me siento en el borde de la cama. Levanto el espejo y observo mi reflejo. Tengo la cara ensangrentada, el labio partido y varias zonas del rostro hinchadas por los golpes y que en breve darán lugar a moretones. El trozo de cristal me devuelve un reflejo que dice “sé que estás cansada, Laylak, sé que no es fácil, pero te necesito fuerte y luchadora. Frágil no me sirves”.

Con una gasa me limpio el labio. De una cajita de metal, redonda y dorada, saco varios analgésicos.

Necesito que baje la inflamación y que los dolores no sean tan intensos. Con movimientos lentos y cuidadosos me pongo el pijama. Tengo frío a la vez que me arde todo el cuerpo. Y tiemblo.

Cierro los ojos y mis pestañas se empapan.

Pienso en Will. Saber que está tan cerca de mí me pone la piel de gallina. No sé cómo reaccionará cuando me vea. Aunque, siendo sincera, no quiero verlo en este estado.

De pronto recuerdo que aún no he leído su última carta. Y aún sabiendo que ya está en Raqqa nuevamente, me entra la curiosidad por saber qué dice en ella. Ahora mismo leerlo a él es lo único que me hace olvidar todo este malestar.

Saco el sobre que escondí bajo del colchón. Me vuelvo a sentar en la cama, lenta y con mucho cuidado. Lo rasgo.

El corazón me palpita fuertemente.

“Querida Laylak;

Soy muy consciente de tus últimas palabras. He hecho todo lo posible para hacer lo que me pides, porque para mí tú eres lo más importante. Necesito saber que serás feliz.

Sin embargo, algo me dice que no será así. No lo será porque tú y yo no podremos estar juntos. Y me niego. Me niego a dejarte allí. Me niego a perderte. Ya veremos cómo solucionamos lo de tu matrimonio, pero no pienso dejarte. No olvidemos que, a veces, la vida es un instante, y tenemos la obligación de vivirla, de disfrutarla.

Quiero ser parte de tu vida, estar contigo, ser tu apoyo, conocer toda tu historia; tus heridas, tus sueños, tus miedos...

No te rindas, por favor. La vida puede ir de cero a cien muy rápido. Y sé que si te dejo salir de mi corazón nunca me lo perdonaré.

Algún día miraremos al pasado y sabremos que tomamos el camino correcto.

La distancia me impide darte un beso, un abrazo... pero jamás me impedirá un sentimiento.

Laylak, no puedo dejarte. No me pidas que lo olvide. Al fin de cuentas solo te deseo a ti. Que

seas mi confidente, la que me ayude cuando lo necesite, la que esté en las buenas y en las malas, la que me saque una sonrisa en los momentos más tristes y con la que pueda compartir mis logros y mis lágrimas.

Contigo quiero risas y sueños. Y no puedo hacerlo estando lejos de ti. Te necesito. Tenerte a mi lado para combatir cada guerra, porque si estás conmigo me siento indestructible.

Por eso mismo he hablado con mis superiores y han accedido a enviarme de nuevo allí con mi unidad antes de lo establecido. Evidentemente, preguntándoles a ellos también. Somos un gran equipo y nunca me abandonan. A veces pienso que esos chicos me seguirían hasta el mismísimo infierno. Me seguirían al fin del mundo si se lo pidiese. Desearía que los conocieras algún día.

Si Dios quiere, en poco tiempo estaré en la ciudad y haré todo lo posible por encontrarte.

Y recuerda... te escogí a ti y ya no hay vuelta atrás, porque me he dado cuenta de que vales la pena, vales los riesgos y vales cada minuto de la vida.

Tuyo, Will."

Leerlo es como un estruendo que retumba en mis oídos y que me desgarrar por dentro. Ahora sí, lloro desconsoladamente.

"¡Will, no tienes ni idea de las ganas que tengo de decirte que vengas, que lo dejes todo y aparezcas aquí! No me importa que nos encuentren. Me da igual si quieren acabar con mi vida al descubrirnos... tan solo quiero hablar contigo, tenerte delante y mirarte a los ojos..."

Llaman a la puerta. Escondo rápidamente el sobre y me seco las lágrimas con los puños del pijama.

Mi hermano abre la puerta y pide permiso para entrar.

—Adelante —carraspeo.

Veo que entra con una bandeja con el guiso de cordero que hizo mi madre.

—Karím, no tengo apetito.

—Lo siento, Laylak, mamá me ha enviado y dice que no salga de aquí hasta que no vea que has comido algo.

—Está bien... Pasa.

Quejándome, me acomodo en la cama. Cojo la bandeja y complazco a mi hermano. A penas puedo masticar por el dolor en la mandíbula. Karím coge la silla que hay delante de mi escritorio y se sienta frente a mí.

—Laylak ¿estás bien? —me observa horrorizado y con gesto de dolor.

—¿De verdad te preocupa mi estado?

Inclina la cabeza esperando mi respuesta.

—Sí, Karím, no te preocupes. Se me pasará.

—Papá está muy nervioso últimamente. Sabes que están planeando nuevos ataques y el pensar que no llegues a ser una buena esposa para Asad lo desespera.

—Comprendo—. No pronuncio ninguna otra palabra. Quiero cortar con la conversación. Me duele la cara, el labio y lo que menos me apetece es hablar de mi padre, de sus atentados y de mi matrimonio.

Nos quedamos en silencio durante un buen rato.

—Voy a unirme a la causa —acaba soltando mi hermano en un hilo de voz.

—¿Qué vas a qué?! —no puede ser cierto lo que acabo de escuchar.

—Lo que has oído.

—¿Quieres ser un *muyahid*?

—Sí, Laylak. Debo hacerlo por amor a Alá.

—¡Estás loco! ¡Harás que nuestra madre sufra por eso!

—Ella estará bien. Aprueba lo que diga padre. Además llevo tiempo preparándome. Pronto me iré. Ayudaré a nuestros hermanos y hermanas y cumpliré la voluntad de Alá.

—¿De Alá o de los que te han metido eso en la cabeza?

—Tú no lo entiendes.

—Sí, sí que lo entiendo. Mírame, Karím —suelto un pequeño gruñido de dolor al levantarle la cara para que me atienda.

—¡No, Laylak! ¡No vas a convencerme! La decisión está tomada —me da un manotazo para que no lo toque. Se levanta cabreado y se marcha.

Todo esto debe ser una broma. Una pesadilla. ¿Cuándo despertaré?

Se ha hecho demasiado tarde. Compungida aparto la bandeja con el resto de comida sobre mi cama, me recuesto en la almohada y no sé en qué momento caigo vencida por el pesar.

Sonreír desde la tristeza cuesta el doble

Hoy apenas he salido de la habitación. Lo necesario para ir al baño. Mi madre ha venido en varias ocasiones para ver cómo me encontraba y traerme algo de comida. Apenas hemos hablado de lo que sucedió ayer. Los ojos los tengo hinchados. Perdí la cuenta de las veces que los cerré para que no siguieran brotando las lágrimas.

Todas las veces fueron en vano.

Más dolorida que hace unas horas, me coloco el pañuelo sobre la cabeza. Sé que mi padre no está en casa, ha salido de la ciudad. Mi madre tiene el sueño profundo. Podrían bombardear la casa ahora mismo que tardaría minutos en enterarse. Y mi hermano... seguramente esté con los auriculares puestos y viendo algún vídeo de adoctrinamiento. Por lo que aprovecho que ha anochecido hace bastante rato y me escabullo lo mejor que sé.

Más atenta que nunca, y casi sin poder avanzar como de costumbre por los tremendos golpes que recibí ayer, camino hasta mi objetivo; reencontrarme con Will. Hasta hace nada no tenía claro si acudir a la cita, no quiero que me vea así. Pero se lo prometí y necesito verlo.

Al menos los hematomas de mi cuerpo están cubiertos y espero que no sospeche.

Las noches en la ciudad ya son muy frías. El largo y mullido abrigo que llevo puesto me ofrece el calor que necesito. El vaho se hace presente al expulsar el aire por mi boca en cada paso.

Una vez más consigo mi propósito sin ser vista. El gran hueco de la pared está frente a mí. Hacía meses que no venía. Desde que Will se marchó. Y pensar que ahora él puede estar dentro, esperándome, hace que se me encoja el estómago.

Cojo aire esperanzada y entro.

Me adentro aún más en la ruinoso casa. Lo busco por si estuviera en otro lugar, pero no está. Retrocedo lo más mínimo antes de girarme y justo cuando lo voy a hacer, me sobresalto.

—¡Hola, preciosa! —dice con un hilo de voz y sujetándome del costado.

—¡Dios mío, Will! ¡Augg... ahhhh...! —me asusto y no puedo evitar quejarme al contacto de sus manos en mi cuerpo.

Al verme la cara, se sobrecoge. A pesar de la oscuridad es capaz de ver cada uno de los golpes de mi rostro.

—¡Laylak! ¿Qué te ha pasado? —con cuidado de no hacerme el más mínimo de daño, me levanta por la barbilla para observarme.

—No es nada, Will —quito hierro al asunto apartándole la cara.

—Sí, sí que lo es... —me atrae hasta él y vuelve sujetarme para ver mis heridas —Laylak... —desliza sus dedos por mi ojo morado y crea un camino hasta la heridas de mis labios. Estamos muy cerca y a pesar del frío de la noche, siento mucho calor.

La mano que me sostiene por mi costado hace más fuerza de la indebida, percatándose de que no estoy en el estado en el que me vio por última vez.

Vuelvo a quejarme.

—Auu... auuuuugh—. Pestaño fuertemente ante la presión y el dolor.

Me suelta al instante y dirige su mirada hacia el lado que me duele.

—Lo siento... ¿Puedo? —busca mi mirada para que le de aprobación y poder desnudar parte de mi cuerpo.

Asiento levemente mientras no aparto la vista de sus ojos. Quería evitar esto, su reacción, pero está claro que no lo dejará pasar hasta que consiga su objetivo. Abre mi abrigo y con mucha delicadeza levanta una esquina de mi jersey dejando parte de mi abdomen al descubierto. Frunce el ceño y su expresión cambia por completo, como si al ver la gran zona de color púrpura que tengo en la piel le doliese a él.

—¡Por el amor de Dios, Laylak...! Pero... —con suavidad desliza sus dedos por mis costillas. Mi cuerpo reacciona al roce áspero de sus dedos. Cada poro de mi piel reconoce su tacto y se activa para sentir ese huracán que somos en la intimidad. Lo esperaba durante tanto tiempo. No puedo negar las sensaciones que despierta en mí con tan solo mirarme y tocarme.

—¿Esto fue a causa del atentado o...? —se calla, frunciendo el ceño, y vuelve a mirarme. Cierro los ojos y resoplo.

—No. Fue mi padre.

—¡Cabrón, hijo de puta!... Lo siento, preciosa, pero ese hombre no debería ser tu padre y se merece mucho más que estos insultos.

Ladeo la cabeza y suspiro. Permanezco en silencio durante unos segundos porque no puedo decir ni una sola palabra para defender a mi padre. No la hay.

Su mirada evoca dolor, tristeza por verme así. Se acerca aún más, ancla una de sus rodillas al suelo para ponerse a la altura de mi estómago y, con una sutileza exagerada, posa sus labios en mi moretón. Me hace estremecer. Aguanto el dolor. Sus besos en mis heridas me estremecen. Un cosquilleo recorre mi cuerpo como un tsunami a punto de arrasarlo con todo.

—Will... tranquilo, estoy bien, ya lo he olvidado —poso mi mano en su cuello y le lanzo una sonrisa de medio lado para no preocuparlo.

Se pone en pie. Es tan alto que tengo que elevar mi cabeza para poder mirarle a los ojos.

—Ven aquí —me arrulla entre sus brazos con cuidado de no lastimarme. Siento latir su corazón, escuchar su respiración es como mi morfina. Estoy perdida en su abrigo. Su aroma me inunda. Huele a tierra y a pólvora. Y para mí es el mejor olor del universo. —¿Sabes? Las sonrisas de la gente rota, como la tuya ahora mismo... son las más bonitas.

—¿Ah, sí? ¿Y eso porqué? —sigo perdida entre sus brazos. Me separa dulcemente para mirarme.

—Porque sonreír desde la tristeza cuesta el doble. ¡Y tú lo haces! Me gusta que me mires y sonrías sin ninguna explicación.

—Es que sonreír a tu lado se hace tan fácil... —su mirada; esa mirada que me desarma por completo, me pone nerviosa. Pese a ello, sigo hablándole—. Mi abuela me dijo una vez que cuando conoces a la persona indicada no solo sientes ese alboroto y nervios en todo tu ser, sino que, simplemente, sientes paz. Porque con la persona correcta te sientes segura del todo y en todos los sentidos. ¡Te confesaré algo! Siento nervios cuando te veo. Y un cosquilleo que me recorre cada parte de mi cuerpo cuando te tengo frente a mí. Un segundo es suficiente para mirarte, para sentirme aliviada y en paz. No voy a mentirte. Te he echado de menos. ¡Tanto, que me da miedo pronunciarlo en voz alta!

—Yo también te echado de menos, preciosa. La distancia no ha significado nada cuando tú lo significas todo. Has tambaleado mi vida entera. A cada instante pienso en ti... Esperando el momento de ver tu mirada de nuevo y sentir tus labios.

Tomo una bocanada de aire, atrapando con mis dientes el labio inferior, distrayéndolo,

hipnotizándolo. Desconectamos al instante y reaccionamos por instinto.

No puedo contenerme. Siento la necesidad de tenerlo pegado a mí. Acorta la distancia que nos separa. Enmarca mi rostro con sus manos firmes y me besa. Me besa con fuerza, con impaciencia, con un deseo que no podíamos reprimir. Desbordando en mí sentimientos inexplicables y olvidándome del dolor. Sin embargo, un latigazo punzante hace que me queje.

—Auuugh —gimoteo susurrando. Intenta separarse con rapidez—. ¡Ni se te ocurra alejarte de mí! —suelto un hilo de voz sibilante.

Aprieta mis labios a los suyos lentamente, con mucha suavidad, y me atrae mucho más a él para quedarme atrapada entre sus brazos musculados. Yo rodeo su cuello y él desliza sus dedos hasta mi pañuelo, aflojándolo y entrelazándolos en mi pelo. Su boca sabe dulce y ese sabor cala muy hondo en mi ser. Nos separamos suavemente. Casi sin aliento y aún sorprendidos por volver a vernos después de tantos meses.

Las horas junto a él pasan en un abrir y cerrar de ojos. Invertimos el tiempo poniéndonos al día, contándonos cosas triviales, sin profundizar mucho. Como dos personas hablando de cualquier cosa y que no están perdidas en la penumbra con la posibilidad de ser descubiertos en cualquier momento.

Me afirma que siempre lleva encima la pulsera de mi abuela, la que encontró la noche que nos conocimos. Yo le explico que no puedo llevar su placa porque si me vieran con ella, no quiero saber lo que me sucedería. Pero que la guardo a buen recaudo y que cada noche desde que lo conozco la saco de su escondite para contemplarla y pienso en él. Aunque no me hace falta ningún objeto para que Will aparezca en mis pensamientos cada dos por tres.

Lo pongo al día de todo lo que ha sucedido y le relato lo que ocurrió ayer cuando nos separamos. Al enterarse del castigo que nos implantaron a mi amiga y a mí por ser descubiertas se lo llevan los mil demonios. Me hace ver que no puede, ni quiere, dejarlo pasar por alto y que no tienen derecho a tratarnos así. Él mismo quiere tomarse la justicia por su mano. Sin embargo, tras un buen rato intentado convencerlo y hacerle ver que lo pasado, pasado está, acepta dejarlo por ahora.

Will pasa los minutos abrazándome y besando cada una de mis heridas. Hasta que lo que nos abruma a ambos siente la necesidad de expresarse.

—Laylak... ¿Qué significa eso de que te vas a casar? —estoy pegada a él, con mi cabeza apoyada en su hombro, mientras él dibuja caminos imaginarios en la piel de mano.

Suspiro, lamentándome.

—Sí, Will. No me queda otra. Hace años que deberían haberme casado con alguien. Ni yo misma sé como mis padres han aguantado tanto tiempo sin hacerlo. Lo quiera o no, ha llegado el momento. Me han prometido con un hombre llamado Asad. Es mucho más mayor que yo y lo peor de todo... ¿Has oído hablar de “El Jeque”?

—Por supuesto.

—Pues Asad es su mano derecha.

—¡Ni hablar! ¡No puedes casarte con él! —se aparta de mí.

—No puedo hacer nada, Will... mi padre decide con quién me caso.

—¡No, Laylak, no lo permitiré! Sí que puedes... Escucha, nunca he sentido nada parecido a lo que siento por ti, y sé que nunca más lo volveré a sentir. He tomado la decisión de estar contigo. Me da igual lo que me pase, aunque sí que tengo miedo por lo que pueda pasarte a ti. No dejaré que te hagan más daño. No puedes casarte con alguien que recluta a personas y las adoctrina para

luchar junto a los terroristas y asesinar a los que piensan diferente a ellos. Sí tú quieres podemos buscar la forma de sacarte de aquí... no sé... puedo hablar con alguien, cogerás un avión y te irás de aquí. Nos iremos a cualquier parte y estaremos juntos para siempre. Nada ni nadie debería separarnos. Ese matrimonio de conveniencia no es para ti. ¡Sálvate, déjame que te salve! Sé que da miedo, pero vivir así... como lo estás haciendo, es mucho peor. Sé que podríamos ser felices.

Mis lágrimas empiezan a asomar por todo lo que estoy escuchando. No tengo ninguna duda de que lo he encontrado. He encontrado a esa persona que cuando llega lo hace para mejorarlo todo. Y complicarlo también.

Le sonrío con los ojos vidriosos, a punto de estallar. Acaricio su rostro.

—¿Por qué yo, Will? —sabe a la perfección lo que quiero decir con esta pregunta. Desde que nos conocemos hemos creado un código entre nosotros, una especie lenguaje que entendemos a la perfección con tan solo una mirada y sin necesidad de secundarla con palabras.

—Preciosa, la respuesta es fácil. Porque en tu mirada soy mejor persona de lo que nunca he sido.

Ser de quien te da paz sin juzgar tu guerra

—Solo pido una cosa Will. Todo en mi vida lo he hecho sola. He caído miles de veces y me levanté. Me dolió y mucho, pero volví a reír. Si bien, créeme que cada día cuesta más. A pesar de ello nunca he necesitado a nadie. No quiero a alguien que me cure. Quiero a alguien que me quiera y no me lastime más. Soy de quién me da paz sin juzgar mi guerra. ¿Entiendes?

—Te entiendo. Justamente eso es lo que quiero. No pretendo curarte. Sé por todo lo que has debido pasar y solo tú sabes que llevas en tu corazón y si algún día podrás curar esa herida. Estoy completamente seguro de lo que siento por ti y nunca haría nada que pudiera lastimarte. Tan solo deseo que seas feliz.

Poso mi mano en su mejilla, áspera al contacto de su incipiente barba. Lo miro completamente enamorada y nos fundimos en un cálido beso.

—Lo sé. Por eso te confesaré algo, sin embargo debes prometerme que no puedes contárselo a nadie.

—Me estás asustando, Laylak —responde sorprendido.

—Ya conoces a Miriam ¿verdad?

—Sí. Tu amiga, la misma a la que flagelaron ¿no?

—Exacto. Lleva un tiempo colaborando con la policía sueca. Le darán protección y han prometido sacarla de aquí si les envía información de los grupos islamistas.

—¡Eso es muy peligroso! —contesta cortante y cabreado—. ¿Sabes que eso nunca sale bien, verdad? ¿Qué tienes tú que ver con eso?

—Me preguntó si quería irme con ella. Aún no sé muy bien cómo... Dijo que lo dejase en sus manos. Pero, mientras tanto, tengo que hacer como si nada y continuar con mi vida. Si no, podrían sospechar y ambas lo lamentaríamos.

—Eso me preocupa, Laylak. Es decir... me da miedo que tengas que casarte con ese asesino asqueroso, y además me tengo que preocupar para que no os pillen pasando información. ¡Esto es de locos! —se lleva las manos a cabeza cabreado—. Lo que me cuentas... conozco algún caso en los que han intentado conseguir información relevante a través de chicas que se metieron en la boca del lobo... ¡Créeme, eso nunca sale bien y no viven para contarlo!

—Will... por favor...

—No, Laylak, no —se levanta de golpe —¿No entiendes que para mí eres muy importante? No puedo soportar que te pase nada y además que te cases con ese hombre. Te quiero solo para mí... ¡Arggg, Diossss! —camina de un lado para otro, alterado, cabreado, dolido... —Y claro, cuando lo hagas tendrás que cumplir con tu obligación como esposa. ¡No me lo puedo creer...! ¡Dime que es una broma! Laylak, por favor... —está muy nervioso.

—Escucha, Will, —camino tras él —sé que no lo entiendes. Nos hemos criado en culturas muy diferentes. Hay cosas que ni yo mismo alcanzo a entender y me siento rara por ello, porque hay cosas que no encajan en un mundo que debería ser tan común para mí—. Gira su cara, con el entrecejo arrugado por el enfado y se pasa las manos por el rostro, desesperado—. Te recuerdo que es a mí a la que van a casar y si pensaba que mi vida era un horror, ahora lo será mucho más. Aún así, prefiero mil veces eso y saber que puedo tenerte, aunque sean unos minutos... a tener

que escaparme así sin más y que mi padre mueva cielo y tierra para dar conmigo. Will, no podría ni cruzar la frontera antes de que me encontraran... Ahí acabaría todo y tú y yo jamás podríamos estar juntos—. Bajo la cabeza suspirando.

—Joder, Laylak...

—Entendería perfectamente que no quieras correr ese riesgo y que tú necesitas mucho más de lo que yo puedo darte ahora mismo.

Piensa un instante, con sus manos apoyadas en las caderas.

—Mírame, preciosa, —me hace levantar la vista. Ahora su mirada se ha vuelto tierna. Sus ojos verdes me hechizan —tengo la certeza de que sabes que no quiero vivirte a medias. No te mereces que te quiera de ese modo. No mereces que te sueñe, mereces que te haga real, que te viva sin miedo, que me arriesgue por ti. Por eso quiero quedarme junto a ti y luchar por esto. Y no, no me gusta que te tengas que casar con ese hombre, tan solo de pensarlo me hierve la sangre... pero, te necesito. Mereces toda la belleza del mundo, Laylak. Mi expresividad cuando estoy a tu lado y la profundidad de mis sentimientos. No sé si mañana seguiré vivo, ni si estarás a mi lado para ver que aún guardo algo bueno en mi alma. Por eso quiero tenerte aquí ahora, mañana y los días que sean. Disfrutar de tu presencia y deleitarme con tu belleza—. Sus dedos se deslizan por mi rostro, mis labios, mi cuello... —Me faltan palabras para explicar lo que me haces sentir. Y por supuesto que tengo miedo a perderte, de no volverte a ver, de no encontrarte aquí la próxima vez. Por eso vuelvo a decirte que no te mereces que te viva a medias. Mereces que me entregue a ti por completo y hacerte feliz. Aquí y ahora. ¡Ni en sueños me alejaría de ti!

Sonríe, sosteniéndome la mirada. Una sonrisa de medio lado, dulce y canalla. La misma que evoca un remolino de emociones en mi interior. Tengo un gran problema con su sonrisa. Es como una especie de magia que me atrapa.

Me centro en su boca, el blanco de la mía. Sin pensarlo me lanzo a sus brazos y lo beso. Un beso intenso, efusivo, dulce y sensual.

Mis manos cubren su rostro, reposando en su piel, el pulso tiembla, mis piernas también. Mi pecho palpita. Me instalo en ese beso donde me conmueven las ganas de besarlo más. En un abrir de ojos intercambiamos sonrisas para volver a unir nuestros labios.

Cambiamos de ritmo llevándolo al compás de los masajes que le dan mis manos en su nuca. Un abrigo de electricidad me recorre el cuerpo con el roce de sus manos en mi cuerpo. Me dejo llevar, me pierdo en ese producir que me causa iniciando en el ombligo, sacudiendo los sentidos, arañando sin garras mi columna.

Envuelvo su boca en un beso voraz. La respiración se nos acopla para convertirse en una sola. Me besa con más fuerza apretándome a sus caderas. Un deseo desenfrenado, desbordando el calor por mis poros. Un extendido roce que exclama que nos necesitamos más que nunca. Y el dolor de todo lo demás se me olvida por completo.

Un estruendo nos hace volver a la realidad.

—¡Fuego, fuego! —se oye el eco de una voz muy a lo lejos. Se escucha como lanzan proyectiles.

—Es el pan de cada día —le comento. —Estoy acostumbrada a oírlo noche sí, noche también.

—Todo esto es horrible. Estoy harto de ver cómo reclutan cada vez a chicos más jóvenes. Impresiona verlos. Mucho de ellos son críos que ya saben portar armas. Son tan inconscientes del precio que pagan... que pagamos.

Sus palabras me conmueven. Ambos sufrimos las consecuencias de esta barbarie.

Otra explosión inunda la ciudad. Esta ha sido mucho más cerca. Intentamos cobijarnos y Will

tapa mi cabeza con sus brazos y parte de su cuerpo. El pequeño edificio se tambalea levemente a nuestros pies y el polvo cae sobre nosotros.

Así pasan los siguientes minutos hasta que la noche vuelve a la calma.

—Preciosa, no quiero irme. Me quedaría horas aquí, contigo, pero debo hacerlo. Se ha hecho tarde y al amanecer, mi unidad y yo, saldremos para una misión fuera de la ciudad.

—Claro. Yo también tengo que regresar antes de que se percaten de que no estoy en casa.

—No puedo dejar que vuelvas sola.

—Will... —intento negarme.

—Shhh —me sella los labios con dos de sus dedos—. No me vas a convencer. Iremos con cuidado.

—Está bien.

Sin peligros aparentes me tiende la mano y me pone tras de sí. Se asoma al exterior para averiguar que no haya nadie que nos pueda ver. Salimos muy despacio. Con gran proeza nos escabullimos entre las callejuelas. Atravesamos con premura cada calle, poniendo especial atención en no meter los pies en cualquier roto del suelo o en no tropezar con los montones de basura que se acumulan en algunas aceras.

El llanto, de lo que parece un niño, me hace parar en seco.

—Laylak ¿Qué haces? —susurra con voz sibilante.

—¿Oyes eso?

—No. ¡Debemos irnos!

—Espera, Will. ¡Escucha!

Los sollozos de un niño vuelven a aflorar.

—Parece que viene de allí.

—¡Laylak! No puedes... —me zafo de él en busca de lo que ha llamado mi atención. Will emite un sonido entre dientes a modo de queja.

Cuando voy a girar la esquina me topo con algo que no esperaba. Entre la oscuridad de la noche consigo ver como asoma un pie ensangrentado por el resquicio de una puerta de chapa roja desgastada. Durante dos segundos pienso en si debo entrar. Y cuando vuelvo a oír llorar a ese niño ya he tomado mi decisión.

Mi reacción al entrar es taparme la nariz con una parte de mi pañuelo. Huele a putrefacción. El cadáver del suelo es el de un hombre. No quiero saber los días que llevará aquí. ¿Por qué nadie se lo ha llevado? Los sollozos vuelven a mis oídos.

Esta parte de la ciudad está totalmente sumida en las tinieblas.

—¿Hola? Pregunto para ver si alguien me responde.

Will aparece por detrás.

—Laylak... ¡Aj! —se tapa nariz y boca para no inhalar ese olor tan desagradable—. ¡Debemos irnos! No podemos estar aquí.

—Shhh, calla... aún no.

Cuando creo que no voy a encontrar nada de lo que creía, el golpe de algo contra el suelo capta mi atención. Me agacho para mirar debajo de una mesa desvencijada y ahí está. Es un niño pequeño. No tendrá más de cinco o seis años. Está asustado, con la cara llena de churretes por las lágrimas y la suciedad y con sangre seca en las manos.

—Por Alá, pequeño... ¿estás bien? No voy a hacerte daño ¿de acuerdo? Vamos, ven —lo ayudo a salir. Sin querer le da una patada a un par de botellas de plástico de agua vacías.

Miro a Will espantada. Sabe que esto me conmueve, ¿a quién no? Se pone de cuclillas a mi lado y juntos inspeccionamos cada parte del pequeño para ver que no está herido. Sin duda la sangre no es de él. Seguramente mataron a su padre, se llevarán a su madre para hacer de ella una esclava sexual y él

se escondió.

—No podemos dejarlo aquí. Se morirá.

Will me mira atento, sabiendo que nada hará que cambie de opinión.

—Está bien. ¿Y qué hacemos? —mira al niño y con sus dedos hace todo lo posible por limpiar su rostro húmedo por las lágrimas. Lo coge por debajo de los brazos y lo carga en los suyos. Me levanto a la par que ellos y los vuelvo a mirar.

—Llévalo contigo. Yo no puedo hacerlo, sino sabes que lo haría. No podemos dejarlo aquí. No puedo. Sería inhumano.

—Lo sé —observa al pequeño que parece que se ha calmado un poco y ahora apoya su cabecita en el hombro de Will. —De acuerdo, me lo llevaré y lo pondré a salvo.

—¡Gracias!

—No tienes por qué darme, preciosa. Estará bien, tranquila.

—A partir de aquí puedo continuar sola. Mi casa no está muy lejos.

—Ni hablar. Voy contigo.

—No, Will, por favor, debes irte ya. Debe verle un médico lo antes posible.

Lo miro con ternura y me giro para marcharme.

—Laylak, espera —me sostiene por la muñeca y me atrae hasta él. Estamos tan pegados que tengo que volver a echar demasiado atrás mi cabeza para mirarle a los ojos —¿Nos vemos en un par de días en el mismo sitio y a la misma hora?

—Ya contaba con ello —sonríe y me da un pequeño beso en los labios.

—Hasta pronto, preciosa. ¡Ten cuidado!

—Tú también. La paz sea contigo.

Hay momentos que definen nuestras vidas y otros que la dividen

Cierro la puerta con sumo cuidado. No quiero despertar a mi madre y a Karím. Me apoyo en la madera y suelto un suspiro. Me acerco al cajón donde guardé mi espejo, lo saco y observo mi reflejo. Con las yemas de los dedos perfilo mis labios; hinchados, doloridos y besados por Will. Sonríen. Así, sin más.

Es increíble como hay personas con las que conectas desde el minuto uno. Esas a las que miras a los ojos y sabes a la perfección que tenía que suceder. Que debía ocurrir. Ahora que tengo claro mis sentimientos, no puedo concebir mi vida sin él.

Un latigazo en el costado me hace volver a la realidad. Me apena pensar en lo que sucedió. El dolor físico, sin duda, puede ser muy molesto, pero el emocional... ese es asfixiante.

¿Miriam estará bien? No he podido hablar con ella. Ahora es demasiado tarde y estará dormida. Intentaré verla mañana.

Es de madrugada y debería descansar. Sin embargo, llevo un rato sentada en la cama sin moverme. No puedo dejar de cavilar. Mis ojos se van directos a mi cuaderno. Ese en el que plasmé todo lo que vivo y lo que siento desde que tengo uso de razón. Realmente, no sé porque escribo. ¿Por el hecho de hacer algo? ¿Por sentirme liberada al expresar lo que llevo dentro? ¿Por mi abuela? Ella solía decirme que algún día contaría mi historia, la de como salí adelante y que sería la ayuda que necesita alguien más. Probablemente... en el fondo de mi corazón guardo la esperanza de que algún día alguien más pueda leerlo y entender que ocurre aquí cuando intentas... ser mujer. Cuando lo único que quieres es... ser libre.

Cansada, pero decidida me siento frente al escritorio y comienzo a escribir:

“Hay momentos que definen nuestras vidas y otros que la dividen. Yo me aferro a ese momento en concreto. Pero, ¿Qué ocurre cuando lo único que te queda es un corazón roto y un futuro incierto?...”

El sonido de la llamada a la primera oración de la mañana me sacude de mis sueños. Está amaneciendo.

Abro los ojos desconcertada. Legañosa. No recuerdo en qué momento me quedé dormida. Levanto la cara del cuaderno que permanece bajo mi piel, e intento desperezarme. Al hacerlo un pequeño quejido hace que me llene de dolor.

Siento tirantez en la espalda, la cara adormecida y apenas puedo respirar para que mi abdomen no sufra.

Con sumo cuidado saco mi alfombra de estilo oriental en tonos anaranjados y rojizos y con el estampado de la meca en la parte superior. La coloco en el suelo. Me pongo sobre ella, me inclino y me arrodillo. Recito mis oraciones apoyando mi cabeza varias veces sobre el dibujo plasmado del tapete.

Ahora mismo, orar es lo único que me trae quietud y calma a mi corazón. Rezo por todas mis preocupaciones, porque solo Dios puede cambiar mi tristeza por alegría. Y confío en que así sea

algún día. Una vez que termino mis rezos, me siento algo más en paz.

En un acto reflejo, y sin ser muy consciente de porqué lo hago, saco la pequeña Biblia que tengo escondida y recito algunos párrafos. Me quedo ensimismada durante un buen rato hasta que oigo llamar a la puerta y lo vuelvo a esconder todo velozmente.

—Laylak, cariño ¿me ayudas con el desayuno? —pregunta mi madre al abrir la puerta.

—Claro, mamá, ahora mismo voy—. Contesto sobresaltada.

—¿Ocurre algo?

—No, no. Todo está bien. Es que me has asustado.

—Está bien. Pues no tardes, hija.

—Enseguida voy.

Cuando aparecemos en el salón con las bandejas del desayuno, mi hermano ya está sentado con el móvil en la mano y viendo esos vídeos violentos e impetuosos en los que incitan al odio y al terrorismo.

—¡Karím! Apaga eso. En la mensa ¡no!—. Sentencia mi madre.

Yo lo miro de reojo. Lo he empezado a odiar. Sí, a mi hermano. Porque no entiendo que esté de acuerdo con las locuras que van a cometer y, además, participe en ellas.

Resopla. Apaga el teléfono y lo guarda.

Desayunamos tranquilamente. Yo sigo sumida en mis pensamientos. Karím termina antes que nosotras. Se levanta y sin apenas dirigirnos la palabra, se marcha.

—Mamá, —me giro en la silla para mirarla —¿tú ves bien todo esto?

—Laylak, por favor, no empieces.

—Pero... es que... no lo entiendo. Necesito saber qué piensas tú. Sobre lo que ha pasado, lo que va a suceder, sobre nuestra familia, sobre mí... Necesito que seas sincera conmigo, por favor. O me volveré loca —me tapo la cara con las manos.

—Cielo... —deja la taza de té sobre la mesa y hace una pausa demasiado larga. La vuelvo a mirar —no eres tonta, hija. Entiende de una vez por todas las cosas, por favor. Si no será mucho más duro para ti. Mírate, —me levanta la barbilla para poder bien mis moretones —ya sabes cómo es tu padre. Lo conoces bien, así que por favor, tú solo intenta obedecerle ¿sí? Cielo, yo os tuve muy jovencita. Era una cría que apenas entendía nada. Pero me quedó algo muy claro con tu abuelo y después con tu padre cuando me casé. Nunca provoques a un hombre. Hay muchas cosas que nosotras no estamos capacitadas para hacer y, mucho menos, entender. Piensa que los hombres saben lo que hacen.

—¿Queeeé? ¡Nooo! —me niego rotundamente a creer eso.

—Pero hija...

—¡De hija nada, mamá! —alzo la voz levantándome de la silla—. Dios mío ¿acaso es que estáis todos locos? Me vais a volver loca a mi también. Yo no soy como vosotros. No puedo ser como tú. Hay todo un mundo ahí fuera para que podamos hacer lo que queramos, lo que nos gusta, cumplir nuestros sueños y si queremos casarnos que sea con alguien que nosotras decidamos. ¿Aún no os habéis enterado que quiero casarme por amor y no por imposición?

—¿Quién ha dicho nada de cumplir sueños y no sé qué de amor? —aparece de repente mi padre, recién levantado y con bastante malestar.

—¿Qué haces tú aquí? ¿No estabas fuera? —no me esperaba que mi padre fuese a aparecer.

—Volví de madrugada—. Se sienta a la mesa, frente a mi madre. Se sirve café y da un sorbo. Yo aún sigo observándole rabiosa.

—Vuelve a sentarte, Laylak —me impone con altanería apuntándome con el dedo. Y yo...

obedezco—. Debes saber que he estado hablando con Asad. Ya hemos concretado la fecha de vuestro matrimonio. Será a finales de diciembre.

Empiezo a desmoronarme. No puedo dejar de mirar a sus ojos que me espolean y como si su mano invisible me estrujase el cuello y no pudiese respirar.

—La decisión está tomada ¿no? —pregunto casi afirmando, haciendo todo lo posible para que no me vea consternada.

—Exacto —vuelve a sorber el café, manteniéndome la mirada por encima de su taza.

—Perfecto—. Me levanto, arrastrando la silla por el suelo. Recojo mis platos y voy directa a la cocina. Casi los tiro de cualquier manera dentro del fregadero, pero me controlo o eso será motivo para que venga tras de mí. Mi madre aparece al instante. Su mirada me conmueve. Una mezcla de tristeza, pena y resignación.

—Arréglate, anda. Tu hermano nos va a acompañar a hacer unas compras para tu boda. Así iremos organizando todo.

No digo nada. Simplemente suspiro y paso por su lado con desdén.

Pego un portazo. Como si al hacer ese ruido mis padres entendiesen lo dolida que estoy. Es absurdo. Tengo bastante claro que saben cómo me siento y mi opinión al respecto, pero les da igual. Nada les hará cambiar de parecer y yo tengo que asumir mi destino.

—¿Laylak? —escucho a mi amiga desde la ventana.

—¡Miriam! ¡Cielo santo! ¿Estás bien? Ayer no pude hablar contigo.

—¡Por Alá! Laylak, tienes la cara destrozada —se lleva las manos a la boca.

—No te preocupes, estoy bien Miriam. No es nada nuevo. Se pasará. ¿Tú estás bien?

—Sí, tranquila. Nada que no se me pase en unos días. El tiempo lo arregla todo ¿verdad? Eso dice la gente —las dos bajamos la mirada resignadas ante lo que nos ha tocado vivir.

—Sí, eso dicen... pero ambas sabemos que no es verdad —me quedo pensativa por unos segundos—. Miriam... ¿por qué no te largas ya de aquí? Habla con la gente a la que le pasas información y diles que te saquen ya de este infierno.

—No puedo, Laylak. Las cosas no funcionan así. Ellos me ayudarán, sí, pero si les doy algo bueno y que merezca la pena. Esto funciona así.

—Ya, supongo.

—Bueno, debo dejarte... Solo quería saber si estabas bien. No quiero que Adila me vea aquí.

—Me casaré a finales de diciembre —musito de golpe.

—¿Tan pronto? —inquiere sorprendida. —¿Y qué vas a hacer? ¿Qué sientes con todo esto?

—¿Que... qué siento? horror, asco, rabia, dolor, desamparo, exasperación... y mil cosas más que no sabría explicarte porque estoy harta de todo esto. No sé cuánto tiempo voy a poder aguantar más. Ahora mismo, lo único que me hace seguir en este mundo es lo que estoy sintiendo, aquí dentro, por Will —llevo una mano directa al corazón.

—Te comprendo. ¿Os pudisteis ver al final?

—Sí. Estuvimos juntos anoche. Con él me siento tan bien. No tengo miedo a nada, me siento protegida y sobre todo valorada y cuidada. Me he enamorado, Miriam. Tenías razón. Lo quiero de una manera que jamás pensé que podía amar. Y me da miedo, porque quiero estar con él, pero también sé que tarde o temprano se acabará y ambos sufriremos. Sin embargo, lo necesito como el aire que respiro.

—Ay, Laylak...

La puerta de mi habitación se abre de par en par haciendo que me sobresalte.

—¿Estás lista? —se planta mi madre en el marco de la puerta.

—Ya voy, estoy hablando con Miriam.

—Ah, hola cielo —se asoma mi madre junto a mí.

—Buenos días, Latifa —mi amiga siempre la saluda por su nombre, porque llamarla señora suena demasiado mayor para referirse a mi madre, que bien podría ser mi hermana.

—Vamos a ir a hacer unas compras para la boda de Laylak ¿quieres venir?

—Oh, claro que sí, ¡me encantaría! —me lanza una mirada de complicidad sabiendo que con su compañía me será mucho más fácil.

Llevamos un buen rato recorriendo el mercado. Perdidas en cada puesto de telas, especias, verduras, carnes y pescados. Planeando toda la comida que haremos para el festín.

Entramos en una pastelería, donde encargamos unos dulces que mi madre sabe que Asad degustará con gran satisfacción. Yo elijo otros que me han llamado la atención para llevarme a casa. Miriam y yo hablamos de nuestras cosas, lo que me hace evadirme un poco de la realidad. El cielo está despejado, pero hace bastante frío. Ahora no puedo quejarme mucho del burka, me mantiene algo más caliente. Aún recuerdo la primera vez que lo llevé puesto. La parte acolchada de la cabeza apretaba un poco y era algo pesada. Resultaba muy extraño ver todo mi mundo a través de una pequeña rejilla. Resultaba desconcertante y esa sensación opresiva de la tela plisada contra la boca no me gustaba nada.

Mi hermano comienza a impacientarse y quiere irse, lo cual agradezco. Así terminará este tormento. Antes de irnos, mi madre quiere pasar por varias tiendas donde venden unas telas preciosas. Está empeñada en hacerme varias prendas de ropa para cuando esté en casa con mi marido. Además se ha quedado maravillada por una tela en color blanco para el momento del matrimonio.

El día se me ha hecho eterno. Las horas transcurrían lentas y mi mente solo era capaz de pensar en Will. En volver a verlo mañana. Olerlo. Abrazarlo. Besar... Tendré que decirle que mi boda ya tiene fecha y no quiero. Sé que le va a doler. A mí ya me duele.

Trato de acallar las voces que me taladran la cabeza continuamente. Las que surgen de mi parte racional y lógica de mi mente. Esas que me dicen que cuánto más alarguemos esto peor será. Mayor el sufrimiento. Sin embargo, mi corazón late desbocado cuando pienso en él. Cuando estoy frente a él. ¿Cómo hacer que pare? Imposible. Solo puedo dejarme llevar.

Apago las luces una vez que me he vuelto a limpiar y curar las heridas de la espalda como buenamente he podido. Me pongo el pañuelo en la cabeza y al hacerlo el olor a hierbabuena me hace inspirar. Sé que a Will le gustará y no puedo evitar sonreír. Al hacerlo, la herida del labio se tensa. Duele un poco, pero gracias al bálsamo que me he estado aplicando lo tengo mucho mejor. Remedio de mi abuela también. Ojalá estuviera aquí. Sé que ella, en medio de todo este caos, me apoyaría como nadie y me alentaría a cometer esta locura.

Entro en la cocina sin que me oigan y meto en una bolsa unos cuantos dulces y galletas. Los que se me antojaron ayer en la pastelería. De un altillo del armario de la entrada cojo una manta bastante grande y gordita. Abro un cajón del mueble de la entrada y echo mano a unas velas pequeñas. Siempre tenemos guardadas para cuando se va la luz. Cambio de opinión antes de meterlas también la bolsa. Pienso que eso sería demasiado. Así que mejor no.

Por fin, con todo listo y cargada de ilusión me dispongo a salir de casa. La puerta de la habitación de mi hermano se abre de golpe. Quito mi mano del pestillo de la puerta y me agacho sigilosa al lado de la consola de la entrada. Trato de calmar mi respiración y rezo para que no me haya escuchado.

Oigo sus pasos por el pasillo. Lentos y perezosos. Me asomo por la esquina de la madera y en

la oscuridad de la casa veo que se pierde en el baño. Abre el grifo y el agua empieza a correr. Es ahora o nunca. Deslizo el pestillo, salgo con cuidado y cierro despacio. Suelto el suspiro que tenía retenido en mis pulmones.

Miro a ambos lados de la calle. El aire frío golpea mis mejillas. Alzo la vista y el inmenso manto oscuro, repleto de estrellas, cae ante mí.

Esta noche, aún estando en guerra, la concibo especial.

Cuando entro en la casa, mi casa, nuestra casa, él está esperándome. Sentando en el suelo con una especie de linterna de mesa a su lado que desprende una luz muy tenue.

Nada más verme se levanta en el acto y se dirige hacia mí con determinación.

—¡Hola, preciosa! —corro hasta él, suelto la bolsa que llevaba en la mano y me alza del suelo, estrechándome entre sus músculos y hundiendo su nariz en mi cuello. Lo abrazo. Tan fuerte que creo que así nada nos separará—. ¡Vaya, yo también te he echado de menos! —se ríe, besándome el pulso que late fuertemente en mi cuello.

—¡Cuánto te necesitaba! —susurro aún abrazada a él. Un abrazo que se hace eterno sumidos en un caos. No soy capaz de digerir el cúmulo de sentimientos que revolotean en mi interior como un remolino.

Vuelve a ponerme en tierra.

—¿Te ocurre algo? —aguarda mi respuesta.

Ve su expresión. Las dudas. El miedo. El dolor... Pero también el deseo, la pasión y el amor. El pulso me va a mil. Estamos tan cerca que nuestro aliento es uno. Sus ojos me hipnotizan, haciéndome desconectar de todo lo que nos rodea. Dejo de contenerme y actúo por impulso. Por esa necesidad que se apodera de mí. La de tener su cuerpo tan pegado al mío. Su mirada vaga por mi rostro, descendiendo poco a poco hasta mis labios. Siento como sus pupilas se dilatan en mitad de esta oscuridad que nos envuelve. Lo deseo y sé que él me desea mí.

Une sus labios a los míos. Lo beso. Nos besamos. Lento. Con tal complicidad, con tal dulzura como si toda nuestra vida nos hubiésemos estado esperando.

Sin darnos cuenta, acabamos tumbados en el suelo, sobre la tela gorda y mullida, y con un manto de estrellas alumbrándonos a través del tejado en ruinas. Acariciándonos y en silencio. Yo, pensando en nada y pensando en todo. Él... ¿Quién sabe lo que estará pensando? Sin embargo, sabe que algo me ocurre.

—¿Vas a contármelo ya? —me hace volver en sí.

—¿Que te cuente el qué? —intento aparentar no saber de qué me habla.

—Lo que está haciendo que estés tan callada y preocupada.

—No es nada—. Miento. No puedo decírselo aún. Soy incapaz.

—Pues algo te ocurre. Lo sé.

Me siento y agarro mis rodillas con mis brazos. Él hace lo mismo.

—Tengo miedo.

—¿Miedo? ¿De qué?

—De perderte.

—Laylak, te dije que no me perderás. Ya formamos parte el uno del otro. Y de alguna forma, siempre estaremos juntos.

—¿Cómo te explico que me muero cada día un poco más si no te veo? —mi mirada se torna vidriosa.

—Mírame, Laylak —desliza sus dedos por mi barbilla—. Una pequeña parte de felicidad puede estar en lo más simple. En el aquí y el ahora. No pensemos en nada más y aprovechemos este

momento—. Ahora enmarca mi cara con sus manos, grandes, cálidas y firmes—. ¿Te cuento un secreto?

—Claro.

—Verte es como mirar a un sol brillante que encandila. Sin querer tan siquiera pestañear para apreciar cada rayo de luz, pero tener que hacerlo por ver algo tan hermoso y sentir el miedo a quedar ciego. Me considero afortunado por ser yo quién esté aquí, contigo. Todo está escrito en tu rostro, como una piedra antigua. Y me da miedo leer algo que no quiero saber. Sé que no quieres contarme lo que pasa por tu cabeza, y sinceramente no quiero que nada estropee esta noche, así que si te parece bien, ¿por qué no dejamos los problemas a un lado y disfrutamos juntos de este momento?

Asiento, varias veces, como si fuera una niña pequeña obedeciendo. Cada palabra que me dice me cala muy hondo, haciendo que cada vez esté más enamorada de él.

En un acto repentino y sin ser dueña de mis actos, me lanzo a sus labios. Pero esta vez, es distinto. En mi interior tengo un fuego ardiendo pidiendo a gritos que sea él quién lo apague.

Se me encoge el estomago y siento el corazón acelerado. Me aparto sutilmente de él. Lo suficiente para mirarle a los ojos y ser consciente de lo que mi cuerpo y mi alma necesitan. No razono. Tan siquiera pienso en las consecuencias.

Desato el pañuelo que cubre mi melena. Will recorre sus ojos por ella. Embelesado. Seguimos separados, pero lo suficientemente cerca para que le llegue mi aroma. Me percató de cómo inspira para adueñarse de él. Se acerca más y hunde su nariz entre mi pelo y mi cuello. Me estremece. Me levanta casi sin esfuerzo para sentarme en sus caderas. Su mano sostiene mi nuca y me acerca a él. Nuestros labios se unen en el punto justo. Mi sangre circula con fuerza mientras su otra mano recorre mi espalda con cuidado para no lastimarme más. Las heridas siguen doliendo, sin embargo lo que este hombre me hace sentir nubla todo lo demás.

Reacciono al estímulo que me provocan sus dedos, sus movimientos, sus suspiros... Necesito fundirme con él. Me aprieta contra su cuerpo y con elegancia me saca el jersey. El contacto de las yemas de sus dedos contra mi piel me da escalofríos. Sus movimientos son lentos, cautelosos y sin prisa. Hasta dejarme al descubierto ante sus ojos.

Acaricia mis hombros con mucha delicadeza a la par que siento su aliento en mi oreja. Desliza sus dedos desde el final de mi espalda hasta mi nuca, en un movimiento tan erótico que me derretiría por él ahora mismo.

Se me olvida por completo todo lo que sigue pasando en el exterior. Ahora no concibo el miedo, solo el deseo y la excitación. Necesito sentirlo. Le quito su camiseta, deslizándola por la cabeza. Igual que ha hecho él conmigo. Recorro mis manos por sus hombros marcados y definidos. Acaricio su torso desnudo y acerco mi nariz a su cuello. Huele a tierra, polvo, metralla y metal, pero me vuelve loca. Olerlo es otra forma de placer. No puedo evitar recorrer su abdomen a besos. No necesito ser una experta para saber lo que debo hacer. Tan solo me dejo guiar por el impulso que nace en mis entrañas. Él suspira fuerte mientras entrelaza sus dedos en mi suave pelo. Me agarra con más fuerza, apretándome más a él. Me besa, con la pasión reprimida y todo el amor de meses atrás. Siento toda su presión contra mi cuerpo y me entran unas ganas inmensas de hacerlo mío.

Me desnuda al completo. Nos miramos a la vez, observando el fuego en nuestras pupilas. Sus ojos hacen que me abra en la oscuridad y sus caricias me convierten en una masa de temblores y jadeos. Su mirada ha cambiado. Más salvaje, al observar que tengo la respiración entrecortada. Sus besos ya no son dulces, son feroces y su boca, se enreda con la mía.

Me muero por este hombre. Ha hecho que rompa todas las reglas, todo aquello que no quería hacer por miedo a enamorarme y no poder estar juntos. Nunca había sentido lo que siento y sé que jamás lo sentiré por nadie.

Nos besamos durante unos minutos más. Todo cobra un ritmo más acelerado. Empieza a besarme el cuello, el pecho y cada vez me excita más. Le suplico que no pare. Me vuelve a apretar aún más contra él. Tanto que parece imposible.

Oigo sus jadeos, roncos y ahogados, en su garganta. Me muerde el labio. Ese al que días atrás habían golpeado. Sin embargo, ese recuerdo del dolor que sentían desaparece por completo en el instante que sus dientes aprietan de la manera más dulce y sexy mis labios.

Sacudidas de placer y emociones que ni imaginaba se adueñan de todo mi ser. Ese calor que desprende su cuerpo hace que se me erice la piel. Por un momento, me mira absorto, deseoso de más y más. Me susurra al oído: "te quiero". Y, aunque, en un instante dudo en si lo habrá dicho por haberse dejado llevar por lo que está ocurriendo, sus palabras suenan sinceras y le creo. Se me estremece hasta el alma.

—Yo también te quiero —respondo y lo beso. Siento tanto placer que creo que me desmallaré. Al fin puedo sentirlo en mi interior. Se hunde en mí, despacio y con cariño. Will me ayuda en cada movimiento. Suave, pero intenso. En un movimiento rápido se da la vuelta, me tumba con mi espalda pegada al suelo para ponerse sobre mí. Apoyando sus antebrazos a ambos lados de mi cabeza para no dejar caer todo su peso sobre mi cuerpo. Sigue haciéndome el amor mientras lo agarro con fuerza clavando mis uñas en su ancha espalda. Su tacto es suave y fibrado. Puedo ver como una gran luna, amarillenta y enorme, nos observa. Celosa, grande y brillante en mitad del firmamento. Sin dejar de observarnos, envidiosa de lo que estamos sintiendo. Y es aquí, bajo un cielo en guerra, cuando hacemos por primera, y quién sabe si última vez, el amor.

Minutos después se estremece, su cuerpo se tensa y yo con él. Casi a la vez. Sudorosos y jadeantes nos miramos y no podemos evitar soltar una leve sonrisa. Agotados, dichosos, empapados y enamorados. Cae hacia mi lado. Me abraza, aún desnuda, junto a él, a la par que me sigue besando. La plenitud y la paz que siento ahora mismo son inexplicables.

La fría brisa nocturna se apodera ahora de mi cuerpo en un escalofrío. Me aprisiona mucho más a él para darme su calor. Este hombre es una auténtica caldera humana.

—Te amo, Laylak. Lo que te he dicho antes es cierto. Te amo como nunca he amado a nadie.

En el momento que pronuncia esas palabras recuerdo quién soy yo y vuelvo a la realidad. No quiero pensar en nada. No quiero pensar en que me casaré con un hombre al que aborrezco y no será Will quien me abraza cada noche al acostarme. Aquel que cuando me gire en la cama su espalda sea la que esté ahí. Sabiendo que cuando lo vea sentiré que no necesito nada más.

Me quedo en silencio. Respiro hondo y le contesto:

—Yo también te amo, Will.

—¡Hagamos un juramento!

—¿Un juramento?

—Sí —sella sus labios con los míos—. Lo nuestro será sempiterno.

—Que durará siempre. Que habiendo tenido un principio, no tendrá fin —susurro aún con sus labios casi pegados a los míos.

Porque eso es el amor. Cuando dos personas se encuentran y resulta que se estaban esperando toda la vida.

—¿Todo bien preciosa?

—Mejor que bien —contesto risueña. En mi cabeza siempre me había imaginado que cuando este momento llegara me sentiría insegura e inexperta. Y, a pesar de sentir algo de lo segundo, junto a él, he experimentado todo lo contrario. Ha sido algo completamente hermoso. Vivo. Único. Perdiendo la noción del tiempo y del entorno en el que seguíamos perdidos.

Nos vestimos sin ninguna prisa. Su olor se ha quedado impregnado en mi piel. Su pecho sigue luchando por coger aire y mantener la respiración pausada. Subiendo y bajando, como el mío. La baja temperatura se cuela entre nosotros y nos acurrucamos tapándonos con la manta.

—Will, tengo que contarte algo —cambia por completo su expresión. No tiene sentido que alarguemos más la espera.

—Eso es por lo que estabas tan rara... —afirma enarcando una ceja, preocupado.

—Sí—. Contesto apenada sin que realmente haya formulado una pregunta.

—Laylak, mírame —me coge de ambas manos—. Tranquila ¿vale? Entiendo por lo que debes estar pasando. Lo superaremos. Podremos con ello. ¿Cuánto tiempo tenemos antes de que...?

—Unas semanas —interrumpo antes de que termine la frase.

—Uf... vale... —se lleva una mano a la nuca intentando pensar un momento.

—No puedes hacer nada, Will. Ni tú ni yo ni nadie—. Agacho la cabeza con una congoja en la garganta a punto de estallar.

—Eh, ehh... Laylak, tranquila —acaricia mi mejilla y hace que levante la mirada —vamos a hacer una cosa ¿sí? Disfrutemos de los días que nos quedan juntos todo lo que podamos y ya iremos viendo como transcurren los acontecimientos. Esto es lo que tenemos, el aquí y el ahora y no hay nada en el mundo que haga que desaproveche el momento de estar contigo ahora mismo. ¿De acuerdo? —me acerca a él.

—De acuerdo—. Me da un tierno beso en los labios.

—¿Sabes? Daría lo que fuera por comerme una hamburguesa americana doble con queso —cambia de tema relamiéndose los labios a la par que su peculiar sonrisa de medio lado aparece en su rostro.

—¿Ah, sí? —me acurruco bajo el hueco de su brazo—. ¿Tan ricas están?

—Cuando las pruebes sabrás porqué lo digo —me besa en la coronilla.

—Pues tendrás que hacerme una de esas algún día.

—¡Cuenta con ello! —me estruja contra él.

—De momento, tenemos esto —señalo la bolsa con pastas que he traído.

—Mmmmm... a ver que tienes ahí.

—Esta mañana hemos ido a una pastelería. Mi madre quería encargarnos unos dulces para... —pienso en lo que iba a decir —bueno, ya sabes...

—Ajá —mira el interior de la bolsa haciendo como que no me ha prestado mucha atención, y

yo le agradezco que intente hacer como que lo que va a suceder en unos días no nos cambiará la vida.

—¡Tienen muy buena pinta, Laylak! ¿Puedo? —hace una especie de pucheros y pone cara de angelito para que le de permiso.

—Claro, son todos para ti. ¡Ataca! —sonríó.

Con el primer bocado pone los ojos en blanco y no para de decirme lo rico que está. Con cada dulce que prueba hace que abra la boca para que coma con él. Podría pasarme las horas observándolo, riéndonos a carcajadas, contándonos nuestra historia, conociéndonos aún más el uno al otro. Felices por unos minutos más. Aquí, bajo este cielo comiendo y hablando de cosas triviales y de un nosotros que parece que nunca estará completo.

No elegí amarlo, simplemente ocurrió. Solo pido que pase lo que pase, me recuerde siempre.

—¿Me cuentas algo que te haya marcado estando en este país? ¿O en cualquier otro lugar en el que hayas servido? —me intriga su trayectoria como soldado.

—Uf... tengo tantas historias que no sabría por dónde empezar. Además, recordarlo me apena y me hace estar de mal humor. No te lo recomendaría para acabar así la noche.

—Por favor, solo una cosa, la que sea. Yo te he contado a ti muchas de las dificultades que he pasado.

—Está bien. A ver... —alza la mirada al cielo y suspira—. Aún recuerdo la primera vez que llegue a Afganistán, para un despliegue. Concretamente a la zona de Jedachel. Solo tenía diecinueve años, acababa de alistarme. Era un crío, y aunque creíamos que estábamos muy preparados y entrenados para lo que nos íbamos a encontrar allí, no lo estábamos. Si hubiera sido un viaje de ocio, probablemente me hubiese quedado asombrado por la belleza que desprendía ese lugar. Un verdadero paisaje natural, con sus altas y descomunales montañas y colinas de piedra caliza, rodeando un grandioso lago con el agua tan cristalina que podías apreciar los distintos tipos de azules gracias a su pureza. Sin embargo, nosotros no vimos nada de eso en ese momento, sino que hacía un calor asfixiante, con un olor fortísimo, cargados con todo el equipo de combate, escuchando los gritos de miles de personas suplicando salir no muy lejos de allí. Querían cruzar la frontera y huir. Nunca olvidaré el momento en que llegó hasta mis manos una niña de unos cuatro años, semidesnuda, llorando. Estaba aterrada. Esa niña había visto y sufrido en su corta edad más de lo que yo había sufrido en toda mi vida.

Puedo ver como no para de tocarse los dedos, las manos, algo nervioso por recordar esa historia.

—Ahí me di cuenta que tenía que sacar a toda esa gente de allí lo antes posible. Me mira intentado esbozar una pequeña sonrisa.

—Tuvo que ser horrible para ti ver eso nada más llegar —le acaricio la nuca.

—No me gusta hablar mucho de lo que yo siento. Es más, me parece inmoral hablar de mi dolor después de haber visto el dolor ajeno.

Durante unos segundos se queda en silencio, con la mirada perdida, pero rápidamente sigue con su relato. Está claro que lo pasa mal recordando algunos momentos, pero necesita soltar lo que lleva dentro. Contarle a alguien ajeno y que no haya vivido lo mismo que él lo que su corazón lleva cargando desde hace años.

—También hubo una vez... Una mujer había logrado llegar a la zona de registro y filiación, pero seguía llorando desconsoladamente. Intenté tranquilizarla. Le pregunté qué era lo que le pasaba y aún así no conseguía entender lo que me quería decir. Yo no tenía ni idea del idioma y

no podía verle la cara por el *burka*. Hice un amago para que se levantara un poco la tela y poder verle la cara. Intentaba averiguar qué necesitaba. Debajo de su velo me mostró un bebé, pálido, con los labios morados y el pulso muy débil. Lo cogí en mis brazos, protegiéndolo, y lo trasladé lo más rápido que pude a un puesto médico. No me separé en ningún momento. Gracias a Dios, tras muchas horas de pruebas, análisis y esperas, consiguieron que saliera adelante.

—¡Vaya! —por un momento me quedo pensativa—. ¡Oh, Dios mío! ¿Cómo se me ha podido olvidar? —espeto llevándome las manos a la boca —¿Qué ha pasado con el pequeño de la otra noche?

—Tranquila, estará bien. En cuanto llegué al campamento base lo atendieron enseguida. Tenía una deshidratación. Han conseguido controlársela. En cuanto esté algo más estable lo llevarán al campo de refugiados. Seguro que se recuperará y lo enviarán con alguna familia fuera del país. Sobre todo vivirá gracias a ti —me coloca un mechón de pelo tras la oreja y sus dedos ásperos rozan mi mejilla.

—Menos mal... estaba tan sumida en mis problemas que no había caído en la cuenta. ¡Soy horrible!

—Eh... no eres horrible... Está vivo gracias a ti y eres una persona increíble.

—Debería poder hacer más. Siento la necesidad de ayudar a toda la gente que está sufriendo con todo esto y no sé cómo hacerlo.

—Oh, Laylak... eres tan distinta a todas las que he conocido.

—No creo que puedas basarte en nada para decir eso. Probablemente, todas las mujeres que has conocido en tu vida no han pasado por lo mismo que yo, así que no puedes juzgarlas por vivir ajenas a todo esto.

—Eso hace que me reafirme en lo dicho. Eres distinta, aunque sea para mí... Acabas de defender a todas las mujeres con las que he estado sin conocerlas y eso te convierte en alguien especial. Alguien a quien le importa los problemas de los demás y los hace suyos. ¡Estoy seguro de que ya haces mucho por la gente de aquí! Y si no, sé que algún día podrás ayudar más.

Hago una larga pausa mientras lo miro incrédula.

—Ven aquí—. Coloca su brazo por detrás para que pueda apoyarme en él. El calor de su cuerpo me estremece. Apenas me toca, pero tiene esa debilidad de alterar mi corazón cuando lo siento cerca—. ¿Te apetece escuchar música?

—¡Lo tengo prohibido! —afirmo abruptamente.

—Conmigo no —sentencia—. Nadie va a enterarse—. Saca de su mochila un pequeño reproductor de música en color gris, con botones y una pequeña pantalla. Engancha unos auriculares. Me pone uno en mi oreja y el otro se lo coloca él. Busca una canción y pulsa el botón de *play*.

Al escuchar las primeras melodías puedo sentir miles de emociones mezcladas. Alegría, belleza, sensualidad, erotismo, relajación... También miedo, ansiedad, desafío, tristeza...

—¿Qué canción es? —pregunto intrigada y maravillada por lo que estoy escuchando.

—*Remedy*, de Adele; una cantautora que a mi hermana pequeña le encanta. Escucharla me hace sentir que la tengo cerca—. De nuevo aparece su sonrisa más dulce.

—Me gusta, —sonríó con él —y no sabía que tuvieras una hermana.

Me besa en la sien y me abraza contra él.

—Emma, Emma... —suspira —a veces me saca de quicio ¿sabes? Pero esa niña se ganó mi corazón nada más nacer. Mataría por ella... Algún día la conocerás y os haréis inseparables. Emma suele causar ese efecto en la gente. Irradia tanta bondad que todo el que se acerca a ella

acaba siendo una mejor persona.

—Es precioso oírte hablar así de ella.

Y durante horas seguimos hablando de su vida, su familia y de cosas insignificantes pero que, para mí, lo significan todo.

El eco de unos neumáticos deslizándose por la gravilla del suelo nos espabila de golpe. Casi está a punto de amanecer. Debimos quedarnos dormidos mientras hablabamos. Will intenta descontracturarse después de haber pasado toda la noche en la misma postura y se asoma por la que un día fue una gran ventana para ver unos camiones circulando por el callejón. Se trata de un convoy español, por lo que Will respira aliviado.

—¡Cielo santo... nos hemos quedados dormidos! —me levanto a toda prisa recogiendo todo.
—¡Debo irme! Espero que mi padre no se haya dado cuenta aún de que no estoy en casa. Sino...
—callo lo que iba a decir por miedo a que Will se tome la justicia por su cuenta.

—Te acompaño—. Me sujeta por la muñeca.

—¿Estás loco? —lo observo con los ojos como platos.

—Sí, por ti —dibuja su media sonrisa embaucadora y yo parezco una tonta quedándome embobada mirándolo.

Sacudo la cabeza, negándome.

—Ni en broma. Definitivamente estás loco —lo beso velozmente y me giro para marcharme.

—Espera! —me afianza por la cintura para acercarme mucho más a él —¿Ese es el beso que me das de despedida?

—Will, debo marcharme o sino...

—Sí, se lo que pasará si te pillan. A ti y a mí —pone los ojos en blanco —pero... estamos en guerra, Laylak... ¿Y si no me vuelves a ver? —sonríe muy pillo y yo le devuelvo la sonrisa. No tiene remedio.

—No sé por qué tengo la sensación de estar viviendo un *déjà vu*... ¡Está bien! —me acerco a sus labios y nos besamos. Un beso cálido y haciendo que todo mi interior se retuerza por el cosquilleo. Pienso en si siempre tendré estas sacudidas al besarlo. Sus manos me aprietan en la espalda haciendo que me arquee. Acaricio su mentón con mis manos, rozando mis dedos en su cincelada barba, hasta que nos separamos.

—Esto está mucho mejor. Quiero verte cada día hasta el último momento que tengamos.

—Vale. Mañana aquí, como siempre. Pero ahora tengo que irme —esta vez me pongo de puntillas para alcanzarlo y mis labios rozan su comisura. —Te quiero —le susurro aún rozándonos.

—Y yo a ti, preciosa—. Me separo de su lado y me marcho corriendo.

¿Gritar lo que debo callar?

Han pasado dos semanas y media. Es viernes. Y soy un manojo de nervios. La verdad es que estos días han pasado bastante rápido. Creo que no he sido muy consciente de todo lo que pasaba a mi alrededor. Sintiéndome como si hubiera estado en una especie de nube.

Durante el día me entretenía con quehaceres de la casa, ayudando a mi madre. Pude salir en varias ocasiones con Miriam y visité a Leena un par de veces, ya que desde lo que ocurrió en la manifestación no pude hablar con ella. Menos mal que está bien y no le sucedió nada más, aunque me ha estado hablando sobre su hijo y parece que el asunto cada vez está más tenso entre ellos. La tiene amenazada y teme lo peor.

Miriam ha intentado hacer todo lo posible para poder pasar más información a su contacto en Suecia, pero se ve que no tienen nada de valor. Abdul es un hombre muy reservado, cuidadoso con lo que va diciendo en casa y a Miriam cada vez le cuesta más encontrar algo que sea útil.

He hecho todo lo posible para poder sonsacarles información a mi padre y a mi hermano. No hubo manera. Tan solo pude escuchar que en el norte habían secuestrado a dos periodistas que estaban haciendo la cobertura de algunas misiones. Aún así, no pude saber mucho más. Creo que me conocen bastante bien y piensan que puedo delatarlos. Sinceramente, nos le falta razón.

A veces, toda esta situación me supera. Yo quiero saber más, necesito ayudar a Miriam para pasar información y así pueda salir de este calvario. Que ambas podamos salir. Aún guardo una pizca de esperanza en que llegue ese día.

Las noches con Will son mi único aliciente. Son algo místico. Hicimos una promesa. En todos estos días no sacaríamos el tema de mi matrimonio y disfrutaríamos de cada momento juntos. Y eso hemos hecho, aprovechar cada instante como si fuera el último. Por primera vez siento que puedo ser yo misma cuando estoy con él, sin necesidad de esconderme. Sin muros, sin telas que tapar, sin aparentar, sin fingir. Siendo mujer y siendo amada de verdad.

Francamente, en las últimas noches lo he notado más tenso, pensativo, como si necesitara contarme algo. Quizás sea toda esta situación que le está sobrepasando y no quiere reconocerlo.

Después del almuerzo y tomarnos un té con Miriam, que vino a casa para ayudarnos con algunas cosas para la boda de mañana, he estado escribiendo en mi cuaderno durante horas.

Cuando escribo pierdo la noción del tiempo. Hacerlo me ayuda a desbloquear emociones, a comprender mis deseos y me obliga a apartar a un lado el estrés y el dolor. Así suelo sentir que me distancio de lo vivido, sobre todo de lo malo, como si al escribirlo en el papel arrancara de cuajo de mis adentros el sufrimiento y poder otorgarle un sentido. Pienso en si algún día servirá todo lo que plasmo en estas páginas o quedará en el olvido.

Más tarde, mi madre ha querido que organicemos los objetos y ropa que tendré que llevar a mi nueva casa, la cual odio sin tan siquiera haber visto antes.

Todos, en algún momento de nuestra vida, hemos experimentado un detonador; la sensación de ser empujados hacia una emoción negativa por algo que alguien dice o hace.

Así me siento yo la mayor parte del tiempo con mi padre, con mi madre, con mi hermano y hasta conmigo misma. Esperando explotar cuando ya no aguante más. Y los signos que me lo

demuestran son el enrojecimiento del rostro, un endurecimiento del pecho que me oprime las costillas cada vez más, el aumento del ritmo cardíaco que late tan fuerte que en ocasiones pienso que el corazón estallará y el deseo firme de golpear con todas mis fuerzas. Sin embargo, intento ser fuerte y tener paciencia, pues sé que soltar todo lo que debo callar no cambiará nada. La tristeza y la rabia se han adueñado de cada centímetro de mi ser. Siendo honesta, tengo miedo. Miedo de ese hombre al que perteneceré, miedo de lo que me espera y miedo de que se entere de que no he llegado pura al matrimonio. Siento repulsión al pensar en cómo será nuestra primera noche de casados y sigo dándole vueltas a la cabeza para inventarme alguna excusa. Solo le rezo a Dios para que me dé fuerzas.

En la cena consigo convencer a mi familia para que se marchen pronto a la cama y descansen. Mañana será un día ajetreado y, para mi sorpresa, me dan la razón. Le digo a mi madre que no se preocupe, que vaya a descansar y que yo me encargo de recoger todo y poner orden en la cocina.

Sigo ensimismada, secando con un paño los platos y vasos, cuando la voz de mi padre me saca de mis pensamientos.

—Gracias por ayudar a tu madre. Estaba muy cansada —apoya su cadera en la encimera y se cruza de brazos. Lo miro con una mezcla entre odio y confusión. ¿Mi padre dándome las gracias? Algo de la cena le ha debido de sentar mal.

—Solo hago lo que debo. Es mi madre —le aparto la mirada a la par que sigo introduciendo el trapo en el vaso que sostengo para secarlo. Honestamente, no me apetece hablar de nada con él.

El silencio reina el ambiente durante unos segundos hasta que mi padre vuelve a romperlo con sus palabras.

—Me alegro de que hayas entrado en razón y hayas puesto de tu parte estos días para ayudar en todo lo referente a tu futura y nueva vida.

Vuelvo a mirarlo, haciendo una mueca a modo de media sonrisa, levantado una ceja y soltando un bufido.

—No me queda otra —resoplo al fin—. ¿No?

—Es tu deber, Laylak, y lo sabes. Este enlace tuvo que ocurrir hace mucho. Necesitamos mujeres jóvenes que puedan darnos muchos hijos y que nos ayuden a mantener el orden y la voluntad de Alá.

Coloco la vajilla en el armario a la vez que miro a los ojos a mi padre y sintiéndome la mujer más rara por no pensar como él. Sé que hay mujeres de milicianos del *Daesh* que creen fielmente en lo que ellos les cuentan y los ayudan. Pero también es cierto que hay miles de mujeres más que no creen en nada de esto. Su fe se ve truncada por obligaciones y leyes hacia Alá incoherentes y están atrapadas en un estado que las reprime.

—Si tú lo dices... —me limito a contestar.

—Algún día lo entenderás... y si no, saldrás perjudicada.

No le respondo. Es inútil. Solo asiento, muerdo la parte interna de mis mejillas y suspiro por no tener el suficiente coraje para salir corriendo de aquí. Hacerlo sería una estupidez. No tengo pasaporte ni ningún tipo de contacto que una vez alcanzara la frontera me ayudara. Mi padre daría conmigo, lo tengo clarísimo y no solo acabaría conmigo, sino con todo aquél que me hubiese ayudado. No os hacéis una idea de hasta dónde pueden llegar para dar con una persona si ese es su objetivo.

Él suspira y se marcha.

—Buenas noches, Laylak. ¡Mañana será un gran día para la familia y para el mundo entero!

Me giro y sigo guardando todo resignada.

Entro en mi habitación. Me cambio de ropa intentado hacer el menos ruido posible. Esta noche me pongo un pañuelo en color azul marino precioso que me regaló Will la otra noche. Dice que lo vio mientras pasaban con los *jeeps* por una tienda e hizo parar a toda su unidad para bajarse y comprarlo. Me explicó que me imaginaba con él puesto y que mis ojos resplandecerían como el ámbar al contraste de la tela añil.

Evidentemente a mi familia le dije que había sido un regalo de Miriam por todos nuestros años de amistad. Se ve que tengo que mentir muy bien, porque se lo creyeron al instante y no me hicieron más preguntas.

Me aplico un poco de mi perfume y un bálsamo en los labios. Saco mi espejo y me miro en él. Las cicatrices, por suerte, se han curado bien al igual que las de la espalda, aunque pienso que siempre quedarán grabadas en el mapa de mi piel. Mis labios, al menos, vuelven a ser los que eran y los moretones de mi rostro casi han desaparecido. Después de muchos días me vuelvo a ver guapa y radiante. Aunque sé a la perfección que el motivo del brillo de mis ojos es por volver a ver a Will.

Me pongo el abrigo y me cercioro de que no hay nadie levantado. Todos duermen.

Con aplomo y seguridad me dirijo hacia mi cometido.

Los ojos hablan expresando a la perfección los que los labios callan

Le he traído un poco del estofado que ha sobrado de la cena. Sé que lo que suelen comer aquí cuando están de servicio no se le puede llamar, precisamente, comida. Y él me lo agradece.

—Está delicioso. Gracias, preciosa —sonríe con la boca llena.

—No podía permitir que cenaras otra vez esa cosa metida en ese sobre a la que llamáis comida.

—Jajaja, no siempre comemos eso... y de verdad que no está tan mal. Deberías darle una oportunidad.

—Ni hablar. No mientras tenga comida decente que llevarme a la boca —enarco una ceja y nos reímos al unísono.

Siempre me emocionaré al ver su manera de sonreír, como si fuese la primera vez. Aunque pasen días, semanas, meses o años. Haciendo que mi corazón se reinicie cada vez que lo veo.

Lo observo detenidamente mientras come y sigue hablándome. Estar con él en esta casa en ruinas es el único lugar del mundo dónde aún puedo reír, soñar y tener noches de pasión. El lugar más romántico... encendiéndonos, amándonos, poseyéndonos...

No hemos podido pasar ni un solo día sin vernos, sin acariciarnos, sin sentirnos. La necesidad que tenemos el uno del otro puede ser difícil de explicar al resto del mundo.

Mientras él sigue contándome batallitas e historias y yo lo escucho atenta, no puedo evitar pensar en lo bonito que fue poder salvarlo aquella noche. Lo bonito que es que te vean. Y no me refiero a que te miran por mirar y ser conscientes de tu presencia. Voy mucho más allá, a que te noten de verdad. Que te presten atención, que nunca les falte el interés de conocerte. Que incluso en tan poco tiempo se hayan aprendido de memoria tu risa, que no asfixien tu libertad... Que entre todas esas personas que hay en el mundo y que podía haber elegido a cualquiera, te elijan y te vean solo a ti.

La sensación de no necesitar más...

No me importa si tan solo es un minuto el que lo veo o si podemos estar horas frente a frente, porque el estar aquí, el tiempo que sea, me hace inmensamente feliz.

—¿Me estás escuchando? —su pregunta hace que vuelva de mis pensamientos.

—Sí, sí... perdona —agacho la mirada y sonrío—. Solo estaba pensando—. Vuelvo a mirarlo y me agarro a su gran brazo para apretujarlo. —¡Continúa!

Suelta a un lado el cacharro con comida y se le escapa una risa franca. Una demasiada canalla y sexy haciendo que me derrita aún más por él.

—Ven aquí... ¡Me encantas, Laylak! —sus labios están prácticamente en mi oreja y el olor que este hombre desprende me resulta increíble.

—¿Y eso a qué viene ahora? —aumentó unos cuantos centímetros de distancia para mirarle a los ojos.

—Pues a que me encantas. Me encanta esa manera en la que me haces sentir. Siento que me vuelvo cursi cuando les hablo de ti a mis chicos. Hasta se meten conmigo a cada instante. Parecen unos críos—. Se ríe al explicármelo. —Aunque me encanta la forma en la que eso me da igual. Eres más de lo que nunca pensé tener.

Sus palabras hacen que me sincere con él. Sabe que lo quiero, no dudo de ello. A veces me

gustaría recordárselo una y otra vez. Sin embargo, no suelo expresarle mucho lo que mi corazón siente por él por miedo a hacerlo más real aún. Pero ahora lo hago, porque sino mañana... mañana ya no podré.

—Will... —cojo aire profundamente —has sido mi primera vez de muchas cosas. Te abrí mi alma y mi corazón. He permitido que me conozcas, física y mentalmente, cuando nunca lo he hecho con nadie. ¡Has cambiado todo mi mundo! Y ahora no sé como seguiré adelante.

Cubre ambas partes de mi cara con sus manos y acerca sus labios a los míos. Me besa casi sin esperarlo. Tiemblo por dentro y por fuera. Lo amo. Las lágrimas que no ya puedo retener me queman las mejillas. Me falta el aliento y tengo un nudo que me rasga la garganta. A pesar de todo lo que va a ocurrir mañana y en los próximos días, este momento es perfecto y no querría estar en ninguna otra parte. Solo deseo que el tiempo se detenga y quedarme aquí para siempre.

—No llores, por favor —apoya su frente contra la mía y enjuga las lágrimas con sus dedos.

—Es difícil no llorar cuando sientes que tu corazón ya no puede más—. Susurro mientras sigue sujetándome el rostro con ambas manos. —Cuando empecé a enamorarme de ti, no voy a negar que estuviera aterrada, pero también sentí tranquilidad después de mucho tiempo. Me ha encantado tener conversaciones a escondidas en la oscuridad y bajo la luz de esa linterna que traes siempre—. La mira de reojo sonriendo. —Conocer tus gustos, saber tus experiencias, las cosas que te hacen feliz, la música que te gusta, tus hobbies y tus películas favoritas; esas que dices que me enseñarás algún día.

—Sé que lo haré... —afirma casi en silencio.

—Después de todo ha sido imposible irme cada noche a la cama sin una sonrisa en la cara. Ha sido bonito saber que te tenía a ti. Ha sido mágico coincidir contigo.

Su mirada se torna dulce, protectora, como una gran armadura haciendo que me cobije en ella.

—¡No sigas, por favor! —me abraza. Ajenos a toda la realidad. Vuelvo a llorar después de días sin hacerlo. No quiero separarme de él... porque... sé que no lo volveré a ver y todo esto tiene un regusto a despedida. —Yo no creía en amores de esos que te presenta el destino cuando menos lo imaginas —musita mientras sigo perdida entre sus brazos—. He visto tantas cosas, tanto dolor, tanto sufrimiento que nunca he sido un romántico y mucho menos pensaba que acabaría enamorándome así de alguien. Pero cuando te vi, me gustaste en el acto. Estabas ahí, de rodillas a mi lado, tan preciosa, con esos ojos color miel, semejantes al oro líquido, que de repente sentí que todo este tiempo lo había vivido para dar contigo.

Contengo el aliento sin dejar de mirarlo. Mi vientre se encoge y no puedo dejar de temblar. Nos miramos fijamente. Nuestros ojos hablan, sabiendo expresar a la perfección los que los labios callan. Que esta será nuestra última noche y no nos veremos jamás.

—Will... —me separo de él y acaricio su mentón. El contacto de su barba en mi mano hace que pierda los sentidos. Le beso el labio superior muy dulcemente. Después el inferior. Me sorprende la manera en que me ha besado tantas veces. Me gustan sus besos. Siempre son tan diferentes. Sin embargo, estos son más pausados y placenteros.

Me desnuda muy lentamente. Noto el aire frío en la piel, desprotegida por mi ropa, y el contraste de su cálida mano acariciándome la cadera muy despacio y con suavidad. Haciendo que un escalofrío recorra toda mi columna vertebral. Suelto todo el aire de mis pulmones y me dejo llevar. Un huracán desemboca en lo más bajo de mi estómago. Noto sus labios en la comisura de mi boca, deslizándose por mi cuello, provocando una conexión única, íntima y sensual. Bajando por mi garganta a la par que sus manos suben por mi espalda. Le hago levantar

los brazos y deslizo su camiseta por la cabeza. Vuelve a estar desnudo ante mí. Él. Mi Dios nórdico.

Ese pensamiento me ruboriza un poco y me hace volver a la noche en que lo curé. Esa fue mi primera impresión al ver su físico. Sonríe sin darme cuenta.

Sigue acariciándome. Con mucha delicadeza. Estar con él es como si el tiempo se ralentizara o se detuviera por completo en una quietud constante. Se lo está tomando todo con más calma que las noches pasadas. Sabiendo que esta puede ser la última vez que nos veamos. Me besa la nariz, mis mejillas, el hueco entre el lóbulo de mi oreja y el cuello, justo donde me hace estremecer. Pega su cuerpo al mío y me acaricia sin ninguna prisa. Conquistando cada una de mis curvas.

Esta noche, todo es tan distinto. Los besos, las caricias, los susurros, los sentimientos... De alguna forma saben a despedida y ambos lo sabemos. Intento sonreírle cada vez que me mira en mitad de cada beso para que no sea capaz de ver mi verdadera expresión. La del incesante dolor que siento atravesándome el pecho por la certeza de que lo echaré mucho de menos.

Toda yo al desnudo me refugio contra su piel ardiendo. Me tumba en el suelo, como si este sitio fuese nuestra cama. Él sobre mí. Sus manos, llenas de amor y deseo, recorren cada centímetro de mi piel, cada parte de mi cuerpo carente de tela.

Con Will ardo y toco el cielo al mismo tiempo. La gente piensa que la intimidad se trata de sexo, y puede que de primeras lo parezca. Pero va mucho más allá. La intimidad se trata de la verdad. Con Will he vencido el miedo de mostrarme tal cual soy, y sé que a él le ha ocurrido lo mismo, a pesar de que habrá estado con miles de chicas. Sin embargo, me ha hecho ver en cada momento que también ha vencido al miedo. La intimidad no es cuando desnudas tu cuerpo ante alguien, sino también tu alma. No es solo piel con piel, sino corazón con corazón. Cuando conoce toda tu verdad y aún así decide quedarse y te dice: “estás a salvo conmigo”... Eso es intimidad.

Tumbada bajo él puedo ver un cielo totalmente negro salpicado de estrellas que lo cubren, y una luna que parece que reina en silencio a nuestro alrededor, alumbrándonos y avivándonos. Pero, solo es una ilusión. Ahí fuera, a lo lejos, se sigue escuchando leves explosiones y fogonazos junto al viento del invierno y nuestros jadeos. Pese a esos ecos no siento miedo. Solo deseo y excitación. Gimiendo en medio de una guerra. ¡Placer en estado puro! ¡Pasión!

Sus besos llegan hasta mi oído susurrándome miles de “*te quiero*”, igual que la primera vez que hicimos el amor.

Cierro los ojos y vuelvo a dejarme llevar por él.

Ambos estallamos de placer mientras nos seguimos besando.

¿A cuántas despedidas estaremos de no irnos nunca?

En realidad, a pesar de la incertidumbre con la que cargo día tras día, estar con él es perfecto. Solo quiero disfrutarlo, hacer que cada segundo sea maravilloso y no preocuparme por las cosas que aún no han sucedido, aunque esto último me cueste la misma vida. Quiero limitarme a amarlo, porque si algo tengo claro es que lo amo muchísimo.

No puedo dejar de mirarlo. Me encanta el tacto de su piel, su olor... Deslizo las manos por su pecho y me apoyo en él. El corazón le late muy rápido contra sus costillas. Lo siento estremecerse. Me aprieta más contra él y emite un sonido de gusto. Perfiló su nariz, recorro la línea de sus cejas, deslizo mis dedos por su rostro; ese que aún guarda señales de antiguas batallas. Sigo el recorrido imaginario de mis dedos sobre su piel. Por cada montículo, fuerte y apretado, de su abdomen.

Mientras lo observo pienso en lo distinta que soy a unos meses atrás. Cuando creía que nunca tendría la posibilidad de enamorarme y nadie llegaría a alcanzar mi corazón. Pero supongo que hay cosas que necesitan ser tocadas para aflorar.

Sentirlo tan cerca es como si su alma se fundiera con la mía. Y enamorarme de él me ha hecho entender que toda tu vida cobra sentido de inmediato. Sin entender cómo has podido “ser feliz”, o al menos intentarlo, antes sin saber que esa persona existía.

—Mmmm... —emite un sonido al sentir mis caricias en su piel. Entreabre un ojo para mirarme y me besa la frente.

—¿Will? —ha llegado el momento que ninguno de los dos queríamos.

—¿Qué?

—Tenemos que hablar —aún sigue con los ojos cerrados.

—Eso siempre suena tan mal... —se reincorpora, se pone su camiseta y los pantalones. Yo lo imito. Ahora que mi cuerpo se ha separado del suyo, tengo frío.

—Sabes que este momento llegaría...

—Lo sé, pero... confiaba en que no —se pasa las manos por el rostro. —Antes de nada déjame hacer algo ¿vale?

—¿El qué?

Puedo ver como saca de su macuto una pequeña cámara de fotos en color azul y empieza a trastearla.

—¿Y eso? —pregunto curiosa.

—Se la he pedido a Michael, uno de mis soldados. Siempre la lleva encima para hacer fotos de todo. No es muy buena, pero hace el apaño. Cuando estamos en misiones no podemos usar dispositivos móviles u otros que puedan ser rastreados, así que esto tendrá que valer. Tú tienes una foto mía... —sonríe —yo quiero una tuya—. Alza ese trasto y entorna los ojos para enfocar sobre la pantalla

—¡Ni hablar! —muevo la cabeza, negándome—. ¡Me muero de la vergüenza! Yo no sé posar para esto.

—No tienes que posar. Simplemente sonríe —no me da tiempo a reaccionar cuando escucho como pulsa el botón y el *flash* ciega mis pupilas.

—¡Williammmm! —intento enfadarme con él por no haberme hecho caso, pero es imposible aguantarme la risa.

—¿Cómo que William? ¿Así me vas a llamar cuando te enfades? —aprieta sus dedos en mis costillas para hacerme reír aún más. Nunca nadie me había hecho cosquillas y siento que no las aguantaré.

—¡Para, para... está bien, Will... para!

—¡Eso me gusta más! —finalmente se detiene y me deja coger aire.

—¿Puedo verla?

—Por supuesto. Aquí... —me señala con el dedo. —La pantalla es muy pequeña, pero te la enseño. ¡Te aviso, no la borraré, eh!

—Tú enséñamela y ya veremos —me acerca la cámara y casi tengo que enfocar la vista para poder apreciarla al detalle—. Es extraño... Nunca me había visto en fotos —pienso en voz alta.

—El día que vivas conmigo haremos muchas fotos para el recuerdo. Tendremos la casa repleta de ellas... —sentencia firme.

—Ay, Will... —suspiro, sabiendo que eso nunca sucederá.

—Hazme caso. Llegaré ese día.

Su Fe siempre me deja perpleja. No le contesto, simplemente lo miro y le digo:

—¡Hagámonos una juntos! Así podrás añadirla a tu colección de recuerdos.

Unimos nuestras caras y estira su brazo intentando encuadrarnos en el objetivo. El sonrío y en el momento en que va a disparar, giro mi cara y le doy un beso en la mejilla. Contentos. Felices. Enamorados.

Deja la cámara a un lado y me mira.

—Te observo y soy consciente de que nunca me había sentido más en casa que ahora viendo el brillo de tus ojos. Esa chispa que siempre esperé recibir al cruzarme con la mujer que tendría que estar en mi vida. Quiero memorizar cada parte de ti para enmarcarte en mis recuerdos, como estas fotografías... pero archivadas en mi memoria. Te miro y no quiero dejar de hacerlo nunca.

Sus palabras me conmueven, como todas sus declaraciones. Lo beso. Apretando sus labios con los míos. Saboreándolos. Sus manos me acercan mucho más a él. Le agarro la cara con ambas manos y me separo lentamente. Hay algo en lo que me ha dicho que no me deja pensar con claridad.

—¿A qué te refieres con lo de que nunca te has sentido como en casa?

Traga saliva. Parece que no quiere hablar del tema. Se separa por completo de mí y mira al cielo. Siempre hace eso cuando tiene que contarme algo que le oprime el pecho.

—Hace unos días mi unidad y yo tuvimos una reunión con el sargento Mayor. Pronto será Navidad... —se queda callado y coge aire para decirme por fin lo que días atrás no tuvo valor—. Nos dan tres semanas de permiso para volver a casa, Laylak. Después de las fiestas nos envían a Kabul —agacha la mirada resignado.

—¿Te vas? ¿A Afganistán? —mi corazón galopa a toda prisa. No puedo pensar con claridad. Necesito procesarlo. Sabía que el casarme iba a hacer que nuestra relación se acabara. No podría verlo, sentirlo, tocarlo...pero al menos tenía la esperanza de que siguiera aquí. En cambio, ahora... no sé qué pensar. Esta situación me puede. Siento un puñal en el pecho.

—Laylak, escúchame. Podemos seguir...

—¿Porqué no me los has contado antes, Will? —lo freno alterada.

—Quería aprovechar cada instante contigo sin que nada lo estropeará. Simplemente no podía... —suelta afligido.

—Ah, ¿no podías? ¿Y yo qué, Will? Bastante tengo sabiendo que mañana me casarán con un hombre al que ni conozco y ahora me entero que tú te irás para siempre.

—No me lo recuerdes más—. Su expresión cambia totalmente, con rabia y pesar.

—¡Es que tienes que enterarte de una vez por todas, Will! Lo que ocurrirá mañana lo cambiará todo y pasaré a ser de otro hombre para siempre. O hasta que Alá quiera. Ese es mi destino.

—Me enteré perfectamente el primer día que me lo dijiste, Laylak. No soy imbécil.

—¿Sí? Pues no lo parece. Debíamos haber acabado con este sinsentido hace tiempo. Éramos conscientes de ello y aún así seguimos con este juego. Hemos sido unos masoquistas —me pongo en pie. Alterada. Moviéndome de un rincón a otro. Intentado respirar con normalidad. Will me persigue.

—Laylak, por favor... sabes que lo nuestro empezó de ese modo, pero nunca ha sido un juego, al menos para mí—. Me llevo las manos a la cabeza, intentado pensar. Para mí tampoco lo ha sido. No quiero que piense que para mí sí. ¡Dios, estoy tan cabreada!—. Nuestra última noche, al menos de momento, no puede terminar así.

—¿Cómo que de momento? —giro sobre mí, enfurecida por todo lo que estoy pensando —¿Por qué siempre dices esas cosas? ¿Acaso sabes leer el futuro? ¡Tú y yo no tenemos ningún futuro, Will! ¿Cómo puedes estar tan seguro de todo y tan ciego para ver la realidad?

Me sujeta por los hombros, haciendo algo más de presión para que me calme.

—¡Para, Laylak! ¡Cálmate, por favor! —mi mirada se torna vidriosa. A punto de estallar. Las lágrimas se agolpan tras mis párpados, empañando mis pestañas esperando el momento justo. Siento que voy a desmoronarme por completo. Me lleva hasta su pecho y me pierdo entre sus brazos. Siento como clava su barbilla en mi coronilla. Arropándome. Con tanta fuerza que, ahora sí, rompo a llorar. Me separa de él y enmarca mi cara en sus manos. Inclina su cabeza a mi nivel para mirarme—. Sé que puede parecer que lo que hice fue egoísta y no pensé en cómo te sentirías tú. Lo siento, de verdad. No quiero lastimarte. Pero, no podía decírtelo. No podía hacer nuestra despedida real. Aún no. Solo quería estar unos días más contigo. Entiéndelo por favor.

Me limpio el rostro con el puño de mi manga. Intento calmarme. No puedo enfadarme con él. Es imposible. Además esto es algo que hemos hecho los dos, no puedo cargarle a él con toda la responsabilidad. No articulo palabra. Esta vez soy yo quién lo abraza. Un abrazo eterno y lleno de dolor.

—Perdóname. He sido una estúpida. No quería echarte la culpa, Will. Siento haber sido tan dura contigo. Todo esto me supera.

—Lo sé, a mí también. Y si te digo siempre eso de “algún día” es porque quiero creer que así será. Guardo la esperanza en que ocurra tarde o temprano. Haré todo lo que esté en mis manos para que estemos juntos.

—¿Y qué haremos todo este tiempo?

—Podemos seguir escribiéndonos. Te mantendré al tanto de donde estaré en todo momento. La situación en Kabul también es muy complicada, pero intentaré escribirte siempre que pueda.

—Pero... ¿Cómo haré para recibir tus cartas? Con Asad en casa será mucho más complicado. No podré salir sino es con él y no podré ir a ver a Leena.

—Sé que encontrarás la forma de leerlas. No dejaré de escribirte. Y en cuanto la misión en Afganistán termine, haré lo que tenga que hacer y hablaré con quién sea para sacarte de aquí.

—¿A cuántas despedidas estaremos de no irnos nunca? —hago una pregunta que no tiene respuesta.

—Preciosa... te echaré de menos.

—¡No me olvides jamás! —le imploro.

—Imposible. Tienes un lugar en mi corazón que nadie más podrá tener—. Volvemos a besarnos. Un beso de despedida. Apasionado y amargo por el dolor de separarnos, pero esperanzador por si algún día nos volvemos a ver.

Will recoge sus cosas, vuelve a abrazarme, elevándome del suelo a la vez que me besa de nuevo. Lo sujeto por el cuello sin querer separarme de él, pero ha llegado el momento de irnos. Vuelve a dejarme en tierra.

Nuestras manos se separan. Me observa desde la entrada de esta casa en ruinas una vez que ha comprobado que no hay peligros aparentes. Y moviendo sus labios sin articular palabra me lanza un te quiero en silencio. Acto seguido se pierde en la oscuridad.

¿Cuánto puede doler un adiós? Nada puede calmarlo. Ni tiritas, ni medicamentos... nada. Esa sensación que se siente de abandono. La presión en el pecho que no te deja respirar. Sentir como tu alma se rompe en mil fragmentos punzantes que se clavan en todo tu ser.

Y aquí estoy yo, rota en pedazos, diciendo adiós a la vez que el corazón se me parte en dos mientras me despido del amor de mi vida.

El tiempo se alarga y se contrae...

—Esos yanquis de mierda. ¡Debemos acabar con ellos! Hay que hacer lo que sea necesario para que se vayan de aquí ¿me oyes?

Oigo insultar a mi hermano por su móvil cuando salgo de mi habitación hecha polvo. A saber con quién estará hablando. Desde luego no soy capaz de entender como les comen las cabezas. Cuando se percata de mi presencia deja de hablar.

—¡Ah... hola, Laylak!

—Buenos días, Karím.

—Hermano, hablamos en otro momento... estoy liado. Y recuerda lo que te he dicho—. Cuelga el teléfono—. ¿Pasa algo?

—Nada... —lo miro, enarcando las cejas —solo voy a la cocina a por un poco de café—. Estiro los brazos para desperezarme y suelto un bostezo. Llegué muy de madrugada y estoy rendida. No sé cuánto tiempo estuve en la cama llorando. Hasta que me di cuenta que hacerlo no me iba a devolver a Will y era estúpido seguir así. Tengo que afrontar lo que sucederá hoy y debo ser fuerte. Siempre lo he sido—. ¿Y mamá?

—Está en la habitación, organizando algo. Esta muy nerviosa con todos los preparativos para la fiesta de esta noche—. Suelta sin apenas mirarme, sigue ensimismado en la pantalla del móvil.

—Pues no sé porque está tan nerviosa. Solo seremos nosotros, unos amigos de padre y... ese hombre.

—Laylak... te vas a casar. Eso es más que suficiente para que esté así. Tú también deberías estarlo. Es tu boda.

—¡Si tú lo dices! —si estoy nerviosa no es porque precisamente me haga feliz... solo de pensar que voy a pertenecer a ese hombre... los nervios me afloran.

Me dirijo a la cocina, dándole la espalda a mi hermano.

—Mamá quiere que vayamos a recoger unas cosas antes de esta tarde —grita mi hermano para que pueda oírlo.

—Ajá... —respondo.

Las horas sin la presencia de Will han pasado demasiado lentas. En todo este período, he aprendido una verdad fundamental desde el momento en que me crucé con él. El tiempo se alargaba y se contraía, como un acordeón,

dependiendo de la ausencia o presencia de Will.

Sé que me dijo que no me olvidaría. Sé que quería que siguiéramos con esto. Sé que le dolería si no le escribo... Pero también sé que tengo que sacármelo de la cabeza, pues de mi corazón es imposible. Aún así, debo hacerlo por él. No se merece pensar en alguien que no podrá tener y una mujer con la que no podrá compartir su vida. Él no quería verlo... no quiere verlo. Seré la chica fuerte que siempre ha salido adelante y, si hace falta, seré yo quien rompa con esto. Debo ser fuerte. Mi vida ya está acabada, sin embargo él... él podrá rehacerla en cuanto me olvide.

Hemos tenido que ir a la pastelería donde mi madre encargó los pasteles y dulces para el

enlace. Por lo visto ha habido un error y no tendrán el pedido hasta dentro de un par de horas. Así que nos han dicho que ellos mismos nos lo entregarán en casa. Mi hermano les ha dado la dirección y hemos vuelto con las manos vacías.

Al girar la esquina, diviso un coche aparcado, calle arriba, casi enfrente de nuestra casa. A pesar de la rejilla que no me deja ver con nitidez, puedo diferenciarlo. Es el mismo que vi esta madrugada cuando Will se marchó. Un *mercedes* bastante antiguo en color blanco. Un coche poco habitual por aquí. En su interior distingo a dos hombres sentados, uno al volante y otro en la parte trasera, mirando en mi dirección. Cuando llego hasta ellos y ven que me quedo quieta, observándolos, desvían la mirada y hacen que están a otra cosa. Pero si algo me han enseñado todos estos años junto a mi padre es a desconfiar y saber cuándo alguien quiere saber más. Por un momento, me quedo pensativa... ¿y sí están aquí por mi padre? ¿O por Miriam? ¿O incluso por Asad?... Mi hermano alza la voz para que reaccione y no le haga perder el tiempo y regreso de mis reflexiones internas. Esos hombres... no sé qué pintan aquí, pero intento apartar los pensamientos extraños de mi cabeza. Seguramente sean paranoias mías. Aunque, después de las charlas que he tenido con Miriam me creería cualquier cosa.

Mi madre está histérica. La verdad es que todo ha quedado muy bonito. Miriam, Adila y Abdul ya han llegado. Yo sigo en la habitación de mis padres para terminar de arreglarme.

En cuanto llegue Asad y el *Ulema* daremos comienzo a la ceremonia. Ahora sí que empiezo a estar nerviosa. Demasiado. Ni siquiera sé cómo es ese hombre. Mi padre me dijo que lo conocí una vez, pero no lo recuerdo. Debía ser muy pequeña.

Para la ocasión, me han cubierto con un velo blanco, ataviada con esta especie de vestido de novia. Al poder estar solamente nosotros y mi futuro marido, mi rostro estará al descubierto. Así Asad podrá verme. Y por primero vez, sí quiero una tela que cubra mi rostro y nadie pueda verme. Pensando que así me haré invisible ante cualquiera de los presentes.

Escucho bastante jolgorio en el salón. Estoy sudando y siento un leve mareo. Esta situación me puede y empiezo a hiperventilar. Me apoyo en el piecero de la cama de mis padres y justo en el momento en que lo hago, Miriam entra para ver si necesito ayuda.

—¡Por Alá, Laylak! ¿Te encuentras bien? —se levanta la parte delantera del *burka*.

—¡No! No Miriam, nada de esto está bien. Tengo casi veinte años y voy a casarme con un hombre de sesenta al que aborrezco sin apenas conocerlo. La edad no debería ceñirse a un número, pero, en ocasiones importa y mucho, sobre todo cuando no hay amor —mis lágrimas empiezan a aflorar de nuevo. Justo cuando me había propuesto no hacerlo más.

—Laylak... respira. Tranquilízate. Inspira y expira. Tienes que ser fuerte, sino será mucho peor. Mantén la esperanza en que todo saldrá bien. Sé que ahora es difícil verlo, pero eres una luchadora y ahora no puedes ser menos.

—Tienes razón —miro al techo cogiendo aire y haciendo todo lo posible para que mis ojos no se vuelvan a inundar—. Gracias, Miriam. Gracias por estar aquí hoy. Diles que me den un momento ¿vale? Voy a ir a por un vaso de agua y a despejarme. Estaré lista enseguida.

—Claro que sí —me da un cálido abrazo.

Al entrar en la cocina veo a dos hombres que no me esperaba vestidos con un uniforme blanco. En la espalda leo el nombre de la pastelería de esta mañana. Doy por hecho que son los encargados de traernos el pedido.

—Disculpen. Solo venía a por un vaso de agua. Lo cojo y no les molestaré —uno de ellos le lanza una mirada un tanto extraña al otro mientras voy a dar un sorbo.

—¿Eres Laylak? ¿Laylak Murad? —dice al fin uno de ellos.

Aún no he tragado el agua de la boca cuando asiento.

—¡Perfecto! —se alegran casi en silencio.

—¿Ocurre algo? —me atrevo a preguntar cuando soy consciente de que son los mismos hombres que estaban en el coche esta mañana.

—Necesitamos tu ayuda.

—¿Mi ayuda? No sé qué tipo de ayuda podéis necesitar de mí.

—Vas a casarte con Asad Haluf ¿no?

—Sí, no me queda más remedio —me doy cuenta de que eso último lo he dicho en voz alta cuando, solamente, pretendía pensarlo.

—Pues bien... Tú nos ayudas y nosotros a ti.

—No entiendo muy bien... ¿Quiénes decís que sois?

—No lo hemos dicho —dice el otro con suspicacia. El que me hablaba desde un principio se levanta parte del uniforme y me enseña una pistola y una identificación.

—¿Cómo habéis entrado aquí con eso? —se sorprenden más por mi actitud a como han entrado en casa que por ver una pistola. A estas alturas ya estoy curada de espanto.

—El chico joven nos dejó pasar...

Karím... le han comido la cabeza, pero se ve que no lo suficiente para cachear a desconocidos que entran en el lugar donde se va a casar uno de los hombres más buscados.

—Verá, señorita Murad... somos de la inteligencia sueca. Necesitamos su ayuda. Necesitamos que una vez viva con Asad nos pase información sobre todo lo relacionado con él. Futuros planes, posibles atentados, personas a las que vea... En definitiva, pruebas de peso para poder acabar con él.

—¿Y cómo creen que seré capaz de hacer todo lo que me piden?

—Su amiga le habló muy bien de usted a nuestra superior. Dice que es una chica lista.

—¿Miriam les habló de mí? —me observan atentos, aguardando mi respuesta —¿Qué pasará si me niego?

—Haremos como que nunca estuvimos aquí. Buscaremos a otra persona que sí quiera pasarnos esa información, usted habrá perdido esta maravillosa oportunidad y estará bajo el yugo del Estado Islámico para siempre. Incluso podría ir a prisión por no colaborar y ayudar al Califato.

Lo pienso durante unos segundos. Prácticamente me obligan a aceptar.

—¿Y qué me ofrecéis a mí?

—Su libertad. En cuanto nos pasé toda la información fiable que necesitamos, la sacaremos del país. Tendrá pasaporte, papeles, seguridad y una vida nueva en Suecia.

No puedo creer lo que estoy oyendo. El atisbo de esperanza que esperaba durante meses por fin ha llegado. Sin embargo... es tan arriesgado.

—Saben que lo que me piden es una locura ¿no? Mi vida correrá peligro si me pillan.

—Tranquila, no dejaremos que la maten —suelta el otro hombre, esbozando una pequeña sonrisa un tanto perversa.

Como si esto fuera un juego y se estuvieran burlando de mí.

Lo miro desafiante.

—Ya... el caso es que... a veces lo peor no es que te maten. Se me ocurren otras muchas formas de hacer pagar a una persona. Y créame, sé de lo que hablo.

—¿Y bien?... ¿qué dice?

Contengo la respiración unos segundos y resoplo.

—Está bien. ¿Y cómo haré para hablar con vosotros o enviaros lo que tenga que enviar?

Se saca del bolsillo un pequeño teléfono móvil. Muy parecido al que me enseñó Miriam en su momento.

—¿Estáis locos? ¡No podré tener eso en casa! ¡Lo tenemos prohibido!

—Lo sabemos. Pero, escóndalo. Solamente tiene registrado un número. El de su contacto en Estocolmo. Ella se llama Rebecka. Cuando esté instalada en su nueva casa y vea que no hay peligro, póngase en contacto con ella. Le dará más detalles.

—De acuerdo. ¡Deme eso! —cojo el móvil de su mano de malas maneras—. ¡Por Alá... no sé quién de todos está más loco! Si ustedes o yo por aceptar.

—Está haciendo lo correcto, señorita Murad.

—Eso dígamelo cuando me saquen de aquí y esté fuera de peligro —le apunto con el dedo.

—Tranquila. Tiene nuestra palabra—. Se mete las manos en los bolsillos. Mira a su compañero y le da un codazo —¡Sin duda esta es diferente a todas las mujeres del *Daesh*! —se ríen.

—No soy ese tipo de mujer. Solo quiero un mundo mejor.

—¿Laylak? ¿Pasa algo? Te estamos esperando hija, Asad ha llegado —aparece mi madre de repente.

—Todo bien, mamá. Estos señores han traído el pedido de la pastelería y está todo en orden. Ya se marchan ¿verdad? —les hago un gesto para que se larguen.

—Exacto. Nosotros ya nos íbamos. ¡Felicidades por su matrimonio, señorita Murad!

—Gracias —les respondo.

Cuando salgo de la cocina, todos me esperan. Las mujeres, cubiertas, aunque puedo distinguirlas perfectamente. Algunos hombres, amigos de mi padre y de Abdul, me miran absortos. Le abren paso a Asad y... ahí está. Él alza la vista por encima del hombro de mi padre. Me quedo petrificada. No puedo reaccionar. Intento por todos los medios que mi cuerpo obedezca a mi cerebro. Es misión imposible. Mis pies no se mueven. Estoy anclada al suelo.

—Laylak... este es Asad —nos presentan.

—Vamos, hija —mi madre me sostiene de una mano para acercarme a él.

Inspiro hondo y hago acopio de todo mi valor.

Es un hombre alto, pero no mucho más que yo. Corpulento y con algo de barriga. Su rostro es grueso, robusto. Sus cejas, pobladas, despeinadas y canosas, anuncian unos ojos huraños, algo hundidos y cercados por ojeras amoratadas y densas. Gran parte de su rostro está cubierto por un bigote acentuado y una gran barba enmarañada. También va vestido de blanco, con una gran túnica que le cubre el cuerpo entero dejando a la vista los zapatos, y una larga chalina enrollada alrededor de la cabeza.

Cojo aire para que no me dé un ataque e intento calmarme. Me acerco a él, con pasos lentos y pesados, como si un imán me atrajera hacia el centro de la tierra. Casi sin poder moverme. Creyendo que así no sucederá el enlace. Sin embargo, mi madre tira de mi mano para ponerme frente a él cuanto antes.

Desprende un efluvio a tabaco y a una colonia demasiado fuerte que no soporto. Cuando su olor anega mis orificios nasales cierro los ojos fuertemente e intento que ese olor se convierta en el de Will. Pero es inútil, pues su olor parece que se ha impregnado en toda la sala.

Me observa maravillado, como si acabase de descubrir un gran tesoro que lleva siglos escondido.

—Tenías razón, hermano, —apoya su mano en el hombro de mi padre —sin duda es una auténtica belleza. Es todo un honor que te conviertas en mi esposa—. Termina diciéndome embobado.

Uno de los hombres que lo acompañan le tiende una caja cuadrada. La abre y me la muestra. Es una pulsera de plata con piedras redondas de cornalinas.

—Es para ti, como regalo y agradecimiento —afirma—. Cuando vivas conmigo te trataré como a una reina.

Sin embargo, eso no significa nada para mí. ¿De qué me servirá este regalo y todo lo que venga después? No me creo nada, lo siento. Yo solo quiero el regalo de la libertad. En la vida que planean para mí soy ese pájaro encerrado en una jaula cubierta de oro, pero que en cuanto la frotes con un paño verás que era una gran mentira y lo que parecía oro tan solo es una apariencia que se acaba pudriendo y siendo horrible, y aún así seguirán siendo las mismas rejas que me prohibirán desplegar las alas.

Yo seré su única esposa ahora, porque las anteriores habrán muerto o habrán huido, pero ruego con todas mis fuerzas para que más pronto que tarde lo haga con alguna más y yo no sea la única que deba complacerlo.

—Gracias —consigo que las palabras se escurran por mis labios.

Delante del Ulema empiezo a recitar unas frases:

—...los hombres y las mujeres son iguales... —soy incapaz de pronunciar estas palabras. Me estoy engañando, estoy engañando la memoria de mi abuela y estoy engañando a todas las mujeres.

—¡Continúa! —impone la voz ruda de Asad.

—... por eso quiero ser libre de ir adonde quiera. En caso de conflicto no me levantarás la mano. No discutiremos. En su lugar, seguiremos la *Sunna*. Al igual que el profeta y Jadiya; que la paz sea con ellos. Tomaremos decisiones juntos, sin terceros. Y cuando vayas al extranjero, yo iré contigo, como tu mujer, pero sobre todo como tu hermana. Quiero vivir junto a mis hermanos y dedicar mi vida a aquellos que sufren injusticias.

—Si estás dispuesta a seguirme en el camino que el Profeta ha escogido para mí, ¡bienvenida seas!

Mi corazón bombea a toda velocidad. El *Ulema* sigue su discurso pero casi no lo oigo. Intento evadirme de la realidad. Mis oídos captan algo de lo que está entonando.

—...una de las tres personas que merecen la ayuda de Alá, es la que busca la castidad en el matrimonio...

Dios mío ¿cómo voy a hacer para ocultarle a Asad que no soy una mujer pura? Rezo para que no se percate, para que me dé algo de tiempo.

—Eres tan hermosa... —susurra Asad. El estómago se me retuerce y siento náuseas. Quiero salir de aquí, pero no puedo. Tuve que tener el valor de escaparme hace tiempo. Ahora es tarde.

El *Ulema* continúa:

—¿Te entregas como mujer a Asad en nombre de Alá; el misericordioso, el compasivo?

Durante unos segundos no respondo. Todo me da vueltas, me falta el aire. Las manos me sudan. Observo a mí alrededor.

La cara de inquietud que estará poniendo mi madre debajo de esa tela. La de mi amiga, seguramente, dándome fuerzas con su mirada azul cristalino. La de Adila, recriminándome no ser una buena musulmana. La sonrisa de maldad de mi hermano al ver que no pronuncio palabra. La mirada de impaciencia y descontento de mi padre. El rostro sombrío de Asad...

—¿Y bien? —me martillea la pregunta en mi cabeza.

—S... sí —balbuceo y Asad sonríe complaciente bajo su gran bigote.

—¿Y tú, Asad? ¿Tomas a Laylak como legítima esposa para ser un marido digno ante los ojos de Alá?

—Sí—. Responde seco y con vehemencia.

Se acerca a mí y me besa en la frente delante de mi familia.

Todos se abrazan.

Esta es la primera vez que siento la urgente necesidad de que todo mi mundo se detenga para comprender todo lo que está sucediendo. Ahora sí, Will y yo, se acabó. Nunca podrá ser. Y tengo que ser consciente de ello de una vez por todas, aunque me duela.

“A veces, lo mejor es apartarse del camino, aunque con ello te estés arrancando la vida. Te amo, Will, incluso negándolo o dejándote ir. Aunque no vuelva a mirarte a los ojos y no pueda escuchar tu voz. Aunque estemos lejos, te amo y te seguiré amando. Siempre serás lo más

bonito que me ha ocurrido en la vida.”

Baluceo en mi interior sin que nadie pueda oírme y a punto de no poder reprimir el sollozo que aguarda en mi garganta.

Terminada la ceremonia, se reparten sorbetes y dulces a los hombres. Consigo que nadie repare en mí durante un rato, sentada en una butaca en una esquina de la sala. No puedo dejar de darles vueltas a todo y en que la noche se aventura larga, muy larga. Y todavía nos queda cenar toda la comida que mi madre y yo hemos estado preparando y trasladarme con mi marido al que será nuestro hogar.

Mientras recorremos las calles se produce un gran silencio denso. Las explosiones parecen haber cesado por ahora.

Al fin llegamos a casa. Mi nueva casa. Menos mal que no está muy lejos de la de mis padres, y por tanto de la de Miriam. Al menos podré verla a menudo. O eso espero.

Asad me abre la puerta para que entre en mi nuevo hogar.

Hogar... una simple palabra que transmite paz, tranquilidad, calma, equilibrio y deseo de vivir en ese espacio de por vida. Sin embargo, nada más recibirme la oscuridad del interior consigo percibir todo lo contrario. Intranquilidad, desequilibrio, resignación, desánimo, desaliento y dolor. Siento una sensación muy extraña en mi interior. Un pellizco en el estómago anunciándome que si pongo un pie en esta casa seré una desdichada y no habrá vuelta atrás. Sé que ya no puedo retroceder... y gran parte de la culpa la tiene la gruesa mano de Asad que me empuja por la espalda.

Me encuentro en una casa de varias alturas y con azotea. Por lo que parece, con bastantes habitaciones y un olor muy característico; el de tabaco. Asad me guía por cada estancia para mostrármela. En la sala de estar destacan las paredes con pintura desconchada, pidiendo a gritos un buen raspón y una buena mano de pintura nueva. Unas colchonetas gordas recubiertas de gruesas telas y pegadas al suelo, en color verde oliva con flores en mostaza dibujadas, hace las veces de sofá. Un sofá viejo y con algunos desperfectos. Una mesa pequeña y de cristal con patas cromadas y doradas ocupa el centro de la habitación. Y algunas sillas desvencijadas adornan cada rincón de la estancia.

Las bisagras de la mayoría de las puertas rugen. Los techos tienen humedades y el moho invade gran parte de los armarios de la cocina. La cocina... llena de utensilios que tendré que utilizar y donde tendré que cocinar cada plato de comida para este hombre.

Una casa que tendré que limpiar, y muy a fondo, si es que tengo que vivir aquí.

—Tranquila, solo es temporal. Solo estaremos aquí algunos meses. No tuve tiempo de encontrar nada mejor. Podrás adecantarla a tu gusto. En unos meses, si todo sale bien, nos mudaremos —arguye Asad al ver mi cara de desconcierto.

—¿Irnos? ¿Adónde?

—Tú por eso no te preocupes. Vamos, te enseño la última habitación. Nuestra habitación... —levanta las cejas varias veces y sonrío pícaramente. Puedo ver sus dientes bajo sus labios, escondidos por su bigote y gran barba, carcomidos y amarillentos por la nicotina del tabaco. Intento apartar la vista para observar el interior de la estancia y no recrearme en su sonrisa bobalicona.

Al entrar, la habitación me da vueltas y el suelo tiembla bajo mis pies. Me imagino viviendo aquí, con él, en la casa de un desconocido, donde deberé someterme a sus estados de ánimo y sus

exigencias.

—¡Cámbiate! Es tarde.

Me pongo un camisón en color crema que me compró mi madre. Entre todas las cosas que he guardado en el armario de mi nueva habitación, busco una rebeca, larga y calentita, para tapar parte de mi cuerpo y no dejar mucho a la vista.

Me siento en el borde del lado de mi cama. La luz de la lámpara que hay a mi lado alumbra tenuemente mi zona. Dibujando sombras en el techo que hacen que me estremezca. Recordándome las veces que temblaba de miedo cuando era pequeña antes de que mi abuela viniese a arrojarme y a contarme que lo que yo veía reflejado en las paredes solo formaba parte de mi imaginación.

Asad aparece por la puerta. Lleva un conjunto para dormir de dos piezas en un color azul grisáceo. Ya no lleva puesto el turbante y su pelo enmarañado, como su barba, luce al descubierto. No sé muy bien qué hacer, cómo reaccionar, mirándolo todo con un poco de aprensión e intentando que no note el miedo en mis ojos.

Su fragancia llega en pocos segundos hasta mí. Parece que se ha vuelto a rociar con ese perfume que he odiado desde el primer momento. Deslizo los pies bajo de las sábanas y la frialdad de la cama cubre mi piel. Me tapo con toda la rapidez que puedo para no darle indicios de cómo ha experimentado mi cuerpo, sobre todo mis pechos, el frío del invierno. Flexiono las rodillas para sentir la calidez de mi piel y entrar en calor.

Se dirige hacia la cama esbozando una sonrisa.

“Por favor, por favor, por favor... todavía no”, imploro en mis adentros. Apago la luz. Al hacerlo, la poca iluminación de la calle en esta noche oscura irrumpe en nuestro cabezal. Al tumbarse, el colchón se hunde, haciendo que me desplace ligeramente sobre su brazo. Me separo de él veloz, pero cuando lo voy a hacer me agarra por uno de mis muslos. Sus dedos gruesos, ásperos y robustos dibujan un tono blanquecino sobre mi piel al hacer algo más de presión. Contengo el aliento y al fin, después de mantenerme en silencio, salvo para decir las dos palabras que dije antes, consigo darle una excusa. La primera justificación que se me viene a la cabeza. Aunque sea mentira.

—Esta noche no podrá ser. Ha sido un mal día para celebrar nuestro enlace. Tengo el periodo —baluceo entre dientes.

—De acuerdo, —retira su mano de mi piel —ya me dijo tu padre que tuviera paciencia contigo. Así que, esperaré.

Vaya, ¿quién lo diría?... mi padre teniendo compasión por mí. ¿Debería estarle agradecida? No. Por supuesto que no. Me ha obligado a esto. Nunca podré perdonarlo.

Y por esta noche, podré conciliar el sueño algo más aliviada.

Me recuesto en la almohada sintiéndome sola y perdida.

Más que nunca.

Y llena de miedos.

Han pasado varias semanas, las más largas de toda mi vida. El sol empieza a desaparecer y refresca más de la cuenta aquí fuera.

Siempre intento mantenerme ocupada para no tener que cruzarme mucho con él. Estoy en el patio trasero, lavando a mano algunas prendas de Asad, cuando aparece. No hace mucho ruido, siempre es tan silencioso. Lo noto cuando me observa en la distancia. Sus ojos se clavan en mi espalda y puedo advertirlos, sentirlos, recorriendo cada parte de mi cuerpo. Me giro, con las manos llenas de jabón.

—He intentado esperar para darte tiempo. Tu familia me avisó de que lo necesitarías. Pero soy tu marido. Esto me parece absurdo y creo que debes entenderlo de una vez por todas. A partir de esta noche, espero que empieces a comportarte como una auténtica esposa. ¿Me has oído?

No respondo. No puedo. Trago saliva y asiento obediente.

—Es hora de que prepares la cena. Empiezo a tener hambre.

Dejo la ropa en remojo, me seco las manos y paso por su lado. Al hacerlo, su brazo se apoya en el marco de la puerta, impidiéndome el camino hacia la cocina. Me detiene en seco, acerca su nariz a mi cabello e inhala. No quiero que haga eso. Ese simple gesto no le pertenece. No a él. Sus labios susurran a mi oído.

—Espero que la cena de hoy tenga mejor sabor que la de estos días atrás. ¿Entendido? Quizás si cocinaras con un poquito más de amor...

Lo fulmino con la mirada. Una mirada que dura espantosamente unos segundos. Sin pestañear. Desafiante. Rabiosa. Dolida. Triste. Sus ojos aterran. Así que le lanzo una pequeña sonrisa de medio lado dándole a entender que lo he entendido y le aparto el brazo.

Cenamos en la sala de estar. Esta noche he preparado estofado de *shalqam* con nabo, espinacas y coliflor con jengibre. Hace rato que yo me terminé mi plato. El té que me he servido sigue ardiendo y dejo que caliente mis manos mientras lo sostengo y mi mente vuela muy lejos de aquí.

Asad siempre está en silencio, salvo cuando recita algún versículo del Corán o habla con sus hermanos del Isis. Verlo comer es como ver a un animal. Engullendo hasta el último trozo de verdura.

—Por fin... lo más decente que me he llevado a la boca en estas semanas —se chupa los dedos.

Le sonrío sutilmente justo antes de sorber un poco de mi té. Con él he mostrado las sonrisas más falsas de toda mi vida.

Recojo los platos sucios, limpio y ordeno la cocina. Cuando me dirijo hacia las escaleras, veo como Asad se interpone ante mí y deja de hablar durante unos segundos con alguien que tiene al teléfono, tapando el micrófono con la palma de la mano.

—Espérame despierta. No tardaré—. Desaparece de mi vista dejándome paso.

La mayoría de las noches me quedo un rato en la cama. Deseosa de que amanezca cuanto antes para ver como Asad se marcha al escuchar la primera oración del día. Esperando.

Desorientada. Sola. Perdida. Pensando en Will. He intentado quitármelo de la cabeza. Es imposible. Intento darme tiempo. Dicen que el tiempo lo cura todo... pero no. El tiempo no creo que sea el mejor bálsamo. Toda esa añoranza... Que no se vea no quiere decir que no exista. Por lo que así no podrá doler... Error. Sí que duele. Y mucho. Esa frase es la más utilizada por antonomasia para aliviar el dolor que podamos llegar a sentir. Una especie de necesidad para tener esa esperanza en nuestros momentos más oscuros. Queremos creer que el día de mañana estaremos mejor... Lo cierto es que es una creencia falsa y peligrosa. El tiempo, por sí solo, no cura nada. Y eso nos convierte en una víctima pasiva. Nos hace evitar el esfuerzo de decidir, actuar, pensar, expresar... Aparece el estrés, la ansiedad... Quizás el tiempo pueda hacer olvidarnos de ellos. Pero todo lo que no se supera, vuelve. Es posible que el tiempo nos haga ver las cosas con otra perspectiva. Sin embargo, si hay algo que te haya importado de verdad, esa herida va a permanecer siempre. Puede que aprendas a vivir con ello y por eso pienses que lo superaste, pero la cicatriz seguirá estando. Y el tiempo no me curará de él. El tiempo no será suficiente para borrar la reacción de mi cuerpo cuando lo veía. Al recordarlo. Quizás lo que yo haga en ese periodo de tiempo si pueda hacerme olvidar, pero aquí encerrada y bajo este yugo, dudo de ello. Así que... el tiempo por sí solo no hará nada de eso.

Las bisagras de la puerta de madera roída me hacen volver de mis pensamientos. Regresar a la realidad. Una que no quiero y aborrezco, y de la que no puedo escapar. Tengo que ser fuerte. Sé que lo que debe ocurrir esta noche no podré aplazarlo más. Solo rezo a Dios para que me de fuerzas suficientes para soportarlo.

Los ojos de Asad, envueltos en llamas, recorren mi cuerpo. Encendidos de placer con tan solo mirarme. Relamiéndose, como si fuera a comerse a su presa, se inclina sobre mí desde su lado del colchón. Al hacerlo, los muelles protestan. Hay un momento de vacilación, pero enseguida desliza una mano por mi cuello. Aguanto la respiración al notarlo. Sus dedos gruesos me aprietan lentamente. Los desliza hacia abajo y posa su mano sobre mi pecho. Apretándolo con fuerza a través del camisón. Vuelvo a coger aire y empiezo ver algo borroso a causa de las lágrimas que se agolpan en las pestañas. Lo oigo respirar agitadamente. Se coloca sobre mí y puedo notar a la perfección su excitación. Se desata el cordón de sus pantalones. Cierro los ojos, y ahora sí, en la penumbra, mis lágrimas caen empapándome el pelo y bañando la almohada. Cierro los puños con fuerza, estrujando las sábanas bajo mi cuerpo. Cierro los ojos fuertemente, creyendo así que lo haré desaparecer. Asad empieza a retorcerse y restregarse hasta que consigue levantar mi camisón, dejando mis muslos al descubierto. Consigue lo que tanto anhelaba y de su boca escapa un gemido ronco al sentirme. Aprieto los dientes y hago más fuerza con mis manos sobre el colchón. Asad hunde el rostro entre mi cuello y la almohada. Su hambre es voraz, bordando incluso la violencia por el modo en que me sujeta, me estruja los pechos y me embiste. Me quedo mirando el techo por encima de su hombro. Contemplando la oscuridad. Oliéndolo. Temblando. Recordando nuevamente las sombras de esos monstruos en la oscuridad. Enterrando en lo más profundo de mi corazón la noche en la que siento que he perdido la dignidad como mujer.

Cuando termina, se aparta y cae rendido a mi lado, con los brazos abiertos y extasiado. Siento todo mi cuerpo cubierto de un frío húmedo y pegajoso, del que asoma desde el fondo de mi ser la afilada punta de una furia gélida. Mi furia.

—Voy al baño —suelto con voz sibilante y temblorosa. Sin embargo, ni se inmuta por lo que acabo de decir y yo lo agradezco.

Me coloco una manta por encima de los hombros. Subo las escaleras y abro el portón firme y

férreo que separa la última planta de la azotea.

El aire frío golpea mis mejillas y mueve levemente mi melena. Inhalo fuertemente y suelto un suspiro desgarrador al caer al suelo, hincando mis rodillas en el suelo frío.

Observo el cielo que cae sobre mí. Pensando en él. Pensarlo es la única forma de sentirlo cerca.

Tras unos minutos en los que me siento más perdida que nunca, me acerco a un agujero tapado con una chapa de metal que hay en un rincón de una de las tapias. Me arrodillo y, cerciorándome de que Asad no ha venido a buscarme, aparto la placa de metal. Mi marido no sube nunca aquí arriba y confío en que lo que escondí en su momento siga a buen recaudo. Todas mis cosas están ahí dentro, metidas en una bolsa de basura negra. Mis libros, el teléfono móvil que me dieron esos dos hombres y que solo he podido usar una vez para contactar con Rebecka, su medalla con la cruz, su foto, su placa militar, sus cartas y todas las de después. Todas las que Miriam consiguió entregarme. No he podido abrirlas. No he podido leerlas, porque si lo hago... si lo hago sé que no podré remediarlo y necesitaré escribirle. Sin embargo, sin saber qué dicen estas cartas yo le contesto en mi mente. Como si tuviera el poder de que me escuchara en la distancia sin necesidad de plasmar ninguna palabra en papel.

“Después de que te fuiste no tenía ganas de hacer nada. No quería levantarme de la cama. Pocas veces conseguía entretenerme con algo. Pensaba de más atormentándome con preguntas y cosas que no querían que pasaran, pero que pasaron y me destrozaron tanto que ni tú ni yo podemos saber cuánto. Ahora me toca vivir una vida sin ti y te recordaré por lo feliz que me hiciste.

Mirando las estrellas pienso en ti.

Rompí reglas por ti, por tan solo verte un segundo, y créeme que no me arrepiento de nada... porque cada segundo que pasé contigo valió la pena.

No obstante, necesito imaginar que no existes y que fue una invención de mi mente. Fingiré que no me estoy muriendo al recordarte y que no te extraño. Quiero imaginar que no me miraste, que no me sonreíste, que no me besaste.

Pero, qué difícil.

Will... La magia está en sonreírle a la luna mientras susurro tu nombre, espero que por última vez.

Si cierro los ojos, me imagino los besos que la distancia no me deja darte.

Y cada noche, antes de dormir y abrazarme a mí misma, te abrazo en la distancia.”

—¿No entiendes que nuestra región está siendo atacada y difamada? Es nuestra labor unirnos y usar nuestra fuerza para acabar con ellos —me grita.

—Yo solo sé que hay gente inocente muriendo por todo esto. El fin no justifica los medios...

—¡Se acabó!... ¿Cómo puedes pensar así? ¿Es que tu padre no te enseñó a respetar y seguir la voluntad de Alá? —me propina un bofetón. Me arde la mejilla y siento rabia, mucha rabia, pero aplaco la voluntad que tengo de abalanzarme sobre él y devolvérsela—. Los vamos a matar aquí, en Suecia, en Estados Unidos, en cualquier parte ¿me oyes? No pueden darle la espalda a Alá. No estarán a salvo cuando suban a un avión o a un tren, en sus propias calles, en sus ciudades... en cualquier parte —me apunta con el dedo. Asiento como una niña pequeña con la mejilla enrojecida. —La persona que se aleja del Islam, debe retirarse y si se niega, debe morir.

Últimamente estoy menos callada con Asad, si es que eso es posible. Sin embargo las conversaciones siempre suelen calentarse un poco porque no estoy de acuerdo en la mayoría de las cosas que me cuenta.

Recojo los vasos y platos del desayuno. Vuelvo a sentir sus ojos clavados en mí. Odio como se relame y las pupilas se le encienden cuando me ve. Vestida o desnuda. Da igual.

Hoy es viernes, y como cada viernes, se levanta y se baña antes de acudir a la oración. Siempre tengo que dejarle la ropa limpia, preparada y con una sonrisa forzada en la cara.

Se levanta de la silla y agarra mi mano para acercarme a él.

—¿Me esperarás esta noche cuando regrese? Tienes que quedarte embarazada. Debes darle a la comunidad todos los guerreros que puedas.

Asiento resignada.

—Aunque, pensándolo bien... ¿porqué esperar hasta esta noche?

—¿Qué? ¿Ahora?

—¿Algún problema? —se acerca aún más, intimidándome.

—No... es que... pensaba... —las palabras se me atascan en la garganta. Cada vez que quiere hacerme suya una presión en el pecho no me deja respirar.

Se desahoga con apremio, sin molestarse en desvestirse siquiera, limitándose a bajarse los pantalones hasta los tobillos. El apetito sexual de Asad es insaciable. Me embiste furiosamente con sus caderas. Aquí mismo, en la cocina y con mis manos sobre la mesa y las lágrimas bañando mis mejillas vuelve a poseerme. Sintiéndome humillada. Con la misma violencia que de costumbre, como si así me hiciera ver que soy más suya que de nadie. Nunca le digo nada por miedo a las represalias. Obligándome a cumplir con el rol de esposa sumisa.

Él termina veloz, complacido y con una sonrisa que le ocupa toda la cara. Se aparta de mí. Yo, me adecento e intento recomponerme. Tengo ganas de vomitar.

—Estaré todo el día fuera. ¡Compórtate!

—Asad... ¿crees que podría salir a hacer unos recados y ver a mis amigas? —con el dorso de la mano enjuugo las lágrimas que han caído por mis mejillas casi sin querer.

—Yo no podré acompañarte y sabes que no puedes salir sola.

—Lo sé. Me preguntaba si podrías avisar a mi hermano.

—Veré qué puedo hacer. Mientras tanto, no salgas de casa sola.

—Está bien.

Se coloca su turbante y se peina algo más la barba. Observo su piel oscura y su rostro arrugado, anunciando la edad que me saca. Su olor se ha quedado impregnado en mí y lo odio. Siento náuseas. Demasiadas. En el momento que desaparece por la puerta, salgo disparada hacia el baño. Intento cubrirme la boca y respirar pausadamente para no vomitar, pero no me da tiempo a llegar al retrete y pongo todo el suelo perdido.

Me siento a un lado, apoyada en la pared y toco mi frente, pensando que quizás tenga fiebre y que he podido caer enferma. Sin embargo, salvo por las náuseas, me encuentro bien. Un pensamiento nubla mi mente. No puede ser. No quiero que sea posible. Así que lo borro al instante. Me aseo y limpio todo el desastre. Acabo sentada nuevamente en el suelo. Rota, consumida y sintiéndome muy frágil.

Al cabo de una hora, llaman a la puerta. Me cubro el rostro y abro. Mi hermano me saluda y tras él, Miriam. La alegría al verla me sobrepasa. Llevaba días sin saber de ella y la echaba mucho de menos.

—Tenemos que hablar —susurra aún entre sus brazos.

—Por supuesto.

—¿Nos vamos? Tengo entendido que querías hacer unas compras—. Pregunta seco mi hermano. Salta a la vista que Asad o mi padre, coaccionado a su vez por mi marido, lo han obligado a venir y está descontento.

—Claro. Dadme un minuto.

Casi estamos llegando a la oficina de correos donde trabaja Leena. Tengo ganas de verla. Hace tanto tiempo que no hablo con ella.

En la plaza podemos apreciar un tumulto de gente que hacen corrillo y no paran de gritar. Varios milicianos del ISIS, vestidos de negro y con su bandera característica, observan atentos y alabando la escena. La intriga se apodera de mí, cojo a Miriam del brazo y nos acercamos a la muchedumbre. Abriéndonos paso entre ellos. No puedo ver muy bien, así que pregunto a una mujer que tengo al lado sollozando.

—¿Qué ocurre?

—¡La han asesinado! —responde alterada la mujer.

—¿A quién?

—No lo sé. Solo he escuchado que era una mujer de unos treinta y cinco años. Su hijo la denunció al Estado Islámico por tratar de convencerlo para que abandonase la organización y escaparan juntos. Los responsables ordenaron su arresto y que la ejecutaran. ¡Ha sido acusada de apostasía! ¡Su propio hijo la ha asesinado delante de todos!

—¡¿Qué?! —empujo a la gente de mi alrededor para llegar hasta la parte delantera. Cuando lo consigo, caigo al suelo en el acto, clavando mis rodillas en él. Siento la gravilla del suelo bajo mis huesos. La rejilla del *burka* no me deja mucha visibilidad, pero no necesito mucha más para saber de quién se trata. Hago acopio de todo mi valor, me levanto y me lanzo sobre ella. Está llena de sangre, con los ojos abiertos aún. Se los cierro, deslizo mi brazo bajo su cuello y la levanto para abrazarla. Leena... ¡Ella no! ¿Por qué ha tenido que ocurrir hoy? Justo cuando he decidido salir de casa. No sé si seré capaz de aguantar más muertes de gente a la que quiero. “Esto debe acabar ya, por favor.” Balbuceo entre dientes. Sollozo. Compungida. Con un fuego abrasador que me quema el alma. Lo primero que siento es que quiero venganza. Causarles una

pizca del dolor que nos hacen sentir. Empiezo a gritar, enfurecida. Lanzando insultos a diestro y siniestro.

Antes de que el *Daesh* se adueñara de la ciudad, podíamos vivir en paz. Siria no era el mejor lugar del mundo, pero era tranquila, las mujeres tenían parte de libertad, la gente no peleaba por ideologías. Todo tuvo que cambiar en el momento que el nuevo gobierno se hizo con el país.

Miriam y mi hermano me cogen de los brazos. No quiero separarme de ella. Hay que darle la sepultura que se merece. ¿Quién lo hará? No podemos dejarla así. Me abalanzaría ahora mismo sobre su ejecutor y lo estrangularía con mis propias manos.

Nunca me he considerado una persona violenta, pero no sentir este odio que me quema por dentro cada vez es más complicado.

Siguen intentado sacarme de aquí, de toda esta muchedumbre, y yo no quiero, no puedo dejar así a mi amiga. ¿Cómo han podido? Ella solo quería paz. Vivir alejada de todo este horror, disfrutar tranquila de la vida junto a su hijo. Sin embargo, le han negado esa ilusión. Se la han arrebatado. Sin más. No tenían ningún derecho. Estoy cabreada. Muy enfadada. No tengo las fuerzas suficientes para soportar nada más.

Y antes de que puedan separarme de ella completamente, la abrazo y lanzo mi oración al cielo para que Dios la guarde allá dónde vaya.

—¿Por qué has hecho eso, Laylak? —me coge por los hombros Karím y me sacude. —¿Estás loca? ¿Qué quieres... que también acaben contigo?

—¡Oh, vamos, Karím, cállate! —ordeno, desafiándolo con la mirada.

—¡Volvamos a tu casa! Solo espero que tu marido no se entere de lo que acabas de hacer.

Algún día sabrás porqué guardé silencio cuando tuve que gritar

Antes de despedirme de ellos, Miriam consigue entregarme a escondidas las últimas cartas que logró de Will.

—Leena me las dio mucho antes de lo ocurrido. Ya me avisó que el tema con su hijo estaba bastante tenso. Así que me presentó a otra chica que trabajaría allí por un tiempo. Le explicó todo sin darle mucha información y ella lo entendió perfectamente. Tendrá a buen recaudo las cartas que vayan llegando de Will.

—Gracias, Miriam —contesto apenada por recordar el fatal desenlace de Leena. —No se lo merecía. Ella no.

—No—. Agacha la mirada suspirando. Al cabo de unos segundos cambia de tema para que esta situación no pueda con nosotras—. ¿La has leído ya? ¿La última que...?

—No he podido —interrumpo antes de que siga—. Sabes que si lo hago, caeré en la tentación de escribirle y así... sí que nunca podré olvidarlo. Algún día dejará de escribirme. Dejará de pensarme. Dejará de amarme. ¡Debe hacerlo!

—¡Ven aquí! —me abraza. Un abrazo que necesitaba sin saber hasta qué punto. Sintiéndome querida, arropada, comprendida. Un sollozo se escapa de mi garganta, la cabeza comienza a darme vueltas y las piernas me flaquean.

—Estoy mareada —confieso.

—¿Laylak? —mi amiga me mira sorprendida, como si esas palabras bastaran para saber la duda que esconde detrás—. ¿Cuánto hace que...?

—No lo sé, —la corto al instante —últimamente ando un poco desorientada y he perdido la cuenta de...

—Laylak, escúchame. Si se diera el caso...

—Rezo para que no sea así.

—Vale, pero lo más probable es que sí sea. Sería lo más normal. Y si eso pasa, tienes que hacer todo lo posible para pasarle a tu contacto toda la información que puedas, sino... Laylak, sino no harán nada por ti y no te sacarán de aquí.

—¿Y si es de Asad? —me lamento.

—¿Y es posible que sea de Will? —la observo desconcertada y su pregunta me abruma. Respiro con dificultad.

—Si así fuera y Asad lo descubriera... —no puedo ni terminar la frase al imaginar lo que nos pasaría dado el caso.

—Bueno... confiemos en que sea lo que Alá quiera. Tu hermano me está esperando fuera. Cuídate ¿vale? Y en cuanto a los de Suecia... ten mucho cuidado, pero espabila, Laylak, o tu vida acabará aquí.

—Tranquila y gracias por todo —vuelvo a abrazarla para despedirme.

Sostengo entre mis manos las dos últimas cartas que he recibido de Will. Deslizo mis yemas por los sobres. Blancos y repletos de palabras que me apuñalarán el corazón. No tengo la menor duda de ello. Por un momento dudo en abrirlas. Sin embargo, cuando estoy a punto de hacerlo,

resoplo, cierro los ojos y sacudo la cabeza para quitarme ese pensamiento de la cabeza.

“Algún día sabrás porqué guardé silencio cuando tuve que gritar. Te quise, te quiero y te querré como pocas veces en la vida lo haré. Algún día lo entenderás.”

Lanzo mis pensamientos al aire y guardo las cartas en mi escondite. Como si esta fuera la única forma que tengo de poder conservar este amor y protegerlo. Al hacerlo, fijo mi mirada en el teléfono que me proporcionaron para ponerme en contacto con Rebecka. Aprovecho que Asad no volverá hasta la noche y me armo de valor para hacer lo que debí hacer hace tiempo.

Bajo a toda prisa las escaleras, pongo la casa patas arriba buscando cualquier cosa, cualquier información que haya dejado Asad por aquí. Estoy a punto de rendirme cuando me percató que debajo de un cojín del sofá está su portátil. Se ha ido tan apresurado esta mañana que se le habrá olvidado. Me tiemblan las manos y un calor se apodera de mi cuerpo.

Levanto la pantalla y me sorprende averiguar que no tiene clave pin. Quizás Asad si confié en mí después de todo y tenga claro que no sería capaz de hacer nada que lo delatara. Aunque... error. Porque voy a hacerlo. Sea lo que sea... Encontraré algo que les sirva.

Mis ojos recorren varias carpetas en el escritorio con distintos nombres. Una de ellas capta mi atención: **ESCLAVAS**.

No puedo creer lo que veo. Cientos de fotos de mujeres a las que han asignado un número. Algunas de ellas aparecen con sus hijos. Y tras un rato absorta vagando por los ojos afligidos y desesperados de cada una de ellas, soy consciente de que son esclavas sexuales. Un fuego odioso me oprime el pecho. Muchas de ellas son vendidas con sus hijos y otras son unas crías. La rabia se apodera de mí y cierro la pantalla en un golpe seco. Cabreada. Colérica. Rabiosa. Inspiro y expiro varias veces.

Tengo que seguir buscando. Tengo que hacerlo. Vuelvo a abrir el portátil con aplomo. Antes de cerrar esa carpeta, le hago una foto con la cámara del móvil. Es de muy poca calidad, sin embargo confío en que sea suficiente para que se vea bien lo que contiene.

En otra carpeta, próxima a ésta, hay varios vídeos. En cuantiosos de ellos aparece mi marido y algunos milicianos grabándose ellos mismos. Parece un vídeo muy casero, pero de “propaganda”.

Hablan entre ellos sobre que es día de reparto y esperan encontrar a una chica. Hablan sobre el mercado de esclavas y el *Daesh* hace apología de la violencia sexual. Las consideran un botín de guerra. Este vídeo, sin duda, es un reclamo para captar a nuevos guerreros y luchar junto a ellos en la *yihad*.

Paso las horas frente al portátil, ensimismada y espantada por todo lo que estoy viendo. Carpetas repletas de vídeos promocionales del *Daesh* entrenando a niños y hombres. Enseñando a disparar. Matar y decapitar a personas.

Hago fotos de todo y se las envío a Rebecka.

Acto seguido, recibo una llamada. Contesto con el corazón en la garganta.

—¿Laylak? ¿Es seguro hablar ahora?

—Sí, pero Rebecka, esto es muy peligroso. Todo lo que me estáis pidiendo... Si Asad se llega a enterar de lo que estoy haciendo... me matará. ¡Esto no va a salir a bien!

—¡Cálmate, Laylak! No dejaremos que te pase nada. ¿Entiendes?

—Sí—. La duda y el miedo me oprimen el pecho. No sé si me considero tan fuerte como para dejar mi vida en manos de unos completos desconocidos.

—Bien. Todo lo que has indagado hasta ahora nos sirve mucho. Aún así, mis superiores piden algo más concreto.

—¿Cómo que algo más concreto? ¿Te parece poco todo lo que he averiguado? ¿No pensáis ayudar a esas mujeres y niñas? ¡Es increíble! —respondo alterada, sabiendo que nunca harán nada por ellas.

El mundo no se entera de lo que realmente pasa aquí, porque es más fácil así. Ojos que no ven, corazón que no siente. Así podrán seguir con sus vidas mientras, en lugares como este, asesinan, violan y cometen atrocidades con las personas.

—Laylak... confía en mí. ¡Haremos todo lo que sea posible! No obstante, ahora mismo necesitamos información sobre próximos atentados. Datos específicos. Fechas. Lugar en el que se efectuará. Todo lo que encuentres.

—De acuerdo —resoplo ojeando de nuevo el portátil—. Aquí no parece que haya nada de lo que me pides.

—Tiene que haber algo, Laylak. Lo que sea. Presta atención. Quizás hayas pasado algo por alto.

—Está bien. Seguiré buscando y te mandaré todas las fotos. Estamos en contacto.

—Perfecto. Ten cuidado, Laylak.

—Lo tendré.

WILL
AFGANISTÁN,
AGOSTO 2016

Kabul

Llevamos meses rondando de una parte a la otra del país. De misión en misión. Y en todas saliendo victoriosos sin que nadie de mi unidad haya muerto. Sí algún que otro herido, pero seguimos estando todos juntos y combatiendo codo con codo. Estoy orgullo de ellos.

Durante unas semanas estuvimos en el norte de Afganistán. Escondidos en cuevas de las montañas. Un espía de la CIA nos dio toda la información necesaria para pugnar junto a varios grupos de la zona que luchaban contra los talibanes. Tuve que ganarme la confianza de un general guerrero de la antigua alianza para unirnos a su milicia y combatir juntos para abrirnos contra el bastión talibán. Si lo piensas bien, puede parecer una locura; nos aliamos con alguien del que apenas sabíamos nada. Era casi imposible distinguir a un enemigo de un aliado. Cada paso que íbamos a dar eran campos de minas de al menos cincuenta guerras diferentes. No existía nadie que tuviera experiencia sobre eso, de lo contrario, estaría mintiendo. El manual de cada ataque teníamos que escribirlo nosotros.

Hubo más capitanes a los que entrevistaron para esa misión. Misión suicida, hablemos claro. Algunos con muchos combates a sus espaldas. Sin embargo, me eligieron a mí y a mi equipo. Mis superiores me dejaron claro que la probabilidad de volver a casa, de que mis hombres regresaran sanos y salvos, era muy baja. Aún así tenía la certeza de que la probabilidad sería del cien por cien. Les hice una promesa y la cumplí.

En alguna batalla, donde se encontraban algunos talibanes tuvimos, que combatir sobre caballos dada la complejidad del terreno. Y durante días estuvimos atrincherados a las afueras de un pueblo. En mitad de un puto avispero.

Al alba, salimos pronto hacia el norte de Kabul. Nuestra primera misión allí será abatir a un grupo de talibanes que tienen a unos rehenes. Un grupo de periodistas americanos que secuestraron hace unas semanas y que hasta hace poco no teníamos claro dónde los retenían. Así que me termino de vestir, me ato las botas y salgo de la tienda en busca de mi unidad.

Ya están todos reunidos y en formación.

—Buenos días. ¿Estáis listos?

—¡Sí, mi capitán! —alzan la voz al unísono.

—Bien. Pues a los camiones y en marcha. Ya sabéis cual es la tarea.

Conducimos durante horas por estas carreteras engullidas por montañas rocosas, polvorientas y amenazantes. Bajo un sol cegador. Llevamos un convoy de cuatro camiones. Yo conduzco uno de ellos. De copiloto llevo a Michael. Hemos pasado por mucho. Crecimos juntos. Su casa estaba tan pegada a la mía que si estirábamos los brazos por la ventana de nuestras habitaciones casi podíamos chocar los cinco.

Ambos nos alistamos a la vez. A estas alturas es como un hermano para mí. Va hablándome sobre las ganas que tiene de volver a casa, irse de cervezas y ligar con alguna chica de un bar para, después, acabar en su cama. Sin embargo, lo escucho de fondo. Mis ojos van de la carretera a la ventanilla de mi lado izquierdo. Seguidamente, del rostro de Michael a una especie de colgante, o llavero, por llamarlo de algún modo, que cae sujeto por una cadena del retrovisor.

Desde luego, el que pusiera ese trozo de plástico de una chica semidesnuda con un pecho despampanante y melena rubia, que bien parece un recuerdo de un club de *striptease*, tenía muy mal gusto.

Trato de prestar atención a lo que Michael me comenta, pero mi mente no deja de pensar en ella. En si estará bien. Si aún me recuerda. Si estará a salvo. Si lee mis cartas. Esas que nunca reciben contestación. Estoy seguro del motivo de su silencio, pero no es tan fácil. No puedo olvidarla.

—Capitán, escuche —Michael me golpea el hombro para que reaccione y sube el volumen de la radio. Aunque seamos amigos, hermanos, compañeros, siempre me habla con respeto delante de todo el equipo—. ¡Eh tíos, oíd!—. Apenas se entiende lo que dicen:

“... impíos, devotos de la cruz y de dioses falsos. Nuestro grupo es omnipresente. Permanecerá y se expandirá. Hemos venido a mataros. Os decapitaremos a todos, junto con vuestros aliados impíos. Haremos esclavas a vuestras mujeres y vuestros hijos serán exploradores para los grupos talibanes...”

—¡Hijos de puta, asquerosos! Nosotros sí que os vamos a matar—. Lanza improperios Michael.

—Vamos, Mike, baja eso tío. No los escuches. Las guerras no se ganan matando a la gente.

—Pero, capitán, es que...

—Michael ¡déjalo estar! —aprieto con fuerza el volante.

—Sí, mi capitán.

—Tíos, mirad lo que he encontrado—. Jackson gira el laptop para mostrárselo a los demás—. A esta pobre mujer le pegaron un tiro en la sien delante de su marido y sus hijas por enseñarlas a leer y aprender otros conocimientos después de los ocho años. ¡Eso es lo que les hacen esa puta escoria a las mujeres!

—Joder, quita esa puta mierda de una vez, Jackson—. Aparta la vista Harris al ver las imágenes tan explícitas.

—Esto nos da información—. Aporrea con el dedo en la pantalla.

—Quita eso de una puta vez, Jackson—. Aprieto, aún más fuerte, los dedos en el volante hasta que se vuelven blancos—. Eso lo que te da es motivación y nosotros ya tenemos suficiente para seguir escuchando los lamentos de otra mujer más.

Jackson cierra el portátil de un porrazo, acatando mi orden.

—Chicos... preparaos, estamos llegando.

El sargento Jones, jefe de pelotón de los Marines, nos recibe en cuanto bajamos de los camiones. Lleva gorra y gafas negras para protegerse de este maldito sol. Es un tío grande y fuerte. Con una barba de unos cuantos meses. Y por su forma de moverse, se le ve decidido y bastante creído. Nos muestra la base de operaciones y me pone al tanto de todos los movimientos anteriores a nuestra llegada. Los chicos se instalan en un par de habitaciones con literas que nos han preparado y descansan un rato. Volveremos a salir al atardecer.

—Aquí tenemos varias unidades para distintas tareas. Hace unos días el sargento Smith fue abatido por uno de esos hijos de puta y su unidad necesita a un nuevo líder. Te lo han asignado a ti—. Me notifica Jones.

—¿Por qué a mí? —indago.

—Pregúntale a tu superior —espolea—. Buf... —Se quita las gafas negras y sus ojos azules intensos y, a simple vista, poco honestos, se clavan en los míos—. Mira tío, a mí solo me han dado la orden. Dijeron que vuestra misión era venir aquí para ayudarnos y que eres unos de los

mejores. ¡Tío... sois de los *Seals* y estás muy cualificado!

—Está bien. ¿Y dónde están? Quiero hablar con ellos.

—Ve a refrescarte si quieres y en cinco minutos los tendrás en el patio.

—De acuerdo.

Subo las escaleras de esta especie de palacio abandonado, con un arquitectura europea que data de 1920, en el cual se han atrincherado y en el que disponen de salas repletas de artillería. Oigo a mi equipo reírse a carcajada limpia, mientras organizan sus macutos, cuando paso por sus habitaciones.

—¡Comportaos! —esbozo una pequeña sonrisa buscando un lugar en el que tomarme unos minutos.

—Sí, mi capitán—. Contestan con humor.

Consigo encontrar lo que parece el baño. Con los losas del suelo agrietadas y alguna pared derrumbada. Levanto una garrafa de agua que hay cerca de lo que era un bonito lavabo.

De una parte del espejo, que sigue intacta después de tantos bombardeos y explosiones, observo la imagen que me devuelve el reflejo. Dejo caer un poco de agua sobre mi mano y me mojo la cara, el pelo y el cuello. Este calor es asfixiante. Vuelvo a mirarme en ese trozo de cristal y suspiro. Ocho meses... demasiados fuera de casa. Demasiados sin saber de ella. Demasiados sin verla. Cuando termine las próximas misiones debo volver. Estoy cansado de esto. De esta guerra que no terminará nunca. Jamás tendrá fin.

Camino hacia el patio que me mencionó Jones. Algunos compañeros entrenan bajo una lona que les proporciona la sombra que necesitan para no caer rendidos ante las altas temperaturas. Otros limpian sus armas concienzudamente. Varios leen libros de historia mientras se fuman algún cigarro. Y muchos descansan con la mente perdida en algún rincón.

Me acerco hasta el grupo que está esperándome. Me abren paso enseguida.

—Muy bien, chicos. ¿Estáis todos?

—Sí—. Responden.

Me coloco frente a ellos, firme y con los brazos apoyados en las caderas.

—Soy el capitán Ross. Os vais a unir a mi unidad en la próxima misión. No estoy aquí para reemplazar al anterior jefe. Soy muy consciente de que no se puede reemplazar a nadie. Aún así, voy a lideraros. Simple y llanamente. Tengo unos cuantos combates a mis espaldas, soy bastante rápido, me desvivo por equipo y paso de tonterías. Y espero lo mismo de cada uno de vosotros.

Todos me atienden en silencio.

—Capitán, aquí tiene todo el informe para la misión de esta noche. La mierda de siempre—. Suelta una mueca burlona uno de ellos.

—¿En serio? —sonrío dirigiendo mi mirada de sus ojos a la carpeta que me tiende.

—Ajá. Nosotros estamos aquí sudando como putos pollos mientras los altos cargos y los demás se inflan a café o té con esos putos viejos.

—Cabo... Miller ¿no? —leo en su uniforme.

—Afirmativo, capitán.

—Fuera de aquí—. Todos se quedan mirando. El rostro del cabo Miller ya no sonrío—. He dicho que te largues. Vuelve a tu tienda o adonde te hayas instalado, pero no te quiero ver—. Suelto el informe, dirijo la mirada hacia el resto del equipo, erguido y con las manos agarradas por detrás—. De nada me sirve que critiquéis a los que están por encima de vosotros. Si estáis aquí es porque habéis aceptado estarlo, por lo que no quiero oír ningún comentario sobre el trabajo que hacemos o hacen—. Me miran absortos y, algunos, acojonados—. Veo que sois muy jóvenes y por

lo que me dice vuestra forma de hablar, moveros y reaccionar, estáis muy verdes. Bien... ¿Quién quiere marcar la diferencia?—. Todos levantan la mano—. Vamos a hacer un trato. Si sois leales conmigo os garantizo que todos vosotros tendréis la oportunidad de luchar junto a mí, de hacer algo útil aquí, de formar parte de la historia en lugar de leer sobre ella en algún libro. ¿Entendido?

—¡Sí, mi capitán! —gritan.

—Perfecto. Id a recoger vuestras cosas y en quince minutos os quiero en la tienda de control para repasar la misión.

Aprovecho este tiempo antes de ocupar mi mente en otros asuntos para volver a escribirle a ella. Pero cuando busco papel y bolígrafo, y por fin consigo sentarme, el sargento Jones entra en la carpa junto a otro hombre.

—Ross... perdona que te moleste. Quiero presentarte a Shakur. Es el intérprete que nos acompañará.

—Encantado—. Vestido de militar y con un pañuelo a cuadros en blancos y negros alrededor del cuello, tiende su mano y me saluda.

—¿Es su primera vez?

—No, señor. Puede estar tranquilo. Sé moverme y estoy al tanto de todo.

—Bien, porque no podemos permitirnos fallar —le respondo el saludo apretando fuerte y firme su mano—. Pues si os parece bien vayamos a la tienda y nos organizamos.

La historia no es benévola para los que juegan a ser Dios

—¡Escuchad! —intento que me presten la máxima atención—. Ya sabéis todos a lo que hemos venido y cuál es nuestra misión. Sin embargo, antes de que nos subamos a esos tanques quiero deciros algo... Solo los que corren el riesgo de avanzar pueden saber hasta dónde pueden llegar. Y esto va dirigido, sobre todo, a los que estáis aquí por primera vez. Un momento de dolor, vale toda una vida de gloria y recordad que en cada cometido que nos disponemos a hacer contra el enemigo hay subidón, hay éxtasis, hay miedo, compromiso ético, empatía... pero es todo muy arbitrario y efímero. ¡Reconozco que puede ser muy atractivo! Aún así no olvidéis nunca que las guerras las ordenan las naciones y los políticos que se odian, pero las ejecutan hombres que ni se conocen. Sobre todo en estos países. ¿Entendido?

—Afirmativo, capitán—. Responden.

—¡Y una cosa más! Un militar pasa muchos años disparando un rifle. Después de la guerra, entrega el rifle en la armería y cree que ha terminado su relación con este instrumento cargado del demonio —levanto mi arma —pero, haga lo que haga con las manos, ya sea beber una cerveza, tocar el piano, sostener a un hijo en brazos, fumar un cigarro o incluso acariciar el cuerpo de una chica... ellas siempre recordarán al arma. Por eso quiero que hoy deis el cien por cien, que luchéis como os han entrenado y no dudéis. Tenéis que ser conscientes de lo que sois y de lo que hacéis. ¿Está claro?

—¡Sí, mi capitán! —alzan la voz, apasionados y motivados.

—Pues en marcha. Todos a los tanques y camiones.

Llegamos a la zona acordada. Está atardeciendo y falta poco para que el sol se esconda en el horizonte. Bajamos de los *hummers* en silencio. Estamos entrenados para ello. El suelo polvoriento se alza bajo nuestros pies. Tenemos rodeadas las casas en las que se esconden los talibanes y tienen a los rehenes. Nuestra misión es sacarlos de ahí con vida.

—Sargento Jones, prepare a los escuadrones dos y tres por si se complica. El intérprete, ¡conmigo! ¿Alguna pregunta?

—Negativo, señor.

—Michael, Steven, Harris, Jackson... ¡Conmigo! Vosotros, —les apunto con el dedo —con el sargento Jones.

Flexionamos un poco nuestras rodillas para agacharnos, empuñando nuestros fusiles. Los guantes que llevamos puestos nos ayudan a agarrar mejor el arma, dejando al aire los dedos pulgar e índice para una puntería certera.

Les hago señales a mis chicos para que se peguen a la pared. Debemos subir a una pequeña azotea antes de que caiga por completo el sol y así tener mejor visión hacia el interior del recinto.

Giro mi muñeca izquierda para mirar el reloj. Suelto un suspiro y vuelvo a coger aire. “Venga, Will... no es la primera vez que haces esto. Tú puedes. Hay gente que depende de ti.” Me digo a mí mismo.

Conseguimos subir a la parte de arriba por una escalera oxidada que hay en el exterior. Nos ponemos a resguardo, reptando por el suelo hasta alcanzar el muro. Shakur se tumba boca abajo,

a mi lado. Presiono el botón de la radio.

—*Alpha* a equipo *Bravo* ¿todos en posición?

—Aquí *Bravo*. Afirmativo. A tu señal, entramos.

Miro a mis chicos y les doy la orden para que coloquen sus armas.

—Steven, Harris y Jackson, cubridnos. Flanco izquierdo y derecho.

Aprovechamos varias brechas que hay en el muro. Algunos agujeros intentamos hacerlos algo más grande con los cuchillos. Las casas en estas aldeas son muy antiguas y la piedra de las paredes se desquebrajan con facilidad, así que no tenemos ningún problema. Le doy vía libre a Michael para que coloque su arma de precisión. Es el mejor francotirador y cada día doy gracias por tenerlo en mi unidad. En estos momentos podemos sentir nuestra adrenalina recorriendo el cuerpo, la respiración agitada y el subidón del que hablaba antes. Aumentando así nuestro ritmo cardiaco. Sin embargo, debemos mantener la cabeza fría y estar centrados. Las gotas de sudor se deslizan por nuestro rostro. Michael puede verlos a través del visor del arma. Están en un patio más lejano al que tenemos bajo nuestra.

—¿Están los rehenes? —pregunto.

—Afirmativo. Seis rehenes vestidos con monos naranjas y las cabezas tapadas —sigue concentrado mirando por el visor.

—¿Y cuántos hay de...?

—Diez—. Responde antes de que formule la pregunta al completo—. Al menos que yo vea desde aquí.

Giro sobre mí para cerciorarme. Cojo mi monocular y observo la situación con atención. Vuelvo a presionar el botón de la radio.

—*Alpha* a *Bravo*... podemos ver a diez “talis” armados. Los rehenes están de rodillas en el patio central con las manos atadas. A mi orden, acabáis con esos salvajes.

—Aquí, *Bravo*. Recibido, *Alpha*.

Shakur coloca su micrófono parabólico para poder escuchar las conversaciones de los talibanes.

—¿Qué demonios están hablando esos tíos, Shakur?

—Se pelean por a quién rajarle el cuello antes.

—Me cago en la puta. Michael... cuando veas al verdugo, tienes luz verde para disparar.

—Sí, mi capitán.

Durante un minuto, el que parece más largo de toda mi vida, observamos como discuten entre ellos. Les quitan las capuchas a los rehenes mientras uno de ellos graba toda la situación a la par que ordenan a éste que lea algo mirando a cámara: **“...apelo a mis amigos, familia y seres queridos, para que luchen contra mi verdadero asesino, el gobierno de EEUU...”**

Detrás de ellos puede verse una bandera blanca con letras negras, clavada al suelo, en la que dice “*No hay más Dios que Alá y Mahoma es su profeta*”. Otro de ellos, el que está al mando, señala hacia la puerta. Acto seguido aparece un niño. No tendrá más de ocho años. El corazón me da un vuelco. No creo que sean capaces. O sí. Miro a Michael, que cada vez está más nervioso.

—¿Will?... —vacilo un instante.

—Michael, a mi orden.

El jefe le da al niño una afilada daga y se la coloca en su mano derecha. Este se posiciona tras el primer rehén. El crío está temblando y dirige su mano a la garganta del prisionero. Será su verdugo. Se oyen gritos, discusiones entre ellos y lamentos de los prisioneros.

—¡Luz verde, Michael!

Silencio. Mike no reacciona. Está en tensión. Puedo ver sus gotas de sudor resbalando por la frente. Se lo seca. Se vuelve a colocar en posición. Coge aire. Tiene que calmar su respiración para no fallar.

Echo un vistazo por el monocular.

—Vamos, Mike, ¡dispara! ¿A qué esperas? —lo miro con el ceño fruncido. —¡Vamos! —viendo que no acata mi orden, pulso mi radio. —¿Sargento Jones, tiene a su francotirador en posición?

—Afirmativo, Ross.

—Tiene luz verde para disparar—. Vuelvo a mirar a Mike extrañado por su forma de actuar. Nunca ha vacilado cuando tiene al enemigo en el punto de mira.

Un ruido ensordecedor tan grande que hasta duelen los oídos se apodera de toda la zona. Resuenan disparos y las columnas de humo se alzan al cielo. El zumbido de mis oídos no cesa, pero reacciono al instante.

—¡Vamos, vamos, vamos...! —disparan *kalashnikovs* y lanzagranadas.

—¡Putos hijos de puta!

—¡Mierda!

—¡Salid de aquí! —les grito a mis chicos. —¡Os cubro! —me pongo en pie y disparo hacia los talibanes del interior del recinto. El niño ha salido corriendo por el miedo y los demás han asesinado a todos los rehenes.

—¡Contacto, contacto! ¡Necesitamos apoyo táctico, equipo *Alpha*! —suenan la voz por la radio. Conseguimos bajar de la azotea.

—Edificio sureste. Steven, fuego de cobertura. ¡Vamos, vamos, vamos! —les mando al resto. —¡Steven, sigue cubriéndonos! —La oscuridad reclama las horas al sol, que se ha escondido por completo y la negrura nos recibe. A causa del humo apenas se puede ver nada. Nos colocamos las gafas de visión nocturna. Conseguimos llegar hasta la puerta de entrada. La abro de una patada.

—¡¿Jones?! ¡¿Jones?! —llamo al sargento.

—Ross, estamos aquí—. Jones está con uno de sus hombres. Le han herido gravemente. Todo está lleno de humo—. Quedaos con él y solicita evacuación aérea inmediata. Voy a por el resto.

—¡Joder, mierda! Venga, corre, corre.... —presiono las heridas de mi compañero para que no se desangre, pero está muy débil. Me deshago de las gafas un momento—. ¡Eh, marines, cubridnos! Mike, alúmbrame—. Michael me da luz con la linterna y miro a los ojos del chico. Atrapo su cara con mis manos, llenas de sangre, fuertemente y ojeo rápidamente su casco, justo la zona donde pone su nombre—. ¡Eh, eh, eh soldado, míreme! ¡Soldado Brown, míreme! Va a salir de esta ¿me oye? Lo sacaremos de aquí. No le abandonaremos. ¡Joder! ¡Aquí escuadrón uno a base de operaciones! Misión fallida. Repito. Misión fallida. Solicito extracción aérea de inmediato. Nos han acribillado. Repito, solicito extracción aérea. ¡Ya! Cambio.

—Recibido, escuadrón uno.

—Sargento, ¿por qué tardan tanto? —pregunta rabioso Harris a la vez que presiono nuevamente mi radio.

—¿Sargento Jones, me recibe? —aguanto unos segundos—. ¿Jones, me recibe?... Mierda. Michael, quédate con él. ¡Estad atentos! Vuelvo enseguida. Si veis que llega el helicóptero, sacadlo de aquí.

Me pongo en pie, coloco mis gafas y empuño con firmeza el arma. Atravieso el gran patio que separa una vivienda de otra. Está bastante oscuro, pero gracias a un par de focos que alumbran la

zona del patio puedo ver la masacre de lo que ha ocurrido. Un río de sangre desfila hacia el desagüe del patio.

Me maldigo por no haberlos salvado. Abro una de las puertas de una patada, apunto a ambos lados y al hueco de la escalera al entrar. Oigo voces al final de un pasillo y me dirijo con sigilo hacia ellos. Sus voces son familiares.

“Esto es un puto desastre. Toda esta mierda es un puto desastre, joder”. Susurro para mis adentros.

—¡Que nos digas dónde están los demás! ¿Dónde se esconden? —escucho un grito de dolor, seguido de un golpe de un arma contra alguien.

—No sé nada, por favor. Me obligaron a dejarlos aquí, sino obedecía matarían a mi familia. Por favor, tengo mujer e hijos. Yo no he hecho nada... —oigo sollozar a un hombre.

Me asomo a hurtadillas. Algo me da mala espina. No hago ruido y consigo ver algo a través del umbral de la puerta. Un hombre de mediana edad está arrodillado en mitad de la habitación. Alumbrado por una de las linternas de un militar. Le han dado varios golpes y sangra de un brazo. Uno de los soldados de Jones le informa de la supuesta situación a su sargento.

—...hemos intentado hacer las cosas pacíficamente y de buena fe. Solo queríamos saber dónde se esconden los talibanes, pero este hombre ha querido matarnos al sacar una granada. Menos mal que hemos reaccionado a tiempo y hemos podido abatirlo antes de que nadie más saliera herido.

Decido entrar al ver que lo apuntan con los armas mientras el hombre sigue tirado en el suelo con las manos en alto y sin poder defenderse. No es un talibán y aunque sí sepa dónde están no somos nadie para hacer lo que van a hacer. En milésimas de segundos el sargento Jones asiente y les da vía libre al soldado para disparar. Acto seguido, todos lo hacen. Ahora las balas ardientes dejan un sendero de brechas en todo el cuerpo del hombre. Jones se gira al descubrirme.

—¿Qué está pasando?

—¿Ross, se puede saber qué hace? —pregunta desconcertado. Está claro que no pretendía verme aquí.

El resto de soldados colocan al hombre, lo dejan tirado en el suelo y junto a una de sus manos le sitúan una granada.

—Fuera de aquí ¡ya! —le suelto cabreado—. Uno de tus hombres está al borde de la muerte y el helicóptero no tardará en llegar. Te sugiero que lo acompañes.

—Chicos, ayudad al resto a cargar a los periodistas muertos. ¡Y rezad por sus almas! —ordena a su equipo a la vez que se dirige al exterior manteniéndome la mirada. Fría y sin corazón.

—Capitán Ross... solo quiero que esos putos salvajes teman a nuestro Dios.

—Recuerde algo, Jones... ¡La historia no es benévola para los que juegan a ser Dios! —consigo decirle cabreado antes de que desaparezca por la puerta.

Nunca fue suficiente el tiempo que permanecí a su lado

Todo ha sido un desastre. Esta operación estaba maldita desde primera hora. Tendríamos que haberla efectuado solos. Mi unidad está perfectamente cualificada para hacerlo sin problemas, pero no... los jefes se empeñan en que unamos fuerzas con los marines. ¡Joder!

Me llevo los dedos al puente de la nariz enfadado y pensando en cómo dar parte de esta misión a mi superior.

Pienso en todo esto mientras espero a que la pantalla se ilumine y se conecte mi hermana. Estrujo un trapo empapado en agua y limpio mi cara, cuello y brazos de la tizna negra y así estar algo decente para ella.

Su imagen aparece de repente en el laptop, algo borrosa al principio. Pero ahí está, tan guapa como siempre con sus ojos verdes y brillantes y su cara angelical.

—¡Ey, enana! ¿Cómo va eso?

—¡Hermanito! Genial. He llegado hace un rato. No sabía si estarías muy cansado para hablar ahora. Sé que allí es de madrugada.

—Tranquila. Me viene bien despejarme un rato. Ahora mismo no puedo dormir.

—¿Va todo bien, William? —se preocupa.

—Bueno... todo lo bien que puede ir si no tenemos en cuenta dónde estamos.

—Imagino... ¿Cuánto tiempo os queda ahí? Mamá, últimamente, está muy inquieta por ti. ¡Te echa de menos! ¡Todos te echamos de menos!

—Y yo a vosotros. De hecho... necesito desahogarme contigo, pero no le digas nada a mamá aún, y mucho menos a papá —la señalo con el dedo índice en una medio amenaza.

—¡Claro! Sabes que puedes confiar en mí. ¿Qué ocurre? —se acomoda en la cama con el portátil sobre sus piernas.

—Uf... ¿Qué no ocurre? Mejor dicho—. Me paso las manos por la cabeza hacia atrás—. Llevo muchos años, demasiados más bien, en este trabajo, Emma. De hecho, ya ni parece que lo sea. Esta guerra se ha convertido en una obsesión y no dejo de darle vueltas a la cabeza. Necesito descansar, enana —suspiro—. Han sido muchos despliegues y quiero que este sea el último. Necesito pensar en un futuro que no solo sea matar a asesinos y en una guerra que parece no tener fin. Quiero estar en casa, formar una familia y tener una vida en paz. Necesito...

—La necesitas a ella —me corta antes de que pueda terminar la frase. Mi familia supo de mi relación con Laylak, sin darles muchos detalles. Pero a Emma... a ella se lo conté todo. Y a pesar de su corta edad, a diferencia de la mía, entendió a la perfección lo que yo sentía y me animó a luchar por mis sentimientos.

Me conoce demasiado bien. Incluso a veces pareciera que es ella la hermana mayor y no al revés.

—Mira, enana, sé que es una locura y que no estáis de acuerdo conmigo, pero...

—¡Eh, a mi no me metas en el mismo saco que a papá y a mamá! Yo no pienso como ellos. Nunca te había visto así con nadie y sé que la quieres. Te lo dije la primera vez y te lo digo ahora también.

—Si la conocieran... sabrían que es la chica que debe estar conmigo. Es mucho más joven que

yo, lo sé, pero todo lo que ha vivido la ha convertido en una gran mujer.

—Hermanito, lo de la edad... ¿a quién le importa? —hace una pregunta que sabe que no voy a contestar. —Sin embargo, si te pido que pienses bien las cosas. Según me has contado llevas meses escribiéndole y no has tenido respuesta. ¿No has pensado que quizás se haya olvidado de ti? Además... ¿qué piensas hacer? ¿Ir a por ella, así sin más? Ni siquiera sabes dónde está. No quiero desalentarte, ya lo sabes, pero tampoco quiero que sufras.

—No sé, Emma... Sí. No. Estoy hecho un lío. Tengo una corazonada. Y sé que mi vida está con ella.

—Ay, hermanito. ¡Quién te ha visto y quién te ve! Tú loquito de amor por una chica—. Sonríe.

—No te rías, enana—. Frunzo el ceño.

—¡No me río! Es... ¡tierno! —achina sus ojos con cariño y dibuja una dulce sonrisa.

—Sí, tierno... Y bueno, ¿tú qué tal? ¿Cómo van las vacaciones?

—Ah, pues muy bien. Como siempre, no hay nada nuevo. Este fin de semana hay una fiesta en casa de un chico de la universidad. Quizás vaya—. Lo menciona algo ruborizada y llevándose un mechón de su melena rubia tras una oreja. Me conozco demasiado bien ese gesto.

—¿Y ese chico... no te gustará? —ahora sonrío yo enarcando una ceja.

—Que noooo ¡de verdad! ¿Por qué lo dices?

—Porque te conozco muy bien y no me engañas—. Me acomodo en la silla y cruzo los brazos. —Escúchame bien lo que te voy a decir, enana, diviértete y disfruta, pero ten cuidado ¿vale? Si no, iré para allá y más de uno lo lamentará.

—¡Will! Que sí, pesadoooooooo. Puedes estar tranquilo.

Llaman a la puerta de la habitación en la que me instalé y Michael se asoma pidiendo permiso.

—¿Will, estás ocupado? —giro la cabeza y lo observo atento—. ¡Ah, hola Emma! ¿Qué tal? —me aparto un poco para que se saluden.

—Hola, Mickey. Muy bien ¿y tú? —pregunta coqueta. Y otra vez ese gesto que me hace estar en alerta. Siempre le ha hecho tilín y aunque es como un hermano para mí y muy buen chico, no es para ella. O eso creo. Cabeceo. A veces, pienso como mi padre, por lo que hago todo lo posible para borrar ese pensamiento. ¿Quién soy yo para decidir quién tiene que gustar a quién?

—Ya sabes, preciosa ¡estamos en guerra! —incómodo, carraspeo la garganta.

—Enana, —intervengo —tengo que dejarte. Dales un beso a mamá y papá.

—Siiii... y ¡Will!

—Dime —me inclino hacia delante para levantarme a la par que miro la pantalla del portátil.

—¡Deja de llamarme enanaaaaa! ¡Que tengo veinte años, por Diossss!

—¡Veinte años... Michael... Veinte años! —me levanto de la silla de golpe y miro a mi amigo—. ¡Quién los pillara! —me río feliz al ver en lo rápido que ha crecido mi enana. —Para mí siempre lo serás. ¡E-NA-NA!... —intenta poner su cara de enfado—. Te quiero, Emma.

Beso dos de mis dedos y los presiono contra la pantalla. Como si así los sintiera de verdad.

—Y yo a ti, Will.

—Chao, preciosa—. Se despide Michael y cierro el portátil.

—¿Qué querías Mike? ¿Ocurre algo? —me preocupo por él.

—No... bueno, sí... —se lleva una mano a la sien rumiando—. No puedo dejar de pensar en lo que ha ocurrido. En lo que no he sido capaz de hacer.

—Deberías hablar con alguien sobre el tema.

—No sé yo si...

—No era una pregunta, Mike. Ven, demos un paseo —palmeo su hombro y lo incito a que me

siga.

Después de unos minutos paseando por los alrededores del recinto, pregunto:

—¿Me equivoqué contigo?

—¿Cómo? No entiendo, Will.

—Llevas muchos años a mi lado, Mike —lo miro atentamente —y siempre has hecho lo que debías. Pensaba que servías para esto, pero quizás no. Podría hablar con los de logística... Un tío tan listo como tú les iría genial.

—¡No, Capitán! ¡Will! ¿Cómo? —se detiene en seco, enfurecido—. No puedes hacerme esto tío...

—Quizás una temporada en oficinas te venga bien. Te tomas un descanso y...

—No, Will, vivo para esto. Quiero seguir a tu lado... pero... hoy...

—Mira, Mike... matamos gente y lo seguiremos haciendo. No me gusta, pero es lo que hacemos. Nos entrenaron para ello.

—Ya, pero era un crío, joder... ¡Un puto crío! —acorto nuestra distancia y apoyo ambas manos en los hombros de mi amigo.

—Recuerda lo que voy a decirte. El trabajo que hacemos aquí no es el de Dios. Hacemos las cosas que Él no debe hacer. No hay capítulo ni versículo que nos ayude a dormir cada noche. ¿Somos defendibles moralmente? No, puede que no. ¿Somos necesarios? ¡Por supuesto, joder! Este es nuestro puto trabajo, nos tragamos la parte más dura.

—Era un crío... —musita con un nudo en la garganta.

—Has de apagar el lado de tu mente que siente.

—Entendido.

—Y dicho esto, —ahora le sujeto decidido por la nuca para que me mire a los ojos —y a pesar de todo, estoy orgulloso de ti.

—¡Gracias, tío!

—¡Ven aquí! —lo acerco a mí y nos abrazamos fuerte. Un abrazo de hermanos y sincero.

Por fin he podido hacer el informe y mandarlo a mi superior a la base de operaciones central. Me llevo las manos a la cara para intentar despejarme.

Estoy agotado, pero sigo sin poder apartarla de mi mente. No dejo de pensar en ella. Ocho meses, joder. Se me está haciendo eterno. Nunca antes había tenido tantas ganas de volver.

Siento la necesidad imperiosa de escribirle nuevamente, sin embargo las palabras de Emma resuenan en mi cabeza. ¿Y si me ha olvidado? ¡No! Me niego a pensar eso. Algo me dice que no es así. Por lo que cojo el papel que horas antes no pude escribir y me dejo llevar por lo que verdaderamente siento.

“Querida Laylak...

No puedo dormir, necesito escribirte. Es lo único que me queda para tenerte conmigo. Cada noche me acuesto, aquí o en cualquier otra parte, pensándote, acariciándote, abrazándote, besándote.... Mientras no pueda tenerte, pensaré que estás aquí, a mi lado. Cada parte de ti junto a mí. Tu pelo sedoso en el que tanto me gustaba entrelazar mis dedos. Tu perfume; ese olor a rosas y hierbabuena que me sigue volviendo loco al recordar. Tus labios dulces, tiernos y preciosos cuando sonreías.

Laylak, nunca he deseado tanto a nadie. Sé que lo que te pido es muy complicado y ni si quiera sé a ciencia cierta todo

el calvario por el que debes estar pasando. Ojalá me respondieras y me lo contarás. Me gustaría saber tanto de ti. Me estoy volviendo loco.

Sabes que... no podemos evitar amarnos.

Cuando me fui, el mundo se me cayó encima. Me abrumó el pensar que no volvería a verte. Quiero estar contigo. Nunca fue suficiente el tiempo que permanecí a tu lado.

Sigo perdido en nuestras cartas anteriores. Siempre las llevo conmigo, como un talismán. Releyendo cada palabra escrita en ellas. Las que me contestabas hace más de un año, cuando empezó nuestra historia. Perdido en las veces que estuvimos juntos, cuando lo único que se nos permitía eran horas, minutos y segundos en la penumbra. En noches vigiladas por una luna inmensa y en mitad de una guerra... Los grabé en mi mente y mi corazón para recordarlos y volver a ellos cuando no pudiera tenerte entre mis brazos.

Veo tu rostro en todas partes. Siempre estás conmigo.

Estoy casi seguro de porqué no me respondes y déjame decirte que no podré olvidarte. No funcionará. Nunca. Jamás podría enamorarme de otra mujer como lo he hecho contigo. Créeme, he conocido a muchas chicas antes, pero nadie fue como tú. Y, aunque no vuelvas a estar conmigo y nuestro futuro sea distinto, no podré estar con otra mujer por el mero hecho de conformarme. Esa mujer no se merecería que estuviera con ella cuando mi corazón le pertenece a otra. A ti.

Piénsalo, por favor. No me abandones tan fácilmente. Lucha por ti, por mí, por nuestro amor. Déjame ayudarte. Iré a por ti y haré lo que tenga que hacer para sacarte de ahí. ¡Solo, pídemelo!

Siempre tuyo, Will."

El día que quise cambiar el mundo

Hemos llegado a un pueblo al norte de Kabul. Estas últimas semanas hemos estado trabajando codo con codo con el Servicio de Inteligencia de la República Democrática de Afganistán. Los hemos ayudado a detectar y abatir a bandas terroristas y a reprimir las actividades de contrarrevolucionarios.

Las cárceles son un nido de corrupción, así que no sé qué sucederá con la mayoría de ellos.

El gobierno afgano ha perdido mucho territorio ante los talibanes y grupos insurgentes. Los acuerdos de paz son una basura y no sirven para nada. Ellos siguen provocando heridas y muertes entre la población civil.

Hace unos días tuvimos que ir a socorrer a civiles en un barrio, situado al oeste de la capital. Los talibanes lanzaron deliberadamente ataques contra la población civil y atacaron un hospital de maternidad. Mataron a veinticuatro personas, incluidos bebés recién nacidos, mujeres embarazadas y personal de salud.

También atacaron varias instituciones educativas. Las mujeres y niñas siguen sufriendo actos de violencia, hostigamiento e intimidación.

Afganistán es uno de los países más mortíferos del mundo para la infancia.

Llevamos unas cuantas horas en la azotea de este edificio en ruinas y lleno de escombros. Steven y yo cubrimos a Michael mientras él sigue tumbado en el suelo con su arma, apuntando a todo ser viviente en busca de algún peligro.

—Espero que nos permitan llegar hasta el final de esta guerra. ¿Sabéis que durante dos mil años, Afganistán ha sido invadido por todo el puto mundo? Joder, hasta el mismísimo Alejandro Magno.

—¿Has estado empollando, tío? —dice Michael, concentrado observando por la mira telescópica.

—Mi padre era profesor de historia en la Universidad. No había día que no me enseñase algo nuevo. Dios lo tenga en su gloria —se santigua mirando al cielo. —Lo echo tanto de menos... Esos hijos de puta me lo arrebataron. A los dos. También a ella. Aquél día no tenía que dar clase y quería sorprender a mi madre por su aniversario. Decidió ir a la CNN, donde trabajaba con un gran ramo de rosas. La gente no entendía que alguien como mi madre estuviese casada con un profesor de historia. Pero, joder, se querían, y no es justo...

Aquel día... ese en el que miles de vidas cambiaron por completo.

Recuerdo el momento justo en el que Michael y yo estábamos jugando a un videojuego de la consola en el salón cuando mi padre recibió una llamada. Apenas dijo nada, tan solo cogió el mando de la televisión y puso el canal de noticias. Columnas de humo negro se alzaban al cielo desde las torres. Joder, ni siquiera sé porque un jodido martes cualquiera, Mike y yo estábamos sentados en mi salón jugando a un estúpido juego en lugar de estudiar, trabajar o hacer algo de provecho.

Solo sé que tuvimos una época muy mala. No queríamos estudiar. Veíamos el futuro demasiado negro y nosotros con el poco valor de cambiar eso. Nos juntábamos con gente que no nos hacía ningún bien y durante un tiempo estuvimos vagando por un camino que no nos

aventuraba nada bueno.

Empezamos a ambientar lugares, antros más bien, que tampoco nos aportaban nada, a consumir ciertas cosas que nos hacían olvidar y que veíamos como excitantes. Juntos habíamos comenzado un camino que acabaría, tarde o temprano, con nuestras vidas y juntos decidimos cambiar ese destino aquel día cuando nuestros ojos se abrían cada vez más visualizando cada escena que retransmitían en la maldita pantalla.

El caso es que ese 11 de septiembre de 2001, en cuanto estrellaron esos putos aviones contras las torres, supe que debía hacer algo para cambiar el mundo. No podía seguir de brazos cruzados.

El sol acecha con fuerza. Amenazante. Si esos putos talibanes no acaban con nosotros, lo hará esta enorme bola de fuego.

Me quito unos segundos el casco y me limpio todo el sudor. Bebo un poco de agua y le lanzo la botella a Steven para que haga lo mismo.

Vuelvo a colocarme en mi posición.

—¡Coño, tío! ¿Te has meado? —Steven pone cara de asco al ver el suelo mojado bajo las piernas de Michael.

—¿Y qué quieres, gilipollas? Ya no aguantaba más y no voy a moverme de aquí mientras los nuestros están ahí abajo inspeccionando cada rincón con esos putos salvajes merodeando —suelta Michael calmado, muy concentrado oteando por el visor y calibrando cada equis tiempo el arma.

—¡Eh! Vale ya... Venga Steven, déjalo y concéntrate.

—¡Vehículo sospechoso a quinientos metros! —informa Mike enseguida y yo me cercioro con los prismáticos—. Se acerca demasiado rápido a los nuestros, capitán. Hombre de unos cuarenta años y... parece que lleva una especie de artefacto en el asiento del copiloto. ¡Joder, joder, joder! —se apresura a decir—. ¡Muere por tu país cabrón, que nosotros viviremos por el nuestro! —tras esas palabras casi silenciosas, pero que he podido escuchar a la perfección, Michael dispara sin pestañear y lo abate al instante. El coche gira violentamente y frena de golpe contra el muro de un edificio cercano. Todo salta por los aires. Una gran explosión se adueña de la zona y columnas de humo se alzan a lo más alto.

—¡Bien hecho, Mike! —lo felicito. Mi radio suena en segundos.

—¿Capitán Ross? Hace un buen rato que el sargento Jones y su unidad entraron en una casa y no tenemos señales de ellos. ¿Cuál es la orden?

—¡Quedaos en vuestra posición! Voy enseguida —puede que estén en peligro, salvo que desde crucé miradas con Jones sé que no es trigo limpio y me temo que no será el caso. Mi instinto me lo dice. Esa sensación que no parece atender a la razón, pero que a veces, sencillamente, nos guía. —¡Me cago en la puta! Aquí hay algo que no va bien... —intento pensar unos segundos —Steven, atento a Michael e informad de cualquier cosa extraña.

—¡Recibido!

Consigo llegar sano y salvo hasta las coordenadas exactas que me ha proporcionado mi unidad. Sé que tengo a mi ángel de la guarda en la distancia que me protege las espaldas y que no dudará en apretar el gatillo si mi vida corre peligro.

Cruzó el umbral de la puerta de chapa que está abierta. Continuó mis pasos por un entresijo de pasillos que unen unas cosas con otras. El llanto de un niño llega a mis oídos y me dirijo hacia la habitación en la que creo que están. Ahora escucho más voces y golpes. Una mujer grita

desolada. Giro la esquina y apunto al interior. Un hombre está pegado a la pared implorando clemencia. No entiende qué está pasando. Los soldados de Jones lo apuntan y la mujer desconsolada abraza al niño para taparle los ojos.

—¡Basta ya! —interrumpo.

—¿Ross? ¿Ha venido a ayudarnos? —sonríe el sargento.

—¿A ayudarnos? —bajo mi arma. —¿Se puede saber qué estáis haciendo? —junto mis cejas, muy disgustado.

—¡Soldado, informe! —pide Jones a uno de ellos mientras este sigue firme con sus manos agarradas por detrás.

—Este hombre niega haber ayudado a los talibanes en algunos ataques y ha querido dispararnos con su arma... —informa el soldado.

—Pero... ¿qué arma? Jones... esto no está bien —cuelgo mi fusil al hombro y me acerco a la mujer y al niño. Miro a este para ver que no esté herido y luego dirijo mi mirada a los ojos de ella, llenos de lágrimas y dolor. —Jones para esto ¡ya! Ellos no son el enemigo—.

Señalo con mi mano el pasillo para llevarlos a otra habitación y consigo que la mujer y el niño me obedezcan y me acompañen. Intento calmarlos y hacerles entender que a su marido y padre no le pasará nada, pero que tiene que colaborar. En ese preciso momento escucho la voz de Jones.

—¡Procedan! —los disparos rebotan en cada rincón, la mujer chilla, el niño berrea abrazado a su madre y yo abro los ojos sin dar crédito. Trago saliva. Vuelvo sobre mis pasos y me sorprende al ver al mismo hombre, que imploraba por su vida y por la de su familia, tirado en el suelo rodeado de un charco de sangre. Uno de los soldados saca de una mochila grande y negra un AK y la coloca junto al cuerpo sin vida.

Clavo mis ojos con rabia en los de Jones que me sostiene la mirada intimidante y con desafío.

—¡Esto no se va a quedar así! —lo amenazo encarándome con él y empujándolo en el pecho. Casi ni se inmuta. Parece que se lo tiene muy creído. Obviamente, no pienso ser partícipe de esta injusticia.

Decido irme antes de que esta situación se convierta en una conflictiva combinación de armas y egos.

Salgo al exterior y el sol me ciega. Siento náuseas. Nunca antes había sentido lo que siento cuando trabajo con este hombre. No se merece llevar ese uniforme. Apoyo mis manos en mis rodillas y hago todo lo posible para coger aire y respirar con normalidad. Intento calmarme para no volver a entrar ahí y cargármelo de un puto disparo.

—¿Todo bien? —me pregunta Michael por el auricular de mi oído al verme por su visor a unos metros de distancia.

Entornando los ojos por la luz cegadora miro hacia la azotea en la que está. —Nada está bien —suspiro. Me yergo, meto mi mano en uno de los bolsillos del chaleco y saco de él lo único que me hace evadirme de toda esta pesadilla, calmarme y sentirme en paz. Lo sostengo en la palma de la mano, lucíéndose aún más brillante bajo esta luz. La pulsera que guardo con cariño desde aquella noche en la que me salvó.

El amuleto que hace a mi mente volver a hasta ella.

—¡Chicos, volvamos a la base! —ordeno por la radio a mi equipo.

Estoy sentando en mi cama con los codos apoyados en mis rodillas y mis manos en la cabeza. Con miles de pensamientos vagando por mi cabeza y sabiendo que tengo que tomar una decisión.

La acertada.

No sé porqué, pero dudo en si informar de lo que he visto que hace Jones. Sé que no está bien. Sin embargo, el delatar a un compañero me hace dudar. ¡Joder! Yo no trabajo así y él aún sabiendo que puedo delatarlo lo sigue haciendo, sin miramientos.

Sí, ¡tengo que denunciarlo! Esa gente inocente... Su familia llorando al lado del cuerpo... La cara de ese niño me perturba la mente. Si no hago lo que debo, nunca más podré conciliar el sueño.

Los pasos del sargento Jones dirigiéndose a mi catre me hacen volver en sí. En silencio, se sienta a mi lado. Giro la cara y le sostengo la mirada. Frunzo el ceño aún más.

—¿Crees que no está bien? —pregunta.

—¡No lo está!

—¿Crees que ese hombre era inocente?

—Desde luego no merecía morir así.

—Hmm... —piensa mirando al techo.

—No iba armado.

—Ok. ¿Así que si llevan un AK encima, entonces si se convierten en malos de repente? ¿Así sin más?... Qué casualidad que nunca saben dónde están escondidos esos hijos de puta, pero siempre saben dónde no tienen que ir ellos y cómo evitarlos... ¿Qué coño es eso? ¿Eh? ¿La voluntad-de-A-lá?... —pregunta burlándose—. Son cooperadores, Ross... —me fulmina con la mirada. —Les han pagado para que callen las putas bocas.

—Lo hacen porque no les queda más remedio.

—Matamos a uno de ellos para salvar a veinte de los nuestros, y ¿me estás diciendo que eso está mal?... Si no lo hacemos, esos hijos de puta se van de rositas.

—Lo siento, Jones, pero no pensamos igual. Esto no se va a

quedar así y procura que no te vuelva a pillar, o lo lamentarás —sentencio mirándolo a los ojos dispuesto a cumplir mi amenaza.

El silencio se apodera durante unos segundos de nosotros mientras lo observo cómo cavila lo siguiente que va a decirme.

—Tengo un hijo, Ross. De siete años. La luz de mi vida —esboza una pequeña sonrisa de medio lado—. Siempre me pregunta: “¿Papi, a qué te dedicas?”

—¿Y qué le dices, Jones? —inquiero.

—Que ayudo a gente—. Levanto las cejas hacia lo más alto, sorprendido.

—Pues no le mientas.

—¿Sabes?... cuando crezca me sentiré orgulloso de decirle que fui un guerrero. Que mi trabajo consistía en matar y... ¡que se me daba de puta madre! ¿Tú te sentirías orgulloso de lo que estás haciendo aquí? —pregunta intrigado.

—Mira Jones, a los dos nos han preparado para lo mismo. Por supuesto que me siento orgulloso de servir a mi país, pero ten por seguro que no me siento orgulloso de matar. Sin embargo, intento hacer lo correcto y en un futuro espero enseñarles a mis hijos, si los tengo, que no hay que pasar por encima de ninguna persona ni creerse mejor que nadie para hacer el bien. Creo que así podré dormir un poco más tranquilo cada noche. Mi amenaza sigue en pie. Mientras yo esté aquí, las cosas se harán de otro modo. Quizás... un poco menos ilegales. ¿Entiendes? Y ahora, déjame dormir—. Doy por finalizada esta conversación que me está dando dolor de cabeza.

Jones tensa la mandíbula y sé que no está conforme con lo que le he dicho. Sin más, se levanta

y se marcha.

Durante un rato, antes de ser vencido por el sueño, pienso en lo corrompido que está el mundo. Aquí y en cualquier lado. Y que la cuestión es que siempre habrá quien haga el mal, pensando que para él es el bien.

Aún así, sé lo que debo hacer, y lo haré.

Porque uno siempre comienza a sentir algo por alguien cuando se propuso no hacerlo por nadie

—**G**racias por toda la información, capitán Ross. Informaré de inmediato a la policía militar. Lo mantendré al tanto. Ha hecho usted lo correcto—. Responde por teléfono mi superior.

—Gracias, señor.

Salgo de la tienda base y veo como un recluta saluda con la mano a varios aldeanos al otro lado de la verja.

—¿Se puede saber qué está haciendo, recluta? —voceo.

—Construir relaciones, capitán —sonríe—. Son nuestros amigos.

—Pues no haga eso. Este pueblo no es de fiar. Ponen precio a nuestras cabezas y cualquiera de los que pensamos que son aliados podría vendernos a los talibanes en cualquier momento. Ese tío no es su amigo, soldado.

—Entendido, capitán—. Su rostro se vuelve serio.

Esta noche tengo algo más de tiempo para volver a escribirle. Sigo sin perder la esperanza y confío en que las cartas que le envió las lea.

Estoy sentado en una de las mesas que hay en el patio exterior de este palacio en ruinas, bajo un cielo salpicado de estrellas y lamentos a finales del mes de agosto.

Mientras pienso en lo que quiero escribir, oigo a los chicos de Jones reírse y contar batallitas en el interior de un camión de la flota unos metros más allá. Algunos incluso insultan a la gente de este país.

—¡Eh! No debéis burlaros de ellos —le recrimina un soldado, que merodea por ahí, a través del portón del camión.

—¡Soldado! —capto su atención. —¡Venga aquí!

—A la orden, mi capitán —se cuadra frente a mí.

—Descanse —ordeno—. ¿Me gustaría saber qué piensa sobre lo que les ha dicho?

—No sé a qué se refiere.

—Sobre lo que no deben burlarse de ellos. Quiero saber qué piensa al respecto.

—Ah, pues... no sé... estamos aquí para intentar acabar con ellos. Con esos mal nacidos, digo... pero no debemos olvidar que son personas y que cada día muere gente inocente.

—Hmm... —me acaricio el mentón pensativo—. ¿Tenía conocimiento de lo que hacía el sargento Jones? —noto como se pone nervioso—. Vamos recluta, no le diré nada a nadie. Solo necesito saber si estaba al tanto.

—Sí... pero...

—¿Y por qué no hizo nada? Pudo denunciarlo.

—Nadie me creería, señor.

—Entiendo... Llegado el momento ¿podré contar con usted para confirmar cierta información?

—Por supuesto, señor. Debemos hacer lo correcto.

—Exacto. ¡Una pregunta más!

—Dígame, capitán.

—¿Por qué no está fumando hachís con el resto de su pelotón? —me mira sorprendido.

—¿Cómo sabe que...?

—Recluta, ¿usted no ha oído nunca eso de más sabe el diablo por viejo que por diablo?

—No, mi capitán.

—Pues vaya hacia sus compañeros y dígales que eso que están fumando no es nada bueno. Nada más hay que olerlo. Dígales que encuentren a alguien que les pase material de calidad y no esa mierda —sonríe y él me devuelve la sonrisa—. ¡Vaya y descanse!

—Sí, mi capitán. Buenas noches.

Observo de nuevo este folio en blanco, alumbrado por un pequeño foco que tengo al lado y resoplo. “Por ahora toca demostrarte mi amor y fidelidad en la distancia. Sé que después podré hacerlo de otra manera, no me cabe la menor duda o eso quiero pensar en lo más profundo de mi corazón. Pero, por ahora, solo me quedan estas cartas”.

—¡Eh, Will! —me sorprende de golpe Michael. —¿Qué haces, tío? —se sienta frente a mí dándole una calada al cigarrillo que sostienen sus labios.

—Algo que parece imposible esta noche —me recuesto en la silla y señalo el folio—. ¡Escribir!

—¿Aún sigues con eso? Tío, si las cartas ya no se llevan —se mofa de mí.

—Es la única forma que tengo de estar en contacto con ella. Es... complicado.

—¿Contacto?... ¿Y recibes contestación? —exhala el humo hacia un lado.

Guardo unos segundos de silencio.

—No—. Contesto apenado.

—¿Y no crees que deberías dejarlo? Lo que tuvisteis estuvo bien, pero... ¡Ya pasó, tío! Parece que esa chica te dejó aquel día que os separasteis... Hay un millón de mujeres más que tienen las mismas cosas en los mismos sitios... —levanta una ceja, esbozando una sonrisa pícaro.

—No. No puedo —sentencio—. Tú no lo entiendes. Habrá millones de mujeres, pero... solo hay una Laylak...

—Sí que te entiendo, Will... Crees que te has enamorado y...

—¿Creo? ¿Cómo que creo? —frunzo el ceño—. Estoy seguro de ello, Michael. Lo que he sentido con ella y lo que siento ha sido, y es, lo más real que he tenido nunca. ¡Llámalo como quieras! Pero, no puedo dejarla ir. No puedo abandonarla—. Alzo la voz a la vez que golpeo el folio en blanco con mi dedo índice.

—Vale, vale, tío. Está bien. Lo capto ¿de acuerdo? —levanta mi amigo las manos a modo de rendición y con asombro. Da otra calada al cigarrillo mirando al cielo. —¿Y cuál es el plan?

—¿El plan? Uf... Ni yo lo sé. Supongo que seguir escribiéndole esperando que algún día responda, terminar lo que vine a hacer aquí, volver a casa cuánto antes y hacer lo imposible por encontrarla y sacarla de aquel infierno.

—Comprendo. ¿Y hay algo que yo pueda hacer? —las palabras de mi amigo suenan sinceras y sé que hará lo que esté en su mano si necesito su ayuda.

—No, gracias, Mike... —del bolsillo de mi pantalón saco una foto. La que le hice la última noche cuando no quería que la fotografiara. La observo durante unos instantes—. Es... irremediabilmente hermosa. Tan preciosa y con la mente algo loca dada la situación que le ha tocado vivir. Tan fácil de querer. Puede que su edad la haga parecer una niña a mi lado, pero es la mujer más increíble que he conocido nunca. Parece indestructible, como si estuviera hecha de amor propio, fuego y miles de cicatrices. Ya quisieran muchos tener su corazón, gentil y bueno

—mascullo entre dientes.

—Pues... conociendo tu pésima trayectoria en cuanto a chicas, sí que estás tocado, sí—. Sonríe y apaga la colilla.

—Ocurrió sin más. No lo esperé. Fue mi ángel de la guarda aquella noche —deslizo mis dedos por la fotografía—. Quizás si puedas hacer algo por mí... ¡Prométeme algo, Mike!

—Lo que necesites.

—Si me pasara algo...

—No digas eso, Will, no va a pasarte nada. Todo el mundo lo dice desde que nos alistamos, parece que nadie pudiera ni tocarte. Como si fueras un ser inmortal.

—¡No lo soy! —respondo tajante y continuo. —Solo prométeme que si me pasara algo, harás todo lo posible por dar con ella, esté donde esté, y le dirás que la quise como nunca he querido a nadie—. Vuelvo a meter mi mano en el bolsillo—. Le devolverás esto y le dirás que siempre la llevaba conmigo —le enseño la pulsera que tengo en la palma de la mano y se la tiendo. —Además, también le entregarás todas las cartas que guardo de ella.

—Vamos, Will ¿Qué te sucederá, tío? Nada, ya te lo digo yo —descansa en la silla, cruzándose de brazos.

—No estoy de coña, Mike... por favor. ¡Prométemelo!

—¡Te lo prometo, Will! ¡Confía en mí! Pero... cuando regresemos podrás decírselo tú. ¡Ya verás! —agarra mis brazos por encima de la mesa, sujetándolos con firmeza y dándome su apoyo.

—Gracias, Mike. Y ahora vete a descansar. Yo voy a seguir con esto un rato más.

—Como quieras. Buenas noches, Will —suspira y se marcha.

Me estiro en la silla y resoplo.

“Laylak

No puedo abrazarte, ni llenarte de besos el cuerpo y el alma. Quiero pensar que sientes lo mismo que yo. Esa

sensación al tener a la persona que amas tan lejos.

Busco la manera de hacerte el amor con palabras. Que sientas cada una de las letras que te escribo y sentirme junto a ti, aunque sea de otra manera.

Cuando dos personas que estaban destinadas a estar juntas se encuentran por fin, se crea un idioma que los enlaza a través de gestos, palabras, risas o miradas que conforman un código único. Entendible para ellos pero codificado para el resto. Una caricia es solo una caricia viniendo de otra persona. Sin embargo, es muy distinta cuando te la da cierta persona; la que amas. Y eso no puedes negarlo. Yo recuerdo cada caricia tuya, el tacto de tu piel en la mía, el recorrido que trazaron cada uno de tus dedos en mi cuerpo. Caricias tan impregnadas en mí como una rutina de ecos y reflejos. Un lenguaje hecho por y para nosotros dos.

A estas alturas, ya sabes que no era un hombre que buscaba enamorarse. No te buscaba. No sabía que existías y ni siquiera era consciente de si llegarías algún día. Y puede que por eso sucedió. Me enamoré. Porque uno siempre comienza a sentir algo por alguien cuando se propuso no hacerlo por nadie.

Y llegaste. Ya te digo que lo hiciste. Y de qué manera.

Recuerdo tu mirada en esa primera vez. La primera vez de todo para ti y la primera contigo para mí. Cuando la luna nos protegía y un manto de estrellas cubierto de humo nos cobijaba

del frío que inundaba las calles. Esa noche, rompimos el silencio, los besos gritaron, el deseo fue libre, se rompieron las cadenas de aquella magia que permanecía desde el momento en que nuestras vidas se entrelazaron. Fuimos tú y yo. Me enamoré por completo Desde entonces, creo que jamás en la vida llegué a pensar que pudiera ser tan poeta al escribir ni tan sincero con una mujer al expresar mis sentimientos. Aquella noche lo comprendí todo.

En un par de días tenemos otra misión. Algo compleja y que después de ver cómo han transcurrido las últimas semanas, no tengo mucha fe en ella.

Si te soy sincero, tengo miedo. No suelo decirlo mucho por no parecer débil, menos capaz... menos hombre. Aunque sé que no es así por sentirlo. Sí es verdad que hace un tiempo lo sentía en menor medida, pero estaba escondido en alguna parte de mí, esperando salir. Para mí, el miedo no era algo oscuro que me atormentara. Al contrario, era empuje y motivación para saltar a cualquier abismo.

Tuviste que llegar tú para que brotara. Desde entonces, el miedo ha estado muy presente en mí. Miedo a lo desconocido. Miedo a esta guerra. Miedo a que le pase algo a alguno de mis hombres. Miedo a no saber distinguir entre el bien y el mal. Miedo a matar a quién no debo. Miedo a no saber de ti. Miedo a que me olvides. Miedo a que no me quieras. Miedo a pensar que te ha ocurrido algo malo. Miedo a perderte.

Sin embargo, las conversaciones que tuvimos, la forma en la que me mirabas, la manera en la que me contabas el porqué de tus cicatrices mientras sonreías, mi reflejo en tu mirada... me hizo ver que es bueno darse cuenta que cada persona que te encuentras tiene un rol en tu vida. Algunos te ponen a prueba, otros te utilizan, algunos te enseñan y otros te aman. Pero, los realmente importantes son lo que sacan lo mejor de ti mismo y te recuerdan que este mundo vale la pena. Como hiciste tú conmigo.

Por eso voy a dar lo mejor de mí en la que creo que será mi última misión y protegeré a los míos. Así podré volver a casa con la cabeza alta, habiendo superado al miedo y haciendo que mi mundo haya valido la pena.

Tengo que despedirme, preciosa. Aunque no quiera. Pero debo hacerlo. No sé cuándo podré volver a escribirte, ya que la situación está bastante complicada en Afganistán.

Aún así, voy a decirte algo que quizás te saque de tus casillas, soy muy consciente de lo que odias que te diga que algún día estaremos juntos cuando realmente nadie puede saberlo. Laylak... habernos encontrado no fue ninguna coincidencia ni ninguna casualidad. Estaba premeditado. Sí, lo que estás leyendo, no vayas a poner esa cara al pensar que estoy loco... ¿Por el destino? ¿Por un ser sobrenatural? En realidad da igual, porque todo estaba preparado para encontrarnos. Y a pesar de las diferencias que podamos tener, tú y yo nos conquistamos y nos amamos sin medida y sin límites. La distancia sirve para acumular besos y abrazos, así que cuando nos volvamos a ver, tu vida estará llena de ellos.

*Te quiero, Laylak. Siempre lo haré. En esta vida y en la otra.
Cuando quieras sentirme...léeme.*

Siempre tuyo, Will.

Una misión con sabor a despedida

—¿Está seguro de ello? —inquire Jones delante de su pelotón.

—Totalmente. Operan muy parecido al *Daesh*. Todos sabemos que han asesinado, violado y torturado a escala mundial. Cuando estuve desplegado en Siria conseguimos unir fuerzas con una unidad de policía de élite, formada por hombres de allí, que luchaban, y lo siguen haciendo, contra los *yihadistas* cada día, sin descanso ni retirada. Intentando atacar una posición de francotiradores del ejército del Isis, que disparaban a civiles, entramos en una emboscada en la que nos ayudaron en el último momento y finalmente conseguimos salir de allí. Así que, creedme cuando os digo que sé cómo actúan. Por lo que debemos ir preparados.

—¡Muy bien! Pues son todo tuyo —señala a su unidad junto a la mía.

—De acuerdo, soldados... posiblemente, esta sea la última vez que trabajemos juntos, así que recordad algo; venimos a la guerra en busca de aventuras, pero volvemos con una maleta cargada de cadáveres. No tenemos ni idea de todo lo que muere en nosotros. Lo que pasa en una guerra es una barra libre de desgracias. Así que estad muy atentos e intentad tomar la decisión correcta. Sí, no me miréis así, soy consciente de que es muy difícil. Es como lanzar una moneda y ver qué cara va a caer, pero debéis hacerlo. Ahora vamos a subirnos a esos camiones y nos dirigiremos hacia nuestro cometido orgullosos de quiénes somos y con valentía para dar lo mejor de nosotros y poder volver a casa junto a nuestras familias. ¿Entendido?

—¡Sí, mi capitán! —gritan todos a la vez y motivados.

—¡Aseguraos de llevar cada uno un GPS! No hay ni un solo mapa topográfico de la zona, así que vamos a ciegas.

Durante horas conducimos hacia el norte de la ciudad, en dirección a la base de operaciones dónde nos espera la teniente coronel al mando de la misión.

Nada más llegar nos recibe muy cordialmente. Nos estrecha la mano con firmeza a Jones y a mí.

—¿El capitán Ross, supongo? —pregunta mirándome y con su mano aún sujetando firme la mía.

—Así es, mi teniente.

—¿Y usted es el sargento Jones?

—Afirmativo.

—Encantada, soy la teniente coronel Lilian Hall. En cuanto dejen sus cosas en sus tiendas los informaré de todo lo ocurrido hasta el momento y les recordaré lo que habéis venido a hacer aquí.

—De acuerdo —respondo.

—Vayan y refrésquense. Entiendo que llevan muchas horas por esas carreteras inmundas y estarán agotados.

—No se preocupe, teniente. Nos instalamos y en diez minutos nos reunimos con usted.

En el par de horas que estamos reunidos hemos podido repasar la misión, perfeccionar algunos

puntos, resolver dudas y redactar informes.

—Saldrán al amanecer —afirma Lilian—. Ahora vayan a cenar con sus chicos y descansen. Espero lo mejor de ustedes mañana.

—Cuenta con ello, teniente —responde Jones. Nos disponemos a salir de la carpa cuando la teniente reclama mi atención.

—Capitán, espere un momento. ¿Puedo hablar unos minutos con usted? —miro a Jones de reojo sabiendo lo desconfiado que es.

—Por supuesto —contesto. —Id preparando la carne para la parrilla, enseguida voy —le suelto a Jones con una comedida sonrisa. Éste se marcha algo extrañado.

—¡Dígame! ¿Que necesita?

—Verá capitán, —Lilian se sienta en una silla frente a una carpeta llena de papeles —sabrás que los rumores corren como la pólvora, pero en este caso, además de haber llegado a mis oídos cierta información sobre el sargento Jones, me lo han corroborado los de arriba. Ya se ha dado parte, pero tengo que serle sincera. Ahora mismo no podemos prescindir de ningún hombre. Al gobierno le está costando ceder en enviarnos más tropas y no podemos permitirnos la ausencia de ningún soldado. ¿Entiende? —repite sin dejar de girar un bolígrafo entre los dedos.

—Perfectamente.

—Le pido que lo vigile muy de cerca y que a la más mínima sospecha de que pueda seguir haciendo de las suyas y tomarse la justicia por su cuenta me informe. ¿De acuerdo?

—No dude de ello, mi teniente. Así será.

—Perfecto. Ahora vaya con los demás y disfrute de la noche.

Me cuadro frente a ella y salgo de la carpa.

Como si no tuviera bastante ahora tendré que hacer de niñera.

Voy mascullando entre dientes mientras paso por las mesas que han instalado en el exterior de la base.

Antes de reunirme con los demás me quedo observando el cielo desde mi posición. Aquí, perdidos entre la nada. Observo el anochecer y los recuerdos llegan de golpe. Cuando la rendición del sol era una evidencia y desde la ventana de mi habitación salía al tejado para ver como se ponía fin al día para dejar paso a la noche. Tan solo había silencio, el roce de la brisa era como una dulce balada en mi piel. Era mi lugar favorito en el mundo y, precisamente, en el que me gustaría estar ahora mismo. Sin embargo, el anochecer de hoy es distinto. El lugar, el olor, los colores... El de hoy parece decisivo. Es mi última misión y sabe a despedida. Desde que me alisté me sentí como un gigante en un universo sin límites. Hoy...me siento diminuto.

Oigo como hablan unos soldados con otros y como cuchichean.

—... es de los Seals tío. Fue de las primeras mujeres en superar el curso de formación y formó parte de los *Rangers*. ¿Os imagináis los ovarios que tiene que tener? —comenta un soldado de la unidad de Jones.

—Seguro que es un hueso duro de roer. A saber si habrá alguien en casa que la aguante... —suelta otro riendo.

—Es una tía... a esa le echaba un polvo y seguro que le cambiaba la cara de mala leche que tiene.

—¡Eh! Un poco de respeto con vuestra superior —me entrometo en la conversación. —Demostró carácter, liderazgo y honor. Algo de lo que algunos carecen aquí —les corrijo abruptamente. En la última semana, la teniente Hall ha hecho cinco incursiones aéreas en

territorio previamente inaccesible. Y lo ha hecho casi sin pestañear y sin una sola baja. —Ahora dejad de parlotear, levantad el culo del asiento, coged los malditos platos y poneos en fila en la parrilla.

Hacía bastante tiempo que no comíamos algo parecido. La teniente Hall ha tenido la amabilidad de hacer todo lo posible para que cenáramos algo decente. Sin duda el chuletón estaba para chuparse los dedos, literalmente. Y no solo lo digo yo, mis chicos así lo expresan cuando los veo relamerse y llevarse a la boca cada uno de sus dedos para aprovechar cada gota de grasa que chorrea por sus manos. Sonríó complaciente al verlos. Felices por unos instantes. Hablando y riendo como si estuviéramos en una cena de compañeros en cualquier lugar del mundo menos en este. En la barbarie de una guerra sin final. Los observo durante un buen rato. Parándome con detenimiento en cada uno de mis hombres. Steven, ese pelirrojo de mirada azul, fuerte, decidido, atento y con su característica sonrisa de medio lado cuando consigue lo que se propone. Harris, algo más bajo que el resto de la unidad y por lo que es motivo de chistes en más de una ocasión. Sin embargo, la valentía que demuestra a menudo es también causa de envidias. Jackson... Jackson es el guaperas; el chico moreno de ojos claros con barba de unos cuantos días. Siempre alardeando de sus ligues y conquistas. Un rompecorazones. Pero, también es atrevido, trabajador y siempre protege a sus compañeros. Michael, mi Mickey... llevamos tantos años juntos que hace tiempo que lo nuestro dejó de ser solo una amistad. Lo nuestro va mucho más allá. Me siento orgulloso de tenerlo a mi lado y ver en lo que se ha convertido. Aunque, su lado mujeriego no creo que lo abandoné jamás. Cabeceo y sonrío.

Y el resto de mi unidad... pues... podría estar horas explicando lo que significan cada uno de ellos para mí. Se han convertido en mi familia y si ahora mismo algo nos pasara estaría orgulloso de haber combatido con ellos a mi lado.

—¡Eh! ¿Qué pasa, hermano? —me hace volver en sí Michael, palmeándome la espalda. —¿En qué piensas tan ensimismado? —se sienta junto a mí.

—En nada. Solo cavilaba en todo y en nada a la vez. Mañana nos espera un largo día—. Me coloco bien en la silla.

—Sí, va a ser duro. Pero somos los mejores ¿o no? —me da un codazo—. ¡Saldrá bien! Ya verás.

—Eso espero, porque desde que llegamos a esta puta ciudad pareciera que cada jodida misión ha estado gafada—. Me paso las manos por el rostro estirándome para deshacerme de la ansiedad que me oprime el pecho.

—Que no... ¡Ya verás! Mañana vamos a darlo a todo y volveremos a casa victoriosos.

—Me abruma tanto positivismo. ¿Dónde está mi amigo y que has hecho con él?

—Jajaja, habrá sido ese chuletón que me he metido entre pecho y espalda. Me ha hecho ver que aún quedan cosas buenas por las que luchar en esta vida—. Sonríe satisfecho.

—Claro, por un chuletón matarías ¿no? —me río con él.

—Joder tío, es que... ¿tú has probado ese trozo de carne? Si me ha hecho parecer que estaba en el mismísimo cielo.

Nos volvemos a reír a carcajadas.

—¡Eres gilipollas!

—¿Y ahora te das cuenta?

Nos seguimos riendo durante unos segundos, hasta que ya no podemos más y nuestra sonrisa se va apagando poco a poco. Ambos suspiramos. Calmados y con el semblante más serio. En el

fondo, los dos sabemos que cualquier momento tras el arma puede ser el último.

—Mike... ¿recuerdas lo que me prometiste la otra noche?

—Will, por favor...

—No, Mike, escúchame. Haz lo que sea por encontrarla. Tengo que contarte algo por si me pasara cualquier cosa y pueda servirte de ayuda.

—De acuerdo. Sabes que puedes contarme lo que sea.

—Laylak iba a casarse con la mano derecha de uno de los jeques más buscados de Siria. Se llama Asad Haluf.

—¿Qué? —pregunta sorprendido.

—Ella iba a colaborar con la policía sueca, así que por favor te pido, si me sucediera algo mañana, prométeme que harás todo lo posible para dar con ella—. Durante un rato lo pongo al día de todo para que, en caso de sucederme algo, pueda encontrarla.

—¡Coño con la siria! —suelta sin querer.

—Eh, tío... esto es serio. ¿Me has entendido?

—Joder, Will... tranquilo tío. Te lo prometo —apoya su mano en mi hombro. —No entiendo qué te pasa. ¿Tienes miedo?

—Sí. Mucho—. Resoplo.

—Ya. Yo también. Cálmate ¿vale? Haré lo que me dices, pero todo saldrá bien. Vete a descansar, lo necesitas. Ya pongo yo orden aquí y mando a estas nenazas a recoger todo.

—Gracias, Mickey. ¡Gracias por todo! —nos abrazamos y dejo atrás a todos mis hombres como si esta hubiera sido la última cena.

Cada paso en falso puede ser una puta ruleta rusa

El día despunta poco a poco en el horizonte, desterrando así la oscuridad y anunciando otro caluroso día de finales de agosto. Este calor asfixiante que desde bien entrada la mañana ya empieza a notar tu cuerpo y a expresarlo en forma de sudor y camisetas empapadas.

Antes de subirnos a los *humvees* reúno a mis hombres junto a Jones y los suyos para la charla motivacional que sé que necesitan antes de cada ofensiva. Todos están preparados con su uniforme y su equipo de combate al completo. Sin embargo, cuando veo a mi francotirador me percato de algo.

—¡Eh, Michael! Acércate.

—Sí, mi capitán —se cuadra frente a mí de espaldas al pelotón.

—¿Dónde está la placa de protección de tu chaleco? —palpo su pecho con la palma de mi mano.

—Se ve que están faltos de recursos y no había ninguna más en buen estado—. Miro a Jones disgustado.

—A mi no me mires —se encoje de hombros este.

—Ross... no te preocupes. Al fin y al cabo yo os protegeré desde lo alto. No me pasará nada.

—¡Ni hablar! Ninguno de mis hombres se subirá a esos vehículos sin la protección adecuada —desabrocho el cierre de gancho y bucle de mi chaleco y saco mi placa—. ¡Póntela!

—No, mi capitán... ¿Will?... —susurra.

—¡He dicho que te la pongas! ¡Es una orden! Y vuelve con tus compañeros.

—Sí, mi capitán. Y gracias.

—Está bien... —continúo —hemos venido a esta zona del país para construir y proteger. No hemos venido a acosar o intimidar, a disparar primero y preguntar después —lanzo una mirada rápida a Jones—. Nosotros estamos aquí, sobre todo, para apoyar a la población civil y para ello debemos evitar a toda costa matarla. ¡Esta es la guerra que libramos! Es una guerra compleja, pero es lo que hay.

—Señor, permítame —pide la palabra uno de los soldados de Jones.

—¿Sí, soldado?

—Verá, no pretendo ser grosero, pero para mí todos son iguales. Es decir, es imposible averiguar quiénes son los talibanes y quiénes son los civiles. No parece estar clara cuál es la diferencia entre el pueblo y el enemigo. Joder, a mi me parecen todos iguales. Estoy casi seguro de que son la misma gente.

—Entiendo que resulte difícil, pero así es este trabajo.

—¿Y qué coño significa eso? —Jones dibuja una pequeña sonrisa al ver que cree tener razón en cuanto a nuestra anterior charla.

—Quiere decir que, a veces, cuando te enfrentas a una insurgencia no vas a tener cien por cien claro quién es el enemigo. Quiere decir que vas a encontrarte en situaciones en las que si tienes miedo vas a tener que hacer un juicio de valor. Porque vuestra misión es proteger a la gente, no matarla. No podemos ayudarlos y matarlos a la vez. No es humanamente posible. Los talibanes van a por todas porque creen ciegamente que en el cielo les esperan grandes riquezas. Nosotros

debemos hacer lo mismo, pero debemos de ser más listos.

—Solo estoy confuso, señor.

—En ese caso, tendrás que salir de esa confusión. Si no, no me sirves.

—¿Y por qué algunos cambian de bando? —pregunta otro.

—Muchos de ellos son campesinos. Los talibanes los torturan, los matan o los obligan a luchar. No tienen opción. Cambian su lealtad por necesidad.

—Menuda mierda...

Me toco el puente de la nariz y pienso durante unos segundos.

—Mirad chicos, no voy a mentiros. Van a producirse bajas, todos lo sabemos, pero si tenéis fe en vuestras capacidades y en las de vuestros compañeros lograréis salir airosos de esto.

¡Yo tengo fe en vosotros, joder! ¿Me habéis entendido?

—¡Sí, mi capitán! —entonan a la vez.

—Pues... ¡En marcha!

—Un gran discurso motivacional —me palmea la espalda Jones antes de subirse al vehículo—. De verdad pienso que eres un buen hombre, Will, pero lamentablemente así no se ganará la guerra y menos si eres tan honrado. Esperas una victoria sin una gota de sangre. Si tu único objetivo es mantener al equipo con vida, acabaremos todos muertos.

—No dejaré que nuestro equipo pierda un solo hombre ¿entendido? Les prometí que volverían a casa y es lo que van a hacer. Y lo que espero es que tú me ayudes con eso, sino ¿qué cojones hacemos aquí?

—No puedo ayudarte con eso, lo siento. Tu misión fracasará porque no quieres hacer lo que muchos deben hacer. Acabar con todo aquél que se interponga en medio. Joder tío, tenemos las mejores armas de la historia para aniquilarlos.

—Te equivocas, la mejor arma es esta —apoyo mi mano en mi pecho, justo a la altura dónde bombea con fuerza ese órgano tras mis costillas—. Y mi equipo no solo son soldados, son guerreros. Quizás deberías no pensar como un simple soldado y empezar a usar esto—. Señalo ahora hacia su corazón.

—Pensando así estás acabado—. Me aparta la mano con desdén. Tras esas palabras cierra el portón del furgón y mira al frente con altanería.

Michael se ha quedado algo apartado y ha podido escuchar toda la conversación. Antes de subirse al vehículo se acerca a mí y nuestras miradas se encuentran.

—Yo confío en ti, hermano—. Me sostiene del antebrazo y nos acercamos chocando nuestros cuerpos a modo de abrazo.

—Y yo en ti. Ahora, vayamos allí a hacer lo que mejor sabemos hacer.

Durante el trayecto, veo como niños de las aldeas corren tras el convoy. Algunos de ellos captan mi atención a través de las ventanillas del camión. Nos observan con miedo. Otros nos apuntan con sus manos y dedos como si portaran un arma y nos disparasen, imitando a sus padres o familiares. Tan familiarizados con ese sentimiento que les han inculcado desde pequeños. El del odio.

Al cabo de unas horas llegamos a nuestro destino. Una aldea perdida de la mano de Dios entre las montañas y en la que parece no haber ni un alma.

Con sumo silencio bajamos de los vehículos. Nos comunicamos mediante señas e inspeccionamos la zona.

—Señores, estad muy atentos... —lanzo un susurro por radio para que me oigan por los

pinganillos —si pasara algo, la ayuda más cercana estará a tres horas. No podremos contar con nadie. Así que estamos solos. Todos sabemos lo que los talibanes les hacen a sus prisioneros, así que ser capturados no es una opción. ¿Entendido?

Oigo a todos respondiendo casi en silencio por el auricular de mi oreja.

Durante varios minutos nos adentramos en varias casas bajas de piedra, y como es de esperar no encontramos nada.

El polvo se levanta a nuestros pies, el calor irrespirable no nos da tregua y la inquietud se apodera de todos. Sobre todo de mí, que si algo he aprendido en cada misión es que tanto silencio no depara nada bueno y cada paso en falso puede ser una puta ruleta rusa.

Dirijo la vista a mis hombres, les hago señas para que estén atentos y nos acercamos a otra casa algo más grande del resto. Nos pegamos a la pared y a mi señal abrimos el portón de chapa, achicharrada por el sol, para entrar. Nadie. No hay nadie. Nos recibe un patio vacío con cuerdas atadas en las paredes que hacen las veces de tendedor. Sillas de plástico destrozadas y tiradas por el suelo. Sin embargo, al entrar, algo llama nuestra atención. Un bidón grande de agua está tirado y todo el líquido del interior esparcido por la superficie. Está húmedo y por el calor que hace, si aún no se ha secado es que hace poco que se ha derramado. Somos conscientes de que quienes quieran que estuvieran aquí han salido corriendo.

Giro sobre mis pies, miro a mis hombres y a Jones que se ha quedado con algunos de sus soldados en el exterior.

—No deben andar muy lejos. Sigamos e id muy atentos, deben estar escondidos.

Salimos de la propiedad para dar con ellos y su escondite.

—¡Eh, Michael! ¿Ves esa torreta a unos doscientos metros?

—Sí, capitán.

—Subid ahí y cargaros a todo aquel que sea una amenaza para nosotros.

—Recibido, señor.

Al fin hemos encontrado un sitio en el que Michael y el francotirador de Jones puedan subir y cubrirnos. Sin embargo, antes de que ambos puedan separarse del pelotón un ligero ruido de una puerta de madera hace que nos detengamos en seco. De repente, aparece un niño del interior de una vivienda.

No tendrá más de unos siete u ocho años. Vestido con una túnica mostaza y un gorro tradicional islámico en blanco con un bordado de estrellas y una media luna. Apuntamos con nuestras armas pero el chaval aún no nos ha visto. Se agacha para coger varias piedras del suelo, se levanta y alza la vista. Nos ve. Se queda paralizado. Durante unos segundos no se mueve. Solo nos observa. Ordeno a mis soldados que bajen las armas para no asustarlo. En ese instante, una mujer cubierta de pies a cabeza sale tras el niño. Se pone nerviosa al vernos y lanza palabras incendiarias. Le grita al crío algo que no llegamos a entender y le hace gestos con las manos; sermoneándolo. La mujer se acerca lentamente a nosotros y la apuntamos. No va armada, por lo menos a simple vista. A medida que se va acercando nos habla, se levanta un poco el *burka* y lleva su mano al interior de la prenda.

Sujeto con firmeza el fusil, la apunto con él y le digo que retroceda, que no se acerque más. Pero no obedece. Rozo mi dedo índice con el gatillo, presionando levemente para disparar en cuanto sea un peligro. En el momento en el que va a sacar un artefacto el niño corre tras ella, alcanza a quitárselo de las manos y sale huyendo. Todo ocurre en milésimas de segundos.

—¡Cuidado, cuidado, cuidado! Lleva un explosivo —vocea Jones.

En ese instante, varios talibanes salen también de la vivienda y empiezan a disparar. Jones

tiene al niño en el punto de mira y, aunque ya ha recorrido bastantes metros, no duda en abatirlo. Un único disparo que lo alcanza por la espalda. El pequeño cae *ipso facto* al suelo con la fatalidad de hacer explotar la bomba.

Parece imposible distinguir unos de otros. Talibanes y civiles. Salvo que los primeros portan las armas y disparan sin compasión a todo lo que se mueve. Algunos de ellos alcanzan a los nuestros. Intentamos ponernos a cubierto. Jones y sus soldados lanzan varias granadas desde la pared de enfrente. Casi sin tiempo para reaccionar, uno de los milicianos consigue coger una de ellas para intentar devolvérmola.

—¡Atención! ¡Granada!

Revienta lo más cerca nuestra. La metralla nos alcanza. Después de unos segundos, me miro los brazos, el resto de mi cuerpo, pero por suerte no me ha alcanzado lo suficiente como para que me corte arterias ni nada.

Jones avanza con su unidad. No dejan de disparar y múltiples talibanes yacen en la tierra sobre su propio charco de sangre.

Me dispongo a avanzar yo también cuando oigo una voz familiar quejándose.

—¡Michael! —está tirado en el suelo. Hay mucho humo y polvo alrededor haciendo que no se pueda ver con nitidez. Sin pensarlo me apresuro hasta él. Tengo que protegerlo a costa de mi vida. Nunca se deja a un compañero atrás. Por suerte, solo está algo herido. Tiene la cara ensangrentada y varios rasguños que se curarán más pronto que tarde. Sin embargo, la trayectoria de algunas balas enemigas han conseguido alcanzarle. Gracias a Dios que todas han ido a parar a su abdomen y este estaba protegido como debía. Harris, Jackson, Steven y el resto siguen zambulléndose en las columnas de humo y cubriéndonos. Sujeto mi arma con una sola mano.

—¡Eh Michael! ¡Mike! ¿Estás bien? ¡Mírame, hermano!

—Sí, mi capitán —tose varias veces llevándose una mano al pecho.

—¡Venga tío, arriba! ¡Tenemos que ponernos a resguardo! Lo alzo por la cintura y apoya su brazo en mi hombro. Miro hacia todos lados, analizando la situación. Nos ponemos en marcha a la vez que sujeto con fuerza a Michael y apunto con mi arma.

—¡Capitán, por aquí! —oigo a Jackson gritar. Cuesta ver con claridad, hay demasiada luz del día, humareda y polvo—. ¡Ross, vamos! —en el momento en el que vislumbro a mi compañero haciéndome señas y gritándonos para ponernos a salvo, oímos el silbido de varios lanzagranadas RPG. Impactan en una casa a nuestro lado, haciéndonos saltar por los aires. El impacto sobre el suelo es casi mortal. Siento el calor de la superficie bajo mi cuerpo. Intento moverme algo dolorido. Me reincorporo poco a poco algo aturdido y llevándome una mano a la cabeza. El golpe ha sido tan brutal que mi casco de protección salta por los aires también.

Parpadeo numerosas veces para ver con claridad. Tengo una ligera sordera y un pitido zumbando en mis oídos. Oigo voces lejanas, como ecos haciendo lo posible para que los escuche.

Sigo aturdido, pero hago acopio de toda mi fuerza y consigo ponerme en pie. Apoyo mi mano en el muro por la sensación de mareo. El humo de mí alrededor parece disiparse poco a poco y consigo ver a Michael a unos metros de donde estoy. Harris y Steven lo levantan mientras Jackson, Jones y los demás soldados siguen disparando los fusiles y haciendo todo lo posible para que no nos abatan.

Comienzo a dar ligeros pasos, pero siento que mi pies pesan más que de costumbre. Como si un imán los atrajera hacia el centro de la Tierra. Aún así, intento llegar lo antes posible hasta donde está el resto de mi equipo.

—¡Ahora, Ross! ¡Vamos, te cubro! —Jones me vocea desde una esquina.

Confío en lo que dice mi compañero y en milésimas de segundos me dispongo a correr hasta él. Me separo ligeramente de la pared y consigo recorrer algo más de terreno, cojeando y malherido, sin embargo lo que ocurre a continuación puede cambiarlo todo para siempre.

El impacto que siento a mis espaldas es desgarrador. Una quemazón recorre cada centímetro de mi cuerpo y el dolor punzante hace que caiga de rodillas al suelo. Justo en este momento la memoria muscular y el adiestramiento de los *Seals* salen a relucir. Consigo dar media vuelta, con una gran velocidad, saco mi pistola de la funda que está agarrada a mi muslo y, con tenacidad, lucho contra todo aquél que intenta acercarse a mí.

No sé cómo me las arreglo para derrotar a varios terroristas hasta que me quedo sin munición.

No importa lo mucho que te adiestres y te prepares, el resultado de una operación se basa principalmente en la suerte o en un ser divino. Puedes hacerlo todo correctamente y, aún así, perder el combate. Y yo, ahora, estoy a punto de perderlo.

En fracciones de segundo me percato de cómo han podido mantener a salvo a mi compañero, mi amigo, mi hermano, mi Mike, y en mitad de lo que sé que puede ocurrir de un momento a otro, me siento aliviado. Escucho a mi unidad gritar, insultar, perder los nervios... sin embargo no pueden moverse de donde están o acabarán con ellos. Intentan seguir disparando, pero estamos rodeados. Acto seguido y, medio tirado en la tierra, pulso el botón de mi radio y solicito extracción aérea de inmediato. Aún sabiendo que la ayuda tardará en llegar y confiando en que mis chicos sepan aguardar.

Un todoterreno derrapando se acerca a la zona donde nos ubicamos y varios talibanes comienzan a fundir munición con ametralladoras contra nosotros. Necesito ponerme a cubierto, aquí estoy indefenso, no tengo donde resguardarme. Durante un momento creo que el helicóptero llegará, se cargarán a estos hijos de puta y me sacarán de aquí. Aunque mis pensamientos cambian en el momento en el que recibo un nuevo balazo. Esta vez en el pecho. Me desplomo en el suelo. Inmóvil. Los gritos de mis compañeros llegan a mis oídos.

Sé que quieren venir a por mí, pero el enemigo sigue disparando sin tregua alguna. Esto se ha convertido en una masacre. No dejo de sangrar y cada vez tengo menos fuerzas.

Mi mirada se torna borrosa, vidriosa. Siempre me ha costado llorar pero, ahora, las lágrimas se agolpan de una forma desgarradora tras mis párpados.

A través de ellas consigo ver mis manos ensangrentadas que intentan hacer presión en los orificios de mi pecho. Sin ningún triunfo, sigo sangrando demasiado. Siento como voy perdiendo el conocimiento y sé que si cierro los ojos no habrá vuelta atrás.

Esta era mi última misión antes de volver a casa y una parte de mí sabía que no sería vivo. Aún así, me digo que tengo que ser fuerte, que tengo que aguantar, que tengo que vivir para poder empezar una nueva vida. Una junto a ella. Este no puede ser mi final. Pese a ello, cada segundo que pasa pierdo mucha más sangre y voy a desfallecer. Tengo la respiración cortada y cada segundo que transcurre me cuesta más llenar de aire mis pulmones. Los párpados me pesan demasiado y se me cierran levemente. Las lágrimas recorren mi piel hasta caer al suelo. La luz del sol aniquilador me ciega y por un momento es ella la que me deslumbra. Como si su silueta hubiera aparecido de repente sobre mí. Quiero acariciarla, tocarla, sentirla... sin éxito alguno, pues mis brazos no responden. Le sonrío, las palabras se me atascan en algún lugar de mi garganta, esperando salir y entre dientes le digo que la quiero. El dolor de los balazos me duele

menos que el anhelo mortal de saber que no la volveré a ver más. Mi corazón, que hace un momento bombeaba a gran velocidad como un tambor, va perdiendo ritmo y mis latidos se van apagando junto a la oscuridad que inundan mis ojos.

Cuando siento que voy a exhalar el último aliento, una sombra completamente negra tira de mí, me desliza por la tierra como un animal al que le aguarda su sacrificio y al fin cierro los ojos por completo.

LAYLAK
RAQQA, SIRIA
2016

La punzada que siento en mi pecho hace que me desplome en el acto. Contengo el aliento un instante, intentando ahondar en mi alma porqué me siento así. Estoy totalmente compungida. Imágenes fugaces de mi pasado me vienen a la mente. Estoy muerta de miedo por sentirme así y con un nudo en la garganta que no me deja respirar. Sin previo aviso empiezo a sentir el escozor de las lágrimas que quieren salir y no pueden, como si ya no me quedaran más por derramar. Sollozos tan violentos que me desgarran por dentro. Lágrimas que duelen... Todo el cuerpo me pesa, como si el centro de la Tierra me atrajera hacia él. La boca la tengo seca, la lengua pastosa y mis sentidos abotagados. Tan solo sé que el vuelco que me da el estómago y sentir mi corazón como si lo estuvieran apretujando y agrietándose por todas partes hace que esté en alerta.

Vuelvo a ponerme en pie, haciendo más impulso de lo normal para conseguirlo. Han pasado ocho meses y mi cuerpo ha cambiado de una forma increíble. He cogido mucho más peso, los tobillos se me han hinchado, estoy mucho más sensible, más cansada y con la necesidad de ir al baño cada dos por tres. Subo las escaleras hacia la azotea, la misma que llevaba días sin pisar desde que Miriam me trajo la última carta.

Las he ido guardando ahí, en mi escondite secreto. En más de una ocasión he querido abrirlas, leerlas, sentir las... pero no podía. Si lo hacía, este calvario sería peor que el mismísimo infierno. Pese a sentir eso, hoy es distinto. Un deseo irrefrenable en mi interior hace que no sea dueña de mis actos y me deje llevar. Ese peso que llevaba demasiado tiempo cargando sobre mis hombros hace que reaccione. Lo recuerdo todo. Como un fogonazo. Recuerdo todo lo vivido con él, todo lo sentido y lo que creía olvidado. Pero no, estaba ahí, entumecido esperando a salir de nuevo. Clavo mis rodillas en el suelo de piedra, aparto la chapa metálica, saco la bolsa negra y las cojo. Todas. Desde la primera hasta la última, y sin pensarlo más rasgo la solapa del cierre de la primera carta.

Mis ojos recorren cada frase a toda velocidad, con el corazón acelerado y con los vellos de punta a pesar de que no hace frío, al contrario.

La congoja que se me instala en el pecho no me deja respirar con normalidad. Me acomodo en el suelo y apoyo mi espalda en el muro caliente. Leo la siguiente. Y la tercera. Y otra y otra más. Así una detrás de otra. Hasta llegar a la última que sostengo entre las manos. Sus palabras no son solo palabras, sino también golpes que me cuestan encajar sin demolerme. Cuando leo el final de esta carta: ***“Te quiero Laylak. Siempre lo haré. En esta vida y en la otra. Cuando quieras sentirme...léeme. Siempre tuyo, Will”***; el desgarró que siento en mi alma me rompe en mil pedazos. No entiendo muy bien cómo puedo sentirlo, pero lo sé. Sé que algo malo le ha ocurrido.

Mi mundo se desestabiliza, a pesar de que nunca sentí lo contrario. Todo se deshace bajo mis pies para recordar...

El brutal y feroz agujero que tenía en el corazón por la ausencia de Will me hace añicos. Sin embargo, la intensidad del dolor se había apagado lo bastante como para resultar tolerable y volcarme por completo en la criatura que llevo en mi vientre.

Aún así, lo que siento ahora mismo duele tanto que creo que me moriré en el acto. Bañada en

lágrimas me siento incapaz, derrumbada, muerta en vida y con un vacío abismal. La ausencia de Will me cala hasta lo más hondo y soy consciente de que no recibiré nada más de él. El cargo de conciencia me abrume. Debí haberle contestado, que estuviera al tanto de mi vida, hacerle sentir tranquilo al saber que me encontraba bien, explicarle lo que crece en mi interior a pesar de que este bebé lo más seguro es que sea de Asad.

¡Dios mío, si le ha pasado algo no me lo perdonaré jamás! Soy horrible y una cobarde. Todo este tiempo sin él he sido una desdichada. Me había agarrado tan fuerte a mi historia con él sin ser consciente de que mi vida con Will era un imposible. Pese a que se me había enredado tan fuerte dentro de mí que nunca me soltaría. Daba igual lo que hiciera, las veces que intentaba que desapareciera de mi mente y mi corazón, el esfuerzo por llegar a querer a Asad y vivir la vida que estábamos construyendo... Todo eso daba igual, porque él se había enraizado de tal forma a mi pecho que siempre seguiría latiendo aún estando lejos de mí.

A veces te rompes, y la única forma de seguir adelante es con el propio peso de todos los añicos en los que se ha convertido tu ser. Pedazos tan cortantes y afilados que te rasgan el corazón y te hacen sangrar.

A pesar de todo lo que el recuerdo de Will me provocaba, en los últimos meses había permanecido atenta a mi actitud interior. Esa que a largo plazo es más importante de lo que parece. Me había estado enfrentando al dolor cotidiano, al peso del día, al cansancio... evitando refunfuñar por dentro o esperando a que acabase cuánto antes. Me había convencido a mí misma que debía evitar soñar permanentemente con una vida distinta. Tenía que aceptarla. Y me había repetido una y otra vez que la vida es buena y bella tal y como es, incluso con su parte de dolor. Había estado mucho tiempo gastando energía quejándome, exigiendo que las cosas fueran diferentes, soñando con imposibles... hasta que no pude más y comprendí que me estaba haciendo daño.

Había días que no sabía qué hacer para mantenerme entera. A flote. Sobre la superficie, sin ahogarme. Buscaba algo que me desconectara de la realidad. ¿Existía algo así realmente? Lo que llevaba en mi interior lo era.

Me llevo las manos al rostro, pretendiendo calmar mi llanto, volver a coger aire y sosegarme. La patada de mi bebé me hace reaccionar. Acaricio mi tripa con delicadeza, es lo único que me da paz cuando me siento así. O cuando Asad abusa de mí, me maltrata o me insulta. Mi bebé es ahora mi mundo y por el que decidí que debía apartar esos pensamientos de mi mente, centrarme en estar todo lo bien que pudiera y ofrecerle lo mejor de mí.

Cuando pienso en mi bebé se me llena el corazón. Este amor que siento por él crece y crece tanto hasta conseguir borrar todo el dolor, la soledad y la humillación que he sentido en toda mi vida.

Mis músculos se van relajando mientras mi respiración se acompasa. No obstante, el corazón me sigue doliendo de tal forma que pienso que no lo soportaré. Un dolor que me atenaza y me provoca un miedo atroz. Tengo la sensación de haberlo perdido todo.

Cada vez veo más crudo salir de aquí, las posibilidades que no acabarán cumpliéndose nunca, aplastando así cualquier atisbo de esperanza. Pienso en todos los minutos que he pasado aquí, las horas, los meses... y la vida que me espera. Cierro los ojos apoyando la cabeza en la pared y empiezo a tararear una canción, la primera que se me viene a la cabeza, aquella que escuché por primera vez con él. Le fascina que le cante. Se tranquiliza y ambos nos relajamos.

Un pensamiento se agolpa de repente y hace que cambie de expresión. Se acabó. No tengo... no tenemos porqué soportar todo.

La paciencia tiene un límite y la vida está hecha para ser vivida, no soportada.

Mi respiración sigue calmándose.

La sensación de haberlo perdido recae sobre mi ser como una losa. Aun así, todavía me queda el orgullo de salvar a mi hijo. Mi pequeño crecerá fuera de este lugar y se enfrentará a la vida de otro modo. Mi bebé no se merece vivir en un mundo así. Siempre he estado esperando un “después” y esos nunca llegan. Si quiero algo no debo esperar, tengo que hacer que ocurra ya.

De la bolsa saco el móvil con el que he mantenido el contacto con Rebecka y pulso el botón de llamada. Durante todo este tiempo, para Rebecka, no solo he sido su confidente sino que nuestras conversaciones han ido mucho más allá, incluso preocupándonos la una por la otra y convirtiéndonos en amigas.

Descuelga al instante.

—¿Laylak? ¿Estás ahí? ¿Ha pasado algo?

—Tengo que salir ya de aquí... —suelto un hilo de voz.

—No te escucho bien... ¿Laylak?

—O me sacas de aquí o me escaparé yo. Ya veré como hago para cruzar la frontera.

—No, Laylak ¡no puedes hacer eso! Es peligroso.

—¡No lo soporto más, Rebecka!

—Laylak, por favor, no cometas ninguna locura... ¡Préstame atención! Ya hemos hablado de esto en otra ocasión, te prometí que te sacaría de ahí y voy a cumplir con mi palabra. Ya lo tengo todo arreglado, solo necesito dos días más y seré yo misma la que vaya a por ti.

—No juegues conmigo, Rebecka, por favor te lo pido.

—Y no lo hago, puedes confiar en mí.

—Está bien, pero esperaré solo un par de días más. Este bebé puede nacer en cualquier momento y no quiero estar aquí cuando eso pase.

—¡Te lo prometo, Laylak, te sacaré de ahí!

—Una cosa más... —alcanzo a decirle antes de que cuelgue la llamada —¿puedes hacerme un favor?

—Por supuesto ¿qué necesitas?

—Ya sabes mi historia con ese soldado... —hemos hablado tantas veces de él —por su última carta sé dónde podría haber estado. Necesito que consigas información de dónde está ahora y si está bien. ¡Por favor, Rebecka... tengo que saberlo!

—Laylak... lo que me pides... no sé si podré hacerlo.

—Por favor, por favor, por favor...

—De acuerdo, veré qué puedo hacer. Pero no te prometo nada. ¿Qué es lo último que sabes de él?

—Sé que tenía una última misión en una aldea de Kabul. Su unidad y él debían desarticular una banda de talibanes y liberar a la población civil.

—Muy bien. Llámame mañana a otro número. ¿Tienes donde apuntar?

—Sí, un momento —cojo papel y bolígrafo.

—Como te he dicho voy a ir yo misma a por ti. Mis superiores hace tiempo que me apartaron de este caso. Todo lo que me estoy arriesgando con esto pone en riesgo mi trabajo. Intentaré buscar información sobre ese soldado y llámame al número que te he dado. Mañana mismo cogeré un avión. ¡Nos vemos pronto, Laylak, aguanta!

—¡Gracias, Rebecka, de verdad! ¡Por todo!

—Ya me lo agradecerás cuando consigamos cruzar la frontera y estés a salvo.

Más calmada recojo todo y lo vuelvo a guardar en la bolsa, salvo mi cuaderno. Mi válvula de escape de la realidad. Siempre que escribo en él me acuerdo de mi abuela. Siempre que me sentaba en su regazo y me peinaba la melena con sus dedos me decía: ***“Algún día harás que me sienta muy orgullosa de ti. ¡Serás alguien, Laylak! Llegarás lejos. Tu foto aparecerá en algún libro o revista importante y ayudarás a mucha gente. ¡Créeme, lo sé!”***.

Hace años, en Siria, la vida era muy distinta. Aunque mi familia, sobre todo mi padre, tuvo sus pensamientos radicales y los mantenía escondidos. Hasta que con la llegada del nuevo gobierno todo empezó a cambiar otra vez. Volvieron las ejecuciones, los adoctrinamientos, los secuestros, las violaciones y un sin fin de atrocidades. Fue en ese tiempo cuando murió, por primera vez, alguien a quién amaba con toda mi alma. No conseguía asimilar la incomprensible realidad de que mi abuela ya no estaba viva. Ella fue mi aliento para no dejar de luchar por la felicidad, conseguir mi sueño y ayudar a mujeres y niños. Solo espero que allá dónde esté siga queriéndome y confiando en mí, a pesar de haberla fallado.

Solo tenía que cerrar muy fuerte los ojos para pensarlo

—No podemos conocer a Dios en su plenitud si el mundo nos influencia más que las Escrituras.

—Tú que sabrás mujer. ¡Cállate! No debes pensar así y mucho menos replicarme. Mejor sigue con tus tareas y prepara algo decente de comer para cuando lleguen el Jeque y nuestros hermanos.

He pasado toda la mañana limpiando para su llegada y que todo esté reluciente. He ventilado la casa al completo porque ya no soportaba más el olor que iba dejando Asad a su paso y en cada rincón. Coloqué los cojines en el sofá de manera estratégica para que la sala de estar pareciera más bonita y he puesto unos cuencos con frutos secos en el centro de la mesa de cristal para que cuando llegaran tuvieran algo que picar. Puse lentejas y arroz en una olla y cortado verduras para hacer un buen guiso de esos que te chupas los dedos. Receta de mi abuela. Pero claro, Asad nunca se percató de todo eso, tan solo sigue ordenando y mandando. Nunca lo he escuchado pronunciar un simple “gracias”.

Me dejo llevar por mis pensamientos mientras él sigue hablando. Siempre que venían sus secuaces a casa conseguía espiarlos desde el hueco de la escalera. Así es como pude enterarme de múltiples ataques que planeaban en diferentes países y avisar a Rebecka con antelación. Y aunque gracias a eso no murió la cantidad de gente que ellos querían, los superiores de mi amiga nunca lo veían suficiente. Siempre necesitaban y querían más, como si mi posición haciendo lo que me pedían no fuese complicada y una locura. Así fue como cada vez apartaban más del caso a Rebecka. Decían que se había encariñado conmigo y se lo había tomado como algo personal. Llevaban razón, pero aún así yo cumplí con el trato que me ofrecieron y ellos... ellos lo dejaron pasar como si mi vida no importara.

Ayer finalmente la llamé al número que me dijo, pero no contestó. Al rato me envió un mensaje diciéndome que estaba en el aeropuerto y que la información que le pedí no pudo conseguirla. Algo sobre que esa unidad estaba perdida entre las montañas y no podían darme más datos. Mejor lo hablaríamos en persona. Saber eso, en parte, me hace ver que puede haber luz al final del túnel y que en realidad no me queda tanto aquí. Saber que estaba en el aeropuerto y que ella sí va a cumplir lo que me prometió me hace entender que aún tengo esperanzas. Que tenemos esperanza. Mi bebé y yo. Una vez fuera del país haré todo lo posible para dar con Will. Necesito encontrarlo.

Asad sigue hablándome, aunque en el fondo se habla para sí mismo. Lo observo en detalle mientras termino de limpiar con brío la encimera con un paño húmedo. Las gotas de sudor resbalan por su rostro arrugado. Sin duda parece el día más caluroso del año. Hace un calor asfixiante, aunque no sé muy bien si es así de verdad o yo lo siento más a causa de este barrigón. Los ventiladores de casa se han roto. Han dejado de funcionar, así sin más. Es como si todo a mi alrededor estuviera hecho a conciencia para amargarme más la existencia junto a él. Este hombre que por más que lo he intentado no he podido ni llegar a cogerle cariño. Lo siento, pero no puedo. Mi madre me hizo entender que si algún día me casaba, si bien tenía que ser por cumplir con la ley y obedecer a mi padre, el amor llegaría tarde o temprano. Sin embargo, con Asad no

ha ocurrido así. Más bien lo contrario. Las náuseas que me provocan verlo y sentirlo no es a causa del embarazo. Los primeros meses en los que Asad me poseía cada noche imaginaba a Will besándome el vientre, la dulzura de sus labios y el tacto firme y áspero de sus manos en mi cuello, el pecho, la espalda y mi zona más baja. Solo tenía que cerrar muy fuerte los ojos para pensarlo de esa manera. Según pasaban los días su recuerdo se hacía más lejano y cuando abría los ojos solo veía sobre mí a un hombre completamente distinto y al que no soporto.

—¡Mujer! ¿Es que no oyes la puerta? —me trae de vuelta de mis pensamientos—. ¡Cúbrete y yo los recibo! —asiento y obedezco. Sus exigencias siempre caen sobre mí como un misil puede caer en la ciudad.

Los hombres que acompañan al Jeque se sientan en las sillas de la salita. Les llevo una bandeja con té a pesar de que les voy a servir la comida. Fuman y comentan sus planes, pero se callan al verme entrar. Al agacharme para poner la bandeja sobre la mesa, uno de ellos; el que tengo más cerca, grande y fuerte, con melena negra, sonrisa de cretino y ojos azabache, me repasa con la mirada. Sabe quién soy y que tiene prohibido ponerme una mano encima, pero en más de una ocasión he podido descifrar lo que sus ojos siempre han expresado. Deseo y posesión. Satisfacer su apetito sexual conmigo aún sabiendo que eso le puede costar la vida y yo ganarme el título de adúltera. Como consecuencia de esas situaciones Asad siempre actuaba igual al percatarse de los pensamientos de su compañero. La bofetada que me daba en la cara por no vestirme como manda el profeta me ardía durante horas. Pensando que si ese hombre me deseaba solo era por mi culpa. Da igual como me vistiera. Si dejaba mi rostro al descubierto o iba tapada completamente, ese hombre siempre me miraba de la misma manera. No hace falta ver nada para dejarse llevar por la imaginación. Y ese odioso hombre, me imaginaba.

—Ha crecido muy deprisa ¿no Asad? —pregunta el Jeque a mi marido dando una calada al cigarrillo, exhalando el humo lentamente y señalándome la tripa.

—Eso mismo pienso yo. No sé cómo han podido pasar tan rápido los meses —me atrae sobre él para acariciarme la barriga. No quiero ni que la toque, pero debo mantener la compostura y no dejarlo en ridículo —estoy seguro de que será un niño. Un nuevo guerrero sano y fuerte que algún día seguirá con mi legado—. Se ríen y ya no lo aguanto más. Me deshago de sus manos. He aprendido a insensibilizarme cuando mi marido me desprecia, me hace reproches, me ridiculiza o me regaña. Sin embargo, aún siento miedo cuando me observa y frunce el ceño.

—Voy a por la comida —suelto y desaparezco.

Una vez que cruzo el umbral de la puerta donde están reunidos, me quedo a la espera escuchando como conversan. Uno de ellos le entrega un fajo de billetes al Jeque diciéndole que ya está todo organizado. Sin duda, no pierden una y a la más mínima aprovechan para seguir reclutando a jóvenes y llenando de miedo y dolor el país. Este o cualquier otro del mundo.

Una vez en la cocina puedo volver a respirar. Apoyo mis manos en la encimera y cierro los ojos. Consigo sosegarme y alguien me sorprende por detrás.

—¿Qué haces aquí? —le suelto al hombre. El mismo del que hablaba antes.

—¿Estás loco? Sal de aquí —lo empujo para que se vaya antes de que Asad lo vea. Pero me lo impide. Me sujeta por las muñecas y me aprisiona contra el mueble de la cocina.

—Oh, venga Laylak, no seas tan estirada. No voy hacerte daño. Además... siempre vas provocándome. No tendrías que extrañarte.

—¿Qué? Eres un perturbado. ¡Déjame en paz! —vuelvo a intentar apartarlo de mí sin éxito alguno. Es mucho más fuerte que yo. Me aprisiona mucho más contra el mueble y se acerca a mi cuello. Noto su respiración y el estómago se me encoge. No, no, no, por favor. No puede

pasarme esto.

—Venga, mujer, nadie tiene por qué enterarse —desliza una de sus manos por mi muslo para levantarme el *burka* y consigue llevarla bajo la prenda. Me aprieta con ansia y su brusquedad me hace daño. No tengo muchas opciones, o lo dejo hacer a pesar de que me muero del asco y el odio recorre cada parte de mi cuerpo, o chillo y ambos estaremos acabados. Asad me dará tal paliza que este bebé no sobrevivirá. Su mano sigue subiendo a un ritmo desenfrenado, me coge de las caderas y en un movimiento rápido me pone de espaldas a él. Las lágrimas empiezan a brotar. Lágrimas de tristeza, de odio, de rabia, de desesperación, de asco.

—No, no, por favor. ¡Para, para! —suplico sollozando. Mascullo una plegaria. Quiero morirme.

—¡Cállate o nos escucharán! —me tapa la boca con su otra mano una vez que he podido escuchar cómo se bajaba la cremallera del pantalón. —Además, esta barriguita tuya me pone aún más....

Un calor denso y sofocante se apodera de mí. Al final consigue lo que tanto anhelaba. Lo siento como una estocada en mi corazón. El infierno no puede ser mucho peor que esto. Sin embargo, cuando tan solo ha podido darme un par de embestidas, Asad nos sorprende.

Asad entra en la cocina con gesto preocupado, furioso y los ojos inyectados en sangre. Increpa a su amigo y le propina tal golpe en la cara que le hace sangrar por la nariz.

—¡Fuera de aquí! Ya puedes esconderte, porque estás muerto —le señala con el dedo mientras este sale corriendo hacia la calle.

Lo siguiente ocurre muy deprisa, tanto que no veo llegar el puñetazo. Un golpe que me hace caer al suelo.

—¡Eres una adúltera! ¿Cómo te atreves a cometer tal disparate en mi propia casa? —me grita y me arrastra por el pelo. Trato de coger aire y las lágrimas me queman en la piel.

—¿Qué ocurre Asad? —vocea el Jeque desde la sala de estar.

—Ni se te ocurra moverte de aquí —susurra a la vez que puedo ver en sus ojos el deseo por propinarme una paliza. Si aún no ha reaccionado es porque los demás están expectantes a un par de habitaciones más allá y porque llevo en mi interior al que podría continuar con su legado.

Al cabo de unos minutos, Asad regresa. No sé cómo los habrá convencido para que se marchen, pero no han puesto ningún inconveniente. Me tiemblan las piernas y el corazón me palpita con fuerza. Estoy aterrada, sin embargo he tenido el tiempo justo para recomponerme, levantarme, quitarme esta tela infernal, enjugarme las lágrimas de rabia y dolor con el brazo y sostener en una de mis manos el primer cuchillo afilado que he sacado del cajón.

—¿Se puede saber qué haces con eso? —se ríe de mí Asad, fulminándome con la mirada, observándome con desprecio y reprimiendo el impulso de volver a levantarme la mano—. ¿Acaso quieres matarme, Laylak?

—Si vuelves a acercarte a mí no dudes en que lo haré —le sostengo la mirada furiosa apuntándolo con el cuchillo y con la mano temblorosa.

—Oh, vamos mujer... No serías capaz ni de hacerle daño a una mosca —se mofa de mí. Y quizás tenga razón. Odio la muerte, sea de quien sea. Nunca lo he visto como la sentencia que deba cumplir alguien como pena a sus pecados. Sin embargo, si en todo este tiempo había deseado la muerte de alguien, era la de este hombre. Lo que nunca me imaginé es que yo tuviera el valor de ser quién pudiera quitarle la vida.

—¡He dicho que no te acerques más! —suelto al ver que avanza unos pasos hacia mí. La ira me atraviesa el vientre y me invita a saltar sobre él y clavarle el cuchillo. Sin embargo, me quedo inmóvil.

—Por el amor de Alá, Laylak, siquiera puedes mantenerte en pie en tu estado —avanza tan rápido sobre mí que no me deja tiempo para reaccionar a pesar de que yo soy mucho más joven que él y mis reflejos no son los de un hombre de sesenta años. Aún así me pilla tan desprevenida y conmovida por todo lo que está pasando que consigue quitarme el cuchillo de la mano y empujarme contra la pared. La punzada que siento en el cráneo al sentir el tabique tras de mí me hace perder levemente el sentido.

Siento un pequeño mareo, consiguiendo así que me tambalee. Mi marido aprieta sus manos, gordas y robustas, alrededor de mi cuello por lo que me es imposible desplomarme al suelo. Cada vez hace más presión e impide que pueda tragar, hablar y me dificulta respirar con

normalidad.

—¡Para Asad, por favor, para! —suelto una voz ronca y ahogada intentando disuadirlo. Agarro sus muñecas para que afloje la dureza de sus manos—. Por favor Asad, piensa en este niño —sus ojos me incendian y puedo ver sus ansias de estrangularme en ellos. Pese a ello me hace caso y me suelta poco a poco. Empiezo a toser y a hiperventilar. Unos segundos más y estaría muerta.

—¡Esto no se va a quedar así! ¿Me oyes? —vuelve a apuntarme con su dedo acusador mientras yo intento coger aire—. Te dejaré encerrada en una habitación y no saldrás de ahí hasta que des a luz a mi hijo. Después te castigaré como una adúltera merece ser castigada.

Escucharlo decir eso me revuelve por dentro. Ni en sus sueños pienso dejar que toque a mi hijo y lo críe a su antojo. No se lo permitiré. La rabia que tanto tiempo llevo contenida se apodera de mí y en un impulso me abalanzo sobre él gritando. Lo empujo tan fuerte con la fatalidad de que tropieza y cae con aplomo al suelo golpeándose con el borde de la encimera. Un golpe rápido. Seco. Y mortal.

Había deseado tantas veces su muerte que el que lo haga en este mismo instante y sin una pizca del dolor que yo he sentido todo este tiempo me da igual con tal de que no se levante de ahí.

Casi sin ser dueña de mis actos y como impulsándome por un acto reflejo, me agacho a su lado para cerciorarme de que no respira. Y no lo hace. La sangre que empieza a recorrer el suelo de la cocina como un torrente me lo confirma. Suelto un sollozo. Me pongo en pie escandalizada. Estoy paralizada. No sé qué hacer. Intento pensar, pero estoy aturdida.

De repente siento contraerse mi útero y un grito de dolor sube por mi garganta. Me apoyo en la pared, inhalando y exhalando, pero no me sirve de mucha ayuda. Una nueva contracción. Siento frío. Un hilillo líquido recorre mis piernas. ¡No, no, no, ahora no es el momento! Las contracciones cada vez son más rítmicas y dolorosas. Esto es una autentica pesadilla de la que quiero despertar. Empiezo a estar mareada, por lo que salgo de la cocina con cuidado y me tumbo en el suelo para no caerme. Necesito avisar a alguien. Necesito ayuda, mi bebé no puede nacer así.

Vuelven las contracciones y mis gritos deben escucharse en todo el vecindario.

Alguien aporrea la puerta con insistencia.

—¡Ayuda, por favor! —grito y los pensamientos se agolpan en mi mente. ¿Quién llamará? ¿Qué pasará si encuentran a

Asad muerto? ¿Qué harán conmigo? ¿Y si le ocurre algo a mi bebé?

—¡Laylak! —esa voz.... Abre la puerta de un golpe. Va vestida con pantalones vaqueros, una blusa muy fina, holgada y en color beige, y un pañuelo alrededor de su melena rubia. Diría que me dobla la edad, pero su cara es angelical y tierna y estoy convencida de que es ella con tan solo mirarla.

—Rebecka, ¿eres tú? —consigo preguntar envuelta en lágrimas. Su presencia ha sido como caída del cielo. La esperanza que necesitaba para saber que mi bebé nacerá bien. Debe hacerlo. Si algo me pasa a mí, sé que ella hará todo lo que esté en sus manos para huir de aquí con él y ponerlo a salvo. Mi hijo se merece vivir la vida que yo no pude. Se merece ser feliz.

—¡Dios mío, Laylak! ¿Estás de parto? Tenemos que sacarte de aquí —se arrodilla a mi lado sujetándome la mano.

—No quiero que mi bebé nazca aquí, no quiero... pero no hay tiempo, Rebecka. En ese armario hay toallas limpias —señalo el mueble de la entrada y la guío para que las coja—. En el patio de la cocina verás una jofaina para que puedas echar agua.

—Por el amor de Dios. ¡Está bien! ¡Podemos hacerlo! —agarro su mano fuertemente antes de que consiga ponerse en pie. Hemos hablado lo suficiente todo este tiempo para saber que algo más me ocurre.

—Rebecka... —me observa contrariada y su mirada azul me traspasa —no sé cómo decirte esto...

—Me estás asustando. ¿Qué ocurre?

—Asad está muerto. Está tirado en la cocina.

—¿Muerto? ¿Qué ha pasado?

—Es largo de contar... —frunzo el ceño y mi voz sale de la garganta al sentir una nueva contracción. Esta vez es diferente, una contracción más fuerte, dolorosa y con una cierta presión en mi zona más baja que me anuncia que mi bebé pronto llegará a este mundo.

—De acuerdo, no hay tiempo. Estoy aquí por ti ¿me oyes? Lo que le haya pasado a ese hombre me da igual. Ahora lo más importante eres tú. Nos ocuparemos de ese asunto más tarde.

Rebecka se levanta y va a toda prisa para coger todo lo que pueda necesitar para sacar a esta criatura.

El silencio se apodera de este rincón de la casa por unos segundos. Los suficientes para volver a coger aire y escuchar las balas y misiles que silban por todas partes y hacen eco en la ciudad. Me hubiera gustado marcharme hace tiempo. Pero, cuando esos pensamientos se me pasaban por la cabeza, los descartaba al instante. Después, las náuseas se apoderaron de mí. Empecé a vomitar todos los días, no me encontraba bien. Durante un tiempo me sentí desorientada, con muchos sentimientos intensos y contradictorios que a veces me desbordaban. Nadie iba a ayudarme, no tenía el suficiente dinero como para pagarle a alguien en la frontera, y en mi estado... la policía haría demasiadas preguntas y nada saldría bien. El miedo a todo pudo conmigo. ¿Cómo iba a marcharme en esas circunstancias? Unos brazos diminutos y un cuerpo casi translúcido, que apenas tendría el tamaño de una naranja, se estaba formando en mi interior y no iba a poner en peligro lo único que me quedaba de él. Porque sí, en lo más profundo de mi ser, rezaba a Dios cada día para que el bebé que se estaba gestando fuera del hombre del que me enamoré y no de Asad, aunque todo apuntara a lo contrario.

Rebecka no tarda en volver, aunque para mí se me hace una eternidad. Estoy muerta de miedo, de dolor y de incertidumbre.

En los siguientes minutos; minutos que parecen horas, me dejo hacer por mi amiga y acato las ordenes que me indica. En algunos momentos siento que voy a desfallecer y moriré en el acto. Lo que está ocurriendo parece una carnicería y a la vez el momento más maravilloso que recordaré jamás. Sobre todo al sentir como su cuerpecito sale al exterior y sus lloros inundan mi corazón. Al instante, la felicidad, el alivio y la alegría cambian mi vida marcando un antes y un después en mi historia.

En el momento en el que la veo nacer... sí, a ella, una niña... sé que sí, que milagrosamente conservaré algo de mi antigua vida. Ese vínculo que, de una manera u otra, me unirá a esa persona que no había dejado de luchar por nosotros y que ahora no sé qué habrá sido de él. Con ella en mi vida... el otro amor de mi existencia seguirá vivo en mi corazón.

Cuando al fin, Rebecka, la pone en mis brazos, el dolor se me olvida y una explosión de amor que rebosa desde las entrañas explota en mí. Me tiemblan los brazos cuando la sostengo por primera vez. Su pequeño cuerpecito desprende un calor que me conmueve. Tan perfecta que no quiero ni moverme a pesar del dolor tan desgarrador que siento. Tengo que parpadear varias veces para que las lágrimas me dejen ver con nitidez.

Me maravillo al ver su pelo, tan claro como el de un ángel. Sus mejillas sonrosadas. Unos labios perfectos, gruesos como los míos y, por lo que puedo apreciar, unos ojos verdes tan intensos que hechizarán a cualquiera. Reflejándose en ellos toda la luz de su alma. Sus pestañas son densas, blancas y preciosas como las de él.

No dejo de contar sus deditos por miedo a que le falte alguno. Su naricita es perfecta y su cara redondeada. Tan hermosa como la de su padre.

No puedo dejar de sonreír al escucharla llorar. Como un maullido de un gato. Respiro aliviada al ver que está sana.

Ella, al fin, está aquí, mi hija. Sangre de mi sangre. Y de la suya. Algo que nos unirá de por vida. Sin un atisbo de maldad en todo su cuerpo, sin oscuridad, sin dolor... solo paz. Una paz profunda e inalcanzable.

El día en que mi pequeña nace, el hombre que me ha amargado la existencia muere. Nadie parecía que fuera ayudarme a salir de este infierno, hasta que mi amiga ha aparecido como un milagro. No tenemos médicos ni nada que se le parezca a las comodidades de un hospital, pero mi hija ha nacido prácticamente sola, tirada en el suelo, con un cuchillo al lado, toallas empapadas de sudor y sangre y cortando yo misma el cordón que nos unía mientras la acuno en brazos.

—Es preciosa. ¿Sabes cómo la vas a llamar?

—Jessenia; la que es un regalo de Dios.

Huyo de los recuerdos y de todas sus heridas

Al cabo de unas horas conseguimos cruzar el umbral de la puerta para dejar atrás la casa en la que he sido tan infeliz y una vida cargada de injusticias. Aún no soy muy consciente de todo lo que está sucediendo y ni sé como he sido capaz de ponerme en pie tras el parto. Mi abuela siempre me decía que sería una mujer fuerte y sin duda, ahora, debo darle la razón.

Rebecka se ha encargado de todo. Le he dicho donde guardaba todo aquello que me hacía feliz. Mis recuerdos y lo único que llevaría conmigo allá donde fuese.

Mientras conseguía recomponerme tras dar a luz a mi hija ha sido muy paciente conmigo.

El hombre que la acompañaba, y que nos esperaba en un coche calle abajo para sacarnos de aquí, ha limpiado la cocina tras recibir una llamada fugaz de Rebecka en la que un simple “¡te necesito ya!” ha bastado para que apareciera por la puerta. No ha dejado ni rastro de sangre. Mi cocina estaba impecable y Asad había desaparecido. ¿Qué habrá hecho con él? Sinceramente, me da igual. Aunque creo que su presencia me perseguirá el resto de mi vida. Es más, sigo mirando por encima de mi hombro por si ese hombre resucitara y saliera corriendo tras de mí mientras seguimos caminando apresuradas, tapadas con el velo y con Jessenia en los brazos de mi amiga para sujetarla, pues yo apenas tengo fuerzas para agarrarme a su brazo y colocar un pie delante de otro.

El recorrido hasta el coche en el que se encuentra el hombre misterioso, del que aún desconozco su nombre, se me hace eterno.

Ando en una especie de aturdimiento y conmoción que no me deja pensar con claridad. Como si mi propia alma saliese de mi cuerpo y divagase levitando por esta ciudad que me dio tanto a la par que me quitó. Cada esquina de esta barriada, y de todas las demás de Raqqa, fueron y son una trampa. Los callejones ocultan fantasmas y sus calles hace tiempo que se llenaron de cadáveres, cristales, escombros... Desde entonces hay saqueos, asesinatos y cada vez más violaciones, las cuales se utilizan para recompensar a los milicianos e intimidar a la población.

Viviendas convertidas en ruinas de piedras y ladrillos. Edificios acribillados por las balas de todo tipo de calibres, de los que asoman vigas caídas, y carbonizados por los misiles. Coches calcinados, volcados y destrozados por doquier. Los bombardeos derribaron líneas eléctricas y pulverizó manzanas enteras pintando así la ciudad de oscuridad.

Recuerdo con añoranza mi infancia, cuando salía con mi abuela y corría libremente por las calles. Con ella podía hacer cualquier cosa. Jugábamos juntas, nos peinábamos, me enseñó a hacer cremas y perfumes y también cómo me maquillaría los ojos cuando creciera, con una especie de tinte negro, y así poder destacar aún más su color. Me enseñó a leer y me contaba historias. Esas que yo sentía como cuentos pero que estaban tan disfrazadas de fantasía que no comprendía que estaban llenas de verdad y las cuales me estaban preparando para lo que sucedería en un futuro. Mi abuela siempre fue muy culta, adelantada a su época, era un ser especial y me trataba con todo el cariño con el que se debe tratar a una hija, por eso ella fue mi verdadera madre a pesar de que ya tenía una pero que no supo hacerlo mejor condicionada por mi padre. Él siempre fue muy estricto, sabía que hasta que no llegara su momento, no podía prohibirnos ciertas cosas. Durante ese tiempo en el que escondía sus ideales junto a otros tantos,

se preparaban y acudían a charlas motivadoras para, en un futuro, aprovecharse de la situación e implantar el terror.

Cierro los ojos fuertemente para despedirme de mi abuela sabiendo que nunca abandonará mi corazón y decirle adiós a mi familia para siempre, pues una vez que se enteren de lo que he hecho y salga del país no podré regresar jamás al lugar de donde pertenezco.

Intentamos pasar desapercibidas entre la gente y las miradas inquisidoras de todos aquellos que empuñan *kalavnikovs*.

Observo con gran fijación a un señor tirando de una carretilla repleta de fruta, a una mujer cargada con una garrafa de agua para esparcirla por la acera de su casa, a unos niños correteando calle abajo. Parece que la vida siga su curso a pesar de las muertes que suceden cada día.

Somos el punto de mira de cualquiera que quiera hacernos cumplir con la ley; dos mujeres solas, vestidas tan solo con el pañuelo que cubre nuestro pelo. Pese a ello, como protegidas por un ser superior, nos abrimos paso entre la multitud y llegamos hasta nuestro destino sin ser descubiertas. Suelto el aire retenido en mis pulmones al ver que una parte del plan la hemos superado.

Apoyo mi mano en la parte trasera del coche y el metal quema mi piel al llevar tanto tiempo bajo el mismísimo sol infernal. Me llevo la otra mano a la zona de mi bajo vientre, las punzadas de dolor que me provocan son horribles y no paro de sangrar. Ahora mismo necesito un médico o empeoraré. Pese a ello, tengo que aguantar con las curas que me ha hecho mi amiga. Necesito que los medicamentos que me ha suministrado hagan algo de efecto y me ayuden a soportar un poco más el dolor. Debo hacerlo por mi hija. Tengo que ponerla a salvo.

Rebecka me ayuda a meterme en la parte trasera del coche. Huele a rancio y es muy viejo, lo que me hace dudar si será capaz de recorrer los kilómetros suficientes para alejarnos y ponernos a salvo. Me hace sostener a mi hija e intento calmarla al ver que se queja. No quiero que empiece a llorar y llamemos la atención. El señor que está al volante, el mismo que minutos atrás se ha deshecho de todo el horror cometido en mi casa, me observa por el retrovisor y hace un gesto con la cabeza para saludarme. Lleva unas gafas de sol negras y solo le faltan un par de centímetros para que su cabeza roce el techo. Le respondo con una sonrisa y ese simple gesto basta para saber que les estaré eternamente agradecida por lo que están haciendo.

Rebecka se sienta conmigo y le da la orden a su compañero para que arranque. De su bolso saca unos papales y se los entrega.

—Cuando lleguemos a la frontera entrega esos papeles—. Le ordena.

—Sí, jefa —antes de meter la marcha y pisar el acelerador para salir de aquí cuanto antes, extrae el mapa de la guantera y vuelve a repasarlo para enseñarle a Rebecka el punto exacto por el que atravesaremos la frontera para intentar no levantar sospechas.

—¿Qué son esos documentos? —me atrevo a preguntar, asustada, a la par que mezo a mi hija.

—Tranquila, no tienes de qué preocuparte, todo saldrá bien—. Me mira con sosiego y desliza uno de sus dedos por la mejilla de Jessenia.

Durante el trayecto en coche he conseguido que Jess consiguiera amamantarse, me preocupaba no saber hacerlo bien. Aún así parece una niña muy buena y sé que poco a poco llegaré a ser la madre que se merece.

A unos dieciocho kilómetros de la frontera observo a mujeres cultivando y labrando el campo bajo un sol cada vez más bajo.

Entrecierro los ojos al ver en la lejanía la sombra de lo que parecen *convoys* militares. Es entonces cuando su imagen me atraviesa como un puñal.

—¿Has podido averiguar algo sobre Will? —pregunto a mi amiga.

—Nada. Lo siento, Laylak—. Aparto la vista de ella para centrarla nuevamente en el paisaje que se ve a través de mi ventanilla.

Me mata el no saber qué ha sido de él y si le ha ocurrido algo. Will siempre será ese amor que solo te pasa una vez en la vida. Aunque te vuelvas a enamorar después. Siempre será esa persona que te sacudió el alma desde la primera vez que la miraste. La que cuando estaba a tu lado y sentías el calor de su piel todo lo demás perdía importancia. Y que cuando te besaba te querías quedar para siempre en ese momento. Reparo en la corriente eléctrica que recorre todo mi sistema nervioso al recordar cómo me respiraba cuando hundía su nariz entre mi cuello y mi pelo, la manera en la que saboreaba con sus besos cada parte de mi cuerpo y cómo acariciaba cada centímetro de mi piel. Él siempre será el primer hombre que supo hacerme feliz con tan solo una mirada, un gesto o una palabra. Ese que me quería tal y como era y que deseaba ante todo que fuera libre para elegir. Siempre será el que me descubrió el amor y del que seré incapaz de olvidarme.

Mi mirada se vuelve vidriosa, los recuerdos me embargan e intento que no se me note. Observo a mi hija, que duerme plácidamente entre mis brazos y mi pecho, y le doy un cálido y suave beso que me eriza la piel.

Conseguimos llegar a la frontera sin ningún contratiempo. He estado intranquila durante todo el trayecto. En más de una ocasión he notado la mano de Rebecka sobre mi pierna para tranquilizarme. Sinceramente, me da pánico todo esto. Me enderezo en el asiento con miedo a lo que pueda pasar. ¿Y si se dan cuenta de que algo no va bien? ¿Y si saben que he escapado? ¿Y si no quieren dejarnos pasar? Las dudas me ahogan y me temo lo peor.

—Tranquílcese, señorita —suelta nuestro chófer —todo irá bien, confíe en mí—. En realidad no sé si estará al corriente de toda mi situación y si sabe que estoy casada; bueno, más bien, lo estaba, y el poder escuchar esa simple palabra “señorita”, que a priori carece de importancia, para mí tiene todo el sentido del mundo. Una palabra que no me hace estar atada a mi pasado y me hace sentir algo más libre.

Nuestras miradas se encuentran a través del espejo retrovisor. Ahora no lleva las gafas, y sus ojos negros y oscuros como una noche sin luna, me transmiten una paz que hacía tiempo no experimentaba. Me guiña un ojo y en su rostro se dibuja lo que parece una sonrisa bajo un poblado bigote negro. Al verlo por primera vez parecía un hombre rudo, serio y sin sentimientos, pero durante el trayecto nos ha demostrado lo contrario. Giro la cabeza hacia Rebecka y asiente.

—Tiene razón, Laylak, céntrate en Jessenia. Solo sonrío si te preguntan y deja a Fredick hacer su trabajo—. Fredick, así se llama. Sin él saberlo, siempre llevaré a este hombre en mi corazón y le estaré eternamente agradecida por haber accedido a ayudar a Rebecka para ponerme a salvo. Ponernos a salvo. Les debo mi vida entera.

En cuanto paramos en el control repleto de militares y policías turcos, intento calmarme y no llamar la atención. Un hombre de mediana edad se acerca a la ventanilla sobre la que tiene apoyado un brazo Fredick y le hace unas cuantas preguntas. El policía estira la mano para que nuestro chófer le entregue unos papeles.

Durante los segundos que repasa cada dato de los documentos se me ocurren miles de excusas por las que no nos dejarán pasar. El policía mira hacia el interior del vehículo. Primero a

Rebecka, la cual lanza una sonrisa dulce y encantadora. Y luego a mí. Me observa durante unos minutos y yo no levanto la mirada hasta que me pregunta qué llevo en los brazos. Ha oscurecido lo suficiente como para no distinguir lo que cargo sobre mí a pesar de que todo el paso fronterizo está repleto de focos cegadores de los que se pueden ver perfectamente a través de la luz la cantidad de insectos nocturnos. Me alumbra con una linterna y levanto la cabeza, cubriendo mis ojos con la palma de la mano para no cegarme.

—Es su hija— replica Fredick y muevo el cuerpo diminuto de Jess para que pueda verla. Durante un momento duda al ver sus rasgos y los míos—. Es muy tarde, señor, y la niña debe llegar a un lugar seguro para que descanse. —Sigue hablando nuestro compañero—. Por cierto... esto creo que es suyo... —abre la guantera del coche y al sacar un sobre marrón bastante gordo capta toda la atención del policía.

—¿Intenta sobornarme, joven? —coge el sobre y lo abre para curiosear el interior. Levanta las cejas sorprendido y su cara refleja al instante lo que tanto desea. Una jubilación anticipada y un respaldo económico lo suficientemente succulento para desaparecer de aquí y darle por fin a su familia la vida que se merecen.

—Para nada, señor... —se clavan la mirada el uno al otro— tan solo es un pequeño obsequio por tratarnos tan bien y para que les dé a su mujer e hijos la paz que necesitan.

—Entiendo. En ese caso no los entretengo más y espero que lleguen a su destino lo antes posible— por lo visto, no es la primera vez que untan a alguien con mucho dinero en la frontera para hacer la vista gorda.

—Así será, muchas gracias, señor—. Fredick arranca de nuevo y atraviesa la barra de seguridad que han levantado tras la señal que ha hecho el policía una vez que se ha guardado el sobre bajo su pechera. En cuanto dejamos atrás el control Fredick suelta un grito de emoción asustando a Jessenia y Rebecka se acerca a mí agarrándome del brazo y sonriendo.

—¡Lo hemos conseguido, Laylak, lo hemos conseguido! Solo queda un poco más y tu vida cambiará para siempre.

Sonrío por inercia y mis ojos se tornan brillantes, pero son incapaces de derramar ninguna lágrima más. Giro la cabeza hacia la parte trasera y vislumbro el camino oscuro que dejamos atrás a través del cristal, sabiendo que abandono mi país con el corazón repleto de sueños rotos y promesas sin cumplir.

Huyo de los recuerdos y de todas sus heridas.

Después de llegar a Sanliurfa, subimos al primer avión hacia Ankara y coger el segundo vuelo hasta Estocolmo, llegamos a nuestro destino. Las horas me pesan como una losa y siento que voy a desfallecer en cualquier momento. Una vez que pasamos el control y entregamos toda la documentación debida, la cual Rebecka organizó hace meses, le pido a mi amiga que sujete a Jess.

—Laylak ¿te encuentras bien?

—Sí, solo estoy algo mareada. Necesito un momento para... —no soy capaz de terminar la frase cuando un vahído se apodera de mis sentidos y caigo desplomada al suelo. Las voces de mi amiga, Fredick y el llanto de mi hija llegan a mis oídos, pero no puedo hacer nada. Los ojos se me cierran y me venzo rendida en un oscuro vacío.

Han pasado varios días y si todo va bien, hoy me darán el alta. Los médicos nos han tratado muy bien, tanto a mí como a mi hija. No nos ha faltado de nada. Yo estaba muy débil, necesitaba buenas curas después del parto y nutrirme en condiciones para poder cuidar de mi bebé. Sin embargo, ella está muy sana y es muy fuerte, como su padre. Justo ahora las enfermeras la han traído después de asearla. Está a mi lado, dormidita en esa cama nido de metacrilato. Me acerco a ella, aún dolorida, para olerla. Huele tan bien. Acaricio su piel con mis dedos, hasta que me agarra uno de ellos con su diminuta mano. Sus dedos se cierran con fuerza en torno al mío, con esas uñas tan minúsculas. Toda ella está tan bien hecha que pareciera una fantasía. Podría quedarme así horas, observándola casi sin pestañear por miedo a perderme cualquier cosa.

Lllaman a la puerta y Rebecka entra al instante. Trae consigo un ramo gigantesco de flores y una sonrisa esplendida.

—¡Rebecka! ¿Y esas flores?

—En Europa acostumbramos a llevar flores a nuestros amigos y familiares cuando están en un hospital. Además hoy es un día especial ¿no?

—No tenías porqué traerme nada... ya has hecho bastante por mí.

—Es solo un detalle, Laylak. Tendrás que ir acostumbrándote a que la gente te haga regalos—. Me tiende el ramo para hacerle carantoñas a Jess. Hundo mi nariz en los lirios amarillos, las rosas blancas, las proteas y las verdes hojas. Un simple detalle lleno de color que me provoca una sutil sonrisa y la sensación más maravillosa al ver que puedo ser feliz. Solo hay algo que siempre cargaré con la culpa, el no haber luchado como era debido por mi amor con Will. De ser así, probablemente ahora, estaríamos los tres juntos.

—Gracias, Rebecka. Gracias por todo, de verdad.

—No tienes por qué darlas, querida. Ya ha pasado todo. Aunque, aún ten queda algo por hacer... Tranquila, conseguí que ese periodista dejase de llamar. Le dije que nosotras le avisaríamos cuando estuvieras preparada. ¿Sigues queriendo hacerlo? Sabes que si cambias de opinión solo tienes que decírmelo y no te volverán a molestar nunca más.

—¡No! No tienes que hacer nada. Sigo pensando igual, solo que aún no me siento con fuerzas. Alguien debe hacerlo y contar qué está pasando con exactitud en esos países.

—Está bien, como quieras. ¡Ah, por cierto! Esta mañana he recibido una llamada de un tal Mickael. Ni idea de cómo ha podido contactar conmigo. Decía que tenía que verte y hablar contigo urgentemente. Por su voz parecía nervioso e impaciente. Le he explicado la situación y en unos días vendrá a Estocolmo.

—De acuerdo. No sé quién puede ser... pero si dice que es importante hablaré con él.

Rebecka y yo estamos en su despacho. Está escribiendo un informe detallado de la misión para pasarlo a sus supervisores. Debía haberlo hecho hace días, pero dada la situación y todo lo ocurrido, consiguió que le ampliaran el plazo para ponerlos al día. Cuando se enteraron de que Rebecka incumplió la orden quisieron despedirla y que no pudiera ejercer nunca más pero, tras explicarle lo sucedido y proporcionarle toda la información de última hora que indagué, se lo pensaron mejor y decidieron darle un voto de confianza. Al fin y al cabo yo conseguí salir del país, tal y como prometieron, y ellos obtuvieron de mí todo lo que necesitaban.

No dejo de mecer el carrito en el que está Jessenia tumbada intentado dormirse cuando suena el teléfono del despacho.

—¿Sí? —responde al instante mi amiga. —De acuerdo, dígame que suba, gracias.

—El señor, Michael Thomas, ha llegado.

A través de las cristaleras del despacho veo salir, apresurado, del ascensor a un hombre. El corazón se me pone del revés al descubrir que este Michael era su Michael. Sólo me bastó verlo una vez, casi de soslayo, para saber que son la misma persona.

Las malas noticias casi siempre suelen comenzar con una llamada. Una llamada inesperada para comunicar un accidente, una urgencia médica o cualquier otra desgracia. Sin embargo, en esta ocasión no recibo una voz a través de un aparato, sino a una persona de carne y hueso. Y no a cualquier persona.

Una vez que sus nudillos golpean el cristal de la puerta, Rebecka lo invita a entrar. Esta se levanta de su silla y lo saluda estrechándole la mano. Seguidamente se gira hacia mí, posando sus ojos sobre los míos, con delicadeza y fijación, y me tiende la mano. Me cuesta reaccionar.

—Vaya... eres tal cual te describía—. Suelta un hilo de voz casi imperceptible y algo atropellado.

Le respondo el saludo temblorosa y con pánico por descubrir lo que haya venido a decirme. Jessenia empieza a gimotear y capta toda nuestra atención. La cojo en brazos en un acto reflejo, sin ser muy consciente de lo que hago. La abrazo contra mi pecho y la intento calmar. La colmo de besos bajo los ojos expectantes de ambos hasta que Michael consigue verla.

—¡Joder! Se parece a... —se le escapa. —Perdón, no quería ser maleducado.

—Tranquilo—. Consigo reaccionar por un momento—. Sí, es de William—. Vuelvo a mirar a mi hija con ternura.

—Laylak, dame a Jess. Os dejaré a solas para que podáis hablar.

Mi amiga desaparece por la puerta con mi hija en los brazos e invito a Michael a sentarse. Se pone algo nervioso, sin saber muy bien por dónde empezar. Se pasa una mano por la cara intentado así desaparecer el rastro de todo el dolor.

—Pensaba que sería más fácil... Pero es todo lo contrario, y más ahora al ver lo que acabo de ver. Joder, no sé muy bien por dónde empezar—. Traga saliva. Parece que no quisiera hablar del tema, aunque deba hacerlo.

—Quizás, ¿por el principio? —aún sigo entera y me mantengo fuerte. ¿Por cuánto tiempo?

—Ya, supongo... —resopla —de acuerdo, creo que será mejor así. Te la escribí en cuanto

ocurrió. Pensaba enviártela para ser fiel a vuestra manera de manteneros en contacto, pero después de darle muchas vueltas, decidí que lo mejor sería dártela en persona. Quizás así pueda explicártelo mejor porque, ahora mismo, no soy capaz de hacerlo—. Del bolsillo saca un sobre blanco y algo doblado. Se me acelera el pulso y una presión en el pecho no me deja respirar con normalidad.

En lo más profundo de mi ser sabía que desde el momento en que no supiera nada de él mi vida quedaría engullida por miedos e incertidumbres, a pesar de que supe disfrazarlos muy bien para que nadie se percatara de ello.

Michael me entrega la carta. Hago ademán de asentimiento y, excusándome, voy directa al baño a toda prisa donde poder rehacerme antes de regresar con la cara hinchada y luchando con los sentimientos que me queman el esófago, pues una parte de mí sabe que no me va a gustar lo que dice el contenido de ese sobre.

—Disculpa —se levanta de la silla al verme entrar —estoy algo indispuesta.

—Tranquila. Sé por lo que estás pasando. Debe ser duro.

Me siento frente a él con la carta sobre la mesa, invitándome a que la abra. Hago acopio de mi valor y rompo la solapa sin más dilación.

Leo, leo y leo durante un buen rato. Cada parte, cada frase, cada palabra, cada letra por miedo a no estar entendiendo bien todo lo que explica Michael en ella. Él me observa con cariño, triste y melancólico, con los ojos vidriosos pues él también ha perdido a alguien a quién quería. Su jefe, su compañero, su amigo, su hermano a pesar de que por sus venas no corrían la misma sangre.

Me percató de que en el sobre hay algo más. Una fotografía. Aquella foto juntos y la que más adelante le enseñaré a mi hija para explicarle quién era su padre. Las lágrimas empiezan a quemarme las mejillas y a mojar toda la superficie en la que tengo mis brazos apoyados al comprobar que también he recuperado la pulsera de mi abuela. Me las enjugo con el dorso de la mano en el momento en el que todo se vuelve borroso y las líneas de cada frase se entremezclan. Un sollozo se escapa de mi garganta y Michael posa su mano sobre la mía para calmarme. Lo miro y, entonces, me derrumbo ante él. Intento calmarme, sin éxito alguno. Las lágrimas se agolpan de tal manera que no las puedo controlar.

—Me hizo prometerte que te la hiciera llegar y que supieras que lo había protegido siempre que la llevaba encima. Me obligó a decirte que te querría incluso si desapareciera de este mundo. Como bien te explico en la carta, Will desapareció en nuestra última misión. Después de varias semanas seguimos haciendo todo lo posible por encontrarlo. Sin embargo, debemos ser realistas y saber que lo más seguro es que no esté vivo. Laylak, mis superiores se temen lo peor, y lo más horrible de todo esto es que, seguramente, sea cierto.

Ahora sí, mi ilusión se rompe en mil pedazos. Si había un ápice de esperanza, ya no queda nada. Me levanto envuelta en lágrimas, sollozando y con el corazón roto en mil pedazos, para abrazar a Michael. Algo, que con cualquier otro hombre, sería impensable, pero que con él me sale sin pensar. Pues hay una fuerza mayor que nos unirá y somos los únicos que podemos llegar a entendernos.

Compungida me estrecha entre sus brazos, proporcionándonos el consuelo que ambos necesitamos.

—Ahora entiendo porqué estaba enamorado de ti—. Me susurra aún entre sus brazos.

Will y yo fuimos un amor fugaz, de esos que tienen fecha de caducidad. Un amor de esos tan

bonitos, pero que sabes a la perfección que va a doler.

La variedad de las lágrimas

Entrevista concedida por la señorita, Laylak Murad. Enero de 2020.

[...]

—Verá, señorita Murad, cito textualmente un fragmento de su libro “Bajo un cielo en guerra”:

<Os imploro, acabad con el Daesh de una vez por todas. He sufrido el dolor que me causaron. Vi muy de cerca su maldad...>

A todos los que cometen crímenes de trata y genocidio hay que llevarlos ante la justicia para que las mujeres y los niños puedan vivir en paz. No solo en Siria, sino también en Irak, Afganistán, Nigeria, Somalia y en cualquier lugar del mundo. Estos crímenes contra las mujeres y su libertad deben llegar a su fin...>

—¿Es cierto, señorita Murad, que con esas palabras está incitando a la venganza? Es decir, tengo entendido que se ha hecho muy amiga de un ex militar que sirvió durante años y combatió en esos países con esos pensamientos. ¿En ningún momento su amigo le ha prometido que buscaría a los que le causaron tanto daño y los mataría? Se filtraron algunas conversaciones en las que el señor Michael Thomas le dijo que estuviera tranquila porque esos mal nacidos disfrutarían de su paraíso...

—Todos, en algún momento, hemos podido dejarnos llevar por el dolor al ver sufrir a la persona que queremos y así soltar lo primero que se nos pasa por la cabeza. Cada uno tiene sus puntos de vista y no puedo hacerme cargo de cada uno de ellos. Pero... debe entender que no se trata de matarles. Se trata de evitar que maten o se lo hagan a otras personas. Señor Wallace, la pena de muerte no resuelve un problema.

—Entiendo. Siento mucho que haya tenido que pasar por todo ese sufrimiento, señorita Murad.

—Yo siento que toda Siria, en especial mujeres y niños, estén pasando por ese calvario.

[...]

Después de mi llegada a Estocolmo, mi recuperación y la de mi hija, de la visita de Michael, acudir a un psicólogo especializado en el tema durante un tiempo y de asentarme en la ciudad, conseguí escribir un libro gracias a los contactos de Michael. Él se dedicó a relatar todas las historias que había experimentado estando de servicio. De él y de todos lo que había conocido. Ellos mismos dieron su aprobación para poder contarlos. Publicó varios libros y siempre desde el anonimato. Su intención no era que todo el mundo supiese su historia y lucrarse por ello, sino que la humanidad conociese las verdades de lo que llega a pasar en esos lugares y las experiencias tan duras que han experimentado. Todas las ganancias las fue donando a múltiples asociaciones.

Gracias a él pude hablar con su editor y, después de mucho trabajo, conseguí hacer público todo lo que había escrito en mi cuaderno durante años, desde que era una niña. Necesitaba contárselo al mundo. Necesitaba hacer más. Me veía en la obligación de darles voz a esas personas que no podían alzarla.

Tuve el valor de conceder varias entrevistas a los medios de comunicación. Al principio sentí pánico. Pedí que en las entrevistas se me viera de espaldas y con la voz distorsionada. El terror

que vivía en mi interior era demasiado grande como para dejar que mi padre moviera los hilos y me encontrara. Porque puede parecer que no sea tan grave, pero lo es. El *Daesh* ha conseguido llegar tan lejos que tienen personas a favor de la causa en todas partes del mundo.

Con el tiempo, Rebecka consiguió cierta información en la que un alto mando del grupo islamista había muerto junto a otros milicianos en una redada. Supimos que uno de ellos fue mi padre y, pidiéndole perdón a Dios, me sentí aliviada. Desde entonces, puedo respirar y consigo dormir un poco más relajada cada noche.

En las entrevistas hablaba de mi abuela. Sé que estaría orgullosa de mí al ver lo que he conseguido. También de la relación que mantenía con mi familia. De las noches que me escapaba a las escuelas clandestinas para poder estudiar. De la inocencia de una niña que dejó de tenerla pronto porque el mundo en el que estaba creciendo no se lo permitía.

El mundo es cruel, pero en esos países más aún.

En muchas de las entrevistas, algunos periodistas acababan con lágrimas en los ojos. Sin embargo, hay una gran variedad de lágrimas; de pena, de rabia, de tristeza, de desahogo, de alegría... Esas lágrimas derramadas nunca serían como las mías o el resto de mujeres que habían pasado, y aún pasan, por lo mismo que yo. Nosotras debíamos, y debemos, ahogarlas en la almohada.

Yo quería ayudar, de verdad que lo deseaba con todo mi corazón. Dar voz a lo que ocurre allí. Sin embargo, sé que todo aquél que me escuchara acabaría olvidándolo tarde o temprano. Al cabo de una hora cuando tuviera que ir a comprar al supermercado. Al escuchar su canción favorita en la radio del coche de camino a casa. Tomando un café en su cafetería preferida. Al sentarse en un banco para seguir inmerso en un libro de romance o fantasía. Cuando llegara la hora de ir al gimnasio después de un día duro en el trabajo. Al volver a casa después de haber pasado la tarde en el parque con los amigos de sus hijos. Algunos, quizás, tardaran días en olvidar la cruda realidad. Pero muy pocos viven con la certeza de que la vida de las mujeres y niños tienen muy poco valor en gran parte del planeta.

Esa misma noche, después de la entrevista, Michael me dio la enhorabuena al verme salir del edificio. Nos hicimos muy buenos amigos. Nos cuidábamos el uno del otro, aunque siempre pensé que él se volcaba más en que yo fuera feliz. Como si hubiera hecho una especie de promesa a esa persona que tanto nos unía ambos. Nuestra amistad era especial. Por eso al cabo de unos meses y sopesando varios aspectos de su vida, decidió mudarse a la ciudad un tiempo para estar más cerca de Jess y mía.

—¡Mamááá...! —grita mi hija al verme. Michael me la tiende al bajarla de los hombros. En unos meses cumplirá cuatro años y solo puedo pensar en lo rápido que pasa el tiempo mientras la envuelvo bien con el abrigo para que no coja frío.

—¿Os apetece cenar en un italiano? De camino hacia aquí he visto una pizzería con muy buena pinta —suelta Michael, entusiasmado.

—Sí, mamá, quedo pisaa, po faaaaa... —junta sus manitas, enfundadas por sus guantes rosas, a la altura de los labios a modo de plegaria.

—Está bien, vamos —sonríó a mi hija. —¡Cenemos pizza!

Nos sentamos en una mesa pequeñita, junto al ventanal que muestra a la gente paseando bajo el frío de la ciudad. Como si contemplara una especie de escenario. Mis pensamientos se apoderan de mí durante unos segundos. Las voces de fondo que hay en el restaurante, unidas a

las de mi hija y Michael, y la melodía del local se disipan por un momento. Solo las oigo muy a lo lejos, mientras este le cuenta secretos a Jess y ambos se ríen. Mi vida ha cambiado tanto que aún sigo en un estado de trance. Como si estuviera viviendo una vida paralela y para nada real. No sé como soy capaz de caminar entre todas estas personas que viven ajenas a tanto dolor, a tanto sufrimiento. Ajenas a que Will ya no está aquí conmigo, con nosotros. Que nunca más disfrutará de un chocolate humeante en invierno que lo caliente por dentro, ni del agua salda del mar en verano para refrescarse, ni de contemplar una puesta de sol, ni de disfrutar de una conversación con su hermana pequeña, la cual adoraba por encima de todo, la felicidad al abrir los regalos junto a su hija la mañana de Navidad... Ni siquiera de ir a comer a una simple pizzería, cenar con nosotras y ver reír a Jess. Nunca sabrá lo que se siente al escuchar “*papá*”.

Siento como si aquel día en el que desapareció me hubiesen arrancado una parte de mí que nunca podrá estar completa y siempre estará llena de grietas.

Mi mente deja de prestar atención a mi entorno y se adentra de golpe en los recuerdos. Me pasa muy a menudo, después de cada entrevista y revivir cada momento.

—¿De que la quieres tú? —me hace volver Michael.

—Oh... de verduras —sonríó al camarero, que sigue quieto como una estatua después de haber anotado lo que han pedido ellos.

—Perfecto. Enseguida salen vuestros pedidos—. Gracioso, le saca la lengua a Jess y Michael le devuelve la carta.

—Verás, Laylak... el motivo de esta cena es por algo que llevo un tiempo dándole vueltas y que necesitaba decírtelo de una vez—. Su rostro se torna algo más serio. La inquietud se instala en mi pecho porque algo me dice que sé lo que quiere contarme. Lo observo expectante a la par que miro a mi hija de reojo, que garabatea con unas ceras de colores sobre el papel que hace las veces de mantel.

—¿Qué ocurre? —pregunto a sabiendas de que no sé si estoy preparada para escucharlo.

—No sé por dónde empezar y no quiero que me malinterpretes —dubitativo se lleva una mano a la sien—. Está bien, iré al grano. Siento algo por ti, Laylak —el corazón me da un vuelco, sintiendo así una opresión que no me deja respirar. —No ha sido algo planeado, de veras. Hace tiempo que no te veo tan solo como a una amiga. No sé en qué instante ocurrió exactamente, simplemente llegó un momento en el que lo único que quería era cuidarte. A ti y a Jess. De hacer todo lo posible para que estéis bien. No sé muy bien cómo explicarlo, Laylak, porque todo esto es nuevo para mí. Nunca me había pasado y no estoy muy seguro de si ha sido por cómo han transcurrido los acontecimientos o porque simplemente tenía que ocurrir. Pero lo siento aquí... —se lleva una mano al pecho, sobre su corazón. —Siento que te quiero. Que os quiero. Que no soportaría perderos. Os necesito en mi vida de una forma muy distinta a la que ya lo hacéis. Que estéis en cada día de mi vida. Todo este tiempo me había jurado que no permitiría que pasase nada así. Por su recuerdo. Porque de alguna manera tú le pertenecías. Y no quiero decir que por el hecho de haber estado con él fueras nada más que suya ni nada por el estilo... Me daba miedo pensar que apareciera y me echase en cara que me quedase a tu lado. Que me enamorase de ti. Pero él ya no está, por mucho que nos duela reconocerlo. Y necesito que sepas que estoy enamorado de ti, Laylak, hasta la médula—. Desliza su mano hasta la mía esperando a que reaccione.

—Michael, yo... —a veces, cuando lo observo durante un rato, intento apartar los recuerdos. Michael me despierta a bombazos el pasado. Y duele demasiado. Lucho contra ello cada vez que lo tengo en frente. Y otras veces también pienso en cómo pudo afectarle a él. Saber que ya no se

verían más, que no se irían de cervezas juntos a ningún bar, que no se podrían meter el uno con el otro o que no disfrutarán más de ningún partido de fútbol o de baloncesto. Conforme los años fueron pasando, Michael me llegó a conocer de una forma que Will no pudo. Sabe como pienso, cómo siento. No puedo engañarlo. O sí, porque realmente solo puede ver lo que yo le permito conocer. Solamente fui capaz de abrirme en canal una vez. Con alguien al que amaba más allá de mi propia existencia, con el único que llegué a ser realmente yo. Se lo di todo. Y ahora... ahora no queda nada—. Yo también te quiero, de verdad, aunque no sé si del modo que tú necesitas. Ahora mismo no sé si soy capaz de volver a amar de esa forma. Ya no es por el recuerdo de Will, sino por mí. Quizás con algo más de tiempo... —Sé que si me derrumbo estará ahí. Para mí y para Jess. Pero, ¿es eso lo que quiero realmente? No puedo engañarlo. No puedo engañarme. —No me gustaría perderte, puedes estar seguro de ello, Michael. Soy muy consciente de que no puedo pedirte que no te marches, que no nos dejes y que me des algo de tiempo. Es muy injusto. Deberías tener a tu lado una mujer que no tenga dudas, que se lance de cabeza, que apueste por ti a la primera, sin tiempos ni esperanzas. Eres un buen hombre, Michael, y nada me gustaría más que poder corresponderte. Sin embargo... ahora mismo, no soy capaz. Espero que lo entiendas.

Michael suspira y puedo ver la ternura en sus ojos castaños, en su mirada transparente, convencido de que algún día lograré olvidar todo. El daño, las promesas, el dolor, los sacrificios, el amor. Sobre todo, aquél amor.

Yo... yo no estoy tan segura.

—Estoy completamente seguro de que sí eres capaz de volver a amar, Laylak, lo sé. Solo debes dejarte llevar. Aún así, esperaré. Esperaré por ti. Porque no me imagino un futuro en el que ya no estéis vosotras dos—. Sus ojos se vuelven vidriosos y esperanzadores y a mí... a mí se parte el alma.

AGOSTO 2020

“Querido Will;

Mi Will, porque siempre lo serás. Siempre serás esa persona que me descubrió todo lo bueno que hay en la vida. El que me enseñó a amar sin medida. A dibujar una sonrisa en mi rostro, a pesar de las injusticias vividas.

Han pasado cuatro años y al fin he decidido escribirte.

No he dejado pasar tanto tiempo porque me hubiese olvidado de ti. Créeme, es imposible hacerlo. En absoluto. Lo hago hoy, en el cumpleaños de nuestra hija, porque esta mañana me he levantado con la necesidad de hablar contigo. De decirte que te echamos de menos. Jessenia y yo. Aunque ella no te haya conocido, le he hablado mucho de ti cada día. Le he explicado mil veces que la habrías amado sin medida. Que le habrías entregado tu corazón sin pensar.

Sinceramente, no sé muy bien por dónde empezar. Es algo extraño escribirte cuando sé que no obtendré respuesta.

Ahora sí podrás creermelo, Will, y tendrás que darme la razón. Nunca estuvimos hechos para estar juntos. Nuestra historia estaba destinada a acabar en tragedia.

El amor es irreflexivo e intenso. Muy intenso. Capaz de atravesarte el pecho de tal forma que si intentas sacarlo de cuajo, quedarán esquirlas que lo infectarán todo. En un caso así, solo puedes rendirte. Un amor así es inevitable olvidarlo. Eso sentí yo, sobre todo al principio, cuando nos vimos por primera vez.

¿Sabes? He comprendido que el dolor sí es pasajero. Pensaba que no. Hace años, cuando nos separamos por última vez. Pero lo es. Es posible que la causante de ello haya sido nuestra pequeña. No seguir adelante y sonriendo cuando estoy con ella es inviable. Sin embargo, tengo que reconocer que cada noche al verla dormir plácidamente, después de haberle contado unas cuantas historias, los recuerdos me embargan. Os parecéis tanto. Pareciera que te veo a ti. Y entonces... entonces sí que vuelve a doler. Tus recuerdos duelen. Y me pregunto... ¿El tiempo lo cura todo, Will? ¿Hasta las heridas más profundas? Como desearía una respuesta tuya. Siempre estabas tan convencido de todo. Siempre sabías qué decir.

Me siento un poco estúpida escribiendo esta carta. Siento que necesito olvidarte, Will. Olvidarte para poder avanzar. Algo en mi pecho me obliga a guardarte muy dentro de mí y no soltarte nunca. Sin embargo, mi cabeza me dice lo contrario. Que mientras sigas aquí no podré continuar. Sé que hubieras querido que fuese feliz, que me volviese a enamorar, que disfrutase de todo aquello que me prohibían... Y no dudes de que lo estoy intentando. Con todas mis fuerzas.

Ahora que estoy aquí sentada, frente a este papel y deslizando mi mano por él mientras te escribo, quizás, las palabras más difíciles de mi vida, te siento más cerca de mí. Hemos estado tan alejados todo este tiempo. Y sé que esta es la mejor forma para sentirte aquí, conmigo. A

mi lado, a pesar de que nunca más lo estés.

He temido sentirme feliz en tantos momentos con Jess por miedo a que no pudieras compartírmelos conmigo. Me he imaginado tantas veces tu sonrisa. La misma que a veces era complaciente, algunas risueña, otras canalla y de medio lado; esa que me erizaba toda la piel.

No puede decirse que nuestra relación, si es que se la puede llamar así, fuese la ideal o la más idónea del mundo, pero ha estado tan anclada a mi pecho que, de verdad, no sé si algún día seré capaz de soltarte.

A pesar de todo el tiempo que ha pasado, todavía no me acostumbro a que no estés a mi lado. Recuerdo, como si hubiese ocurrido ayer mismo, todas las noches que compartimos juntos. Como un sueño repetitivo ¿sabes? Recurrente. Como si mi subconsciente quisiera decirme algo. Una obsesión de mi mente por resolver algo que quedó pendiente. Y cuando despierto cada mañana, abrazada al diminuto cuerpo de Jess, me duele no verte a nuestro lado.

Cargo con todo el peso de no haber podido, o sabido, hacer nada por ti. Por mí. Por los dos. Fui tan cobarde... Si todas esas cartas que recibí hubiesen tenido contestación... no sé. No sé qué pensar. Quizás hoy estarías aquí. Estarías al lado de tu hija para ver cómo sopla las velas.

Aunque no sea así... soy feliz, Will. Feliz de que ella si lo esté y me niego a que dejes de existir para ella. Desde que llegó a mi vida me hizo experimentar un amor tan distinto, lleno de energía, sin condiciones, con una entrega total y plena. Más allá de la naturaleza. Un amor infinito. Siempre recordaré sus primeros pasos antes de alcanzar el año. Tan adelantada a todo. Me enamoré al instante de sus ojos, tan idénticos a los tuyos. De su sonrisa, también como la tuya. Me recuerda demasiado a ti. Y la amo aún más, si cabe, por ello.

Siempre espero que lo que te ocurrió no fuera más que una broma pesada del destino. Madre mía, pensarás que estoy loca y que es totalmente imposible. Sé que debo aceptar que te has ido para siempre y nos ha tocado viajar por caminos separados.

No obstante, puedes estar tranquilo. A pesar de lo que he dicho antes, te guardaré en una parte de mi corazón, lo suficientemente escondida para saber que sigues ahí, pero lo necesario para poder avanzar.

Tengo que despedirme, Will, lo sabes. Aunque no quiero. Sin embargo, debo hacerlo. Si bien la vida continúa y nosotras intentemos ser felices no quiere decir que no te llevemos en nuestro corazón. Que yo no te lleve dentro de mí de por vida.

Antes de poner punto final a esta carta, déjame agradecerte algo más. Durante lo que duró lo nuestro te conocí lo suficiente para saber que aún estando vivo te encargaste de que la persona en quién más confiabas, me encontrase.

Es un buen hombre, Will, entiendo porqué lo querías tanto. Nos ha cuidado muy bien y querido durante todo este tiempo. Y con Jess... déjame decirte que la ha dado la atención que necesitaba en cada momento como si fuese su propia hija. Gracias, Will, gracias por enviárnoslo sin que tan siquiera supieras que las que lo recibiríamos seríamos dos. Gracias por traerlo a nuestras vidas.

Ahora sí, creo que es hora de despedirse.

Allá donde estés, Will, te quiero y siempre te querré.

Siempre tuya, Laylak."

TIEMPO DESPUÉS

Cuando voy a salir de nuevo afuera con Jess, me percato de que hay un mensaje en el contestador. Cuando lo escucho decido llamar a ese número desconocido, pues en el mensaje no explica muy bien, pero parece importante.

—¿Sí? —contesta al segundo tono.

—Hola, disculpe, pero tenía un mensaje de este número.

—¡Ah, sí! ¿Usted es Laylak?

—Así es. ¿En qué puedo ayudarla?

—Verá, me llamo Alma Moreno. Leí su libro recientemente y me ha parecido fascinante. Sobre todo por su valentía. Algo así merece ser reconocido y me sentía en la obligación de contactar con usted y que el libro no se quedara simplemente ocupando un lugar en mi librería.

—¡Vaya! Muchas gracias, señorita Moreno.

—Verá, sinceramente, el motivo de mi llamada no era simplemente para felicitarla. Si bien he podido experimentar un mínima parte del dolor que refleja en esas páginas, sé bien que lo que menos necesita son halagos.

—En ese caso, agradezco sus palabras.

—Probablemente me haya extralimitado y debería haber hecho lo que hace la mayoría en casos así... pero no podía hacer nada siendo consciente de esos problemas. Desde que me vi inmersa en su historia siento la necesidad de aportar mi granito de arena. Ya sé que quizás eso no sea mucho, pero necesitaba hacerlo.

—Toda ayuda es buena, señorita Moreno.

—Oh no, no, por favor, dejemos las formalidades. Llámeme Alma—. Su risa dulce inunda mis oídos.

—Está bien, Alma, —la complazco —en ese caso, Laylak, estará bien también. A veces tantos formalismos nos hace sentir mayores ¿no es cierto?

—¡Totalmente de acuerdo! —ambas reímos.

—¿Y cómo ha conseguido contactar conmigo? —indago.

—Pues... cuando leí tu libro y me enteré de la labor que estás llevando junto a tu amiga Fátima en Siria, decidí indagar más. Como te he dicho me sentía en la necesidad de ayudar, así que lo hablé con mi marido, Alessandro. Él conoce a mucha gente influyente de todas partes del mundo, ya que a menudo vienen a los viñedos para hacer degustaciones, algo que ha pasado de generación en generación en su familia, por lo que tiene clientes fieles a los que poder acudir cuando necesita algún favor. Desde el momento en el que se lo comenté supo que este tema era muy importante para mí. Nunca he podido soportar las injusticias y en lo más profundo de mi corazón, cuando terminé de leer tu libro, algo me decía que debía contactarte. Ambos decidimos donar una gran cantidad de dinero a la asociación.

—¡Vaya, eso es maravilloso! Gracias.

—No hay de qué. Sin embargo, mi marido y yo no queremos ningún tipo de adulación al respecto. Puede que nuestra ayuda no aporte mucho y, de verdad, que nos gustaría hacer más. Lo que sea por la causa que ha creado.

—Alma, —sonrió aunque no pueda verme —con total sinceridad, os agradezco todo lo que tú y tu marido habéis hecho. La situación en esos países es muy complicada y pedir otro tipo de ayuda sería peligroso. No os voy a negar que vuestra donación nos ayudará muchísimo. Yo no puedo volver a Siria, al menos de momento, pero por suerte hay un gran equipo detrás de la fundación que se ocupa de todo y gestiona a la perfección lo relacionado con el auxilio a mujeres y niños. Además, parte de esas donaciones también van destinadas a la unidad YPJ de mujeres en Siria. Entre ellas hay francotiradoras, zapadoras... en línea de frente y es de gran ayuda. Hemos conseguido avanzar bastante. No obstante, aún queda mucho por hacer.

—Imagino. De todas formas, me encantaría que guardases mi contacto por si en algún momento podemos ayudar más. Alessandro y yo estaríamos encantados de poder hacerlo.

—Muchas gracias, Alma. No dudes en que lo tendré en cuenta. Me alegra que me hayas llamado. Por cierto, ¿desde dónde lo haces?

—Desde Italia. En un pueblecito de la Toscana.

—Vaya. Qué maravilla. Quizás algún día mi familia y yo podamos viajar y tengamos la oportunidad de conocernos.

—¡Eso sería maravilloso! Bueno, no te entretengo más. Me ha encantado hablar contigo y espero que te vaya todo genial, Laylak. Te lo mereces después de todo por lo que has pasado.

—Gracias, Alma. Todo va estupendamente. Nunca imaginé que pudiese vivir la vida que estoy viviendo. En el último año mi vida ha dado un cambio radical y pienso disfrutarla al máximo—. Al pronunciar esas palabras, ojeo sonriendo todas las fotos que adornan gran parte de este mueble. Fotografías que transmiten a la perfección los sentimientos y la felicidad que jamás pensé que pudiera conseguir.

—Me alegra oír eso. Suerte con todo.

—Hasta pronto, Alma.

Cuelgo el teléfono y registro su número. Alma Moreno (Italia).

Un milagro que nunca llegaba

Lo intenté. De verás que lo intenté. Fui incapaz. Se merecía que alguien lo amara de la misma forma que él lo hacía conmigo. No era justo. Michael fue muy bueno con nosotras y no puedo mentir, fue maravilloso tenerlo a nuestro lado. No voy a negar que me sentí arropada por él. Sin embargo, creo que el pasar tanto tiempo juntos hizo que las cosas se llevaran a otro extremo y los sentimientos se confundieran. Fue, y es, un hombre maravilloso. Pero... no sentía ese cosquilleo que debía sentir al tenerlo pegado a mí. ¿Sabéis a que me refiero, verdad? Ese tirón que te da la tripa cuando lo ves, te toca, te acaricia o te besa. Es cierto que según pasaba el tiempo no buscaba enamorarme de nuevo y mucho menos pretendía encontrar un amor como el primero. Sino uno más maduro, más adulto. Y quizás, en las millones de excusas que intentaba encontrar para no tener una relación con él fuese esa. Que no sentía que el estómago me daba un vuelco al rozar sus labios ni que se me erizaba la piel con su contacto. Puede sonar infantil pero, al fin y al cabo, ¿no es eso en lo consiste en gran parte el amor? No quería conformarme. Necesitaba un sentimiento de intensa atracción emocional y sexual con él. Y aunque lo buscaba constantemente, no lo encontraba. No con Michael. Se merecía una mujer que lo quisiese igual o más de lo que él decía sentir por mí.

Fui totalmente sincera con él. Siempre había ido con la verdad por delante y en esta ocasión no iba a ser menos.

Me puse muy nerviosa cuando lo hice. No quería hacerle daño. Michael siempre ha sido una persona muy comprensiva conmigo. Le dolió que lo nuestro no funcionara, aún así, lo entendió. Nuestra relación cambió por completo en ese instante. Y no digo que fuese a peor, al contrario, lo sentí más amigo que todo el tiempo atrás. Todo fue distinto en el momento en el que las cosas quedaron claras y no había esperanza en el aire.

Nos mudamos a Estados Unidos, justamente a Jacksonville, Oregon. La familia de Michael, y la de Will, vivían allí. Con el dinero que había conseguido ahorrar gracias a las ventas del libro pudimos comprar una casita preciosa en la que vivir mi hija y yo.

Michael seguía viniendo a casa para pasar tiempo con Jess, al fin y al cabo habían pasado mucho tiempo juntos. También la había criado y llegados a este punto, Michael siempre formará parte de nuestra familia.

Pasados unos meses conoció a una chica estupenda. Se llama Melissa, aunque le gusta más que la llamemos Mel. Nos la presentó en cuanto tuvo ocasión. Decía que necesitaba mi aprobación, aunque no tenía por qué, al fin y al cabo era su vida. De todas formas yo se la concedí en cuanto tuve la oportunidad de conocerla más y ver que era la mujer que Michael necesitaba. Se querían. Se quieren. Porque a día de hoy siguen juntos y la felicidad que irradia Michael nos hace felices a todos.

Pasado un tiempo mi corazón seguía palpitando muy fuerte por la corazonada que sentía. Me llamaron loca miles de veces. Y no lo niego, era para estarlo.

No obstante, un día me reuní con Rebecka y Michael. Cada cierto tiempo conseguía que mi amiga viniese a visitarnos y así pasar tiempo juntas. Me sinceré con ellos. Sentía la necesidad de

explicarles lo que me oprimía el pecho. Tras varios días sin poder pegar ojo, con los nervios a flor de piel y un pellizco en el estómago, Michael consiguió que los padres de Will accedieran a hablar conmigo. Sé que su familia no estaba muy de acuerdo con lo que hubo entre su hijo y yo. Excepto su hermana pequeña, que en cuanto me vio me estrechó entre sus brazos y entendí porque su hermano estaba tan enamorado de ella.

Les conté todo. Al detalle. Su padre era tal y como me había contado Will más de una vez. Un hombre rudo, ex militar y casi sin poder expresar ningún tipo de emoción. Jubilado anticipadamente por una enfermedad que le causó una misión años atrás. Su madre, una señora de los pies a la cabeza, elegante y un saber estar, quizás, demasiado formal y la cual complacía a su marido en todo lo que él mandaba. Al fin y al cabo, ella y mi madre no eran tan distintas en mundos tan diferentes.

Todo cambió en el instante en que me escucharon hablar de su hijo y les presenté a lo más hermoso que tenía en mi vida. A partir de entonces, les hice ver que ellos también podrían disfrutarla si así lo querían. En cuanto la vieron se desplomaron y no hizo falta explicarles mucho más para saber que no les mentía al decirle que, Jessenia, era su nieta.

Ese momento lo cambió todo. Fue el punto de inflexión que necesitábamos todos para seguir con aquello que se dejó un poco aparcado por miedo a que lo que encontraran no fuese lo que deseaban.

Moví cielo y tierra. Hablé a solas con el padre de Will. Le conté todo lo que sabía y le hice ver que nada ni nadie me iba a parar. Estaba en su mano ayudarme o no, pero su hijo merecía ser encontrado, aunque solo fuese para darle la sepultura y el reconocimiento que se ganó.

Tras meses y meses de mucho trabajo, papeleo, entrevistas con medios de comunicación y gracias a la ayuda del padre de Will, sus contactos con los altos mandos y con Michael, consiguieron que la búsqueda se retomara. Fueron meses muy duros y cada vez veíamos más claro que lo que queríamos todos era un imposible. Y, sobre todo, que el resultado que esperábamos jamás iba a ser cierto.

Recé cada instante por que sucediera un milagro. Un milagro que cada vez veía más lejano.

Los padres de Will se empezaron a impacientar y me echaban en cara el haber removido de nuevo los sentimientos y crearles falsas esperanzas. Los entiendo. No se lo tuve en cuenta. A veces yo también lo hacía conmigo misma. Me dolía. Pero, no podía dejarlo, no podía abandonarlo. No, otra vez. Ya no era solo por su familia o por mí, era por su hija. Si existía una mínima esperanza, lo hacía por ella.

Michael se lo tomó tan en serio que él mismo quiso participar en la búsqueda. Nadie mejor que él sabía lo que había sucedido allí y se conocía el terreno a la perfección.

Pasaron bastantes semanas desde que tuvimos las últimas noticias del equipo de investigación que llevaba el caso del *Seal* William Ross, perdido en las montañas de Afganistán. Nuestros ánimos perecieron. Fui una tonta y una ilusa al pensar que nos iban a dar buenas noticias.

Un día cualquiera, recibí una llamada. Era Michael. Sus palabras fueron escuetas. Simplemente me dijo que era importante vernos en persona. Su voz me resultó extraña, temblorosa. Solo pude escuchar con nitidez su nombre en los labios de Michael. Oírlo hizo que sintiera un cosquilleo en el cuerpo, pero estaba muerta de miedo. Aterrada. No quería escuchar de nuevo que su búsqueda era un fracaso. Que no lo encontraríamos, o mucho peor, que estaba muerto. Al colgar el teléfono mi corazón saltó con tanta fuerza contra mi pecho que tuve que apoyarme para no caerme.

Nos habíamos citado en la oficina donde todos nos reuníamos para saber cómo avanzaban las investigaciones. Michael no tardó en llegar. Apareció por el ascensor con una impaciencia desmesurada. Su rostro era distinto. Hacía meses que no lo veía en persona. Estaba más moreno por las horas que pasaba al sol en busca de Will por esas montañas rocosas y esas aldeas perdidas de la mano de Dios. Se le notaba cansado, exhausto, y su cara mostraba algo más que no conseguía descifrar. No podía estar más muerta de miedo. No quería escuchar lo que había venido a decirme. Dejó muy claro que solo me lo podía decir en persona, así que me esperaba lo peor. Sabía que si me decía aquello que me negué hace años a escuchar, me desplomaría al suelo y me rompería en mil pedazos.

Al verlo recorrer el pasillo de las oficinas hacia mí, ya sentía el alma en los pies. Michael me sujetó muy fuerte por los hombros. Su mirada se clavó en mis ojos. Los suyos estaban vidriosos y mi vientre se encogió de dolor. No podía dejar de temblar.

Apenas le dio tiempo a articular palabra, cuando las puertas del ascensor volvieron a abrirse y el sonido de una risa me resultó familiar. Me recorrió una sensación extraña, pero muy cálida. No podía moverme, me quedé petrificada. Y entonces, lo sentí. Mucho antes de poder verlo. Lo noté en el ambiente, en el estómago, en la piel... en el corazón.

Tan solo pude desviar la mirada sobre el hombro de Michael. El mundo a mi alrededor se silenció por completo. Oírlo me dio vértigo, cómo cuando vas a caer desde un precipicio.

Me sorprendió ver su aspecto, algo más delgado pero, a la vez, firme y corpulento como siempre lo fue, y con una maraña de sutiles cicatrices salpicadas por el rostro y sus brazos. ¿Tendría más por el resto el cuerpo? Señales de balas en su piel y curadas por el tiempo, como si fuesen un mapa con el que pudiera explicarnos a la perfección todo el sufrimiento y todas las dificultades que tuvo que atravesar. Años sin verlo, sin olerlo, sin tocarlo, sin sentirlo... y ahora lo tenía a unos pocos metros de distancia.

Volví a mirar a Michael, desconcertada, con el ceño fruncido y con el corazón martilleándome en la garganta. Mis ojos viajaban del uno al otro sin discernir si lo que estaba viendo era real. Seguramente, un espejismo. Algo con lo que había soñado tanto tiempo que mi mente me estaba jugando una mala pasada. Y él tan solo me observaba con lágrimas a punto de brotar y asintiendo. Sabiendo a la perfección que ponía en duda que lo que estaba sucediendo no estuviese pasando de verdad.

Will avanzó con paso firme hacia mí y curvó los labios al verme. ¿Así que estaba vivo? Tenía todo mi rostro acalorado, como si toda mi sangre se hubiese instalado en esa zona de mi cuerpo. Los ojos me ardían y el corazón lo sentía en la garganta a punto de explotar.

Michael se desplazó hacia un lado para dejarme frente a él. Tuve que alzar los ojos hacia lo alto, inclinando la cabeza como antaño, cuando lo tuve delante.

—Te he echado tanto de menos todos estos años... —su voz ronca me provocó un escalofrío. Seguía perdida, observándolo—. He echado de menos tu cara, Laylak... —acarició mi mejilla con sutileza y algo de miedo por mi reacción. Cerré los ojos al escuchar mi nombre escurriéndose entre sus labios. Eso me estremeció por completo y volví a abrirlos, acuosos —tus ojos, tus labios, tu sonrisa, el tacto suave de tu piel... —sus dedos recorrían un camino imaginario por cada parte de mi rostro hacia mi cuello, hasta que se paró sobre ese trozo de metal dorado que llevaba años adornándolo. Al percatarse en ello sonrió y volvió a mirarme de esa forma que podía desnudar mi alma al completo. —He echado de menos todo de ti—.

El contacto de sus manos hizo que me ardiese la cara, la garganta; la cual se hacía añicos para poder soltar tan solo una palabra, mi vientre se retorció y toda mi columna vertebral sentía

escalofríos. Sentirlo tan cerca después de tanto tiempo era mucho mejor de lo que recordaba.

—¿No vas a decirme nada? —el tono de su voz me erizó toda la piel. Noté como mi cuerpo se tensaba al tenerlo tan cerca. Me sujetó de las muñecas para acortar aún más la distancia que nos separaba. Cada parte de mi cuerpo lo había echado de menos y ese simple gesto tiró de mi corazón hacia fuera, presionando mis costillas y poniendo mi estómago del revés. Tuve que sujetarme a su brazo para no caerme. Fue, entonces, cuando me derrumbé. Me colé entre sus brazos. A pesar de que había cambiado, me seguía perdiendo entre ellos y seguía siendo él. Seguía siendo el amor de mi vida.

Nos abrazamos tan fuerte durante esos segundos que fuimos un solo corazón latiendo a la vez. Sentía su pecho caliente bajo mis mejillas. Notaba como inhalaba el aroma de mi pelo con cada inspiración. No podía parar de llorar, igual que una niña pequeña. Pero, después de tanto tiempo, puedo decir que no era de tristeza, sino de alivio y alegría. Me sentí afortunada. Algo así era un milagro. Debía serlo, porque no había otra explicación. Sentí que se me debocaba el corazón. Que estallaría en cualquier momento a causa de la velocidad con la que latía. Solo tenía ganas de tocarlo. Abrazarlo. Besarlo. Besarlo hasta no poder más.

Levanté la mirada buscando la suya. Sentí el corazón en la garganta nuevamente, un hormigueo en el rostro y un fuego que me abrasaba el vientre. Creí en la frase que me repetía mi abuela desde que era una niña: ***“cuando alguien es para ti, va a volver, así sean tres meses o algunos años, pero volverá.”***

Pensábamos que estaba muerto... y ahí estaba. Frente a mí.

Nos miramos durante lo que pareció una eternidad. El resto del mundo no existía. Tan solo estábamos él y yo. Nos observamos. Como la primera vez. Y pensé que, a pesar del tiempo que había pasado, seguía siendo el mismo. Temí pestañear por miedo a perderlo otra vez. Algo en nuestro interior latió más deprisa que muchos años atrás.

—¿Vas a seguir sin decirme nada? —me apretó contra su cuerpo. El tiempo se detuvo de nuevo. Mi cuerpo se alteró al sentirlo tan cerca. Solo él conseguía ese efecto en mí.

—Yo... —me costaba hablar —yo... yo también te he echado de menos, Will. No sabes cuánto. ¡Perdóname, Will, lo siento tanto! De verdad... lo siento lo siento lo siento... —ya no podía parar.

—Shhh... Tú no tienes culpa de nada—. Acunó mi rostro en sus manos.

—Sí, sí que la tengo. Fui una cobarde. Debí haberte respondido a todas esas cartas. Debí haber confiado más en ti.

—Laylak, lo pasado, pasado está. Jamás te recriminaría nada de eso. Además, ahora estoy aquí ¿no? Contigo, al fin—. Lo volví a abrazar envuelta en lágrimas.

—Sí. Por fin se ha terminado esta pesadilla. Tengo que contarte tantas cosas... —susurré contra su pecho y con la voz quebrada.

—Yo también necesito contaros todo. Tenemos tiempo para eso. Ahora estoy contigo y no me voy a ninguna parte.

—Pero Will... debes saber algo.

—Tranquila, Michael me lo ha contado.

—¿Te lo ha contado? —me separé y lo miré extrañada.

—Sí. Me ha contado lo que sentía por ti y que lo intentasteis. Conozco a Michael y no hubiese habido nadie mejor que él. Eso no me importa, Laylak.

—Ah, sí... —resoplé algo aliviada al saber que Michael no se adelantó al contarle lo de Jess —pero, no es eso lo que quiero que sepas.

Me miró contrariado. No le dejé tiempo para preguntar.

—Will, tengo una hija.

—¿Una hija? Vaya... yo... —lo interrumpí de inmediato. Lo conocía tan bien que sabía que eso no sería impedimento para él, pero que el escuchar que no era hija suya le partiría el corazón en mil pedazos al saber que había sido fruto de mi amargada vida pasada y que él no pudo hacer nada para cambiarlo.

—¡Tenemos una hija! —agarré sus manos. Frunció el ceño y miró a su amigo desconcertado.

—¿Tengo una hija? —preguntó sorprendido e intrigado.

—Sí. Cuando te fuiste me enteré de que estaba embarazada. Yo ya me había casado y estaba viviendo con Asad. Aquel hombre horrible—. Will tensó la mandíbula y frunció aún más el ceño recordando el momento en el que le conté que debía casarme—. No supe que era tu hija hasta que nació, Will, debes creerme. Sino quizás todo hubiese sido distinto. Tienes que creerme, Will, por favor—. Me llevo las manos a la cara por miedo a que no me perdone que le ocultase que estaba embarazada. Que no hubiese hecho todo lo posible por contactarlo.

—Eh, cielo, mírame—. Me apartó las manos y me hizo levantar el rostro para mirarle a los ojos. —No me pidas perdón. Acabas de hacerme aún más feliz que hace unos minutos cuando te he visto—. Sonreí, con el rostro bañado en lágrimas. —¿Sabe quién soy yo?

—Por supuesto. Le he contado todo de ti desde que nació. Le he enseñado fotografías tuyas, y tus padres y Emma le han hablado mucho de ti.

—¿Mis padres? ¿Emma? Pero...

—Sí. No podía ocultarles eso. Son su familia. Además, Jess también crecerá sin otra parte de ella y no es justo. Se merece que la quieran.

—Dios mío, Laylak, ven aquí. —Volvió a estrecharme contra él. Aferrándome, con una mano en mi espalda y la otra en mi nuca, me besó. El primer beso después de que nos diéramos el último hace más de cinco años. Pensé que estaba flotando. Saboreé sus labios. Eran tal y como los recordaba. Dulces y perfectos. Fue un beso inolvidable. Apasionado. Solo él tenía esos labios que siempre quise besar y ese corazón al que nunca dejaría de amar.

—¿Dónde está? ¿Puedo verla? —aún me sostenía y sus labios casi rozaban los míos cuando preguntó.

—Claro. Rebecka la traerá enseguida—. Miré a Michael para que fuese a buscarlas. En cuanto llegamos a la oficina se llevaron a Jess a otra sala para que jugase tranquila.

No tardaron en aparecer. Will se quedó expectante observándola. No tuvo ni la más mínima duda en que era su hija. Era clavadita a él. Y aunque no lo fuera, sé que jamás hubiera puesto en duda mi palabra.

—¡Mamiiii! —gritó mi hija mientras corría hacia mí.

—Hola, cariño—. La cogí en brazos y se quedó mirando extrañada a todos los de nuestro alrededor. —Cielo, quiero presentarte a alguien... —en ese instante se percató de su presencia.

—¡Yo te conozco!—. Soltó de golpe Jess, sin darme tiempo a terminar la frase.

—Cariño, ¿sabes quién es?

—Sí. Es papá. ¿Verdad, mamá?

—Sí, cariño, es papá—. Se me implantó una congoja en la garganta. Apenas pude seguir hablando y Will tomó la palabra.

—Hola, preciosa. ¿Cómo te llamas? —sus ojos estaban vidriosos y no pudo borrar esa sonrisa que se le dibujó en el rostro.

—Soy Jessenia, —respondió con su aguda voz —pero todos me llaman Jess. Es más corto. —Se

rió—. Solo mamá me llama Jessenia cuando se enfada—. Puso los brazos en jarra mientras me miraba con cara de enojo.

—Ya veo —empezó a temblarle todo el cuerpo a causa de la risa—. Por lo que dices, tu madre sigue siendo un hueso duro de roer—. Colocó un mechón de su pelo rubio tras su oreja y le acarició la mejilla.

—¿Un hueso duro de roer? ¿Qué significa eso, mami? —se quedó pensativa.

—Nada, hija, nada. A tu padre le ha afectado más de la cuenta el sol del desierto—. Solté una burla al hombre que me sacaba de quicio a la par que me enamoraba a partes iguales desde la primera vez que lo vi.

Will me acercó nuevamente a él.

—¿Sabes en lo que estoy pensando?

—¿En qué? —alcé las cejas.

—Me debes unos cuantos besos, preciosa...

—¿Y eso? —no pude evitar sonreír, coqueta, al escuchar eso.

—Hmm... uno por cada día sin vernos—. Me apretó fuerte contra su pecho mientras aún sostenía a nuestra hija en brazos y me besó. Tierno, dulce, delicado y con sabor a un nuevo comienzo.

—¿Puedo abrazarte? —preguntó mi hija a su padre. Ella siempre tan directa y sincera.

—Claro, pequeña. Nada me gustaría más.

Will la acogió. Se abrazaron y yo sentí que mi corazón iba a explotar de felicidad.

—¿Vendrás a casa con nosotras? —siguió preguntando nuestra hija.

Will me miró expectante. Esperando mi aprobación. No hizo falta que hablase. Todo estaba dicho y mis ojos hablaron por sí solos.

—Me encantaría, pequeña. Quiero contaros todo.

Jess volvió a rodear su cuello y lo estrujó entre sus brazos.

Y yo me uní a ellos.

WILL

Dos corazones que empezaron a latir juntos

No fui muy consciente de lo que me ocurrió hasta días después.

Cuando desperté en una especie de cama que no era ni la mía ni la de la base. Cuando abrí los ojos estuve desorientado unos segundos. Sentí una punzada en la cabeza que supe que tenía vendada en el momento en el que intenté calmar el dolor con la palma de mi mano y hacer presión contra ella.

Apareció frente a mí un señor de mediana edad que, a simple vista, parecía que vestía como un talibán. Sin embargo, no tardé mucho en saber que estaba equivocado. Su rostro estaba curtido por el sol, sus cejas pobladas parecían enfadadas, pero su mirada... era gentil. Reflejaba la preocupación por verme bien. No podía ser un talibán.

A su lado, había una niña pequeña, la cual me miraba absorta. Su padre, o así lo deduje, se inclinó hacia su oído para decirle algo. Acto seguido la pequeña salió corriendo por la puerta después de recibir la orden de su padre. No tardó en volver con un cántaro de barro lleno de agua. Días más tarde me enteré que hasta no hace mucho no tenían abastecimiento de agua potable en la zona.

El hombre, en su idioma y mediante gestos, me animó a que bebiese. En cuanto me incorporé, otra punzada de dolor me atravesó el cuerpo. Y fue cuando me percaté que, gran parte de él, también, estaba cubierto por vendas.

Durante el tiempo que estuve en misiones en países árabes conseguí hacerme un poco con el idioma. Al menos podía defenderme. A eso, le sumábamos el idioma universal; los gestos, y pude entender todo lo que aquel hombre me explicó sobre lo que había sucedido el día que me salvaron.

Tras el ataque, prácticamente, obligaron a mi equipo a abandonar. El bando enemigo se pensó que había acabado conmigo y me arrastraron como a un cerdo, ensangrentado y moribundo, hacia una de sus camionetas. Por suerte, los lugareños de una aldea lo bastante cerca, y que estaban hartos de los problemas que los talibanes traían consigo, decidieron contraatacar. Estaban muy preparados para hacer frente a lo que se les pusiese por delante. Los hombres de esa zona luchan, prácticamente, cada día para que el régimen talibán no controle más lugares. Está claro que tuvieron numerosas bajas, pero aún así lucharon. Solo querían vivir tranquilos puesto que no eran, ni son, afines a lo que el régimen promulga.

El hombre que me salvó se ganó la desconfianza por parte de su pueblo al ver a quién había rescatado; un militar americano que había venido a su país prácticamente sin ser invitado. Sin embargo, no tardó en recuperar la confianza de su gente cuando se dieron cuenta de que yo no era ninguna amenaza. Me habían salvado la vida y les estaría eternamente agradecido.

Con el paso de los días me pesaba la impotencia de no haber logrado lo que fui a hacer allí. No tenía nada de información sobre mis chicos. No podía ponerme en contacto con ellos de ninguna manera. Tampoco lo podía hacer con Laylak. ¿Dónde estaría? ¿Qué habría sido de ella? ¿Y si durante todo el tiempo atrás no recibió ni una sola carta mía? ¿Se habría olvidado de mí? Las miles de preguntas me consumían. Las dudas que tenía sobre todo me acribillaban la maldita cabeza. Quise salir de allí. No me hubiese importado irme andando si hubiera sido necesario. La

pregunta era ¿cómo? Ni tan siquiera podía identificarme si conseguía llegar a salvo a alguna zona en la que el ejército americano tuviese alguna base.

Me sentía perdido. La desesperación estaba acabando conmigo. Y yo...no podía hacer nada.

El señor que me salvó intentó ayudarme. Su aldea estaba rodeada de montañas en las que el régimen talibán tenía escondites para atacar a la más mínima amenaza. Ya lo habían hecho antes... esa vez no iba a ser diferente. No disponíamos de radios ni medios para tal cosa.

Tuve que resignarme y vivir con ellos como uno más.

Pasaron semanas, meses... años. Yo había cambiado y no voy a negar que fue bastante duro. Pensar en la gente que me quería, las personas a las que yo amaba, mis padres, mi hermana, mis amigos... Ella. ¿Me estarían buscando aún? ¿Pensarían que estaba muerto? ¿Enterraron un ataúd vacío, disparando fusiles al aire mientras las trompetas tocaban y le entregaban a mi madre la bandera bien doblada en señal de mi muerte? ¿Un arreglo gigantesco de flores blancas cubriría gran parte de mi lápida, con mi nombre grabado en ella? Seguramente, eso fue lo que ocurrió. Sería lo más lógico.

Yo me acostumbré tanto a estar con esa gente que sentí que siempre había formado parte de ellos, como si mi mente no recordase nada y yo ya perteneciese a ese lugar.

Sin embargo, una tarde, llegó una camioneta a la aldea con frutas, verduras, trigo... Venía cada cierto tiempo para ayudar con el suministro de los aldeanos afganos. Ese día, sin duda, fue diferente. Desde la ventanilla de la camioneta pude ver como un hombre le contaba algo a Afzal, el hombre que me rescató. No apartaban la vista sobre mí, mientras seguía con mis quehaceres de esa tarde, y supe que algo había pasado. Algo era distinto. Se palpaba en el aire.

Se acercó a mí al instante para avisarme de que había llegado a un cuartel, no muy lejos de allí, la noticia sobre la búsqueda del *Seal* William Ross.

No lo dudé ni un segundo. Algo se reactivó en mí y de nuevo apareció el hombre que un día fui. El que no se acobardaba por nada y luchaba hasta el final. Lo que, a día de hoy, sigo sin entender es como pude abandonarme así si tan siquiera intentarlo.

Francamente, había dejado pasar mucho tiempo y quedarme de brazos cruzados ya no era una opción. Me importaba una mierda si me ocurría algo al salir de aquella aldea, ya no podía quedarme esperando a que otro milagro sucediese. Ahora, sí sabía que me estaban buscando. Debía actuar y no iba a dejar de intentarlo por muy peligroso que fuera. Había desperdiciado años de mi vida esperando a que me encontraran. ¿Qué esperaba? ¿Que llegasen hasta aquí ellos mismos diciéndome “eh, Will, tío, te hemos encontrado al fin”? ¡No! Ahora, tenía algo a lo que agarrarme y debía ir tras ello.

Prácticamente, obligué a aquel hombre a llevarme hasta el lugar donde obtuvo esa información, no sin antes despedirme de todo el que me ayudó y del que fue mi hogar durante algún tiempo. Tenía muy claro que no iba a volver allí, aunque si lo que había ido a averiguar no era cierto.

Era de madrugada y para nuestra sorpresa llegamos sanos y salvos a uno de los cuarteles que aún no había sido tomado por el grupo insurgente. El hombre que me llevó hasta allí me dijo que no podía hacer más y se marchó. Los militares de la zona no conseguían entenderme cuando les expliqué que yo era el hombre al que estaban buscando. Vi mi foto en uno de los periódicos que tenían encima del mostrador. Mi aspecto no era el mismo, lo reconozco. Tenía el pelo más largo y mi barba era espesa. También había adelgazado, pero debía hacerles entender que ese hombre de la fotografía y yo éramos el mismo.

Junto a mí, y separados por un párrafo en el que supongo hablaban de mi desaparición, estaba

ella. Mi corazón se paralizó al verla. ¿Qué hacía Laylak ahí? ¿Fue ella quien promovió mi búsqueda? ¿La que había movilizado cielo y tierra por encontrarme?

Ella, sin duda, también había cambiado. Parecía... más mujer. Cuando la conocí supe ver en su rostro el dolor, la amargura, las vejaciones vividas, las humillaciones... unas secuelas que, probablemente, no alcanzaría a superar nunca. Pero, también la esperanza y la fe. Seguía viendo eso en ella, sin embargo estaba diferente. Su rostro mostraba otros muchos enigmas que no supe ver en ese momento.

Simplemente la volví a sentir cerca. Sabía que no me había olvidado. Aunque no me hubiese contestado a cada una de las cartas que le enviaba, tenía la certeza de que las leía. Desde que estuvimos uno frente al otro y nos miramos, la conexión fue mágica. Comprendí en el acto que lo que yo creía como fantasía o ciencia ficción, verdaderamente, existía y que la vida misma encerraba procesos todavía más increíbles y mágicos a pesar de lo desconocido. Entendí que, al fin y al cabo, la vida era eso. Dejar que esa fantasía conectase con alguien que apareció en un momento puntual. Algo que nos unió en ese mismo instante. Dos corazones que comenzaron a latir juntos desde esa noche. Y no me refiero al corazón romántico que nos vende Hollywood, que está condicionado por una gran cantidad de estereotipos. Sino a la sensación de unión, de familia, de amor condicional... Cuando sientes que el otro también te siente. Porque no es fácil encontrar a esa otra persona con la crear ese vínculo. De hecho, me sentía tan roto por dentro que jamás pensé que la encontraría. Y una vez que lo haces, es tan indescriptible e intenso, que sabes a la perfección que jamás saldrás ileso de eso.

Y, ahora... ahora la volvía a tener frente a mí, aunque fuera su imagen impresa en un trozo de papel grisáceo.

Deslicé mis dedos por esa imagen en blanco y negro mientras las voces de los militares hacían eco en mis oídos. Sin duda el paso de los años la había cambiado. Y seguía siendo la mujer más preciosa que había visto nunca.

Fruncí el ceño, obligándome a que aquellos hombres me creyesen. Más ahora que ella, al fin, no se había dado por vencida y esperaba mi regreso. No sé si fue porque los convencí o porque, simplemente, no entendían ni una puta palabra de lo que les decía, prefirieron pasarle el muerto a su superior. El caso es que, en pocos minutos estaba sentado en una sala aislada y hablando con un hombre que no paraba de tomar notas en una pequeña libreta estropeada. Hizo una pausa para llamar por teléfono y me dejó allí. Las horas comenzaban a pesar y estaba desesperado. No fue hasta el alba, cuando una unidad del ejército americano llegó hasta el cuartel.

Prefiero ahorrarme todo el ajetreo, papeleo e información que tuvieron que contrastar para que por fin me dejaran salir de allí y volver a casa. No podía creerlo. Después de tanto tiempo, al fin volvería.

No esperaba encontrarlo allí. Sí a cualquier superior, uniformado de pies a cabeza y con la orden de llevarme sano y salvo hasta mi país, pero no a él. No a mi amigo ¿Qué hacía en aquel lugar? Nos observamos unos segundos antes de que Michael se abalanzara sobre mí y nos abrazásemos, con la confianza y camaradería de años atrás. Nunca he entendido a esos tíos que les cuesta dar muestras de cariño a otros hombres, incluso siendo amigos. Michael y yo no teníamos ese problema, nos sentíamos hermanos y nos queríamos. Verlo me hizo inmensamente feliz, y más aún después de todo lo que ocurrió y sin llegar a saber si había conseguido ponerlo a salvo. Ese pensamiento me siguió durante mucho tiempo y me machacaba por ello si algún día llegaba a descubrir que no conseguí que se salvara.

Durante las próximas horas me puso al día de todo, salvo de lo más importante. Eso lo dejó para la persona que debía contármelo. También me explicó lo que sucedió con Laylak, el amor que experimentó por ella. Lo entendí. Ella es una persona increíble, luchadora, inteligente, sincera y bellísima. Cualquiera hombre caería rendido a sus pies. Si ella hubiese decidido continuar su vida con Michael ¿quién era yo para recriminarle tal cosa? Su felicidad hubiese sido más importante que lo que yo sintiese por ella. Aunque, no me voy a engañar, escuchar que no funcionó me hizo soltar todo el aire retenido en los pulmones y respiré algo más aliviado.

Le pedí expresamente a Michael que no contara nada por teléfono. Quería sorprenderla, a pesar del miedo que sentía por volver a verla.

Aún me quedaba algo más por hacer. Para mí era importante y el motivo de muchas pesadillas que me visitaban cada noche. Las muertes que yo mismo ocasioné y las que no pude impedir. Era una injusticia y debía cumplir con mi promesa.

Cuando aterrizamos en suelo americano le pedí a Michael que concertase una cita urgente con el que fue nuestro superior. Me recibió enseguida, alegrándose por la noticia y poniéndonos al día de lo que ocurrió en la misión. Murieron muchos soldados y saberlo me partió en dos.

Tras varias horas de reunión, y de conocer la opinión de mi jefe sobre que debía volver para liderar un nuevo equipo y seguir sirviendo a mi país, a lo que me negué rotundamente, denuncié todos los crímenes de guerra que presencié y algunos más de los que sospechaba.

Al cabo del tiempo y de las investigaciones oportunas, el sargento Jones y cinco de sus soldados fueron arrestados y acusados del asesinato premeditado de civiles afganos. Uno de los reclutas se declaró culpable de homicidio involuntario. En el juicio testificó contra su sargento, quien insistió en que las muertes estaban justificadas. El joven fue condenado a tres años de prisión y el sargento a cadena perpetua.

Llegó el momento de verla. Mi mejor amigo me confesó que hizo lo imposible por buscarme, para que yo no quedase en el olvido. Si estaba muerto, también merecía ser encontrado.

Aún así mi cabeza no dejaba de darle vueltas a la idea de que lo que hizo solo fuese por el cargo de conciencia y ya no me amase. Había pasado tanto tiempo. Estaba asustado. ¡Asustado, no! ¡Acojonado! Y mucho. Sin embargo, cuando más miedo se tiene es cuando más se debe arriesgar. Y eso hice.

Solté una risa nerviosa en cuanto se abrieron las puertas del ascensor y puse un pie en aquella planta del edificio donde se reunieron. En el momento en el que la vi mi corazón latió más deprisa. Bombeaba la sangre desbocado. Latía tan fuerte que creía que todos a mi alrededor podrían escucharlo.

Si en la foto que vi en el periódico se apreciaba lo que había cambiado, en persona se había convertido en toda una mujer y estaba aún más preciosa que el día que la vi por última vez. Seguía sin entender cómo la mujer que tenía frente a mí pudo hacerme algo así. Enamorarme de esa manera. Tan irreal. Tan duradera en el tiempo, a pesar de los años que habíamos estado separados.

Su pelo, su piel, sus ojos, sus labios...toda ella era distinta. Su melena azabache ya no se escondía bajo la tela. Su piel, algo más oscura que la mía, lucía sedosa bajo los tubos fluorescentes de las oficinas. Sus ojos brillaban más que nunca, incrédulos a lo que veían. Sus labios temblaban, carnosos y dulces, esperando a ser besados. Y reparé en ella, esa cruz que colgaba de su cuello y que lucía orgullosa. Ese obsequio que le regalé en cuanto la conocí y que

me demostró que lo había conseguido. Ya no reflejaba una ideología o creencia, tan solo era una muestra de que había alcanzado la libertad que tanto anhelaba y me sentía orgulloso de ella. Su cuerpo me atraía como un imán e hizo que el vello de mis brazos se erizase. Todo en ella había cambiado, pero seguía siendo la misma. La misma mujer que me robó el corazón la noche en que me salvó. Verla, después de tanto tiempo, hizo que el recuerdo de lo que sentimos se implantase a fogonazos en mi mente, mis retinas, mi cuerpo... El cosquilleo que nacía en apenas un roce. Las palabras que no hacían falta expresar para entendernos a la perfección. Las pulsaciones que se aceleraban con tan solo una sonrisa.

Al tenerla ante mí y poder besarla de nuevo, sentí arder el fuego en mi interior. Fue adrenalina. Deseo. Ternura. Echar de menos. Simple y complejo. Precioso. Ardiente. Alborotado. Húmedo. Estruendoso. Vibrante. Sublime. Verdadero.

Supe, en cuanto sus labios volvieron a enredarse con los míos, que había merecido toda la angustia, todo el dolor y toda la espera.

Y después... cuando pensé que no podía ser más feliz, apareció ella. Esa pequeña de melena rubia y mirada angelical que me hizo explotar el corazón.

EPÍLOGO

Gracias a la amistad con Rebecka y a todas sus relaciones pude contactar con la gente que me importaba.

Miriam, con la ayuda de sus contactos en Suecia, consiguió deshacerse de su marido al fin. No sin antes haber aguantado más de una paliza y desprecios cuando la pilló pasando información que no debía por teléfono. La echaba tanto de menos... Siempre será como una hermana para mí. No sé que hubiera hecho sin ella. Le estaré eternamente agradecida. Con los años, no quiso abandonar al pueblo Sirio y fue de gran ayuda en el campo de refugiados.

Asad, desapareció de mi vida, ya lo sabéis. Aún me cuesta creer esa parte de toda la historia.

Mi padre también lo hizo. Sinceramente, no quise tener mucha información al respecto. Nunca quise saber cómo fue su muerte. Nuestra relación fue siempre tan dura, distante, triste, que me dio exactamente igual el modo en que su alma se evaporase de este mundo.

Mi hermano desapareció en combate. Como si nunca hubiese existido. Probablemente se escondió durante un tiempo, saliese incluso del país y esté por ahí reclutando a gente nueva y esperando el momento oportuno.

Mi madre... a mi madre la encarcelaron por encubrimiento y ayudar a la causa. Tiempo después conseguí ponerme en contacto con ella. Sus palabras sonaban sinceras cuando me dijo que se arrepentía de todo lo que había pasado y que la perdonara. Aún trabajo en ello, y con el tiempo lograré perdonarla, supongo. Es mi madre.

Fátima quiso formar parte de la idea que se me ocurrió. Siempre estuvo metida en todo aquello que pudiese ayudar a la gente y aportar su granito de arena para hacer de este mundo uno mejor. Así que en cuanto le comenté lo de la asociación de apoyo al pueblo Sirio e impulsar la construcción de escuelas no pudo negarse. Siempre estuvimos convencidas de que teníamos que defender el derecho a llevar una vida con dignidad de las personas que viven el peor y el más largo conflicto de la región árabe. Ni que decir tiene que aún queda mucho por hacer, pero estamos en el camino.

A Adila le comieron tanto la cabeza que no pude hacer nada más por ella. Y rezo cada día para que encuentre la verdad.

Michael, siguió su relación con Mel. Estaban destinados a estar juntos, aunque Will no se creyó que su gran amigo, por fin, sentase la cabeza. Se casaron unos meses después de que Will apareciese. La imagen de Michael sonriendo al salir de la

Iglesia, junto a su esposa, inundó mi corazón de felicidad.

Oigo como encaja su llave en la cerradura, y el golpe de la puerta al cerrarse me trae de vuelta de todos mis recuerdos. Cuando entra en casa siempre la inunda de una paz infinita.

Nunca había sentido esa calma impregnada en la familiaridad de las cosas. Ahora, cada vez que lo oigo llegar a casa me hace sentir segura. Todo lo contrario a cuando aún vivía allí y el que entraba por la puerta era mi padre o, tiempo después, Asad.

Ahora, sí tengo un hogar. Y no me refiero a esta propiedad en la que abunda la felicidad. No. Me refiero a él. Él, Jess y este bebé son mi hogar. Esas personas que dejan a su paso la esencia de momentos irremplazables. Las que se convierten en tu dosis exacta de valentía para saltar del precipicio si es preciso con la confianza necesaria. Tu brújula. Tu Norte.

Esas personas que están colmadas de paciencia, bondad y generosidad.

Tuvo que salir a hacer la compra para la barbacoa que haremos hoy con nuestros amigos y familia. Este año, Jess soplará seis velas y aún me parece una ilusión todo esto.

El deseo expreso de nuestra hija fue invitar a todos a casa para festejarlo. Sin duda el plan de barbacoa, piscina, charlas infinitas con amigos, música y un sinfín más de cosas que traen consigo estos planes, nos parecía la idea perfecta para celebrarlo y el mejor final que os pueda contar.

Sigo con el estómago revuelto desde esta mañana, aunque espero que se me pase pronto. El haber estado jugando con Jess en el jardín ha hecho evadirme un poco y se nos han pasado volando las horas. Además hemos aprovechado para decorar cada rincón con muchos globos y guirnaldas de luces para esta noche. En una parte del jardín hemos montado un tipi blanco, con cojines y muñecas para que juegue con sus amigas.

—¡Papiiiii! —grita al verlo al llegar al jardín—. ¿Por qué has tardado tanto? Te echábamos de menos —corre hacia él, dejando sus muñecas tiradas.

—Y yo a vosotras, pequeña —suelta las bolsas en el césped y alza a Jess en brazos para besuquearla y lanzarla por los aires. Sus carcajadas resuenan en toda la casa y mi sonrisa ocupa toda mi cara. Miro a mi alrededor, saboreando el momento, deseando guardarlo. Guardarlo en esa caja en la que he ido almacenando cada trocito de felicidad; las risas. Las cicatrices; también necesarias, como el dolor y las lágrimas. Y como no, el amor. Un amor que perdurará para siempre. Más allá de fronteras, etnia o religión.

Me levanto del suelo como puedo. Esta barriga a veces me impide hacer las cosas con total normalidad. Me acerco a ellos y me abrazan.

—He ido a comprar la mejor carne para tu barbacoa, señorita. ¡Y ketchup, patatas, chuches y todo lo que habías pedido! —chocan sus narices mientras se ríen—. Además, pienso hacerle a tu madre la mejor hamburguesa que haya probado en su vida. ¿Sabes que se lo prometí? ¡Ya verás, se chupará los dedos!

Ahora dirige su mirada hacia mí y siento que me tiembla todo el cuerpo. Aún no me creo esto. Lo que Will me hace sentir.

Esta vida. Que él esté aquí. Todo.

El brillo de sus ojos verdes siempre me resultó inquietante.

—¡Estás loco! ¿Cómo es posible que recuerdes eso? Pasó hace mucho.

—Recuerdo cada instante que pasé contigo. Se grabaron a fuego en mí —me sujeta de la cadera y me achucha contra ellos. Sella sus labios con los míos.

—¡Mamá y papá se están besando! ¡Mamá y papá se están besando! —entona graciosa Jess—. Ambos la miramos y acabamos haciéndole cosquillas. —¡Parad, parad... por fiiii! —nos suplica.

—No deberías consentirla tanto. El día de mañana nos perjudicará, ya verás—. Jess sale corriendo hacia el columpio que tenemos colgado en el jardín.

—Laylak, cielo, no puedes pedirme eso y lo sabes. No después de todo por lo que hemos pasado. Las dos sois mis consentidas—. Vuelve a abrazarme. El calor de su me pecho me quema la mejilla.

—Aún no me lo creo ¿sabes? Parece mentira. Vivir esto es como un sueño del que temo despertarme. Te fuiste. Hace mucho. Te perdí. Me perdí. Recé incontables veces para que aquello no estuviese sucediendo. Que ocurriese un milagro. Nunca llegaba. Desistí. Estuve a

punto de cometer una locura. Eso hubiese cambiado mucho las cosas, pero mi pecho palpitaba muy fuerte aún —después de tantos años aún sigo sobrecogiéndome cuando lo escucho, lo miro o lo toco. Levanto la mirada para observarlo. Tan enamorado como el primer día. Nunca dudé de ello. Me estremezco ante la solidez de su expresión y la seguridad de su gesto al responderme la mirada—. Nunca imaginé que pudiese suceder de verdad. Te quiero, Will, con toda mi alma.

—Y yo a ti, cariño. Y yo a ti. Te dije que nada podría con lo que sentíamos el uno por el otro —siento su recortada barba en mis mejillas cuando susurra a mi oído y me besa. No podemos evitar sonreír en mitad de este beso—. ¿Sabes? Amo cuando estás riendo y me doy cuenta de lo feliz que soy contigo —susurra contra mis labios.

Con Will había aprendido desde el primer momento, que el mundo que me esperaba fuera de aquella jaula, en la que me sentía encarcelada, podía ser fascinante, hermoso y muy distinto.

Me enseñó, creo que sin ser muy consciente de ello, que un amor bonito es aquél que te comprende, que no te recuerde tu pasado ni cuántos hombres te han tocado lastimándote, que él sepa que con sus manos borrará toda huella que te haya hecho mal. Un amor que sepas que eres única y hermosa. Un amor precioso que te acompañe en tus noches de tristezas escondidas y que sea la alegría de tus días. Que esté junto a ti, aunque estéis muy lejos. Un amor que te bese y al tocar las huellas de tu vida le parezcan la aventura más hermosa del planeta.

Porque quienes están destinados a ser, siempre acaban siendo.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Escribir *Tú y yo, bajo un cielo en guerra* ha sido algo complicado a la par que increíble. He estado casi un año inmersa entre las páginas de esta novela. A veces, compaginar la vida como madre, esposa, mujer que tiene varios trabajos y seguir cumpliendo sueños no es tarea fácil. Pese a ello, no dejemos nunca de luchar por lo que nos gusta y nos llena el corazón. Así que si tú también tienes esos sueños que aún no has alcanzado, te animo a que batalles por ellos.

La idea de escribir esta historia surgió hace mucho tiempo. La tenía en mi cabeza incluso cuando estudié la carrera y toqué a fondo varios temas como los que se tratan en estas páginas. Sin embargo, cuando terminé de escribir mi anterior novela, *Tatuajes en el alma*, decidí que quería contar la historia de Laylak y Will. Como bien sabéis es una historia ficticia; totalmente inventada, pero narra los sucesos, que por desgracia, siguen pasando a día de hoy en gran parte del mundo. Que no los veamos no quiere decir que no estén ahí. Por lo que, también, están llenos de veracidad y muchas de las cosas relatadas son hechos reales.

Quiero dar las gracias, principalmente, a toda mi familia.

A mi marido, que sigue apoyándome como el primer día cuando le conté que contar historias me hacía feliz.

A mis hijos, que han tenido una paciencia infinita conmigo, siendo tan pequeños, y que entendieran a la perfección que mamá necesitaba seguir escribiendo cuando llamaban mi atención y yo les explicaba que necesitaba seguir sumergida entre líneas.

A mis padres, porque siempre cuento con su apoyo y me animan a seguir adelante. Rendirse no es una opción.

A mis hermanas, por ser mis fieles lectoras y aconsejarme siempre. Y por cierto, Martita, gracias por hacer la portada para esta novela. No puede gustarme más.

Gracias, también, a una mujer muy especial, la cual quiero mantener en el anonimato por respeto a todo lo que vivió, pero que si lee esto sabrá que me refiero a ella. Que aceptases hablar conmigo y concederme “una entrevista” contándome lo que viviste en Siria y por todo lo que tuviste que pasar, me ayudó mucho para informarme de primera mano con toda la trama que concierne a Laylak.

A mi querida Laylak, que aún siendo un personaje ficticio das voz a cientos de mujeres en todas las partes del mundo que han pasado y pasan por lo mismo que tú. No olvidéis que no estáis solas y debéis ser fuertes.

A mi querido Will, que has demostrado que puedes estar lleno de errores y puedes equivocarte, pero que siempre tienes la opción de cambiar y dar lo mejor de ti, demostrando que nadie es mejor que nadie y que si las cosas se hacen desde el corazón, el Universo, Dios, o el ser en que creas, harán el resto. Y si no, al menos habremos intentado hacer un poquito mejor las cosas. No dejéis que nada ni nadie os diga que intentar ser buena persona no lleva a nada.

Y, por supuesto, gracias a mis lectoras, y lectores también; que alguno hay. Sin vosotros esto no sería posible. Gracias

por leerme, confiar en mí y dejar que entre en vuestras mentes y sobre todo en vuestros corazones. Sigo aprendiendo día a día para poder ofreceros lo mejor. Así que tened paciencia conmigo.

GRACIAS



Mi primera novela. También disponible en Amazon.

Podéis encontrarme como
@_cintiasantiago_ en Instagram y Tiktok



CINTIA SANTIAGO. Vive en Granada, casada y con dos hijos. Conocida en redes como @_cintiasantiago_. Es criminóloga, *instagramer* y quiso luchar por uno de sus sueños, la escritura, con su anterior novela “*Tatuajes en el alma*”, una historia llena de emociones, secretos y amor, la cual podéis encontrar en Amazon.

Encontrarás más información en https://www.instagram.com/_cintiasantiago_/